

Más tonta eres tú que vuelves

Betz Burton

elit LGTBI

Más tonta eres tú que vuelves

Betz Burton

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2024 Beatriz Prieto López
© 2024 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Más tonta eres tú que vuelves, n.º 24 - agosto 2024

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Elit y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO®

I.S.B.N.: 9788410740815

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo
Notas
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

«Más tonta eres tú que vuelves. Si es que parece que no aprendes. ¿No te cansas de darte de bruces contra la pared?»… «Sí, gracias por tu apoyo, mamá. No es que me hiciera falta que me recordaras con tanta vehemencia lo espantosa que te parece mi valiente y estúpida idea de montar un negocio propio. Pero ¿cómo sabes que no te gusta si no lo has probado? Eso me decías, así que ahora apechuga con las consecuencias. Tienes una hija veleta que hasta que no lo pruebe todo, no para. Pero yo creo que esta ya es la última tontería que cometo. Y si todo sale bien, en poco menos de un año estaré más asentada de lo que ni tú ni yo imaginábamos nunca».

Eva repasaba mentalmente la conversación telefónica que acababa de tener con su madre mientras apretaba el paso para tratar de evitar la más bochornosa presentación como jefa de la historia. Casi podría haber calificado el día como victorioso de no ser por la bronca que le iba a caer por llegar tan tan tarde a su cita con el destino. Ya desde la distancia comprendió que no se libraría de la reprimenda de los dueños de los tres pares de ojos que la miraban llegar. Sin inmutarse por su falta de aliento o por la prisa con la que se movía. Sin preocuparse por el motivo de su tardanza.

De sobra conocían la impuntual naturaleza de Eva, al menos dos de los dueños de esos ojos. Por eso todo su interés tenía que ver con moverse y frotarse las manos para mantener el calor en el cuerpo y engañar al máximo posible a los dos únicos grados que

flotaban en el ambiente; mientras resoplaban y maldecían a la cuarta pata de la endeble mesa que formaban por su tardanza, y por ser la única en posesión de la llave de la puerta del local frente a la cual se encontraban. Un local que llevaba cerrado lo bastante como para que su aspecto exterior estuviese demacrado y desgastado, con unos cristales opacos que impedían ver el interior o que penetrase algún rayo de luz. Y una puerta dispuesta a chirriar por el óxido de las bisagras en cuanto Eva introdujese la llave en su lugar.

—Buenos días —se apresuró a saludar antes de dar opción a alguna reprimenda—. Disculpad el retraso, tuve que atender una llamada telefónica.

—Sí, de tu madre —respondió con rapidez Patricia, su tía favorita, que a pesar de ello jamás se cortaría un pelo a la hora de dejarla en evidencia.

—De verdad, cariño, no entiendo que hayas tardado más que yo —siguió Ángel, su paciente y tranquilo novio, a quien casi nadie lograba exasperar, excepto ella—. Cuando salí de casa esta mañana en teoría solo te quedaba ponerte los zapatos, y te ha llevado el mismo tiempo que a mí ir a la estación.

Eva bajó la mirada con un toque de arrepentimiento, pero enseguida volvió a levantarla para acabar con esa conversación y avanzar hasta el siguiente punto, mucho más relevante para todos.

—A ver, que tengo treinta y un años ya, no voy a cambiar a estas alturas. —Solo entonces se fijó en el único par de ojos que no conocía, oscuros y penetrantes, que la observaban y precedían a la sonrisa de su dueña, que al menos no parecía detestarla tanto como sus acompañantes—. Tú debes de ser Ainhoa, la prima de Ángel, ¿no? —averiguó, al tiempo que tendía la mano para saludar a la joven.

—La misma —respondió la aludida, una chica de unos veinticinco años, morena de pelo largo, alta y atlética, aceptando un saludo que resultó muy chocante para ambas debido a la diferencia de temperatura de sus manos—. Encantada de conocerte, Eva. Ángel me ha hablado mucho de ti.

—¡Ostras! —exclamó Eva—. ¡Tienes las manos heladas! Vamos a pasar dentro antes de que cojáis un resfriado.

Eva tomó la delantera y se encaminó hacia la puerta. Retiró y rompió con gusto el cartel de «Se alquila» y empujó la puerta sin pensárselo dos veces, forzando el chirrido hasta que consiguió abrirla del todo.

La visión del interior después de que Eva diese las luces no mejoró la impresión que tenían sobre el local. El abandono durante meses, o quizá años, había hecho mella en todos y cada uno de sus rincones. Paredes agrietadas y con humedades, suelos sucios y desgastados, mobiliario listo para tirar y un largo etcétera. Tan solo el rostro de Eva mostraba algo de ilusión. Las expresiones de los demás sin embargo se acercaban más a la realidad de aquel lugar: desoladas, mohínas, sombrías o disgustadas.

—¡Tachán! —exclamó Eva abriendo los brazos como si esperara que la sorpresa fuese positiva para alguno de ellos—. Bueno, ¿qué os parece?

—Esto está prácticamente en ruinas, sobrina —apuntó Patricia.

—¿Cómo has podido alquilar esto? —preguntó Ángel sin esperar una respuesta convincente.

—No podía permitirme nada en mejores condiciones. Pero no os dejéis llevar por la primera impresión; es grande y yo creo que tiene mucho potencial. Mirad.

Eva comenzó a andar y señalar lugares por todo el espacio. Nada más entrar, los alumnos de su futura escuela de artes escénicas se encontrarían con un amplio recibidor y una mesa de información y secretaría gobernada por una simpática y atractiva secretaria: Ainhoa. A su derecha, el aula de interpretación y danza donde la tía Patricia impartiría las clases y pondría todos sus conocimientos al servicio de las nuevas generaciones de aspirantes a actores y actrices. En ese mismo lado, un poco más adelante, los baños para chicos y chicas, de fácil acceso para todo el mundo. A la izquierda de la secretaría, se dejaba ver un largo pasillo con tres grandes salas más. Una de ellas destinada a convertirse en el aula de posado y modelaje, con una pequeña zona de estudio fotográfico y con acceso directo a los vestuarios, que se encontrarían en la siguiente sala. Y finalmente tenía su espacio el aula de canto y música, donde se pondría la banda sonora perfecta para la escuela. Un sueño cada vez

más cercano, al que todavía faltaba mucho trabajo para hacerse realidad.

—Si necesitabas más dinero debías habérnoslo dicho —recriminó Ángel sin dejarse llevar por la fantasía de Eva—, se supone que somos socios, pero tú haces y deshaces a tu antojo, como siempre.

—¿Que yo hago y deshago a mi antojo? Te recuerdo que llegamos a un acuerdo por el que yo escogía el local y tú enchufabas a tu prima de secretaria —respondió Eva, dándose cuenta demasiado tarde de que la susodicha estaba presente en la sala—. Perdona, Ainhoa, no pienses que tengo algún problema contigo.

—Tranquila, creo que me he adelantado viniendo hoy a esta reunión.

—Venga, parejita, dejadlo ya —siguió Patricia, poniendo un poco de cordura a la situación—. Más vale que nos centremos en lo que tenemos por delante y no en lo que podría haber sido. Estaría bien tenerlo todo listo, pero así viviremos una experiencia diferente y más intensa. Si nos esforzamos y no flaqueamos seguro que en un par de meses podremos inaugurar la escuela.

Ángel resopló como única respuesta. Eva se acercó a su tía y la abrazó para reconfortarse un poco más gracias a ella.

—Gracias, tía. A lo mejor no tengo ni idea de lo que estoy haciendo y me equivoco al tomar decisiones. Quizá me habría ido mejor si hubiese seguido como asalariada de por vida en una empresa en la que tenía el puesto asegurado, pero eso no me hacía feliz. Tenemos que aprovechar las oportunidades que nos presenta la vida, ¿no?

—Claro que sí. Yo estoy contigo, y Ángel también, aunque sea un *viejoven* cascarrabias. Estoy convencida de que aquí haremos algo grande.

A pesar de que durante toda su vida la tía Patricia había sido un espíritu libre incapaz de echar raíces en un lugar, cada vez se sentía con menos fuerzas de seguir el ritmo de las compañías itinerantes de teatro. Le encantaba su trabajo como actriz, subirse a los escenarios de teatros de todas las ciudades y pueblos del país, pero estaba en un punto de su vida en el que valoraba tener un techo propio en el que descansar. Por eso se unió sin pensarlo a la

empresa de Eva en cuanto se lo propuso. Todavía tendría que ausentarse para terminar la temporada teatral, pero estaba a cinco funciones de dar un vuelco a su vida y dejar de mostrar su talento al mundo para compartirlo con sus alumnos. Y aportar algo en sus carreras de una forma muy diferente, una idea que no podía hacerle más ilusión.

—Está bien —claudicó Ángel—, lo primero es empezar a organizar esto, limpiar y pensar en la reforma que necesita. Llamaré a un par de contactos que tengo para que me hagan un presupuesto justito y que se pongan a trabajar cuanto antes. Hasta que el local no esté presentable no podemos contratar profesores ni abrir las matrículas.

—¿Ves? Ya está hablando el hombre de negocios que llevas dentro —dijo Eva, agarrándose al cuello de Ángel y dándole un sonoro beso en la mejilla que siempre conseguía mejorar su humor—. Entonces nosotras podemos ir sacando las cosas que no sirvan.

—Vale. Ainhoa, tú no tienes que quedarte, si quieres puedo llevarte de vuelta a la estación. Siento que hayas venido para nada, pero pensé que esto estaría más avanzado.

—No pasa nada, primo. Me quedo con las chicas y ayudaré en lo que pueda.

La energía con la que iniciaron el trabajo de despejar el local fue menguando en la misma proporción que aumentaba el polvo que tragaban. Resultó ser un proceso más duro del que habían supuesto, y tras las primeras cuatro horas de lo que prometía ser una larga odisea, decidieron parar y recuperar energías en un lugar con menos humedad y suciedad.

—¿De verdad piensas que en un par de meses podremos abrir la escuela? —preguntó Eva a Patricia, cabizbaja por lo poco que habían avanzado con el local, mientras se aferraba a una humeante taza de café de la cafetería más cercana que pudieron encontrar.

—Creo que es plausible, aunque no será fácil —sentenció Patricia —. Lo que sí pienso es que debemos hacer caso a Ángel en lo de contratar a alguien. Será un gasto extra, pero nosotros solos tardaríamos mucho más. Además, yo todavía tengo funciones, y Ainhoa ni siquiera debería estar aquí.

—Me gustaría poder ayudar más —respondió Ainhoa—, pero tengo que volver a casa de mis padres esta tarde. Más adelante me alquilaré algo aquí y ya no habrá problema, pero antes tengo que tener trabajo…

—Ya has hecho bastante hoy viniendo y echándonos un cable —afirmó Eva con una sonrisa—. Descuida, que la próxima vez que vengas tendrás tu puesto de secretaria esperando. Pero pienso ser mucho más exigente contigo entonces…

—No lo dudo —respondió ella con lo que podría haberse interpretado como un tono retador.

Ese tono que tanto habría gustado a Eva cuando era más joven y cuando sus relaciones se basaban en la regla de oro de cero compromiso o expectativas. Un tono que ya no captaba ni seguía para evitar verse enredada en otro juego de seducción inconveniente.

No. Ya no.

Ahora era diferente. Era una persona con una relación madura. Con un novio serio y adulto que le había dado la estabilidad emocional y mental que tanto necesitaba. Ángel apareció en su vida justo en el momento oportuno. Después de su decepción romántica más grande y de otros conatos de romance sin sentido. Lo conoció hacía ahora un año y medio en una entrevista para un puesto de trabajo que no consiguió. Él trabajaba en recursos humanos de la empresa, donde de hecho seguía trabajando. Fue el encargado de decirle que, a pesar de su experiencia y sus cualidades, no era lo que estaban buscando. Sin embargo, su buena impresión en la entrevista le hizo pensar que tal vez sí era lo que él buscaba en otro ámbito de su vida mucho más personal. Y no pudo negarse a salir con él después de esa declaración de intenciones. Lo demás fue coser y cantar. Un hombre tranquilo, cariñoso, responsable, guapo, que buscaba una compañera de viaje.

Su relación nunca había destacado por la pasión o por el deseo sexual desmesurado, pero había aprendido del resto de sus relaciones que eso no sentaba las bases de ninguna pareja a largo plazo. Estaban bien y eran felices. A su manera. La convivencia funcionaba y la comunicación era su punto fuerte. Puede que

después de tanto renegar de las relaciones hubiese por fin encontrado a la persona con la que compartiría el resto de su vida.

—Hola, cariño —saludó al llegar por fin a casa, después de acompañar a Ainhoa a la estación y de despedirse de la tía Patricia hasta la siguiente semana. Aunque ese piso era mucho más grande que el apartamento en el que vivía antes, todavía se le hacía extraño abrir la puerta y no encontrarse con su acogedor salón, protegido en la oscuridad por su gato Rumpelstiltskin. Tampoco el minino se había acostumbrado a convivir con un hombre, por eso pasaba la mayor parte del tiempo hecho un ovillo sobre la ropa que Eva dejaba cada mañana tirada en la cama y no salía a buscarla cuando llegaba—. ¿Cómo ha ido el día?

Ángel salió de la cocina para recibirla y darle un cariñoso beso tan pronto como escuchó la puerta cerrarse. Había cambiado su habitual indumentaria formal por un atuendo más cómodo de estar en casa. Una camiseta blanca de manga corta y un pantalón de chándal oscuro. También se había quitado sus características gafas de metal, montadas al aire, que solo necesitaba para ver de lejos; y llevaba el pelo revuelto, de un marrón más oscuro de lo normal, posiblemente porque todavía se mantenía algo húmedo tras haberlo lavado en la ducha.

—Bien, tengo novedades que contarte —dijo ayudando a Eva a deshacerse de su abrigo y de su bolso—. Pero, antes de nada, quería pedirte perdón por lo de esta mañana. Me agobié un poco al ver el local y reaccioné de una manera impropia de mí.

—Tranquilo, es normal que estés nervioso. Nos jugamos mucho con todo esto.

—Sí, y quiero que sepas que me lo estoy tomando muy en serio y que voy a luchar por que sea un éxito. —Ángel tomó a Eva de las manos y la llevó hasta el sofá, donde se sentaron antes de continuar hablando—: De hecho, esa es parte de la sorpresa. Voy a pedir una excedencia de tres meses para poder dedicarme por completo a la escuela. ¿Qué te parece?

—Tres meses es muy poco tiempo, ¿no? —La respuesta de Eva no fue exactamente lo que Ángel esperaba, como demostró el gesto de decepción que se dibujó en su rostro.

—Bueno…, suficiente para poder arrancar y ver si funciona. Tengo que ser un poco práctico. De verdad espero que salga bien, pero, si no, no podemos quedarnos sin ingresos a largo plazo.

—Ya, supongo que tienes razón —afirmó Eva.

—Va, no pensemos en eso ahora. De momento vamos a centrarnos en sacar adelante la escuela. Mañana he quedado con el gerente de una empresa de reformas para que vea el local y nos haga un presupuesto.

Eso sí logró cambiar la expresión de Eva, que de pronto se relajó e incluso iluminó.

—Genial, gracias. Eres el mejor novio del mundo.

—Bueno, al menos uno de los tres o cuatro mejores.

Eva se acercó para besar a Ángel. Le acarició la pierna y se dejó llevar hasta su torso para introducir la mano por debajo de la camiseta. Ángel se apartó un poco y lanzó una fugaz mirada hacia la cocina.

—La cena se va a enfriar…

Se habían convertido en una pareja de costumbres. Tenían una hora para cenar, una hora para ver la tele o para leer y una hora para el sexo. Si no se trataba de ese momento o se pasaba, ambos daban por hecho que tendría que esperar hasta el siguiente. Algo que de pronto a Eva le molestó un poco. Había tomado como suyo ese pacto no firmado, pero no le gustaba pensar que no podría ser espontánea o hacer el amor con su novio simplemente porque le apetecía. En teoría esa también debía ser una de las ventajas de sentar la cabeza con alguien. Por eso obvió el comentario de Ángel y se colocó a horcajadas sobre él, aprisionando su cuerpo entre ella y el sofá. Siguió besándolo y guio sus manos hasta su trasero, donde se acomodaron.

Aunque tardó un poco, Ángel entró en el juego. Aceptó los besos y las caricias de Eva, desnudó su torso y le dedicó más que unas cuantas atenciones a su cuello y a su pecho. Eva se dejó hacer y enseguida sintió una creciente dureza más abajo. Llevó la mano hasta el pantalón de Ángel y lo retiró sin muchos miramientos para dar salida a sus deseos.

—¿Desde cuándo eres tan fogosa? —preguntó Ángel entre jadeos al sentir la mano de Eva sobre su miembro.

Eva detuvo de inmediato su quehacer. Atónita a partes iguales por el término que acababa de utilizar su novio y por el hecho de que tuviera una opinión sobre ella tan alejada de la realidad.

—¿Perdona?

—Olvídalo —respondió Ángel con rapidez, y volvió a besarla tratando de evitar romper el momento. Cosa que no logró.

—Yo siempre he sido así —respondió Eva con firmeza, deteniendo el avance de los labios de Ángel.

—Conmigo no —resopló, a sabiendas de que ya no seguirían como si nada.

Eva se apartó de él y se sentó a su lado, pensando que no la conocía de verdad, o que ella no se había mostrado como era. ¿Cómo era? Ya ni siquiera estaba segura. Había sido de muchas maneras: la chica apasionada que buscaba sexo sin compromiso con cualquiera que se pusiera a tiro; la estúpida enamorada de alguien que no le convenía y que no llegó a corresponderla; la mujer centrada que quería una vida sencilla con alguien en quien pudiera confiar… Todas ellas. O tal vez ninguna.

Había dejado de lado sus deseos como mujer para centrarse en su carrera y en su vida. No había vuelto a preguntarse sobre lo que quería para ella misma. Asumió que Ángel era el puerto de destino al que llegar después de una travesía repleta de tormentas, mareos y vómitos. Y allí se sentía protegida y a gusto. No como la Eva de antes. Pero a ella tampoco la echaba de menos. Estaba donde quería estar.

—¿Estás bien? —preguntó Ángel al obtener la callada por respuesta durante un par de minutos.

—Sí, sí. Vamos a cenar y a ver si nos acostamos pronto, que mañana toca madrugar.

Capítulo 2

«El Bombín de Charlot. Me encanta cómo ha quedado. Y el nombre. No me creo que por fin vaya a tener mi propio negocio. Yo, Eva Suárez, de becaria a empresaria en tres años. Podría escribir un libro. El título ya lo tengo. Claro que si fuese biográfico y contase solo la mitad de las cosas que he hecho hasta llegar aquí nadie querría seguir mis pasos. O tal vez sí, aunque no fuese para llegar a empresaria. Que al personal le gusta más el salseo que el jamón ibérico de pata negra…».

Eva divagaba en sus propios pensamientos mientras acariciaba el logo recién impreso y listo para ser colocado en su visible lugar, sobre la entrada a la escuela. «El Bombín de Charlot», como rezaba el texto, y cuya imagen más representativa era precisamente ese singular objeto, tan característico del personaje que Charlie Chaplin hizo inmortal en la gran pantalla.

Aunque ahora iba poco, siempre había sido bastante aficionada al cine; en especial al cine de comedia. Y, a su juicio, Chaplin reunía todas las cualidades que pretendían enseñar a los alumnos que acudieran a apuntarse a su academia: interpretación, presencia, baile, estilo e incluso voz. La mejor forma de homenajear a uno de los más grandes iconos del cine, y de tener un nombre simpático y fácil de recordar. Lo bastante llamativo como para captar la atención de transeúntes y curiosos.

Viendo avanzar las obras, Eva sentía unas mariposas en el estómago muy diferentes a las relacionadas con el romanticismo.

Estaba emocionada, ilusionada y muerta de miedo. Todavía faltaban algunos días para la inauguración oficial y apenas habían empezado a promocionar la escuela, pero tenía la sensación de que la apertura de su nuevo negocio era la comidilla al menos entre los habitantes del barrio. Para su desgracia, la edad media de los vecinos era de más de cincuenta años, lo que hacía presuponer que no estarían interesados en convertirse en jóvenes promesas del cine o del teatro. Sin embargo, podrían servir como medio promocional sin igual si el boca a boca hacía su efecto.

Por el momento, había invitado a sus dos mejores amigas a visitar la escuela para conocer su opinión: Sonia y Blanca. Porque no le habrían perdonado ser las últimas en ver su nuevo flamante cartel. Las circunstancias vitales de cada una impedían que pudieran verse a menudo, pero seguían guardándose un gran cariño y hablando tanto como podían. También con Edu, aunque llevase dos años viviendo la vida loca en Argentina y estuviese mucho más preocupado por no perder la cuenta de sus ligues que de hablar de la aburrida vida de sus amigas.

—¡Qué pasada de cartel! —exclamó Sonia a su espalda, haciendo que se sobresaltara.

—¡Sonia! —respondió Eva lanzándose a sus brazos—. ¡Qué ganas tenía de verte! ¿Qué tal todo?

Sonia abrazó con fuerza a Eva antes de responder a su pregunta:

—Bien, ya sabes, como siempre. De casa al trabajo y del trabajo a casa. Y el poco tiempo libre que tengo lo aprovecho para hacer cosas con Fran. Las relaciones son como las plantas: si no les pones un poquito de agua cada día, se mueren.

—Ah, ya sé a qué agua te refieres. Gaseosa más bien.

—Con una rodaja de limón —sonrió Sonia, a quien el matrimonio le había sentado especialmente bien. Muchos dirían que casarse a los pocos meses de empezar a salir con alguien es un tremendo error, pero en su caso había sido todo un acierto. Y podía asegurar sin miedo a equivocarse que eran una de las parejas más enamoradas y sólidas que conocía. Incluso mucho más que Blanca y su «idolatrado» Óscar.

—Me alegro muchísimo por ti —respondió Eva con sinceridad—. Pero a ver si me dais un sobrino ya, que a este paso me salen canas y me hago tía abuela.

—Ya tienes los dos de Blanca…

—¿Qué dos de Blanca? —preguntó la aludida, que llegaba justo en ese momento empujando un carrito de bebé, cortando la última frase de Sonia.

—Sobrinos encantadores —dijo Eva con cierta ironía en su respuesta. No por la pequeña, que acababa de nacer y apenas hacía otra cosa que comer y dormir; sino por Izan, ese pequeño terrorista de tres años al que era evidente que sus padres no estaban sabiendo educar y destruía todo lo que tocaba a su paso. Diría que por donde pisaba no volvía a crecer la hierba, tal cual el caballo de Atila[1]. Menos mal que ese año había empezado la escuela y ya no aparecía siempre con su madre.

—Calla, calla. Que estoy de niños que me salen por las orejas. Una bendición del cielo son, pero si pudiera desenchufarlos de vez en cuando…, vamos, quitarles las pilas y que estén tranquilitos para variar. Porque entre esta que se pasa el día comiendo y el otro que es un trasto que no para, me tienen agotada. Y su padre que dice que no es para tanto. Claro, porque él se va por la mañana a trabajar y no vuelve hasta la noche. Pero ¿quién se queda cuidando de ellos y de la casa? Pues yo, y se me caen las paredes encima. Vamos, que quiero mucho a mi familia, la adoro, pero ¡cualquier día de estos, cojo la puerta y me voy!

—Sí, ya hablas como toda una madre —ironizó Eva, ganándose una mirada asesina de Blanca que despertó las carcajadas en sus amigas—. Todavía no me habéis dicho si os gusta el local —dijo cambiando de tema antes de que Blanca siguiese con su monólogo.

Las chicas observaron el lugar con fijación, escudriñando cada rincón y cada sala. Eva daba las explicaciones pertinentes sobre el destino de cada uno de los espacios, logrando invocar una imagen mental bastante próxima a lo que ocurriría entre esas paredes en poco tiempo.

—Es genial, tía —dijo Sonia sin más.

—Es increíble que hayas conseguido todo esto tú sola… —comentó Blanca con un tono de incredulidad—. Es decir, que no me imaginaba que pudieras dar el salto y convertirte en emprendedora. Te veía un poco bala perdida como para poder ocuparte de todas las necesidades de un negocio —puntualizó.

—Gracias por la confianza —respondió Eva sarcásticamente—. Aunque no lo he hecho yo sola para ser sincera. Ángel y mi tía Patricia se han involucrado desde el primer momento.

—Eso sí, qué bien te ha venido ese chico en tu vida —afirmó Blanca—. Por fin, un poquito centrada y con las riendas del futuro. Estoy deseando que os caséis ya para que no se te vuelva a pasar por la mente hacer alguna tontería.

Eva quiso replicar a su amiga, pero tuvo que morderse la lengua ante la aparición de Ainhoa, que había regresado a la ciudad unos días atrás para instalarse y empezar a familiarizarse con lo que sería el día a día de la escuela.

—Pues ya he investigado un poco el barrio y parece que es un buen sitio para atraer gente —dijo mientras entraba hasta la recepción y se apoyaba en la que sería su mesa—. A vosotras no os conozco —señaló mirando a Blanca y Sonia—, ¿queréis información sobre la escuela?

—Tranquila, Ainhoa, son unas amigas mías. Si quieres puedes ir a ver la silla que hemos comprado para ti. Está en la sala del fondo, que de momento se ha convertido en el almacén.

—Claro, Eva. Si necesitas algo, llámame.

Ainhoa continuó su camino hacia el lugar que Eva le había indicado. Y, en cuanto se alejó lo suficiente, sus amigas increparon a Eva con los ojos abiertos como platos y respectivas maliciosas sonrisas.

—Hablando de tonterías, ¿quién es Ainhoa? —indagó Blanca haciendo referencia a su anterior comentario sobre la supuesta firmeza de su relación.

—¡Uy, qué joven, y qué guapa! —apuntilló Sonia con toda la maldad que pudo en su entonación.

—Dejaos de tanta preguntita. Ainhoa es la prima de Ángel y la secretaria de la escuela. Nada más. Ya no me intereso por las

mujeres, por si no os habíais dado cuenta.

—Por supuesto. Es solo que nos ha extrañado, al menos a mí —puntualizó Sonia a pesar del movimiento afirmativo de la cabeza de Blanca—, que casualmente se trate de una chica tan atractiva.

—Pues ya ves. Yo no he tenido nada que ver en la elección. Siento estropear las fantasías de vuestras mentes calenturientas.

—De nuestras mentes calenturientas, dice —siguió Blanca—, como si ella fuese la santa del grupo. ¡Lo que hay que oír! Ya veremos si es verdad eso y no acabas enchochada como con aquella de la que juramos no volver a hablar nunca.

—¡JAMÁS! —gritó Eva en un tono excesivamente alto, cabreada de inmediato tan solo con la referencia que Blanca había mencionado—. Que no, que no —siguió, bajando el tono y negando a la vez con la cabeza—. Que estoy muy contenta con mi Ángel, no lo cambio por nada.

—Sabes que es una persona —insistió Sonia—, ¿verdad? No un robot aspirador, ni un detergente sin lejía…

—Venga, ya está bien. Fuera de aquí las dos. Que os invito a ver la escuela y acabamos hablando de historias para no dormir que me están empezando a poner de los nervios. Para tener treinta años parecéis dos viejas brujas…

Las carcajadas inundaron la recepción y a punto estuvieron de despertar al bebé de Blanca. Sin embargo, las chicas obedecieron y se marcharon sin montar más escándalo. No sin antes hacer prometer a Eva que las llamaría para ver la escuela en pleno funcionamiento en cuanto echase a andar.

Ella suspiró tranquila cuando el huracán hubo amainado. La conversación anterior a punto estuvo de hacer tambalear los sólidos cimientos de la vida que se había construido, pero su rápida reacción evitó cualquier inicio de desastre. Ya no quería saber nada más de las mujeres más allá de lo profesional, de la familia o de la amistad con sus amigas. Ya había disfrutado y sufrido bastante con ellas en terrenos más íntimos. Y no tenía intención de volver a dejar que una mujer le hiciera poner en duda en lo más mínimo la relación casi idílica que mantenía con Ángel.

«Entonces, ¿por qué le estás mirando el culo?», se preguntó al descubrir a Ainhoa agachada, tratando de ajustar la silla, exponiendo su circular y perfecto trasero al mundo. Las curvas de las mujeres habían sido demasiadas veces su debilidad. En eso sus amigas tenían razón. Y justo en momentos como ese por su cabeza relampagueaba la idea de si su bisexualidad se despertaba en la misma proporción por ambos sexos, o si los hombres eran el entrante y las mujeres el plato principal. Tal vez un buen corte de presa ibérica a la brasa. Sabroso, jugoso y muy caliente.

Ainhoa sorprendió a Eva con las manos, o los ojos, en la masa. Se incorporó y la encaró con media sonrisa en la cara.

—¿Disfrutando de las vistas? —preguntó sin cortarse.

—Iba a ofrecerte mi ayuda —respondió Eva de una manera un tanto atropellada.

—Todo controlado, gracias —dijo manteniendo la sonrisa, pero evitando poner a Eva más nerviosa de lo que ya estaba—. Pensaba irme ya a casa y volver esta tarde un rato a organizar el escritorio.

—Mejor déjalo para mañana. Esta tarde empezamos con entrevistas a profesores, prefiero tener la entrada despejada.

—Ah, entendido. Entonces hasta mañana.

—Hasta mañana… —susurró, dejando la frase en el aire, sin estar segura de si debía seguir hablando—. Por cierto, Ainhoa —siguió cuando la chica se disponía a abandonar la sala—, gracias por haberte implicado tanto en todo esto. No tenías por qué.

—No hay de qué. Al fin y al cabo, Ángel es mi primo y tú eres su novia. Apuesto que no tardando nos convertimos en familia. Estoy deseando empezar a trabajar y que pasemos más tiempo juntas, jefa.

Definitivamente, no debió seguir hablando. Otra vez ese tonito juguetón que le producía un cosquilleo en el centro de la nuca. Que podía recordarle a otros tiempos en los que ella misma lo utilizó para sacar de quicio a sus conquistas. No podía creer que las intenciones de Ainhoa fuesen otras que las de ayudar en la empresa de su primo y ganarse un sueldo como trabajadora. Pero tampoco podía evitar ponerlas en duda mientras veía cómo se alejaba sonriente y contoneándose como si saliera victoriosa de una batalla.

Y a ella le gustaba. Se odiaba por ello, pero le gustaba. De pronto tenía más de una razón para querer que la escuela empezase a funcionar. No con intención de engañar a Ángel. Eso nunca. Pero sí con la idea de poner un poco de pimienta a la anodina vida diaria que era llevar un negocio. Con todas las experiencias que había tenido y con la perspectiva de una mujer adulta, estaba convencida de que podría controlar la situación para que todo quedase en un pequeño juego inofensivo. Tan inofensivo como el parchís.

—¿Dónde te ves dentro de diez años? —Esa era la pregunta clave que Patricia hacía a todos los candidatos a profesor de la escuela que iban pasando por la entrevista. Sobre todo, le gustaba la diferencia que existía en las respuestas de los más jóvenes a los más mayores. Por lo general, los mayores aspiraban a tener una vida tranquila y un trabajo estable, como ella. Mientras que aquellos que rondaban la cuarentena todavía mantenían la esperanza de convertirse, por arte de birlibirloque, en grandes estrellas del celuloide.

El último candidato había resultado ser Mario, un hombre de mediana edad, en concreto de cuarenta y nueve años, según los cálculos que habían hecho con la fecha de nacimiento que aparecía en su currículum. No aparentaba para nada su edad. Saltaba a la vista que se preocupaba por su aspecto físico. Posiblemente cuidaba su alimentación y era un asiduo del gimnasio, como demostraban sus bien definidos músculos bíceps y pectorales. Además, tenía un estilo de vestir juvenil, con un pantalón vaquero oscuro, muy ajustado, y una camisa de cuadros roja y blanca, remangada y abierta en la parte superior que dejaba ver una camiseta interior también de color oscuro. Llevaba el pelo corto, pero lo bastante largo como para permitirle definir un tupé justo encima de la frente; y el rostro cubierto de una fina y desaliñada barba que indicaba falta de rasurado de unos tres días. Toda una falsa ilusión de ser un despreocupado de su imagen.

De no haber estado tan distraída pensando en otras cuestiones no del todo laborales, Eva podría haberse dado cuenta de que su tía no

le quitaba ojo, y que le llamaba la atención por mucho más que sus habilidades como fotógrafo y posible docente. Los cincuenta y cinco años a las espaldas de la tía Patricia no habían mermado su libido ni sus deseos sexuales. Al contrario, ahora que tenía más tiempo para ella misma parecía haber vuelto al mercado por la puerta grande. Quizá con el objetivo de dejarse pescar por alguien, o de dar rienda suelta a sus fantasías ocultas.

—Pues, siendo sincero —respondió Mario sonriendo—, no creo que mi vida vaya a cambiar mucho de aquí a una década. Me gusta lo que hago, y pienso seguir haciéndolo. Quiero tener un trabajo más estable que me permita tomarme la vida con calma, pero voy a continuar haciendo fotos para revistas, catálogos o lo que surja. Necesito estar detrás de una cámara.

—Perfecto —dijo Patricia también sonriendo—. Por nuestra parte es todo. Muchas gracias por venir y te diremos algo lo antes posible.

—Muchas gracias a vosotras —concluyó antes de recoger sus cosas y abandonar el lugar.

—¿Podemos quedárnoslo? —imploró Patricia con un tono entre emocionado y suplicante tan pronto como Mario desapareció de su vista—. ¡Porfa, porfa, porfa!

—¿Qué tiene de especial? —preguntó Eva, ajena a todo lo que acababa de ocurrir.

—¡Qué no tiene! —exclamó Patricia—. ¿Tú has visto cómo está? No, tú qué vas a ver si llevas pensando en las musarañas desde que empezaron las entrevistas.

—Vale, reconozco que he estado un poco ausente —respondió Eva mientras cogía las hojas que descansaban sobre la mesa para revisar la información de los entrevistados—. Pero no podemos escoger un candidato según la revolución que sufren tus hormonas.

—No es solo eso. Tiene un buen currículum —señaló Patricia adelantando el documento de Mario para que Eva pudiese verlo—, y además fue modelo de joven. Creo que puede enseñar un par de cosas a sus alumnos…

—Y a ti, ya puestos…

—A ver, yo estoy abierta a lo que surja. Y que yo sepa no es ningún pecado alegrarse la vista.

Eva miró a su tía, negó con la cabeza y suspiró con media sonrisa.

—Está bien. Le diré a Ainhoa que lo llame mañana o pasado.

—¡Ah, gracias! —exclamó Patricia lanzándose a los brazos de su sobrina—. Sí, sí, tú habla con Ainhoa… —siguió en un tono provocador.

—¿A qué viene ese tono?

—A nada. Solo digo que por aquí va a ser bastante fácil alegrarse la vista, ¿no?

—Ya estamos otra vez. ¿Cuántas veces voy a tener que justificarme por la presencia de Ainhoa? Presencia con la que yo no he tenido absolutamente nada que ver.

—¿Otra vez?

—Blanca y Sonia insinuaron algo parecido esta mañana.

—Porque te conocemos.

—Pues os estáis equivocando. Para una vez que tengo una relación de la que no quiero escapar, tengo que aguantar esto.

—Yo digo que Ángel no es para ti, y una tentación como ella va a ser difícil de dejar pasar.

—¡Que no me interesa! Ni que fuera Miss Universo. Además, creí que disfrutar de las vistas no era pecado…

Que sus amigas —cuya imagen más cercana de ella era la de una casquivana— tuvieran tan poca fe en ella le parecía justificable, incluso lógico. Pero que su tía diese crédito a esa absurda idea de que tiraría su relación por la borda por un par de tetas no le hacía ninguna gracia. No podía engañarse a sí misma jurando que ya no sentía atracción por las mujeres; pero sí tenía suficiente autocontrol como para que esa atracción no significase nada más. Nadie, ni siquiera las personas más cegadas por el amor, podían evitar sentirse atraídas por alguien que no fuese su pareja. Pero en ningún caso eso menguaba el amor o invalidaba la pareja.

Mientras Eva seguía hablando consigo misma y recogiendo sus pertenencias con toda la parsimonia del mundo, Patricia se ocupó de colocar todo lo demás en su lugar y dejarlo listo para el día siguiente, respetando el silencio de su sobrina. Aquellas semanas de intenso trabajo parecían dar sus frutos poco a poco. Una vez que hiciesen saber a los elegidos que serían los nuevos profesores del

centro, tendrían lo más importante que cualquier centro de enseñanza puede necesitar. Apagaron luces y cerraron puertas, pensando que cada vez faltaba menos para que se abrieran por primera vez a la llegada de alumnos.

Capítulo 3

«Vale, nos va a pillar el toro con la inauguración y está todo manga por hombro todavía. A ver, Eva, no te agobies, que bajo presión sabes que no funcionas. Que ha sido mala suerte que justo esta semana tía Patricia tenga función, y que Ángel tenga mil reuniones para dejarlo todo atado antes de cogerse la excedencia; pero tú eres una mujer fuerte e independiente que sabe arreglárselas muy bien sola, ¿no? Pues eso, deja de lloriquear y a arrimar el hombro, que este caos no va a organizarse solo».

Estaba sola. A una semana de la apertura oficial de El Bombín de Charlot. Con todo el desorden que habían dejado los trabajadores de la empresa de reformas para ella solita. Polvo y escombros en el suelo, pintura en los marcos de las puertas, muebles sin desembalar… Y su novio y su tía desaparecidos en combate en el momento clave.

Eva resopló y se remangó las mangas de la sudadera vieja que había elegido para la ocasión. Supo prever que la ropa no saldría indemne de esa situación, por lo que no dudó ni un minuto en escoger un modelito que no se atrevería a enseñar en sociedad de ninguna otra manera. Comenzó por colocar una gran bolsa de basura en una esquina para depositar todos los restos de materiales de construcción que fuese encontrando. Podía afirmar que habían hecho un buen trabajo con la reforma, pero no diría lo mismo en cuanto a la limpieza y pulcritud del lugar. «Aquí hay más mierda que en el palo de un gallinero», pensó, invocando la frase que en

ocasiones había escuchado a su madre y a su abuela. Y sonrió al darse cuenta de cuánta sabiduría popular existía en los dichos que manejaban de forma habitual las generaciones predecesoras.

En medio de la faena, escuchó unos tímidos golpes en la puerta de entrada. Desde luego no esperaba a nadie esa mañana y tenía mucho por hacer. Si alguien pensaba molestarla o intentar venderle algo, le daría una contestación a la altura de su estado de ánimo. Fue hasta la puerta sin dejar de resoplar, pero el cabreo que mostraba su rostro se suavizó al ver a Ainhoa al otro lado.

—¿Ainhoa? ¿Qué haces aquí? Creí que habías vuelto con tus padres hasta la inauguración.

—Sí, ese era el plan —comentó la recién llegada con media sonrisa y una bolsa de algo que desprendía un delicioso olor a panadería reciente—. Hablé con Ángel esta mañana y me comentó que estabas agobiada y sola, y he cambiado de idea. Pensaba echarte una mano con todo esto, si te parece bien. Y he traído el desayuno —añadió moviendo la bolsa para que Eva se percatara de ella, si no lo había hecho ya.

—Eh… —dudó, tomándose unos segundos para debatir internamente si era buena idea quedarse a solas con ella, y a la vez avergonzada por la imagen que proyectaba con su chándal de hacía diez años y un moño que recogía su cabello sin ningún cuidado. Ainhoa, por el contrario, lucía impecable, con un pantalón vaquero ajustado, un abrigo largo que silueteaba su contorno y un gorro de lana con un gran pompón que solo ocultaba parte de su larga melena oscura, y le confería un aspecto dulce a pesar de esa mirada profunda y azulada que prometía todo lo contrario—. Pasa.

Ainhoa obedeció y se adentró en la recepción para dejar allí sus pertenencias y ponerse más cómoda. Echó un vistazo al interior y profirió un largo silbido que indicaba el impacto que le había causado esa visión.

—No esperaba que estuviese tan mal —comentó poniendo los brazos en jarras—. No sé si vengo preparada para esto —siguió, mirando su propio vestuario y comparándolo después con el de Eva.

Eva se sintió avergonzada al momento y trató de taparse cruzándose de brazos.

—Ya, es que es mejor que te vayas, te vas a manchar y yo puedo sola, de verdad.

—Bueno, tampoco es que me vaya a asustar ahora por un poco de polvo —dijo sonriendo mientras también se remangaba su jersey antes de unirse a Eva—. Por cierto, te queda genial el pelo recogido.

—Gracias —murmuró con cierta ironía en la voz.

Eva retomó el trabajo y Ainhoa se unió a ella con las tareas más alejadas de la suciedad, como empezar a colocar los muebles menos pesados en su sitio. Aun así, no pudo evitar que su ropa fuese adquiriendo un tono grisáceo a medida que pasaban las horas.

La exposición al polvo y el cansancio físico fueron mellando su productividad, pero, para el final de la tarde, habían conseguido ordenar y limpiar más de la mitad de la escuela. Apenas hablaron de algo que no estuviese relacionado con ello. En su lugar, pusieron una lista de reproducción de Spotify con las canciones de moda, casi todas de ritmos latinos que invitaban a hacer otras cosas alejadas del trabajo. Ainhoa iba canturreando y bailando de vez en cuando entre tarea y tarea; y, en esos momentos, Eva era incapaz de no dedicarle una mirada y deleitarse con la sensualidad que desprendía sin darse cuenta.

—Oye, Ainhoa —dijo Eva cuando ya no pudo más, deteniendo el último baile de la joven—, ¿qué te parece si descansamos un poco y tomamos un café? Yo creo que por hoy ya hemos hecho bastante.

—Claro —respondió al instante—. Deja que me arregle un poco y vamos al bar de aquí al lado si quieres.

—La verdad es que pensaba tomarlo aquí —respondió con la vergüenza haciendo acto de presencia de nuevo por su indumentaria —. No estoy muy presentable que digamos.

—No digas tonterías, estás perfectamente —aseguró Ainhoa sin una pizca de sarcasmo en su voz—. Pero si quieres me acerco y los compro.

—Sí, mejor. Yo invito —siguió, a modo de agradecimiento mientras rebuscaba en su bolso un billete de diez euros.

Ainhoa se acercó a Eva para recoger el billete mientras se sacudía el polvo de toda la parte delantera del cuerpo.

—¿Me ayudas? —preguntó, dándose la vuelta después de coger el billete para dejar su polvorienta espalda a la vista de Eva—. Tú sacude, sin miedo.

Eva tragó saliva sin decir nada. Miró al techo para concentrarse en cualquier otra cosa que no fuese la cercanía de Ainhoa y comenzó a sacudir el polvo de su espalda sin bajar la mano de la altura de los omóplatos.

—Como vayas a ese ritmo me cierran el bar —comentó con una leve risa—. Espero que no seas tan suave en todo lo que haces —provocó.

—Eh… No, es que estás bien, tampoco hay mucho polvo —balbuceó, evitando entrar en esas provocaciones que tan a prueba ponían su paciencia.

—Vale —dijo Ainhoa sin más mientras terminaba de sacudir el resto del cuerpo, trasero incluido—. Vuelvo en cinco minutos.

—¡Espera! —pidió Eva antes de que Ainhoa saliese del local—. No te he dicho cómo me gusta el café.

—Es mi obligación saberlo ya que voy a ser tu secretaria.

—En realidad vas a ser la secretaria del centro, no la mía.

—Descuida. Traeré el café para todo el mundo, pero el tuyo siempre tendrá un toque de canela —replicó guiñándole un ojo.

Solo cuando Ainhoa salió de la escuela, Eva consiguió relajarse un poco. La actitud que mostraba Ainhoa hacia ella no podía definirse como normal. Incluso si sus sospechas eran ciertas y tenía intereses que iban más allá de mantener una relación laboral, resultaba demasiado atrevida. Sobre todo, teniendo en cuenta que no se trataba de una chica cualquiera, sino de la prima de su novio.

Hasta donde ella sabía, habían tenido una relación bastante cercana desde pequeños. Se veían todas las semanas y jugaban juntos, con el resto de los niños de la familia. Ángel era hijo único, por lo que podía suponer que sus primos habían sido lo más parecido a hermanos que tuvo en su infancia. Por eso no conseguía entender que Ainhoa no respetase la relación de su primo y estuviese lanzando continuos mensajes con doble sentido, sin ninguna delicadeza.

Sus pesquisas se mantuvieron en su cabeza y la mantuvieron a ella alejada de cualquier conversación el resto del día. También en casa y durante la cena, cuando Ángel comenzó a sospechar que algo inquietaba a Eva debido a su silenciosa presencia.

—¿En qué piensas? —indagó por fin Ángel viendo a Eva dar vueltas con el tenedor a su parrillada de verduras—. Has estado muy callada desde que llegaste a casa.

—Estoy cansada, solo es eso… —murmuró sin muchas ganas, y debatiendo si debía compartir con él su preocupación, hasta que al fin se decidió—: Cariño, ¿por qué te empeñaste tanto en que Ainhoa trabajase en la escuela?

—¿Qué? —preguntó él, no porque no hubiese escuchado la pregunta, sino porque le había pillado desprevenido esa repentina referencia a Ainhoa—. Yo no me empeñé. Ella necesitaba un trabajo y yo quería echarle una mano. Eso es lo que se hace con la familia, ¿no?

Eva dio un bocado a la cena, dándose tiempo para pensar una respuesta que no diese demasiadas pistas sobre sus recelos.

—Sí, claro que es importante ayudar a la familia. Ya ves, mi tía es nuestra socia también. Lo que pasa es que no sé si Ainhoa es la persona adecuada para el puesto. Quizá podíamos buscarle otra cosa y contratar a alguien con más experiencia…

—Creí que te caía bien —cortó Ángel—. ¿Ha pasado algo?

—Sí, sí, no… O sea, que sí me cae bien y no ha pasado nada. Olvídalo, seguro que hace un buen trabajo —sentenció, evitando contarle más de lo necesario.

Eva consiguió evitar el contacto con Ainhoa los días posteriores, y de paso seguir pensando en sus intenciones. Se centró en finalizar la puesta a punto de la escuela por su cuenta y organizar a todo el mundo para que acudieran el lunes siguiente a la que sería la jornada de presentación de profesores y equipo. También ese día se abrirían las puertas de la escuela, y esperaban empezar a recibir interesados y futuros alumnos, por lo que el nerviosismo era doble

ante la incertidumbre de lo que podría pasar. Lo cierto era que no habían preparado ninguna actividad especial para la inauguración, no les pareció necesario hacerlo. A fin de cuentas, la curiosidad despertada de manera orgánica debería ser suficiente para arrancar el negocio, y todo lo demás lo daría el tiempo y las opiniones de los primeros inscritos. Lo más importante para ella era contar con un buen equipo y tener una buena imagen. Y estaba bastante segura de que había conseguido ambas cosas, incluso aunque la presencia de cierta persona le hacía presagiar una lucha continua con sus fuegos internos.

Por fin, las luces se encendieron, la puerta se abrió y la emoción inundó de lágrimas los ojos de Eva y Patricia. Sin duda las dos personas que más corazón habían puesto en esa empresa. Ángel acompañó todo el tiempo a Eva y la reconfortó con su presencia; pero él era más un hombre de negocios que un sentimental, por lo que no mostraba ni de lejos la emoción de ellas. Podría decirse que incluso se veía preocupado ante la falta de asistencia de público durante la apertura, pero decidió no compartir por el momento esa preocupación con nadie para no aguar la fiesta antes de tiempo.

Pasaron al interior y allí comenzaron las presentaciones. En la pequeña pero acogedora recepción que habían decorado con una mesa, un ordenador portátil y una cómoda silla para la recepcionista, y un moderno sofá rojo pegado a la pared que haría las veces de sala de espera para las visitas. Eva se encargó de dar un pequeño discurso a todos sus empleados para que la tuviesen como referente a la hora de gestionar cualquier problema o dificultad que pudiera surgir. Luego presentó a su tía Patricia y a Ángel, cediéndoles el turno de palabra para no acaparar toda la atención. Después continuaron presentándose los demás:

Mario, el fotógrafo de cuarenta y nueve años que sería el profesor de posado y modelaje y que ya había encandilado por completo a su tía.

Paula, una mujer de treinta y ocho años que siempre se había dedicado a la enseñanza. Primero como profesora de música para niños de hasta diez años en un colegio del que se acabó cansando; y después en diversas academias y escuelas de música en las que

nunca terminó de encontrar su sitio. De ahí que se hubiese interesado en la oferta de empleo de una escuela en la que los alumnos aumentaban exponencialmente en edad y, en teoría, en ganas. Y sus años de experiencia en la docencia le valieron el acuerdo de Eva y Patricia para darle una nueva oportunidad como profesora de canto y música.

Y, por último, Ainhoa, la secretaria a quien algunos ya conocían y otros no parecieron prestar demasiada atención.

Pasados los primeros compases, Eva sugirió que cada uno fuese a familiarizarse con el que sería su espacio de trabajo habitual. Ella, por su parte, había impreso algunos folletos informativos sobre la escuela que esperaba repartir durante todo el día a los viandantes. Ni el mal tiempo ni las menguantes perspectivas que acababan de instaurarse en el ambiente le impedirían poner toda su ilusión en dar a conocer ese proyecto. Estaba segura que en apenas unos días los alumnos se contarían al menos por decenas.

O unidades.

En concreto, podían contarse con los dedos de una mano los interesados que habían entrado a pedir información durante todo el día: cuatro personas, que habían resultado en cero matrículas. Quizá había puesto demasiadas esperanzas en dar un pelotazo el día de apertura, pero en ese momento ya podía decir que había sido un rotundo fracaso.

Mario y Paula pidieron irse a casa después de media jornada infructuosa. Incluso si alguien más se animaba a entrar, era evidente que su presencia no sería requerida ese día. Ángel también se marchó con el propósito de buscar clientes en otros lugares. En teoría su labor debía dirigirse a la administración y no a lo comercial, pero lo cierto era que sin clientes no habría nada que administrar en poco tiempo. Patricia aguantó la embestida algunas horas más, hasta que la situación se volvió demasiado pesada y decidió también retirarse, dejando a Eva, impasible en su posición repartiendo folletos en el exterior, y a Ainhoa, obligada a quedarse hasta el cierre debido a su puesto de secretaria, una vez más solas ante el peligro.

Eva regresó a la escuela con un par de folletos en la mano, a punto de entrar en hipotermia y por completo agotada. Los arrojó de malas maneras sobre la mesa de secretaría y resopló, mientras ella misma se dejaba caer sobre la mesa, como si un fuelle se hubiese apoderado de sus pulmones.

—Siento que no haya ido como esperabas —comentó Ainhoa, que se apresuró a llegar hasta la máquina de café con la intención de combatir el frío de Eva con una taza humeante, con un toque de canela.

—Gracias —respondió Eva con sinceridad, a la única persona que le había mostrado un mínimo de comprensión y amabilidad en ese aciago día.

—No te preocupes —siguió Ainhoa, apoyándose en la mesa junto a Eva y rodeándola con los brazos para frotar los suyos y hacerle entrar en calor—, seguro que en unos días la gente se empezará a animar. Hoy ha hecho mal tiempo y no hay mucha gente que supiera que abríamos.

En otra circunstancia, Eva habría rehusado el contacto de Ainhoa. Sin embargo, en ese momento no tenía fuerzas para pelear, y menos cuando su cabeza hervía de pensamientos encontrados acerca de lo que había hecho mal. Hasta que se dio cuenta de que Ainhoa había dado justo en el clavo.

—Ahí está, casi nadie sabía que abríamos hoy. No hemos hecho ningún esfuerzo en publicidad y por eso ha pasado esto. Parece mentira que justo a mí se me haya escapado algo tan básico…

—¿En qué estás pensando? —indagó Ainhoa.

—No lo sé, en algún tipo de evento o de promoción. No nos sobra el presupuesto, pero creo que será la única manera de darle la vuelta a esto. Es todo o nada —sentenció—. Mañana te pediré que llames a unas cuantas agencias de eventos, a ver si alguna tiene precios económicos.

—Cuenta con ello. Ya verás como todo va a ir bien.

Ainhoa dio un apretón a Eva en los hombros, y entonces sí fue consciente de su cercanía y contacto. Disfrutó de su calor más de lo que hubiese deseado y levantó la vista para encontrarse con sus ojos y perderse en esa mirada azul y profunda que definitivamente

no tenía nada de infantil. Durante unos segundos se olvidó de cualquier cosa que no fuese su presencia y la proximidad de sus labios, y quizá hubiese pasado por alto cualquier complicación al asaltarlos de no ser por una precisa llamada entrante que hizo que se levantara como un resorte de la mesa, y borró de golpe esa fantasía.

—¡Sonia! —exclamó al coger su teléfono móvil y descubrir el nombre de su amiga en la pantalla—. ¿Qué pasa?

—¡Hola, Eva! —respondió Sonia al otro lado del teléfono—. Nada, te llamaba para saber cómo había ido la apertura. ¿Ya eres la empresaria del año?

—Pues no ha ido demasiado bien, me temo…

Mientras Eva explicaba a su amiga los pormenores de su fracaso empresarial, Ainhoa recogió sus cosas y se dispuso a marcharse. Se acercó un momento a Eva para indicarle con un gesto de la mano que ya se iba, a lo que ella respondió asintiendo con la cabeza. Viéndola marchar, cruzó de nuevo por su cabeza la imagen de su cercanía y la sensación que le había provocado. Una sensación que llevaba sin sentir demasiado tiempo, y que nunca había sentido con Ángel.

—¿Eva? ¿Sigues ahí? —preguntó con insistencia Sonia ante el repentino silencio.

—Sí… —balbuceó—. Perdona, ¿qué decías?

—Que te vayas a casa a descansar y mañana será otro día. Lo bueno de empezar con mal pie es que las cosas solo pueden mejorar, ¿no?

Tratándose de ella, esa afirmación no era tan probable, pero dio la razón a su amiga para que no continuase con el sermón telefónico. En su lugar, le aseguró que estaba bien y que también confiaba en que todo cambiase. Y le prometió que la llamaría para quedar en cuanto la tempestad se calmase y tuviese algo más de tiempo libre. Bien porque el negocio siguiese viento en popa, bien porque no se recuperase del primer naufragio. Lo único que sabía con certeza era que, por el momento, su barco seguía a la deriva.

Capítulo 4

«"Vuela como una mariposa y pica como una abeja". Siempre me ha gustado esa frase. Y ahora es el momento de ponerla más en práctica que nunca. No puedo rendirme después de todo lo que he pasado para llegar hasta aquí. Solo ha sido un bache. Hoy empezamos de nuevo y voy a pelear con uñas y dientes para sacar la escuela adelante. Que se preparen todos los que creen que no puedo, porque aquí viene Eva Suárez dispuesta a comerse el mundo. Vuela como una mariposa y pica como una abeja…».

Lo que a punto estuvo de comerse fue el poste de una señal de tráfico como consecuencia de su falta de atención hacia el mundo que la rodeaba mientras repetía de nuevo en su cabeza la famosa frase atribuida a un entrenador de Muhammad Ali[2], que sin embargo ella conocía por la película *Tienes un e-mail*. Al menos al llegar a la escuela consiguió ponerse físicamente a salvo y seguir madurando su plan sin peligro.

Se había levantado con una seguridad en sí misma que no sabría explicar. Todos los demás se mostraban cabizbajos y sin muchas esperanzas. Sin embargo, ella estaba convencida de ser capaz de tomar las riendas y hacer despegar el negocio. Ya sabía cómo y lo había visto antes. La publicidad podía obrar milagros si se hacía bien. Lo aprendió durante su estancia como becaria en una empresa de la que no quería ni acordarse por razones personales, pero que sí le había servido para mejorar como profesional.

—¡Buenos días! —exclamó al ver a Ainhoa llegar, a quien esperaba como agua de mayo—. Por favor, ponte enseguida con lo que te pedí ayer. Busca tres o cuatro agencias de eventos independientes. Sobre todo, ten en cuenta que deben ser pequeñas, porque nuestro presupuesto no da para grandes corporaciones.

Eva se ocupó de recalcar que cualquier agencia con la que Ainhoa contactase debía ser independiente. De aquellas que trabajaban con pequeños comercios y no las elitistas que solo aceptaban una clase de cliente de alto poder adquisitivo. Así se aseguraba de evitar cualquier posible encuentro con recuerdos indeseados. Dejó a su secretaria trabajando e improvisó una reunión matutina con sus dos socios, que no llegaban a entender lo que estaba pasando y exigían una explicación sobre la más reciente ocurrencia de Eva.

—No tenemos otra opción —concluyó Eva después de contarles la idea que había tenido de poner los últimos céntimos de su capital en un evento de promoción sin garantías de éxito—. Si la escuela no ha suscitado mayor interés en su apertura las cosas solo irán a peor. Sé que es una locura, pero la alternativa es nuestra extinción antes de haber arrancado.

—Pero, a ver, ¿de qué presupuesto estamos hablando? —preguntó Patricia para aclarar al menos un punto de toda la información que habían recibido de golpe.

—No sé. Dependerá de lo que nos propongan, o de lo que nosotros propongamos. Pero no creo que podamos hacer nada por menos de un par de miles de euros…

—¿Seguro que es buena idea invertir nuestro estrecho colchón en algo que no tiene garantías? —inquirió Ángel sin acabar de empatizar con la propuesta de desprenderse del único líquido que les quedaba.

—Por eso es una inversión, requiere correr cierto riesgo —apuntó Eva, y luego se cruzó de brazos—. ¿Tenéis alguna idea mejor?

Patricia y Ángel se miraron, buscando la respuesta a esa pregunta cada uno en los ojos del otro. Sin hallarla. Entonces Eva volvió a tomar la palabra.

—Al menos dejad que me reúna con algunas empresas y luego decidimos con las propuestas sobre la mesa, ¿vale?

Los dos socios asintieron de forma automática, ninguno realmente convencido de que el plan fuese a dar resultado. Aunque para Eva esa respuesta fue más que suficiente. Salió de la improvisada sala de reuniones que había sido el aula de interpretación y se dirigió directamente hacia Ainhoa para averiguar sus avances en el tiempo que ellos habían estado encerrados.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó llegando a su lado como un ciclón—. ¿Necesitas ayuda?

—Espero que me subas el sueldo —comentó Ainhoa con cierto aire divertido—, porque tienes una reunión en una hora, otra esta tarde, y estoy esperando una llamada que me confirme la tercera.

—Genial, mil gracias. No te puedo subir el sueldo, pero te aseguro que si esto sale bien encontraré la manera de recompensarte —dijo al tiempo que hacía una leve caricia sobre su hombro, sin darse cuenta de que ambas cosas podían malinterpretarse, hasta que fue demasiado tarde.

—Seguro que algo se te ocurre… —susurró Ainhoa con media sonrisa, volviendo unos milímetros la cabeza para poder mirar la mano que todavía descansaba en su hombro, y que se retiró al punto.

—Imprime la información de las agencias y pásamela, por favor —se apresuró a decir para no alargar la incomodidad del momento—. Yo voy a preparar el estudio de fotografía para recibirlos ahí.

Eva se alejó de un encuentro del que esperaba que nadie más se hubiese percatado. Miró a su alrededor para comprobar que estaban solas. Patricia y Ángel seguían en el aula de interpretación seguramente debatiendo el futuro de la escuela si ella no conseguía su propósito. Tampoco había rastro de los otros dos profesores, quienes ante la falta de alumnos se habían atrincherado en sus respectivas aulas, en teoría para preparar el material que con suerte comenzarían a impartir en poco tiempo. Ella se encerró en el estudio para disfrutar de unos minutos de soledad. No le gustaba tener tantos frentes abiertos en un espacio tan reducido. La preocupación por la escuela, los recelos de su tía y su novio, los flirteos de Ainhoa que cada vez eran más evidentes… Por un segundo escuchó a su madre en su cabeza y a punto estuvo de darle la razón cuando le

dijo que la de ser empresaria era la peor idea que había tenido en los últimos años. Incluso más que la de hacerse bisexual. Porque al parecer su madre seguía pensando que la orientación sexual era una elección que todo el mundo hacía en algún momento. Y que podía cambiarse de la misma forma. Bien sabía Dios, o cualquier otra divinidad, que jamás se habría metido en ese lío por voluntad propia. Con lo fácil que sería adorar a su hombre por encima de todas las cosas y olvidarse de las mujeres. Pero ellas se empeñaban en recordarle una y otra vez su existencia.

—¿Eva? —preguntó Ainhoa al otro lado de la puerta, después de un par de golpes.

—¿Ves? —murmuró ella en voz baja, como contestando a sus propios pensamientos, y luego respondió alzando la voz—. Puedes pasar.

—Toma, la información que me pediste —dijo Ainhoa entregándole un par de papeles a Eva—. Falta la última, te traeré la información cuando me confirmen la reunión. ¿Puedo hacer algo más por ti?

«Un par de cosas», respondió su cabeza.

—Avísame cuando lleguen los primeros —respondió su boca.

—Claro.

Al terminar la primera reunión colocó el resultado en la pila de los desastres, que empezaba a verse demasiado llena. La agencia que Ainhoa había encontrado era una de reciente creación, sin apenas experiencia ni medios propios como para llevar a cabo alguna acción que diese repercusión a la escuela. Ni aunque hubiesen tenido el triple de presupuesto habrían sabido qué hacer con él. Un nuevo fracaso para Eva y otra oportunidad para Ángel y Patricia de disuadirla de seguir con ese propósito.

Eva se dejó caer sobre el sofá rojo y se llevó las manos a las sienes para intentar calmar la presión que sentía en el interior de la cabeza. Sin embargo, el silencio no duró lo suficiente como para que llegase a relajarse.

—Cariño —dijo Ángel, que se había sentado a su lado y la rodeó con los brazos con toda la suavidad que pudo—, sé que estás bajo

mucha presión. Ninguno esperábamos este comienzo, pero tenemos que mantener la cabeza fría. A lo mejor el camino es salir a la calle e ir de puerta en puerta presentando la escuela. Para eso no necesitamos gastarnos el poco dinero que nos queda en una agencia de chicha y nabo que va a hacer más o menos lo mismo que podemos hacer nosotros.

—Ángel tiene razón —intervino Patricia, que se había quedado de pie junto al sofá—. Nosotros tenemos manos y piernas como para no quedarnos aquí esperando la idea milagrosa.

—Pues yo creo que Eva tiene razón —intercedió Ainhoa desde su posición privilegiada, llevándose la atención de los tres—. Hay cosas que es mejor dejar a los profesionales.

—Eso lo dices porque no es tu dinero el que está en juego —respondió Ángel.

—No, lo digo porque la imagen de tres o cuatro personas yendo de puerta en puerta a ofrecer los servicios de la escuela se me hace un poco ridícula. Me recuerda a cuando éramos pequeños y en el colegio nos obligaban a hacer las huchas con cartulina para ir casa por casa a conseguir donativos el Domund[3]. Y ya no tenemos edad para eso.

Eva sonrió con el relato de Ainhoa. Ella misma había pasado por esa experiencia de aparecer en las casas de todos los vecinos del barrio de su pueblo con las huchas de cartón, pintadas en clase y pegadas con pegamento de barra, para pedir un donativo en representación de los misioneros. Esa era una de las actividades programadas en su colegio religioso, que tanto se afanaba en enseñar el camino correcto a los niños y tanto se asustaría de ver el peligroso sendero que había seguido.

—Si queréis traigo unas tijeras y unas Alpino y nos hacemos unas huchas —dijo Eva para continuar con la broma—. Podemos añadir la clase de manualidades a la oferta educativa.

Ainhoa le devolvió la sonrisa, aunque a Ángel y a Patricia no pareció hacerles la misma gracia. Desde que conoció a Ángel tuvo claro que era un chico bastante serio, por lo que su actitud era de esperar. Sin embargo, no esperaba esa reacción por parte de su tía, que siempre había sido una mujer libre y sin demasiadas

preocupaciones. Que de pronto se mostrara tan seria, con tan pocas ganas de correr riesgos y de disfrutar del viaje, era algo con lo que no contaba y que podría hacer mella en su determinación.

—¿Sabéis qué? Haced lo que queráis —sentenció Ángel, más molesto de lo que casi nunca se sentía—. Yo me marcho a seguir buscando clientes de la forma tradicional, y no con tontas fantasías. Eso sí, os advierto que si el dinero se acaba seré yo el que eche el cierre a la escuela, porque no tengo ninguna intención de vivir endeudado pudiendo llevar una vida tranquila con mi sueldo.

Ainhoa, Eva y Patricia lo vieron salir en silencio, y luego se miraron entre ellas con sendas muecas de seriedad en sus rostros.

—Confía en mí, tía —pidió Eva.

—Claro que confío en ti, pero estoy preocupada. Esta es mi única oportunidad para conseguir un poco de estabilidad. No quiero volver a la compañía y no tengo opciones de que nadie me contrate a mis años. Lo siento, Eva, me gustaría darte más ánimos, pero me cuesta ser optimista ahora mismo.

Patricia se internó de nuevo en el aula de interpretación y ella resopló al verla marchar con esa falta de energía. Tenía que hacer lo que fuera para sacar adelante la escuela, por ella misma y por su tía. Ahora todo dependía de ella y del trabajo que hubiese hecho Ainhoa con el resto de agencias.

—¿Has confirmado la tercera reunión? —inquirió Eva a Ainhoa tras unos segundos de monólogo interno.

—Sí, no ha sido fácil. Vienen a las tres, que parece que era el único hueco que tenían libre. Se llama… —balbuceó mientras rebuscaba entre sus notas— E-Vento.

Eva palideció y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, desde los folículos del pelo de la cabeza hasta el extremo de las uñas de los pies, erizando a su paso todo el vello que encontró.

—¿Cómo has dicho? —preguntó, a sabiendas de que había escuchado el último nombre que esperaba oír en esa circunstancia.

—E-Vento, creo.

—Eso no puede ser —prosiguió Eva con un nerviosismo creciente que no la dejaba pensar con claridad—. Esa gente jamás aceptaría trabajar para una empresa como la nuestra. Es imposible. Has

debido apuntar mal el nombre. Compruébalo, por favor, y rápido, que está a punto de darme un paro cardíaco.

Ainhoa obedeció de inmediato y realizó la búsqueda *online* para regresar a la página web de E-Vento. Ya no cabía duda alguna. En un par de horas tendría una reunión con personas en las que ni siquiera se atrevía a pensar.

—Tienes que cancelarla —ordenó tajante.

—¿Cuál es el problema? Parece una agencia con mucha experiencia y no me han puesto ningún problema con el presupuesto.

—Yo trabajé en esa empresa hace unos años —reveló Eva, sin adentrarse en detalles—, y las cosas no acabaron bien. No tengo ganas de encontrarme con según qué gente, ¿entiendes?

—Ah —respondió Ainhoa sin más—. Está bien, ahora mismo la cancelo. Lo siento, parece que no estoy acertando con las agencias.

—Tranquila, no es culpa tuya, no podías saberlo.

—Supongo que a este paso me voy a quedar sin recompensa, ¿eh? —comentó Ainhoa, cambiando el tono de voz para intentar relajar la tensión del ambiente.

—Es posible que hasta tengas que recompensarme tú por dejar que sigas trabajando aquí… —replicó Eva entrando en el juego.

—Me encantaría hacerlo si tú quieres —contestó ella con un tono seductor, mientras marcaba el número en su teléfono y se lo ponía en la oreja para evitar cualquier respuesta de Eva, que solo la miró y se mordió un poco el labio inferior sin ser vista, imaginando el tipo de cosas que se le podrían ocurrir a Ainhoa como recompensa.

El silencio se convirtió en el *leitmotiv*[4] de la escuela las siguientes horas. Recibieron a un par de personas que entraron a preguntar por los servicios que ofrecían más por cotilleo que por interés, e incluso a una que buscaba en ese lugar la empresa que estuvo antes que la suya, de cuyo cierre habían pasado varios meses. Eva estaba poniendo todas sus esperanzas y energías en la reunión que tendría esa tarde con la última y única de las agencias que tenía posibilidades. Ni siquiera había salido a comer con el resto

de sus compañeros. Prefirió quedarse a solas en el local que ya se había convertido en familiar para ella. Recostada sobre el incómodo sofá rojo, observando cada uno de sus rincones y sintiendo la pesada carga de sus cimientos. Ella no abandonaría el barco. Se quedaría, igual que hizo el capitán del Titanic, impasible mientras se hundía, en su posición al timón esperando que algún milagro lo hiciese salir a flote.

Justo cuando empezaba a estar en paz con ella misma, la puerta de la escuela se abrió inesperadamente. Eva supuso que serían sus compañeros volviendo de la comida, pero en ningún caso estaba preparada para la imagen que tuvo ante ella, con la misma expresión atónita que se apoderó de su rostro, en cuanto se incorporó del sofá.

—¡¿Eva?! —exclamó y preguntó, todo al mismo tiempo, Diego, el que fuera uno de sus compañeros en E-Vento—. ¡No puedo creer que seas tú!

Eva sintió su cabeza explotar en mil pedazos. No se veía capaz de lidiar también con el regreso de E-Vento a su vida tres años después, y con todo lo que aquello implicaba. Miró al sorprendido chico y acto seguido lanzó la mirada a su acompañante, a quien por un momento vio como un espejismo del pasado que se llevó su aliento: una chica alta, rubia, atlética y muy atractiva, que sin duda era el fiel reflejo de su madre y que había madurado mucho y muy bien desde la última vez que podía recordar haberla visto. Claudia, la hija de una mujer cuya existencia se negaba a rememorar.

—Ostras, Diego, yo tampoco puedo creer que seas tú —respondió Eva, con un tono de sorpresa muy distinto al que él había utilizado —. ¿Cómo estás? —preguntó por mera educación, tendiéndole la mano.

—Bastante bien, aunque todo es mejorable —respondió él con una leve risa nerviosa, aceptando su frío saludo con la mano—. Ah, perdona, no te he presentado a Claudia, una de nuestras recientes incorporaciones a la plantilla. —Diego se retiró para dejar que Claudia se acercase a Eva y estrechase su mano—. Claudia, ella es Eva, estuvo trabajando en E-Vento como becaria de producción hace unos años.

—Claro, de eso me sonaba tu cara —dijo Claudia mientras saludaba a Eva—. Creo que nos cruzamos por allí un par de veces cuando iba a visitar a mi madre. Fíjate, ahora yo soy la becaria allí, solo que tengo otras responsabilidades.

—Claudia es la hija de Diana —explicó Diego ante una Eva que no emitía ningún sonido ni movimiento, y que se quedó aún más de piedra al escuchar ese nombre que con tanto esfuerzo había encerrado en las mazmorras de su alma, al que le había bastado una reunión inapropiada para escapar de las cadenas como lo hacía Harry Houdini y aparecer por sorpresa dejando boquiabierto a todo el público. Luego siguió hablando haciendo caso omiso a la aterrada expresión de Eva—: No tenía ni idea de que habías montado un negocio, me alegro mucho por ti. La verdad es que cuando te fuiste pensé en llamarte alguna vez, pero no me pareció apropiado. Seguro que lo último que querías era que yo te recordara todo lo que había pasado. En fin, estoy muy contento de que seas tú la dueña de este negocio. Nos hacen falta clientes chulos.

Esa última parte de la conversación por fin consiguió despertar a Eva de la congelación. No tanto por esa especie de disculpa de Diego sobre los motivos que le habían llevado a no llamarla, algo que no le reprochaba y que ella tampoco nunca tuvo intención de hacer con él, sino por el hecho de que un negocio como el suyo suscitara el interés de una empresa como E-Vento.

—Me costaba creer que fueseis vosotros —dijo obviando el hecho de que Ainhoa debería haber cancelado esa reunión, y apuntando como nota mental la madre de todas las broncas que le iba a caer—. Nunca pensé que E-Vento aceptase reunirse con una escuela de barrio de escasas posibilidades.

Eva invitó a los recién llegados a sentarse y a tomar una taza de café, impaciente de pronto por dar respuesta a las preguntas que se habían formado en su mente, como por qué ahora E-Vento aceptaba cualquier clase de cliente, o por qué era él quien acudía a las reuniones en lugar de la directora de *marketing*.

—Bueno, las cosas en la agencia no marchan demasiado bien. —Diego titubeó antes de empezar a explicar la diferente realidad que vivían en E-Vento en comparación con la empresa que Eva había

conocido—. ¿Recuerdas a Luis Miguel? Resulta que el tío era un pieza. Estuvo años y años cometiendo desfalco sin que nadie se enterase. Cargaba los presupuestos de los eventos que producíamos y hacía desaparecer el sobrecoste en alguna de sus cuentas. Cuando todo se destapó nos enteramos de que las arcas de E-Vento estaban bajo mínimos, la empresa estuvo a punto de disolverse y desaparecer. De hecho, hubo una reducción de plantilla considerable y de veinte pasamos a ser siete, diez si cuentas a los becarios. Estamos intentando sacar adelante la agencia como sea, buscando cualquier proyecto en cualquier cliente, pero nos queda mucho para decir que nos hemos salvado. Incluso nos han llegado rumores de una posible venta a una multinacional americana, que a saber lo que haría con nosotros.

—Ahora entiendo por qué era siempre tan simpático con todo el mundo —concluyó Eva después de un relato que le pareció hasta obvio—. No le faltaban razones para intentar ganarse a los empleados y que nadie husmease en sus cosas.

—Ya ves, nos la coló a todos. Aunque a ti nunca te cayó bien. Claro que yo pensé que eso era porque estabas celosa —dijo sin pensar.

—¿Celosa de quién? —preguntó Claudia, que se había mantenido ajena a la conversación, pero, como la mayoría de los seres humanos, se emocionaba con un cotilleo.

—¿Y cómo es que ahora vas tú a las reuniones con cliente? —preguntó rápidamente Eva para evitar que Diego llegase a contestar a esa pregunta.

—¡Porque tienes ante ti al flamante director de *marketing* de E-Vento! —exclamó, dejando de lado la pregunta de Claudia—. Ahora me dedico a cosas más importantes que la producción.

—Entonces… —dudó, con una ilógica preocupación naciente en sus tripas por el destino de la que fue su jefa—, ¿Diana? —preguntó por fin, sintiendo de inmediato una punzada de dolor en el pecho al volver a pronunciar su nombre.

—Mi madre es ahora CEO de E-Vento —intervino Claudia, aburrida de estar en silencio y esperando que la conversación por fin versara sobre el motivo de la reunión—, lo que significa que no la veo ni en

pintura en todo el día. Siempre está de reuniones con inversores y cosas así. Antes por lo menos la veía algunas noches en casa, y ya ni eso. Ahora casi tengo que pedir cita con ella si es que quiero que me haga caso de vez en cuando. Aunque no entiendo a qué viene ese interés. Si solo fuiste becaria dudo mucho que ella se acuerde siquiera de tu nombre. ¿Podemos hablar ya de trabajo?

—Mirad, siento mucho que la situación en E-Vento esté tan complicada —dijo Eva tratando de procesar una información que deseaba con todas sus fuerzas no haber recibido—, pero, de verdad de verdad que no puedo trabajar con vosotros.

—¿Y por qué nos has citado? —quiso saber Claudia, que empezaba a no entender nada.

—No fui yo, ha sido mi secretaria, o exsecretaria ya…

—Vamos, Eva, lo pasado pasado está —siguió Diego—. Tenemos una buena oportunidad por delante para ayudarnos mutuamente, no la desaprovechemos.

—Que no puedo volver a mezclarme con E-Vento —negó Eva, girando la cabeza a un lado y otro tan rápido que estuvo a punto de marearse.

—¿Por qué no? —volvió a indagar Claudia—. ¿Qué fue lo que pasó que te causa tanto rechazo? Tenemos la misión de convencer a nuestros nuevos clientes, y, si no podemos, al menos debemos regresar con una buena razón para no haberlo hecho.

—¡Porque tuve una relación muy estrecha con tu madre! —descubrió Eva casi fuera de sus casillas—. ¡Hala, ya está, ya lo he dicho!

—¿Con mi madre?

—Como te lo cuento.

—Pero estrecha…, ¿cómo?

—A ver, bonita, no preguntes cosas que no quieres saber.

—¡Por Dios! Pero si mis padres entonces estaban casados. ¡Ay —exclamó en el momento en que tuvo una revelación—, que su amiga Maca no va a ser su amiga! Yo flipo.

—Yo sí que flipo… —susurró Eva—. Lo dicho, que sintiéndolo mucho la reunión concluye aquí.

Eva invitó, con amabilidad y también premura, a los presentes a abandonar la escuela. La despedida fue bastante fría teniendo en cuenta que sus relaciones laborales no habían prosperado, y que Claudia no salía de su asombro ante la revelación que acababa de tener. Solo volvió a dirigirse a Diego cuando estuvieron en la calle, a salvo de los oídos de Eva. Excepto que no pensó que los cristales del local de la escuela no eran lo bastante gruesos ni fuertes como para proteger la intimidad ni de los de fuera ni de los de dentro:

«¡Con mi madre, Diego! ¡Con mi madre! Que yo ni siquiera sabía que le gustaban las mujeres. ¡Pues menuda profesional! Además, que tendrá como veinte años menos que ella. Todavía si se hubiese fijado en mí, que soy su versión 2.0, lo entendería…».

Capítulo 5

«Madre mía, cómo está la juventud. Está claro que yo ya no formo parte de esa otra especie de seres humanos con más hormonas que cerebro. Ha sido raro, muy raro. E inesperado. Con todas las agencias de eventos, por qué justo esa, y por qué justo ellos dos. Aunque al menos no ha sido tan horrible como si hubiese venido ella… No, así es mejor. Tal vez esto sea lo que me permita pasar página definitivamente y olvidarme de que alguna vez tuve relación con ese lugar y esa gente. Y si en algún momento me hubiese podido surgir la duda de qué ha sido de Diana, ya tengo las respuestas que necesitaba. Nunca ha vuelto a pensar en mí, como yo no he vuelto a pensar en ella. Como debe ser. Y como no volveré a hacer a partir de este instante… Que es la versión mejorada de su madre, menuda mamarracha. Es muy atractiva, sí, pero no le llega ni a la suela de los zapatos, vamos…».

Eva habría seguido divagando justo sobre aquello que se había prohibido, de no ser porque en ese momento regresaban de la comida Patricia, Mario, Paula y Ainhoa. Que se habían perdido la fiesta que acababa de tener lugar en la escuela, pero habían llegado a tiempo para ver salir de allí a Diego y a Claudia.

—¿Quiénes eran esos dos? —preguntó su tía nada más entrar—. ¿Ya tenemos algún alumno?

—¡No! —exclamó Eva mostrando una falsa satisfacción—. Acabo de salir de una intensa y agotadora reunión con los responsables de E-Vento.

—¿E-Vento? —preguntó de nuevo Patricia—. ¿Esa no es la empresa en la que trabajaste y en la que…?

—¡Exacto! —exclamó Eva, todavía más alto, para que a Patricia no le quedase otro remedio que dejar la pregunta en el aire—. Por eso me ha extrañado tanto que se presentasen a una reunión que pedí explícitamente que se cancelara.

De pronto toda la ira contenida en su interior se dirigió como un rayo invisible hacia Ainhoa, quien no trató de defenderse del ataque, sino que plantó cara a Eva.

—Yo llamé a la agencia y dije que la reunión se cancelaba —afirmó —. Me dijeron que los responsables no se encontraban allí, pero les harían llegar la información de inmediato. No es mi culpa si no lo hicieron.

—¡Tu deber era el de asegurarte de que no iban a presentarse aquí de ninguna de las maneras! —gritó, sobrepasada por las emociones y extralimitándose en su posición.

—Eva, cálmate —pidió Patricia tratando de que recuperase el control y dejándola en evidencia a la vez.

La ira dejó paso a la vergüenza. Eva se sintió fatal por cómo había actuado, por no ser capaz de controlar sus emociones. Había vivido demasiadas cosas en E-Vento, pero ahora todo aquello estaba muy lejos en el tiempo como para dejar que le afectase de esa manera. No tenía justificación. Y ante esa verdad no pudo hacer otra cosa que salir corriendo y encerrarse en el estudio de fotografía, que a falta de otro uso se había convertido en su pequeño santuario.

—Discúlpala —siguió Patricia dirigiéndose a Ainhoa—. Tiene una especie de trauma con esa época de su vida. Iré a hablar con ella.

—Deja que vaya yo —pidió Ainhoa deteniendo la marcha de Patricia—. Solo ha sido un malentendido.

Hasta en tres ocasiones tuvo que llamar a la puerta para escuchar algún signo de vida en el interior del estudio. No esperaba que le diese su beneplácito, por lo que abrió muy lentamente la puerta y se asomó despacio para descubrir a Eva sentada en el suelo, con la cabeza apoyada sobre los brazos y los brazos sobre las rodillas.

—Eva, ¿puedo pasar?

Eva se encogió de hombros sin decir nada, una reacción infantil que no pegaba nada en su supuesta madurez.

—Tienes razón —siguió Ainhoa mientras se adentraba en el estudio y tomaba asiento junto a Eva—, debí asegurarme de que el mensaje les llegaba. Siento mucho haberla cagado.

Eva negó con la cabeza, aunque no levantó la mirada del suelo.

—No, perdóname tú a mí. No tenía ningún derecho a hablarte así. He perdido los papeles y tú no has tenido la culpa de nada.

—Bueno, no sé lo que te ocurrió en esa empresa, pero parece lo bastante fuerte como para que te esté permitido perder un poco la compostura.

—Sí, lo fue, pero no tengo ganas de hablar de ello.

—No hace falta que hablemos. Podemos quedarnos aquí un ratito en silencio y haciéndonos compañía.

Se mantuvieron calladas alrededor de un minuto, con algún que otro suspiro de Ainhoa, quien volvió a hablar antes de lo previsto:

—En realidad no soy muy amiga del silencio. Me pone un poco tensa estar tan cerca de alguien sin hablar y sin hacer nada. Además, los de la otra agencia estarán al caer. Más me vale que estos sean desconocidos y buenos…

Eva sonrió, recuperando algo así como el buen humor gracias a los intentos de Ainhoa. Asintió con la cabeza y se levantó del suelo para recuperar también la compostura. Después tendió la mano a Ainhoa para ayudarla a levantarse.

—¿Por qué te portas tan bien conmigo? —preguntó mientras tiraba de ella—. Yo no he sido la persona más cercana del mundo contigo, ni como jefa ni como pariente. Ni siquiera te he tratado como si fueras de mi familia.

—Supongo que Ángel me ha contado tantas cosas buenas de ti que no puedes estropear la imagen que tengo en mi cabeza hagas lo que hagas —respondió Ainhoa, justo cuando se terminó de levantar y quedó peligrosamente cerca de Eva—. Eso, o que me va la marcha.

Eva se apartó por puro instinto, olvidando que su mano todavía sostenía la de Ainhoa; lo que consiguió que hiciera un efecto rebote para pegarse incluso más a ella. Ainhoa sonrió y separó los labios

unos milímetros para tomar aire. Se aproximó a los labios de Eva, y se detuvo justo cuando sintió que le faltaba el aliento.

—Me voy a trabajar. Te avisaré cuando lleguen.

Un día duro.

Esa era la definición más exacta de las últimas doce horas. Demasiadas emociones, demasiadas cosas en la cabeza y demasiados imprevistos. Estaba como loca por llegar a casa, meterse en la cama y no saber nada más del mundo hasta el día siguiente.

Al menos, la tercera de las reuniones había ido bastante bien. Forevent era una agencia de tamaño medio, con muchos años de experiencia a sus espaldas y sin un conocido entre el equipo. Justo lo que estaba buscando. Apenas hablaron del tipo de evento o actividad que propondrían, fue más una reunión de toma de contacto, pero Eva tenía clara su decisión y así se lo hizo saber para que comenzaran a trabajar en ello cuanto antes. A finales de semana tendrían que enviar un documento con las opciones, que como característica obligatoria debían ser rápidas y fáciles de organizar. Necesitaban hacer la promoción de la escuela cuanto antes.

Por fin llegó a casa. Dejó las botas en el zapatero y con solo sentir el calor de la madera del suelo bajo sus pies descalzos empezó a relajarse y a sentirse cómoda. Le sorprendió ver a Rumpelstiltskin caminando hasta ella, maullando y restregándose en sus piernas, lo que indicaba que Ángel no se encontraba en casa. A pesar de lo extraño que resultaba que su novio todavía no hubiese dado señales de vida, decidió mantener la calma y cambiarse de ropa antes de empezar a freír su móvil a llamadas.

No se demoró demasiado. Apenas cuando Eva salía del baño después de refrescarse escuchó la puerta indicando que Ángel había llegado. Fue en su busca y lo abrazó sin mediar palabra, dejando claro que, a pesar de que las cosas estaban un poco frías entre ellos, el cariño que sentía por él no se había enfriado.

—¿Dónde has estado? —preguntó con suavidad sin separarse de él.

—Por ahí…, buscando clientes, ya sabes. No ha habido suerte. Pero he traído la cena.

Ángel elevó una mano para entregar una bolsa de papel a Eva, que no se había percatado de que la llevaba durante el abrazo. Él no fue ni la mitad de efusivo con su abrazo. Se le notaba molesto y lejos de Eva, con una conversación dando vueltas en la cabeza que ella no tenía ninguna gana de afrontar en ese momento. Eva cogió la bolsa y la llevó a la cocina para organizarla mientras Ángel se ponía más cómodo. Sabía que no podría escabullirse del siguiente encuentro, aunque al menos pasaría el mal trago comiendo *sushi*, una de sus comidas favoritas desde que empezó a vivir en la ciudad.

Puso la mesa, se sentó y aguardó con paciencia a que Ángel la encarase con todo aquello que se estaba guardando. Y que tardó realmente poco en salir:

—¿Cómo ha ido el día?

—Ha sido agotador —respondió Eva con toda la sinceridad que pudo—. Lo importante es que tenemos un principio de acuerdo con una de las agencias. Espero que podamos avanzar en pocos días.

—Entonces sigues adelante con esa idea —siguió, hablando en un tono neutro, mientras empezaba a comer.

—Sí. Al final parece que mi tía Patricia se está animando con el tema, y Ainhoa se está esforzando para tenerme contenta. He de reconocer que ha hecho un buen trabajo en general.

—De repente sois muy amiguitas tú y mi prima, ¿no? —indagó Ángel, con un poco de retintín en la voz.

—No, pero parece que es la única que me apoya de verdad.

Ángel resopló y dio un golpe con el puño sobre la mesa.

—¡Ella no se juega nada con esto! —exclamó elevando el tono.

—Ya lo sé, Ángel, ¡no soy idiota! —siguió ella en el mismo tono, sin ganas de pelear, pero sin dejarse achantar tampoco—. Sé lo que hay en juego, pero no tenemos muchas más opciones.

—¿Y si sale mal?

—Ya ha salido mal, ¿no lo ves? Llevamos dos días abiertos y no se ha matriculado nadie. Nada va a cambiar si no hacemos algo. Sé que

has puesto demasiado en esta empresa, más de lo que querías, por mí. Y te lo agradezco, pero estamos en el filo de la navaja. Nuestra decisión ahora está en seguir adelante con todas las consecuencias o dejarlo de una vez antes de seguir perdiendo dinero.

Ángel volvió a resoplar y se quedó en silencio unos segundos, digiriendo las palabras de Eva y sopesando las opciones que tenían sobre la mesa.

—Está bien. Hazlo —sentenció—. Yo pediré que me retiren la excedencia y volveré al trabajo ya por si acaso. Pero quiero que quede claro que si esto no sale bien la decisión de cerrar estará ya tomada.

A pesar de todo lo que le había prometido con relación a la escuela, Ángel se alejó por completo del proyecto. Renunció a la excedencia que había pedido y regresó a su trabajo de oficina, lo que le daba más paz física y mental que ninguna otra cosa. Tampoco se preocupó por saber en qué iban a invertir el dinero de la promoción ni ofreció su ayuda para organizarlo. A su parecer, él ya había tirado la toalla. Y, aunque le aseguró que en sus ratos libres seguiría buscando clientes por su cuenta, ella dudaba que fuese a gastar un segundo más de su tiempo o sus esfuerzos en ello.

Por su parte, Eva sí que centró todas sus energías en el evento de promoción que pondría a El Bombín de Charlot en boca de todo el mundo. En la segunda reunión con Forevent definieron qué iban a hacer, cómo y cuándo iban a hacerlo. Sería una promoción en tres fases, algo que a Eva le pareció increíble tener considerando el presupuesto con el que contaban. En la primera fase organizarían una *performance*[5] en una concurrida plaza del barrio. La agencia ya se había encargado de buscar y subcontratar un par de grupos de teatro *amateur* para que interpretaran una pequeña obra, o una danza que esperaban que atrajera la atención de los viandantes. Además, todos los participantes obtendrían un descuento directo si se inscribían en la escuela, por lo que podían prever que algunos de ellos se convertirían en sus primeros alumnos en un futuro muy cercano. Una vez concluida esa primera fase, harían visitas

personales a los denominados «puntos calientes» de la ciudad que se encontrasen en ese barrio o en otros, como facultades de distintas universidades, algunos institutos y cualquier asociación interesada en las artes escénicas. No se trataba de ir a la competencia a robar alumnos, sino de buscar las carencias que ellos podían suplir en espacios muy concretos. Por último, la tercera fase sería un evento de presentación de la escuela por todo lo alto, o todo lo alto que pudiera ser. Una jornada de puertas abiertas en la que se serviría un buen *catering* y en la que quizá pudiesen contar con la presencia de algún *influencer* que sirviera como gancho para que mucha gente se acercase al menos a conocer el espacio.

Eva estaba muy emocionada con todo lo que tenían por delante, a pesar de la inseguridad de los resultados y de que se trataba de la última bala con la que contaba. Eso ahora no importaba, lo único que ocupaba su mente era organizar cada fase del plan de la mejor manera posible, implicándose en todo el proceso, tomando decisiones y ayudando en lo que podía. También Patricia había cambiado su actitud y se empezaba a mostrar ilusionada por el futuro inmediato de la escuela. Como no podía ser de otra manera, se nombró la coordinadora oficial de la *performance*. Eligió la escena de la obra que presentarían —un fragmento del musical *Cats*— y se sirvió de la ayuda de la profesora de música, Paula —aunque ella hubiese preferido la ayuda de Mario—, para encontrar la afinación en todos los participantes. También Ainhoa estuvo pendiente de aportar su granito de arena en cada momento, llevando cafés, haciendo recados o respondiendo de la mejor manera posible cuando alguien necesitaba su ayuda. Incluso los profesores se implicaron en la preparación del evento en la medida que pudieron, algo que para Eva fue muy de agradecer, y que le hizo pensar en términos más negativos de lo normal en su relación con Ángel.

—Eva, me han llamado de la agencia. Ya está el escenario montado en la plaza y todo listo para que vayamos. ¿Empezamos a mover a la gente? —Ainhoa encaró a Eva justo cuando había decidido tomarse un descanso. Los últimos dos días todo habían sido prisas, ensayos y correr de un lado a otro, por lo que no había tenido tiempo de pensar en profundidad todo lo que se jugaba.

Patricia daba las últimas indicaciones a los quince chicos y chicas que se habían apuntado para la *performance*, y fue entonces cuando pensó que podría tomarse un breve descanso, cosa que no ocurrió.

—Eh…, sí —titubeó—, vámonos ya. Ve a avisar a Paula y a Mario y yo voy a por mi tía. La idea es ir caminando hasta allí, o bailando, a ver si vamos llamando la atención de más gente.

—Vale —respondió Ainhoa, que se giró para irse, pero se detuvo —. ¿Estás bien?

Eva asintió con la cabeza, pero su semblante y un leve temblor en el cuerpo indicaban lo contrario. Ainhoa volvió sobre sus pasos y apretó con fuerza una mano alrededor del brazo de Eva.

—Todo va salir bien, ya lo verás —afirmó con todo el convencimiento que pudo.

Quizá fue la vulnerabilidad del momento, o la falta de cariño por parte de Ángel desde que abrieron la escuela, pero Eva no pudo evitar el deseo de sentir algo de calor humano en la piel. Se abrazó a ella con fuerza, disfrutando de su contacto y aspirando el aroma de su perfume. Lo más reconfortante fue sentir como Ainhoa le devolvía el abrazo. Por un segundo ansió que todas sus responsabilidades desaparecieran para poder quedarse un rato más pegada a ella.

—Ojalá no tuviera que decirte esto —dijo Ainhoa, con un evidente desdén en su tono—, pero deberíamos irnos si no queremos tirar por tierra todo el trabajo.

Eva se separó de ella a regañadientes y asintiendo al mismo tiempo. Empezaba a sentirse demasiado bien en compañía de Ainhoa, algo que solo podía significar «peligro». Desterró ese pensamiento de la cabeza y se obligó a centrarse en la tarde que tenían por delante. Una de las más relevantes de toda su carrera profesional.

Tal como habían dicho, en la plaza estaba todo preparado. Nada más llegar, los actores, capitaneados por su tía, tomaron posiciones sobre el escenario para comenzar cuanto antes la actuación. Mario, Paula y Ainhoa buscaron asiento y se perdieron entre el público. Y Eva se colocó de pie a un lado, en una mesita alta de madera que habían situado a modo de puesto informativo donde podría entregar

folletos y resolver dudas a los curiosos que se acercaran a ver el espectáculo.

Los nervios se apoderaron de Eva tras los primeros compases de la versión libre que se interpretaba sobre el escenario de *Jellicle Songs for Jellicle Cats*. Nadie parecía dispuesto a acercarse a pedir información sobre la escuela responsable de tal número. Sin embargo, poco a poco algunas personas se aproximaron a ojear folletos o incluso a hablar con Eva para interesarse por la oferta educativa y los precios de la inscripción. Antes de que la actuación concluyera, los folletos se habían acabado, y ella había tomado nota de los teléfonos de diez personas a quienes prometió llamar al día siguiente para hacerles una oferta en firme y formalizar su matriculación. La esperanza se apoderó de ella y el buen humor volvió a estar presente en su rostro a pesar de todo el cansancio y el estrés que había acumulado.

Casi no pudo esperar a que los actores, en especial su tía, bajaran del escenario para darles su más sincera enhorabuena. Muchos de ellos también aseguraron que se apuntarían a la escuela debido a esa positiva experiencia que habían vivido en tan pocos días, y al buen trabajo que Patricia había hecho con ellos. No es que Eva necesitara pruebas de que su tía era una gran profesional, profesora y mejor persona; pero escucharlo de otras bocas le hizo desear más aún que la escuela funcionara para que ella tuviera la oportunidad de realizarse en ese ámbito que sabía que iba a disfrutar a cada segundo.

—¿Cómo lo has visto? —preguntó Patricia sintiendo parte de la responsabilidad de la suerte de la escuela a partir de entonces.

—Ha estado genial —aseguró, mientras le enseñaba lo ocurrido en su puesto a pie de calle—. Y, mira, me he quedado sin folletos y con un listado de interesados. Tengo un buen presentimiento, tía Patri.

—¡Qué bien, cariño! ¡Me alegro muchísimo! —exclamó al tiempo que abrazaba con cariño a su sobrina—. Voy a decir a los chicos que ya pueden irse a casa, y yo creo que haré lo mismo, porque no puedo más.

—Claro, vete a descansar —respondió Eva cuando se separaron—. Yo me acercaré a la escuela a dejar los papeles y también para casa.

Eva se despidió de su tía y agradeció a todos los participantes su asistencia. Después fue en busca del equipo de la agencia también para darles las gracias por el trabajo y para interesarse por ellos. Una vez que le aseguraron que ellos se encargarían de desmontar y recoger todo el material, se dirigió al resto de su equipo de la escuela para liberarlos de cualquier obligación y que pudiesen ir a descansar y a coger fuerzas para el día siguiente. El primer paso ya estaba dado, ahora restaba recoger los frutos y seguir avanzando en el plan.

—Gracias por todo, chicos —dijo a Mario, Paula y Ainhoa—. Podéis iros ya a casa. Esperemos que mañana la escuela empiece a recibir alumnos, así que más nos vale recuperarnos del esfuerzo de hoy. Ainhoa, a ti te pediré mañana que me gestiones toda esta información, y a ver si podemos empezar a organizar la ruta de la fase dos.

—Hasta mañana —dijeron Mario y Paula casi al unísono.

—Por supuesto, esto no ha hecho nada más que empezar —respondió también Ainhoa con una sonrisa—. ¿Necesitas que te acompañe a la escuela a dejar las cosas?

—No, yo me encargo —dijo Eva mientras guardaba los papeles en una carpeta y revisaba cualquier resto que pudiese quedar por allí—. Ya has hecho bastante por hoy.

—Bueno, no me supone ningún esfuerzo estar cerca de ti.

—Claro, eso dices ahora, pero seguro que no pensabas lo mismo cuando te grité el otro día. —Eva tiró de sarcasmo para evitar responder de otro modo a una nueva provocación de Ainhoa.

—No creo que tengas ni idea de lo que pienso…

—Seguro que no —afirmó Eva ya poniendo camino hacia la escuela—. Anda, vete a casa. Mañana nos vemos.

—Hasta mañana, jefa.

Tardó un poco más de la cuenta en llegar a la escuela. Supuso que fue por el cansancio, pero lo cierto era que estaba disfrutando de ese tranquilo y fresco paseo sin el peso de tantas preocupaciones sobre los hombros. Sabía que todavía no estaba en disposición de

cantar victoria, sin embargo, acababan de ganar la primera contienda y se encaminaban hacia una guerra que parecía inclinarse a su favor. En el momento de encontrarse frente a la puerta de su propio negocio, con todos esos pensamientos positivos y un trabajo bien hecho, sintió una dicha que no habría podido explicar, y que creyó que nada ni nadie podría hacer desaparecer.

Hasta que quiso abrir la puerta y se dio cuenta de que había olvidado su bolso en la plaza. Con toda su documentación, su teléfono y las llaves del local.

—¡Mierda! —gruñó.

Al parecer sí había algo capaz de arruinar su buen rollo. Resopló con todo el aire que había en sus pulmones y se dispuso a salir corriendo hacia la plaza para buscar su bolso, si es que por un milagro alguien no se lo había robado ya y gastado todo el saldo de su cuenta corriente en pedidos de dudosa reputación a Amazon. Se giró con violencia y a punto estuvo de darse de bruces contra Ainhoa, que la observaba a su espalda sujetando su bolso, con una expresión infinitamente más divertida que la suya.

—Creo que algo te distrajo e impidió que te dieses cuenta de esto —comentó Ainhoa con una sonrisa pícara.

—¡Uf! Menos mal —exclamó Eva llevándose las manos a la cabeza —. Acabas de salvarme la vida.

—Vaya, eso es muy serio. —Ainhoa se coló delante de Eva para abrir la puerta con las llaves que encontró en su bolso, sin pedir permiso ni perdón a su dueña por la intromisión. Dejó que Eva pasara y que colocase las cosas encima de la mesa mientras ella cerraba la puerta y se acercaba con sigilo hasta Eva. Solo cuando estuvo lo bastante cerca, añadió—: Entonces, ¿qué más tengo que hacer para que me beses?

Eva se giró y encontró a Ainhoa prácticamente pegada a ella. Podía sentir su calor e incluso su aliento sobre la piel de la cara. Podía ver sus labios entreabiertos y humedecidos esperando a que se atreviera de una vez a fundirlos con los suyos. Ante esa última pregunta, que no por esperada resultó menos abrumadora, tuvo que tragar saliva y obligarse a mirarla a los ojos para que su determinación no flaqueara.

—Ay… nhoa, que me pierdes… —balbuceó—. Que yo no puedo meterme en este lío ahora. Lo siento, no sabes cuánto. No puedo hacerle esto a Ángel por mucho que estemos distantes. Y que además es tu primo, no entiendo que no te suponga ni un mínimo dilema ético.

—Joder, Eva, que no te enteras —dijo Ainhoa de pronto en un tono muy distinto, dejando de lado toda la dulzura y sensualidad que solía mostrar. Se apartó de Eva y resopló, debatiendo internamente si debía seguir hablando o callarse. Por fin, volvió a enfrentarla y siguió—: Mi primo no es ningún angelito a pesar de su nombre. ¿Todavía no sabes por qué estoy yo aquí? Ese cuento de querer ayudar a la familia es muy mono, pero no es cierto. La única razón por la que me enchufó de recepcionista fue para que estuviera cerca de ti y te pusiera a prueba.

—¿Qué? —preguntó Eva, incrédula ante la revelación de Ainhoa—. ¿Por qué querría hacer eso?

—Porque es un inseguro, y un poco gilipollas, ya puestos. Me dijo que tenía miedo de que tu bisexualidad no fuese compatible con la monogamia. De que no fueras capaz de estar solo y para siempre con un hombre. Me pidió que intentara seducirte y yo acepté porque necesitaba el dinero. Yo tampoco tengo excusa, soy tan gilipollas como él. —Ainhoa tomó aire y se aceró a Eva recuperando esa sensualidad tan característica en ella—. Solo quiero que sepas que, aunque empezase a acercarme a ti por otra razón, me gustas de verdad. Y sé que yo también te gusto, he visto cómo me miras. Si tú quieres podemos darle a mi primo una buena razón para desconfiar de ti…

Eva frenó a Ainhoa de malas maneras, casi empujándola hacia atrás mientras procesaba todo lo que acababa de escuchar.

—No puedo creer que haya hecho eso, y no puedo creer que intentes seguir adelante después de todo —dijo, con un cabreo creciente que iba a tardar mucho en desaparecer—. ¿Sabes qué? Yo seré muchas cosas, pero jamás he engañado a nadie, siempre he ido con la verdad por delante. Siempre he escogido el diálogo para enfrentar los problemas y encontrar una solución. Y no planear estupideces a espaldas de las personas que supuestamente quieres.

He sido una idiota, porque sí, me gustas, y me he sentido fatal por ello. Aunque te aseguro que no va a pasar nada entre nosotras, y mucho menos después de saber que me has estado engañando todo este tiempo.

Ainhoa hizo caso omiso a la declaración de Eva. Prosiguió con su avance con más energía y violencia. Colocó una mano sobre la clavícula de Eva y la arrastró hasta hacer que su espalda golpeara contra la pared. Aunque Eva trató de forcejear, no estaba preparada para esa reacción, por lo que se sintió como una marioneta en sus manos. Creyó que la besaría cuando se vio atrapada entre la pared y su cuerpo, pero sus labios se detuvieron justo al rozar los de Eva, provocando una chispa de electricidad que incendió sus entrañas y culminó en un escalofrío que se expandió por toda su anatomía.

—Como quieras —siseó Ainhoa, todavía pegada a su boca—. No hay ninguna mentira en la atracción que siento por ti, ni en todo lo que me he esforzado por la escuela en este tiempo. Te he dicho la verdad porque no quiero engañarte, y porque no quiero que Ángel te siga engañando. Es con él con quien debes aclarar las cosas. Y después, si cambias de idea con respecto a mí, ya sabes dónde encontrarme.

Ainhoa se retiró del lado de Eva de golpe, dejándola con la boca seca y la cabeza dando vueltas a mil revoluciones. Tan solo vio impotente como la joven se marchaba, incapaz de hacer ni decir nada durante varios minutos. Le resultaba muy difícil dar crédito a la idea de que no conocía a Ángel tan bien como creía, de que su relación no era el idílico paraíso que se había formado en su imaginación. Que de pronto él desconfiara de ella de esa manera y necesitase pruebas de su fidelidad y compromiso. Aparte del enfado obvio por lo que había hecho, sentía una profunda decepción hacia el que todavía era su novio, al que quería a pesar de los últimos acontecimientos.

Cuando consiguió recuperar el dominio de su cuerpo y de su mente, recogió sus cosas y puso rumbo a casa de inmediato. Le esperaba una intensa charla por delante, repleta de explicaciones. Se preparó mentalmente durante todo el camino para ello, guardándose las ganas que tenía de contarle los avances de la

promoción de la escuela. Con todo el tema de la *performance*, la jornada había concluido relativamente pronto, así que era probable que Ángel todavía no estuviese en casa. Así tendría tiempo para hacerse fuerte allí y armar una barricada en el sofá con los cojines. Sin embargo, de todo lo que pasó por su cabeza de camino a casa, jamás se le ocurrió la imagen con la que casi se topó de bruces al abrir la puerta…

«¡Tetas!».

Capítulo 6

«¿Qué clase de chiste macabro es este? A ver, que no me he equivocado de casa. Es la mía. Y la dueña de este par de tetas es una completa desconocida para mí. Vamos, que aunque fuera conocida. Que unas tetas así al aire dentro de casa no pueden significar demasiadas cosas. Vale que quizá yo no sea la mente más rápida del universo, pero para deducir que a estas tetas las ha invitado alguien a venir, sí que me da. Bonitas tetas, por cierto. Pero ¿qué digo? Aquí sobran unas tetas y faltan explicaciones. ¿Dónde se ha metido ese canalla?».

—¡ÁNGEL! —gritó, tan fuerte como pudo, cuando el hervidero que era su cerebro consiguió enviar la señal de emitir sonidos a sus cuerdas vocales.

La joven dueña del busto desnudo huyó, salón a través, en busca de algo con lo que cubrir sus vergüenzas, y evitando mediar palabra con aquella mujer que la había pillado con las manos en la masa. Ángel apareció por el pasillo casi corriendo, tapado solo con una sábana con la que ni siquiera se dignó a tratar de ocultar su delito.

—¡Eva! ¿Qué haces aquí a esta hora? —preguntó atropelladamente, como si esa fuese la principal preocupación en ese momento.

—Al parecer, ¡llegar a casa para descubrir la infidelidad de mi novio! —bramó desde su posición.

—Espera, Eva, no saques conclusiones precipitadas y deja que te lo explique —imploró Ángel al tiempo que hacía un gesto para que

su acompañante desapareciera cuanto antes de esa escena.

—Venga, hasta luego. Y abrígate, no vayas a coger frío —dijo Eva a la chica que ya corría escaleras abajo, con todo el sarcasmo del que era capaz en un momento así, antes de dar un portazo y comenzar a pasearse por el salón.

—Siéntate, por favor —pidió Ángel tratando de sujetar a Eva para guiarla hasta el sofá.

—¡Que no me siento! —volvió a gritar mientras se zafaba con violencia de la mano de Ángel—. Y ¡no me toques!, no tienes ningún derecho a tocarme ahora mismo.

Ángel levantó las manos en señal de rendición y tomó aire antes de seguir hablando casi en un susurro, mientras perseguía a Eva por los quince metros del salón, siempre dos pasos tras ella.

—Yo…, vale, me he acostado con otra, no lo niego.

—Es que tendrías cojones de negarlo.

—Ha sido una estupidez. Te juro que nunca había hecho algo así antes… No sé qué me ha pasado. Estoy mal desde hace tiempo por muchas cosas, nos hemos distanciado con todo el asunto de la escuela. Y además está lo del otro día.

—¿Cuál del otro día? —preguntó, colérica, deteniéndose para encararle.

—Cuando me dijiste que sí eres apasionada, pero nunca lo has sido conmigo. Apenas nos acostamos, y cuando lo hacemos, no es precisamente una vorágine sexual. Entre eso, y que te he visto muy pendiente de mi prima…

—Uy, qué valor tienes —siguió, haciendo rechinar los dientes de pura ira.

—¿Cómo esperas que mi masculinidad no se vea afectada?

Eva estuvo a punto de cruzarle la cara, pero consiguió controlarse a sabiendas de que las palabras podían ser mucho más dolorosas que las bofetadas.

—Pobrecito, que su masculinidad está afectada. La zorra de Eva lo ha obligado a ponerle los cuernos.

—Yo no he dicho eso. Pero, entiéndelo, yo también tengo mis necesidades.

—Y yo no tengo necesidades, ¿no? Yo no he tenido que soportar a tu prima poniéndome a cien sin hacer nada. La diferencia es que yo no soy un animal, tengo una cosa que se llama autocontrol, y te respeto.

—Ajá, así que confiesas que te ha puesto a cien.

—Sí, se ha esforzado mucho siguiendo tus directrices.

—Yo no le…

—Mira, ni te molestes en negarlo. Si es que eso ya me da igual. Voy a suponer que en el fondo me estabas haciendo un favor. A lo mejor tienes razón y soy lesbiana. Así no tienes que sentirte culpable por haberte follado a esa tía.

Eva se adentró en el pasillo hacia su habitación, cerrando cada puerta que pudo a su paso. Allí buscó una pequeña maleta de viaje, donde fue guardando sin ningún cuidado las cosas que creyó imprescindibles, tanto suyas como de su gato. Omitió los golpes en la puerta y las disculpas desesperadas de Ángel. Lloró. De rabia y de pena. Continuó con su cometido por pura necesidad, porque lo que en realidad quería era romper cosas, gritar y soltar todo el veneno que se acumulaba en su sangre y en su boca para hacer el máximo daño posible a la persona que acababa de arruinarle la vida.

Después cogió al pequeño y adormilado Rumpelstiltskin, que no alcanzaba a entender nada de lo que ocurría, y se dirigió sin vacilar a la puerta. Caminó con paso firme y los ojos enrojecidos, pero ya sin derramar una lágrima. Pasó junto a Ángel sin dedicarle una mirada, sin detenerse incluso cuando él tiró de su ropa suplicando que se quedase. Solo paró un momento antes de salir y dejar atrás aquella vida que tanto le había costado construir, porque sí necesitaba decirle algo que sintió como una revelación en su pecho.

—Muchas gracias, Ángel, porque me acabas de hacer perder la fe en las relaciones de pareja. Creí que tú eras la persona con la que compartiría mi vida, y en lugar de eso he descubierto a un ser sin escrúpulos que lo único que ha hecho ha sido cuestionar mi sexualidad, y nunca ha reparado en mis sentimientos. Que te jodan.

Eva fue al único lugar donde podía «acogerse a sagrado»: a casa de su tía Patricia. Su piso no es que fuese una gran mansión, pero estaba segura de que les haría un hueco, aun sacrificando parte de su comodidad.

Tal como había predicho, su tía le abrió la puerta de su casa de par en par, sin ni siquiera interrogarla acerca del motivo de su repentina mudanza. Eva dudó sobre si contarle lo que había pasado, y si sería capaz de recordarlo todo, pero lo cierto era que necesitaba desahogarse, y su tía siempre había sido una de sus grandes confidentes. Le contó como Ángel la había engañado en todos los sentidos posibles. El plan que había urdido con Ainhoa y su engaño físico con la mujer de los pechos al aire. Le explicó, con más llantos que palabras, todo el daño que le había causado; el dolor tan profundo que sentía por su traición. Lo estúpida que se veía por haber confiado en él y por haber luchado contra todos sus instintos por su relación.

Llegó a la conclusión, mientras narraba todo lo sucedido, de que no merecía la pena entregarse a alguien de esa manera. De que las personas estaban preparadas genéticamente para usar y tirar los sentimientos de aquellos que eran tan imbéciles como para amar a ciegas. Siempre había sido más feliz en relaciones esporádicas, sin normas y sin compromiso, que en aquellas ocasiones en las que se ilusionó con compartir algo más que sexo con alguien.

No. Ya no. No sería nunca más la tonta que vuelve a caer en promesas y palabras bonitas. Para ella había acabado todo lo relativo al amor. Era el momento de dejar salir a aquella Eva que tanto le gustaba. Esa que últimamente golpeaba las paredes de su cabeza pidiendo un poco de libertad. Sin consecuencias ni incertidumbres. Puro egoísmo.

—¿Qué piensas hacer con Ainhoa? —preguntó Patricia, mientras desayunaban a la mañana siguiente, cuando en teoría Eva debía tener la cabeza más fría.

—Despedirla, supongo —sentenció Eva sin prestar demasiada atención ni a su tía ni al desayuno, con los ojos hinchados de tanto

llorar y la boca seca por la misma razón.

—¿Estás segura? Dejando a un lado sus intereses personales, está haciendo un buen trabajo. Y con todo lo que tenemos por delante no sé si es la mejor opción quedarnos sin recepcionista y buscar a otra persona.

—No es la mejor opción, no. Pero me conozco y no voy a poder estar con ella como si nada. Cada vez que la mire me acordaré de lo que ha hecho, y del hijo de perra de su primo.

—Tienes razón. Por el bien de tu salud mental es mejor que se vaya —concluyó también Patricia.

Nada más desayunar pusieron rumbo a la escuela, bastante antes de la hora de apertura oficial para que les diese tiempo a recomponer todo lo que había quedado manga por hombro de la tarde anterior, y para preparar el plan de ataque de ese día. Aprovechando el tirón de la actuación, irían esa misma mañana a algunos institutos de la zona, y también a las facultades más cercanas, donde publicitar sus cursos de formación para futuros actores, bailarines y modelos. El objetivo era que las matriculaciones comenzasen a aumentar cuanto antes, por lo que no había tiempo que perder.

Al llegar, se sorprendieron al ver que no eran las primeras. La luz del interior estaba encendida; y eso solo podía significar que Ángel o Ainhoa estaban allí, puesto que eran los únicos con llave además de ellas. Eva sintió una ira visceral apoderarse de ella. Si Ángel había tenido la desfachatez de presentarse allí después de los últimos acontecimientos, que se fuera preparando para ser el blanco de todo su odio. Aunque también rezó, a pesar de su falta de interés por el mundo de la religión y la espiritualidad, para no tener que volver a enfrentarse a él justo en ese momento.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Eva con tono de pocos amigos al entrar y ver a Ainhoa, como le pareció, revolviendo las cosas de la escuela.

—Estoy recogiendo mis cosas —respondió ella casi sin girarse—. Te voy a ahorrar el mal trago de tener que despedirme.

De pronto, la convicción que tenía Eva sobre quitar de su vista a Ainhoa desapareció. Quizá porque le dio rabia saber que el poder de

esa decisión no recaía sobre ella; quizá porque, bien pensado, podría hacer que sufriera más si se quedaba allí; o quizá porque algo en su interior prefería tenerla cerca.

—Ah, no, no. De eso nada —gruñó Eva—. Tú te quedas aquí y te pones a trabajar como una campeona. Si creías que te ibas a librar, lo llevas claro. Vas a pagar con creces, con esfuerzo y dedicación.

Ainhoa detuvo sus quehaceres sin entender muy bien la actitud de Eva. Que la hubiese despedido le parecería lo más lógico, pero dejar que se quedase para emprender una especie de *vendetta* no lo entendía mucho. Sobre todo, porque una batalla personal entre ellas sería más que perjudicial para el negocio.

—¿Estás segura de que quieres que me quede? —preguntó Ainhoa.

—Tienes que ir a recoger la nueva tanda de folletos a la imprenta —ordenó Eva omitiendo su pregunta—, separarlos en paquetes de cincuenta y colocarlos para que estén a punto para cuando lleguen los de la agencia. En una hora salimos hacia el primer instituto, así que date prisa. Se te van a quitar las ganas de volver a tomarle el pelo a alguien.

Ainhoa asintió sin decir nada más. Dejó sus cosas donde estaban y cogió la cazadora para acudir a cumplir con lo que Eva le había mandado. Eva se sintió a la vez satisfecha y confusa por la dirección que habían tomado los acontecimientos. Seguramente tan confusa como estaba Patricia, que no había perdido ni un detalle de lo ocurrido a pesar de haberse mantenido en silencio y a un lado.

—No te ha salido muy bien lo de despedirla —comentó.

—Ya… —balbuceó—. Supongo que lo he pensado mejor y tenías razón, no es momento de buscar a otra persona.

—Ajá… —ironizó.

Eva fue a replicar a su tía, pero se arrepintió. No tenía el cuerpo para enfrentarse al sarcasmo de Patricia en ese momento. En su lugar prefirió ponerse a trabajar para cumplir con los objetivos de la escuela. Que su vida personal siempre se había visto involucrada en algún desastre no era ningún secreto; pero ahora que por fin había tomado las riendas de su vida profesional no dejaría que todo se estropease por nada del mundo.

El primer día de la segunda fase del plan de promoción resultó tan agotador como incómodo. La primera intención de Eva había sido que todos salieran en la incursión por los institutos buscando a adolescentes interesados en las artes escénicas. Algo que descartó al ser consciente de que alguien debía quedarse vigilando el fuerte por si llegaban los tan ansiados frutos de la jornada anterior. Teniendo en cuenta que Patricia y Paula habían sido quienes más se desgastaron en la preparación de la *performance*, le pareció justo dejar que ellas se quedasen en la escuela, lo que implicaba que ella, Ainhoa y Mario pasarían todo el día juntos de un lado a otro. Por mucho que lo intentase, a Eva no le resultaba fácil interactuar con Ainhoa, ni siquiera permanecer cerca de ella en silencio. Igual que no resultaba fácil captar la atención de chavales cuyos intereses no podían estar más alejados de lo que ellos ofrecían, y con quienes no tenían la más remota de idea de cómo comunicarse. Llegó a pensar que habría resultado más efectivo venderles droga que intentar que cogiesen uno de sus folletos. Ni siquiera los empleados de Forevent habían previsto que acudir folleto en mano a buscar alumnos por los institutos no daría resultado por sí solo. Y Eva empezaba a estar muy molesta con todo lo que estaba pasando.

Después de invertir todo el día en visitar cinco institutos en los que perdieron más tiempo que otra cosa, Eva tuvo una corta y efectiva charla con los representantes de la agencia. Dejó claro que no podía volverse a repetir lo ocurrido y que tendrían que buscar alguna alternativa o reducir el presupuesto de forma considerable. Pero eso no sirvió para librarse del mal humor que llevaba acumulado.

—He pensado que a lo mejor podíamos hacer algo de *merchandising*[6] con el logo de la escuela y regalarlo a los chicos cuando recojan los folletos —se atrevió a comentar Ainhoa cuando regresaban caminando a la escuela.

—Oye, pues no me parece mala idea —suscribió Mario.

—¿Qué pasa, que ahora eres experta en publicidad también? —refunfuñó Eva.

—No, no sé mucho de publicidad; pero sé que a nadie le amarga un dulce, como se dice. Si te fijas en cualquier punto de promoción

con productos gratis verás que hay colas para probar lo que sea. Y si son chavales jóvenes, irán en manada.

—Pues nada, llama a la agencia y diles que ya no necesitamos de sus servicios, que tú te encargas de todo.

—Estoy intentando ayudar, Eva. Creo que ese tono sobra.

Eva resopló, guardándose la réplica para ella. Mario se mantuvo en silencio, sin atreverse a mediar palabra. Ainhoa tampoco dijo nada más. Esperó a que llegaran a la escuela, Eva delante. Entró como una exhalación, directa hacia su lugar de refugio, sin detenerse ante la presencia de Patricia, que pretendía informarse del resultado de la acción. Ainhoa siguió a Eva en una persecución que empezaba a hacerse habitual, y Mario fue el encargado de explicar los pormenores del fracaso a Patricia y también a Paula, que apareció en la recepción cuando comenzó a escuchar ruido.

—Así que tu plan es castigarme personalmente —dijo Ainhoa una vez dentro del estudio de fotografía, que todavía no se había utilizado como tal—. Pretendes hacerme pagar por lo que hice, y sospecho que también por lo que te ha hecho Ángel, poniendo la seguridad de tu empresa por medio. Quieres verme sufrir y cabrearme para que pierda los papeles. Pero no te das cuenta de que es muy posible que antes de que estés lo bastante satisfecha la escuela haya sufrido consecuencias irreversibles.

—¿Acaso tienes idea de cómo me siento? —preguntó Eva, retóricamente, mientras caminaba de un lado a otro de la pequeña sala como un león enjaulado—. ¿Crees que para mí es fácil lidiar con todo lo que está pasando? El peso de la escuela, la traición de Ángel. Y también estoy enfadada contigo, muy enfadada, por embaucarme y mentirme desde que te conozco.

—Estoy segura de que nada de esto es fácil, pero tienes que ser capaz de separar la escuela de cualquier otra cosa. —Ainhoa se entrometió en el caminar de Eva, la frenó para que la mirase directamente antes de seguir hablando—: Nada de lo que he hecho ha sido para perjudicarte a ti o a tu negocio. Y no te pido que me perdones, pero tienes que tomar la decisión de confiar en mí y permitir que te ayude a sacar esto adelante, o dejar que me vaya.

Eva no fue capaz de decidir nada en ese momento. Necesitaba escapar de allí, desconectar y desahogarse antes de poder seguir con su vida. Dejó a Ainhoa con la última reflexión sin respuesta y se marchó sin despedirse de nadie a buscar un poco de comprensión.

La única forma que se le ocurría para que su mente y su cuerpo volviesen a encontrar el equilibrio y la paz fue llamar a sus amigas y pedirles por favor que acudiesen esa misma noche a una reunión como las de antes. Como cuando no tenían tantas responsabilidades y todo consistía en elegir el modelito del siguiente fin de semana, o pensar en el blanco de sus intentos de seducción.

Por supuesto, ellas acudieron a la llamada. No resultaba fácil deshacerse de todo lo que les ataba en su día a día, pero también sabían detectar cuándo algo era urgente. Y esa petición de Eva lo era. Se vieron en uno de sus bares favoritos, uno que frecuentaban sobre todo en verano, cuando la temperatura permitía sentarse en la terraza exterior y disfrutar de las vistas a una calle siempre llena de bullicio por los comercios y la gente paseando. En invierno se sentaban en el interior, en una de las mesas que hacía esquina y que estaba bastante alejada del resto. Su mesa, esa en la que se contaban confidencias sin que ningún cotilla de los alrededores pudiese escuchar la conversación. Hacía unos meses que habían reformado el local. Antes tenía un aspecto interior rústico, con mesas y sillas que combinaban la madera y la forja en su composición, y una tenue luz procedente del techo. Ahora, la decoración era mucho más moderna y colorida, con mesas lacadas en blanco y sillas que se combinaban con cómodas butacas, paredes recién pintadas y una luz mucho más potente que iluminaba cada rincón. No obstante, su rincón seguía siendo el mismo. Allí tomaron asiento y pidieron sendos *gin-tonics* que el camarero acompañó con unas aceitunas para picar. Brindaron y tomaron el primer sorbo antes de ponerse al día sobre sus respectivas vidas, algo que en el caso de Eva llevaría un buen rato.

Intentó hacer un resumen rápido de todo lo ocurrido desde que abrieron la escuela. Con cada nueva información, las expresiones del rostro de Blanca y Sonia se desencajaban un poco más. Resultaba difícil creer que todo se hubiese torcido tanto en unas pocas

semanas. No era ningún secreto que Eva siempre había sido un poco desastre, pero en los últimos tiempos había hecho un esfuerzo real por cambiar y había conseguido estar más estable que nunca en todos los aspectos. O, al menos, esa era la teoría.

—Así que, recapitulando, la escuela es un fracaso, Ángel un hijo de puta, Ainhoa una guarra y tú estás jodida. —Sonia resumió su vida en una certera frase a la que no pudo hacer ningún comentario más, tan solo asentir—. Pues vaya percal, tía.

—Yo estoy alucinando, Eva, en serio —siguió Blanca—. Pensaba que Ángel era un chico mucho más formal y que quería tener una familia contigo, o una vida en común, ya sabes. Nunca pensé que era de los que se iba tirando a cualquiera por ahí. Menuda decepción de chico, la verdad.

—No lo sé, a veces pienso que le di motivos para ello. Es verdad que apenas hacíamos nada y que tampoco me apetecía hacerlo. Y que cuando Ainhoa me provocaba, yo me dejaba engatusar. Estuve a punto de liarme con ella, y eso sí que me apetecía. A lo mejor me lo he merecido, por lesbiana.

—Tal vez el problema era Ángel y no tu sexualidad —dijo Sonia—. Que, mira, si eres lesbiana pues estupendo, pero puedes ser bisexual y que Ángel no te atrajera de verdad. Y también puede que seas bisexual en distinto porcentaje. Ninguna ley dice que a un bisexual tengan que gustarle por igual hombres y mujeres, ¿no?

—Supongo que no, pero incluso a mí se me hace difícil entender a veces qué soy o qué siento.

—¿Y si dejas de darle tantas vueltas a lo que eres y simplemente haces lo que te apetezca hacer de verdad?

Sonia volvió a dar en el clavo de la decisión que ella ya había tomado. Hacer lo que quisiera sin pensar en las consecuencias. Ni en los motivos para hacerlo.

—Ya sé lo que quiero que hagamos —sentenció Eva—, quiero que llamemos a Edu ahora mismo y que después nos cojamos un pedo en condiciones.

Sonia y Blanca asintieron de inmediato. Eva cogió su teléfono y buscó el contacto de su amigo Edu para hablar con él.

—Che, boludas, qué bueno que llamaron —respondió a la videollamada, forzando un acento argentino que por supuesto no tenía.

Desde que se había ido a Buenos Aires, Edu estaba más feliz que nunca. Se marchó persiguiendo a un chico del que se había enamorado perdidamente en apenas un par de semanas, algo muy impropio en él. Quizá por eso, tan rápido como se enamoró, se desenamoró, y se dio cuenta de que se encontraba en un país extranjero en el que había mucho por hacer y descubrir. Estaban seguras de que apenas les contaba la mitad de sus andanzas, tal vez para evitar darles envidia debido a la diferencia de sus situaciones. Blanca, que había sido la primera en casarse y tener hijos, siempre tuvo esa prisa inexplicable por asentarse y adquirir responsabilidades. Sin embargo, después de años de vida marital y como madre, echaba de menos la libertad y el haber hecho alguna que otra locura más. Sonia, que se estaba estrenando en el matrimonio, tenía una vida tranquila y feliz. Seguramente para ella no sería tanta la envidia por ver el estilo de vida de Edu, que a ella le horrorizaría. Pero sí sentiría esa leve nostalgia de tiempos pasados en los que la pandilla estaba más unida y hacían más cosas juntos.

Continuaron hablando y compartiendo recuerdos y bebidas a través de la pantalla. Hasta que fue lo bastante tarde y estaban lo bastante borrachos como para dar por terminado el encuentro. Antes de colgar, hicieron la promesa vinculante de ir a visitar a Edu a la otra punta del mundo durante los siguientes meses. Después se despidieron de él, y entre ellas, para poner cada una rumbo a su casa con mucho mejor humor del que tenían al encontrarse.

Eva dio tumbos por la ciudad durante un buen rato. Sin llegar a ser consciente de lo que hacía, puso rumbo al piso que compartía con Ángel, y que ya no era su casa. Tardó en recordar que no debía ir ahí, que ahora su vivienda pasajera era la casa de su tía. Sintió un pinchazo de dolor al recobrar por un segundo la consciencia, y tuvo que pararse para decidir qué camino debía seguir. Antes de volver a andar, miró la pantalla apagada de su teléfono móvil, que aún sostenía en la mano. Lo encendió y buscó en sus contactos el

nombre de la persona que tenía en mente, deseando, o tal vez no, que contestara.

—¿Hola? —preguntó al no escuchar nada al otro lado.

Capítulo 7

«Uf. Qué dolor de cabeza. Pero ¿dónde estoy? No tengo muy claro cómo llegué aquí anoche. Y no recuerdo nada de lo que hice después del cuarto *gin-tonic*. Ostras, yo llamé a alguien. ¡Ay, Dios mío! A que llamé a Ángel… ¿Y qué le dije? Espera, no, no. Este no es el piso de Ángel. Entonces, ¿de quién es? ¡Ay, ay, que yo llamé a Ainhoa, que la he *liao* parda! Joder, debería existir una aplicación que desviara las llamadas cuando vas demasiado borracha. Que llamas a tu ex, te pasan con el psicólogo. Que llamas a tu *crush*, te pasan con tu madre. Y así sucesivamente… Si es que yo no me forro porque no sé desarrollar nada, pero las ideas las tengo».

—Buenos días, jefa —saludó Ainhoa, sonriente, de pie junto al sofá en el que Eva había despertado, paralizando su hilo de pensamiento.

—Eh…, hola —balbuceó Eva, evitando mirar directamente a Ainhoa—. Te voy a ser sincera, no recuerdo nada de lo que pasó anoche. No recuerdo llamarte, ni hablar contigo, ni cómo llegué hasta aquí…, nada de nada. Así que, si hice o dije algo inapropiado, lo siento de verdad.

Ainhoa se sentó en el sofá junto a Eva, sin ser invitada y sin perder la sonrisa. La miró fijamente y enarcó una ceja.

—A ver, algo inapropiado sí hiciste… —dijo, dejando la frase en el aire.

—¿Qué hice? ¿Por qué sonríes tanto? —quiso saber, empezando a ponerse nerviosa.

—Tranquila, por desgracia para mí no fue tan divertido como piensas. Me llamaste en mitad de la noche borracha como una cuba. Creo que me echaste la bronca, o algo así, porque no entendí la mayor parte de lo que decías. También te cagaste una o dos veces en los muertos de Ángel, con toda la razón, y luego me colgaste.

—¿Y ya está? Entonces, ¿cómo llegué hasta aquí?

—Después de soltar tu charla y colgar, yo te volví a llamar para asegurarme de que estabas bien. Y, como era evidente que no, salí a buscarte. Te aseguro que no fue nada fácil dar contigo con las indicaciones que dabas. Te habría llevado a casa, pero no tengo ni la más remota idea de dónde vives ahora. Y no había forma de que me lo dijeras, así que te traje aquí y dejé que durmieras la mona en el sofá.

—Pues menudo relato. Siento haberte metido en este lío. Aunque, perdóname, pero no entiendo por qué no dejas de sonreír. Me estás agobiando un poco.

—Por algo que dijiste antes de quedarte dormida, que me hace sospechar que ya no estás tan enfadada conmigo.

—¿Qué dije?

Ainhoa negó con la cabeza al tiempo que se levantaba del sofá.

—Es mejor que no lo sepas. En fin, yo tengo que irme a trabajar, no sea que me caiga otra bronca por llegar tarde. ¿Te vienes o te quedas?

—Voy, voy.

Después de recomponerse, tomarse un café bien cargado y un ibuprofeno, y asearse como pudo, salió junto a Ainhoa hacia la escuela, con más sentido del deber que ganas. Su ritmo de movimientos una o dos veces por debajo de lo que era normal para cualquier ser humano hizo que llegaran tarde, y que fuesen el blanco de todas las miradas al aparecer en la escuela. Patricia, ojiplática al ver que llegaban juntas, increpó a su sobrina en cuanto cruzaron el umbral de la puerta. Se la llevó casi a rastras al interior del aula de interpretación, y no le dio tiempo siquiera a quitarse el abrigo.

—¿Has pasado la noche con Ainhoa? —preguntó, fuera de sí.

—Buenos días, tía Patricia, me conmueve tu preocupación ante mi desaparición —respondió Eva con toda la ironía de la que era capaz, mientras se deshacía del exceso de ropa.

—Ya eres mayorcita como para estarme preocupando si llegas a casa antes de que anochezca, ¿no? No has contestado a mi pregunta.

—Según esa reflexión, también soy mayorcita para dormir con quien me dé la gana, ¿no?

—Deberías, solo que a veces no actúas acorde a la edad que tienes.

—Pues, para tu información, sí, he pasado la noche con ella, pero no de la forma que imaginas. Me emborraché y por alguna estúpida razón la llamé. Me llevó a su casa y he dormido en su sofá, pero no ha pasado nada. Creo.

—Ay, Eva… Bueno, yo no digo nada, tú sabrás. Creo que deberías tener un poco más de filtro, pero, vaya, que es tu vida.

Eva salió del aula zanjando la conversación con un desplante. Debía poner en orden su cabeza para no perder el hilo en lo laboral, así que necesitaba dejar las cuestiones personales a un lado. Habían pospuesto la siguiente salida a buscar alumnos hasta encontrar una manera más atractiva que la de entregar folletos a diestro y siniestro, por lo que al menos ese día sería más tranquilo que el anterior. Los tres profesores comenzaron a preparar las clases que impartirían de forma inminente. Contaban con unas cuantas matrículas ya gestionadas, lo que significaba que tendrían que dar las clases, aunque el grupo de alumnos fuese reducido. La fecha oficial de comienzo de curso estaba marcada dos días después de la jornada de puertas abiertas, para lo que solo quedaban dos semanas. Un tiempo que pasaría volando y que debían aprovechar para conseguir causar la mejor impresión posible en la gente y en los alumnos.

Eva pasó la mayor parte de la mañana en reuniones virtuales con la gente de la agencia. Definiendo la estrategia a seguir en la fase dos y recibiendo las propuestas de la fase tres. Al menos estaba bastante convencida de que tenían bajo control la jornada de puertas abiertas, aunque no lograron presentar ninguna idea que le

convenciese de cara a la captación de alumnos en centros educativos. Entonces fue ella quien recuperó la idea de Ainhoa y se la hizo saber a la agencia. Crearían algún tipo de *merchandising* con el logo de la escuela para regalarlo junto a los folletos informativos. Una idea más sencilla que las de la agencia, pero también más económica y quizá efectiva.

Una vez finalizada la reunión, fue en busca de Ainhoa. Ya que la idea había sido suya, le daría la tarea de buscar y escoger el producto más adecuado para despertar el interés de los estudiantes. Se acercó despacio a ella, por la espalda, observando a esa mujer que tan bien y tan mal se había comportado con respecto a ella. Debatió con sus propios instintos, que se encontraban entre deseos de odiarla y deseos de pecar en ella. Por un lado, era la prima de quien se había convertido en su enemigo número uno, y con él había maquinado un plan en el que ella fue el conejillo de indias. Por otro lado, había trabajado en la escuela más de lo que debía, de forma desinteresada, puesto que su sueldo no cubría las horas extra ni la implicación personal. Además, la había ayudado en el ámbito personal, y juraría que seguía teniendo intereses hacia ella que trascendían cualquier plan inicial. Seguramente no sería lo más sensato seguir prestándole atención ni dar alas a esa idea, pero no podía evitar sentir un cosquilleo en la nuca cuando la tenía cerca, ni esa pregunta sin respuesta que rondaba su mente de por qué la noche anterior la había llamado a ella.

—Ainhoa —dijo, por fin, apoyándose sobre la mesa y quedando a escasos centímetros de su cabeza, lo bastante cerca como para aspirar su aroma—, al final vamos a hacer lo que dijiste. Necesito que busques algo para imprimir el logo de la escuela y regalarlo cuando salgamos a buscar alumnos. A ver qué se te ocurre que quede bien y que sea llamativo.

Ainhoa percibió la cercanía de Eva y se arrimó a ella con sutileza infinita, hasta casi rozarse.

—Vale, me pongo ahora con ello.

—Se lo tengo que dejar enviado a la agencia esta tarde para que dé tiempo a mandarlo a imprimir. A ver si pasado mañana lo

tenemos listo, que no quiero que nos liemos con esto y descuidemos la jornada de puertas abiertas.

—No nos liaremos… con esto —respondió, con un doble sentido evidente—. Lo tendrás a tiempo. ¿Algo más?

—No… —susurró Eva, haciendo acopio de fuerza interna para retirarse de la mesa y de la cercanía de Ainhoa.

Mientras Ainhoa se ocupaba en realizar la petición de Eva, ella decidió que era un buen momento para conocer algunas de las clases que los profesores estaban preparando. Algo que sobre todo a Patricia le pareció una gran idea, puesto que le permitía pasar más tiempo cerca de Mario. Resultaba incluso demasiado evidente su interés hacia él, que él no parecía corresponder. Sin embargo, Patricia no cejaba en su empeño y lanzaba una mirada o una palabra amable al fotógrafo siempre que encontraba una ocasión. Se reunieron todos en el aula de modelaje, que era la más grande de todas, y allí fueron exponiendo sus materiales de uno en uno.

No tuvo mucho que decir al respecto. Se había rodeado de un equipo de profesionales que sabía perfectamente lo que hacía. Las primeras clases partían de un nivel principiante para que todos los alumnos se sintiesen cómodos, y en las lecciones posteriores se ajustaría la dificultad dependiendo de los conocimientos previos que mostrasen los grupos. Su idea inicial fue hacer varios grupos con no más de diez o doce alumnos por clase, pero a esas alturas no estaban seguros de llegar a llenar un par de grupos, así que quizá redujesen el aforo. La ventaja era que así podrían dar una formación más personalizada, y a la vez mantendrían ocupadas más horas al día.

Estaba deseando que los profesores pudiesen comenzar su labor educativa para recoger los frutos que sin duda su experiencia daría. A pesar de que no habían empezado con buen pie, confiaba a ciegas en su empresa y en el equipo. Cuanto más los veía trabajar más segura estaba de que había tomado una buena decisión con todo aquello. Quizá la única buena de toda su vida. Y esa certeza era una buena motivación para seguir adelante por muchos obstáculos que apareciesen en el camino.

Con la satisfacción y el buen humor dejándose caer de nuevo por la escuela, se dispusieron a dar por terminada la jornada. También Ainhoa había concluido su tarea después de escoger y enviar a la agencia el *merchandising* que debían personalizar con el logo de El Bombín de Charlot: *pendrives* de 32 GB de capacidad, un complemento indispensable para cualquier estudiante en la actualidad.

Eva se había propuesto ser siempre la última en salir de la escuela. Le parecía lo correcto como cabeza de la empresa, a pesar de que tuviera otros socios. En otra circunstancia, Patricia la habría esperado para irse juntas a casa, pero se adelantó para pasar por el supermercado y hacer una compra básica con la que llenar la nevera ahora que eran dos para las comidas. Paula y Mario salieron poco después, y Ainhoa se retrasó deliberadamente para tener un momento a solas con Eva.

—¿Te apetece que nos vayamos a tomar algo tú y yo? —preguntó sin tapujos cuando ya solo quedaban ellas.

—Mmmm, no sé si debería —dudó Eva.

—No te he preguntado si debes, sino si quieres —insistió Ainhoa.

Eva no tuvo oportunidad de continuar con la conversación. En ese momento la puerta de la escuela se abrió para dejar paso a Ángel, que llegaba con una extraña mezcla de serenidad y angustia, buscando a Eva.

—Hola —saludó por mera educación—. ¿Podemos hablar?

Eva tardó unos segundos en reaccionar, el mismo tiempo que Ainhoa aguardó sin moverse para tomar una decisión acorde a su determinación.

—Sí —dijo sin más, haciendo un gesto a Ainhoa que indicaba que esa salida tendría que esperar a una mejor ocasión.

Ainhoa dio media vuelta con un resoplido y se marchó en contra de su voluntad. Ángel esperó a que se hubiera ido para seguir hablando.

—¿Cómo estás? —quiso saber, antes de plantear cualquier otra cuestión.

—He tenido épocas mejores —respondió Eva, dando unos pasos en dirección a la silla de recepción, donde tomó asiento—. Pero,

bueno, dicen que todo pasa, ¿no?

—Lo siento mucho, de verdad. —Ángel hizo un amago de ir hacia ella, pero un leve movimiento negativo de su cara fulminó sus intenciones. En su lugar, caminó hacia atrás hasta sentarse en el sofá rojo que todavía lucía impoluto.

—No sé qué esperas que te diga. —Eva se cruzó de brazos y se apoyó sobre la mesa, en lo que parecía más una entrevista o una reunión que una charla entre dos personas que habían compartido toda su vida.

—No sé —murmuró—. Quería darte un par de días de tiempo y espacio antes de venir a hablar contigo. —Ángel empezó a frotarse las piernas con las manos, como tratando de ocupar sus manos y su cabeza con algo que no fuese mirar directamente a Eva mientras hablaba—. Sé que lo que hice es algo horrible, pero no me imagino mi vida sin ti. Solo fue un error, un desliz. Ahora sé que tú nunca me hubieses engañado y que no tenía motivos para desconfiar de ti. Me pudo la presión, la situación con la escuela. Pero quiero que saquemos esto adelante, igual que siempre, como socios, como pareja. Estoy muy arrepentido y, si tú me dejas y eres capaz de perdonarme, yo haré todo lo que esté en mi mano para compensarte. Te quiero.

—Es que no puedo creer nada de lo que dices —replicó Eva, con un dolor creciente en el pecho, pero sin derramar una lágrima—. Yo nunca te hubiese hecho el daño que tú me has hecho a mí. Aunque quisiera perdonarte, no puedo volver a confiar en ti. Lo nuestro se ha terminado.

—Te veo muy entera y con mucha frialdad para decir lo que estás diciendo.

—Es extraño. Cuando te encontré en casa con esa mujer sentí que el mundo perfecto que había construido se desmoronaba. Pero, ahora, siento que en parte me he liberado de una vida que no quería. Y no tiene nada que ver contigo. Te quise mucho, aún te quiero, pero creo que no estoy hecha para las relaciones serias.

—Así de simple.

—Bueno, así de simple no, que el que me ha puesto los cuernos eres tú. Estoy intentando ser práctica. Tú tienes la oportunidad de

encontrar a alguien de quien no dudes por su sexualidad, y yo de no volverme a atar a nadie en una buena temporada.

Ángel se levantó del sofá, con una actitud muy diferente a la que había entrado.

—Así que vas a tirarlo todo por la borda porque de repente no estás preparada para una relación seria.

—Oye, ni se te ocurra intentar darle la vuelta a la situación para sentirte mejor con lo que hiciste. Yo no he tirado nada por la borda. Me has engañado. Sobre eso no hay discusión.

—¿Sí? ¿Quién ha engañado a quién? —preguntó, dando justo en el centro de la reflexión que Eva había hecho. Tal vez no de la misma manera, pero sí le había engañado, tanto como a sí misma, haciéndole creer que esa relación era donde quería estar. Ángel esperó en vano una respuesta que no llegaría. Tras varios e interminables segundos, se cansó, y se marchó igual que había venido, poniendo punto y final a lo suyo.

Eva cogió aire y lo soltó con fuerza, cansada. Necesitaba un poco de tregua para poner su cabeza en orden. A lo mejor debería adelantar ese viaje a Buenos Aires con sus amigos para desconectar de todo y de todos. Aunque, si era sincera, esa noche le habría bastado con salir a tomar algo con su secretaria y disfrutar de su compañía sin enfados ni tramas de por medio.

Como si hubiese escuchado sus pensamientos, Ainhoa apareció junto a la puerta de la escuela cuando Eva cerraba para irse por fin a casa. Ni siquiera le hizo falta preguntar qué hacía allí, porque la respuesta estaba clara, al igual que la determinación de Eva de dejarse llevar por ella sin oponer la más mínima resistencia.

Acabaron en un bar de copas cercano a la escuela. Uno de esos locales que incluso los días entre semana mantenían el ambiente lo bastante silencioso y oscuro como para que los clientes encontrasen la atmósfera perfecta para intimar sin ser vistos ni molestados. Pidieron un par de copas después de que Eva jurara que no tomaría nada más, puesto que el dolor de cabeza de esa misma mañana todavía no la había abandonado del todo. Se acomodaron en una mesa baja conjuntada con un moderno y minimalista sofá, y brindaron por todo lo que iba mal sin remedio. Sin embargo, la

situación no fue todo lo placentera que cabría esperar, puesto que el silencio se instauró entre ellas, ocupado por un trago tras otro y movimientos poco naturales para mantenerse a distancia la una de la otra.

—Me resulta extraño estar así contigo —comentó Eva cuando la ausencia de palabras comenzaba a hacerse insoportable.

—Ya. Supongo que entre nosotras nada ha sido lo que se dice «normal» —suscribió Ainhoa—. Pero me alegro de que hayas venido.

Mientras hablaba, colocó una de las manos sobre la de Eva, dio un leve apretón y la acomodó para poder acariciar el dorso con la yema de los dedos, con toda la suavidad y sensualidad que la situación permitía.

Eva la miró un segundo a los ojos, pero enseguida rechazó su contacto y apartó la mano para volver a coger la copa y darle un nuevo sorbo. Ainhoa suspiró, decidida por un momento a respetar la decisión de Eva, pero algo cambió en su actitud y, en lugar de alejarse, se acercó un poco más a ella.

—¿Qué es lo que te frena? —quiso saber.

—Entiéndeme…, compréndelo… —titubeó Eva, casi invocando una canción de Camela—, no estoy en un buen momento.

—Ya no estás con Ángel, y las dos sabemos que te atraigo desde que nos conocemos. Déjate llevar un poco en lugar de pensar tanto las cosas.

Ainhoa se pegó todo lo que pudo a Eva, colocó la mano izquierda sobre su rodilla y llevó los labios hasta su cuello, muy despacio, acompasando su respiración con la de Eva. Besó su piel desde la clavícula hasta la mandíbula, provocando un escalofrío que erizaba su bello allí donde la rozaba.

—¿Quieres que pare? —preguntó Ainhoa, frenando su avance momentáneamente.

Al sentir su aliento sobre la piel, Eva perdió cualquier reflejo de conciencia. Volteó la cara hacia la de ella y, tal como le había pedido, se dejó llevar hasta sus labios para besarla sin ningún remordimiento.

Perdieron la noción del tiempo entre besos, disfrutando de un contacto cálido y sin complicaciones. Tampoco hablaron. Sus

palabras fueron sus caricias y sus frases sus lenguas entrelazadas. Solo el movimiento de algunas personas que abandonaban sus asientos les hizo salir de su burbuja.

Se miraron, sonrientes, sin nada de culpa y mucha compenetración. Se cogieron de la mano y se acariciaron, pensando, ambas, si serían lo bastante fuertes como para ir despacio, o acabarían por segunda noche «durmiendo» en la misma casa.

Capítulo 8

«Es que es muy atractiva. Y lo sabe. Y se ríe de todos nosotros con esos ojazos azules y esa sonrisa de no haber roto un plato en su vida. Bastante adulta estoy siendo con no habérmela tirado todavía. Y eso que se me ha puesto a huevo unas cuantas veces. No sé, a lo mejor soy una anticuada, pero me parece que debo guardarle un pelín de luto a mi anterior relación. Que parezca que estoy más afectada y no pago el despecho con la primera cara bonita que se me cruza. Bueno, a ver, yo creo que una semana ya está bien. Si se me vuelve a insinuar yo ya renuncio a todos los malditos principios».

De camino a otra universidad en la que captar alumnos, Eva no podía dejar de escudriñar a Ainhoa. Ni de sonreír al verla, a sabiendas de que, en muchos sentidos, esa mirada azul le pertenecía. Ambas habían jurado no querer ninguna clase de relación. Serían amigas con derecho a roce, un pacto con el que las dos estaban de acuerdo y que les permitía revolver sus cuerpos y sus almas sin ningún peligro. Algo que, hasta el momento, iba bien. Después de la noche del bar se habían visto fuera de la escuela dos veces más, sin que ninguna pasara a mayores. Sus interacciones fueron aptas para todos los públicos, aunque también ambas sabían que deseaban más, y que tarde o temprano tendrían que dar rienda suelta a ese deseo.

Cuando llegaron, el coche de la agencia ya estaba allí, esperando a que aparecieran para llevar las cajas, con folletos recién impresos y *pendrives* recién grabados con el logo de la escuela, al punto

estratégico junto a la puerta de entrada a la facultad para entregarlo a todo el que pasara por allí. Además de ellas dos, Patricia había ido en esta ocasión a realizar el trabajo de campo. La única barrera disuasoria entre ellas y esa tensión sexual que cada vez era más evidente, y que incomodaba a cualquiera que estuviera cerca.

Eva tuvo la intención de cargar la última caja que quedaba en el maletero del coche, pero Ainhoa se adelantó para cogerla. Eva la miró con satisfacción y se mordió un poco el labio inferior ante esa imagen, y Patricia no pudo desaprovechar la oportunidad de provocar a su sobrina:

—Para no ser Miss Universo, te la estás comiendo con los ojos.

—¿Quién ha dicho eso?

—Tú lo dijiste. Que no te interesaba, y que no era tan atractiva.

—Bueno, no le hace falta ser Miss Universo. Además, antes tenía un motivo para no sucumbir a la tentación, ahora ya no.

—Me parece muy bien, ya sabes que yo soy de la opinión de que un clavo saca otro clavo. Lo que me ofende es que no me lo hayas contado.

—Tampoco hay mucho que contar, tía. Estamos tonteando un poco, pero sin complicaciones.

—Cada vez que dices eso se me aprieta el culo.

—Gracias por esa idea tan gráfica.

—Tú no pierdas el foco de la escuela, anda, y límpiate la baba, que se te cae.

Eva se llevó por instinto la mano a la boca y rio con el comentario de su tía. Se encontraba de mejor humor que desde hacía mucho tiempo, y eso estaba repercutiendo positivamente en el futuro inmediato de la escuela. Tan solo quedaban un par de lugares por visitar antes de la jornada de puertas abiertas, que se había convertido en una fiesta con barra libre para todos los que quisieran asistir. Muchas voces se habían hecho ya eco de la celebración, y estaba convencida de que el aforo se completaría sin dificultad. Estaba más que claro que allí donde se ofrecían cosas gratis, la gente acudía en masa.

Pasaron un par de horas entregando folletos y *merchandising* entre sonrisas, roces y algún que otro resoplido de Patricia. Hasta que las cajas se vaciaron. Después, recogieron las cosas y se separaron del grupo de Forevent con la intención de ir a comer a algún sitio, una idea que a Patricia no le interesó demasiado, puesto que suponía seguir aguantando la tontería de las chicas y pasar más tiempo lejos de la escuela, y de Mario. Por eso decidieron regresar directamente a la escuela y allí pensar en la comida. Mientras caminaban, y antes de que la situación volviese a ponerse incómoda, una certera llamada de teléfono sonó en el móvil de Eva.

—¡Hola, Sonia! —contestó Eva con euforia cuando vio el nombre de su amiga en la pantalla.

—Hola, ¿te pillo bien? —preguntó al otro lado.

—Claro, estoy con Ainhoa y con mi tía de camino a la escuela.

—Uy, con Ainhoa. ¿Y qué tal está Ainhoa? ¿Ya le has tirado la caña?

—No empieces… —farfulló, evitando dar más información de la necesaria debido a la cercanía de la susodicha—. Ya te contaré.

—Eso es que algo ha pasado. Y que no puedes hablar porque está muy cerca, ¿me equivoco?

—Eres tan perspicaz que a veces me parece que tienes poderes de bruja —respondió Eva, ralentizando su movimiento para que Ainhoa y Patricia se adelantasen un par de pasos.

—¡JA! Mi intuición es infalible —exclamó con tono de sorna.

—¿Tú qué tal? —preguntó Eva para cambiar de tema. Escuchaba bastante alboroto al otro lado del teléfono, por lo que supuso que se encontraba en mitad de alguna de sus clases.

—Me toca guardia hoy en el patio y están todos los críos como locos con el día tan bueno que hace —respondió Sonia confirmando las sospechas de Eva—. Pero bien. Bueno, a lo que iba, que he estado mirando lo del seguro para el viaje, y tengo uno bastante bueno. Cubre problemas de salud, accidentes y eso. Lo único que no cubre es si nos cancelan el vuelo por cosas como desastres naturales o pandemias, pero parece que ningún seguro lo cubre.

—Bueno, tampoco creo yo que vaya a haber una pandemia mundial o una glaciación. Sería muy mala suerte…

—Ya ves. ¡Víctor, que tengas cuidado con el balón, que le vas a sacar un ojo a alguien! —gritó, dirigiéndose a alguno de sus alumnos, y provocando una sonrisa en Eva. Luego resopló y regresó a la conversación telefónica, aunque le costó un par de segundos recordar de qué estaban hablando—. Eh…, eso, que tú reserva los billetes ya y yo cojo el seguro. He hablado con Blanca y le parece bien, ella estaba mirando Airbnb. ¡Nos vamos a Buenos Aires!

—¡Sí, tengo un montón de ganas! —exclamó Eva con sinceridad—. Por cierto, vendréis a la fiesta de la escuela, ¿no?

—Claro, ya hemos quedado Blanca y yo para ir juntas.

—Genial, allí os veo entonces.

—Venga, un besito, y da recuerdos a tu tía y a Ainhoa… —dijo arrastrando el último nombre, como para que quedase flotando en el ambiente.

—De tu parte —murmuró con toda la ironía que pudo—. Chao.

Eva aceleró de nuevo para juntarse con Patricia y Ainhoa, que seguían en silencio. El hambre empezaba a apretar, y no tenía ganas de mantener esa situación, por lo que insistió en la proposición de comer algo antes de llegar a la escuela. Y Patricia la declinó de igual forma debido a que se encontraban lo bastante cerca como para retrasar su llegada al menos otra hora. No obstante, propuso de forma magistralmente sutil que ellas acudieran a comer sin escolta, puesto que, como todo el mundo sabía, tres son multitud, y añadió su preocupación por ciertas tareas que no podía seguir posponiendo.

Así, Eva y Ainhoa acudieron a un local que encontraron de comida rápida para saciar su apetito y disfrutar un rato a solas. Eva supuso que no era uno de los lugares que por lo general frecuentaba su acompañante a tenor de su cuidada y esbelta figura, pero no hizo ningún comentario negativo al respecto; ni tampoco cuando su menú grande con extra de carne llegó junto al menú infantil y la ensalada de Ainhoa.

—No he podido evitar escuchar la conversación de antes con tu amiga —comentó Ainhoa una vez acomodadas en una mesa y empezando a dar cuenta de la comida—. Y si te parece que me estoy metiendo donde no me llaman, puedes no contestarme. Pero ¿te vas de viaje?

—Puedes preguntarme lo que quieras —respondió Eva con una sonrisa—. Sí, nos vamos dos semanas a Buenos Aires, a visitar a un amigo que vive allí.

—Vaya, qué bien —siguió, con muy poco entusiasmo en la voz—. Dicen que los argentinos son muy sensuales con ese acento que tienen.

—¿Eso son celos? —indagó Eva, con un punto de maldad que le parecía divertido.

Ainhoa tomó un buen sorbo de su refresco de té helado, la bebida que siempre elegía para tomar sola o con comida, puesto que odiaba la sensación de las burbujas de los refrescos gasificados.

—Para nada —contestó, por fin, logrando un tono neutro que no habría conseguido de responder de inmediato—. Solo era un comentario. Aunque sí es posible que te eche un poquito de menos.

—Tranquila —siguió Eva dando un bocado a su hamburguesa—, no voy con intención de descubrir el acento de nadie. Además, todavía queda bastante para eso. Ahora lo que tengo en mente es la jornada de puertas abiertas, que ya está al caer y tiene que salir perfecta.

—Eso está controlado. El jueves vendrán los de Forevent a traer la ambientación, que tampoco sé bien qué hay que ambientar, pero es lo que han dicho. Y el viernes hemos quedado con los del *catering* al mediodía, para que dé tiempo a prepararlo todo. Se supone que hemos avisado de que la apertura de puertas empieza a las seis, pero con estas cosas nunca se sabe.

—Perfecto. Parece que vamos a estar muy ocupadas estos días.

—Sí, eso parece —suscribió, bajando la mirada, a sabiendas de que no iba a ser fácil conseguir otro momento a solas hasta después de la fiesta de la escuela.

—¿Me invitas a cenar en tu casa esta noche? —preguntó, para sorpresa de Ainhoa, que levantó de golpe la mirada y la clavó en los ojos de Eva.

—Mmmm, ¿es una proposición indecente, jefa?

—Lo decidiré durante la tarde. Pero todavía no me has respondido.

Ainhoa se levantó de su asiento, fue hasta Eva, la besó sensualmente en los labios y luego le susurró al oído:

—Ya sabes dónde es, allí te espero, aunque no te prometo que vayamos a cenar.

Como siempre, Eva fue la última en salir de la escuela. Hacía rato que los demás se habían ido, a excepción de Patricia, que tuvo la intención de esperar a su sobrina antes de saber que tenía planes que le impedían irse a casa con ella. Estaba más nerviosa de lo que habría esperado cuando se paró en el portal del piso de Ainhoa. Quizá porque había pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvo un primer encuentro con alguien. O, tal vez, porque en cierta forma le intimidaba la actitud que mostraba su secretaria. Y eso que ella nunca se había dejado intimidar. Ni siquiera cuando se había tenido que enfrentar a personas que estaban muy por encima de ella a nivel laboral —una afirmación que, siendo sincera, no era del todo cierta; pero en la que no tenía ninguna intención de indagar—. A pesar de la incertidumbre, llamó al telefonillo, y solo un momento después la voz de Ainhoa al otro lado terminó por despertar su nerviosismo con tan solo una palabra: «adelante».

Nada más entrar en el piso supo que Ainhoa había preparado la velada a conciencia. El ambiente estaba rebajado en iluminación, sonidos e incluso aromas. No había rastro de la cena por ninguna parte, aunque sí pudo encontrar en un vistazo una botella de vino blanco y algo de fruta cortada en una bandeja. Apenas le dio tiempo a observar a Ainhoa, ataviada con una camiseta larga y ancha, que le caía en uno de los hombros dejándolo al descubierto, y llegaba hasta la mitad de las piernas. Tan pronto como cerró la puerta, Ainhoa se abalanzó sobre ella y empezó a besarla con pasión mientras prácticamente le arrancaba el bolso y el abrigo y los tiraba al suelo. Eva intentó entrar en su juego, pero no terminaba de gustarle lo dominante que Ainhoa se mostraba. Por lo general era ella quien llevaba la voz cantante durante sus encuentros sexuales, y sentirse tan a merced de alguien no lograba excitarla tanto como cabría esperar. Por eso, puso un poco de freno a la situación,

tratando de encontrar un mejor camino para que ambas disfrutaran al máximo de esa noche.

—Entonces, ¿no vamos a cenar? —preguntó Eva cuando la boca de Ainhoa se lo permitió.

—Ahí tienes un poco de fruta y algo de beber —respondió señalando a la mesa—. Pero esperaba que vinieses con más hambre de otra cosa.

Eva se acercó a la mesa y sirvió vino en dos copas. Las cogió y le ofreció una a Ainhoa, que la aceptó sin rechistar. Brindaron y tomaron un sorbo, pero ninguna dio el siguiente paso. Eva porque no encontraba el impulso, y Ainhoa porque quiso darle espacio al percibir sus dudas.

—Ven aquí —pidió Ainhoa mientras tomaba asiento en el sofá. Eva obedeció y se sentó a su lado, sin soltar la copa de vino y sin llegar a acercarse por completo a Ainhoa—. No tiene que pasar nada que tú no quieras.

—Si yo sí quiero… —titubeó.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No lo sé —dijo con toda la sinceridad que pudo.

—Mira, Eva, yo estoy deseando que esto pase, aunque no sea ahora. Me gustas mucho y quiero hacerte disfrutar hasta que no puedas más, pero necesito que me eches un cable. Necesito saber que tú sientes lo mismo que yo y que no te estoy forzando a nada.

—No me estás forzando a nada, de eso estoy segura. Es posible que me sienta un poco intimidada por ti.

—¿Que yo te intimido a ti? —Ainhoa soltó una carcajada—. Pero si eres la tía más segura de sí misma que he conocido. Nunca pensé que algo pudiese darte miedo.

—No me das miedo.

—Ah, ¿no? —Ainhoa se levantó del sofá y se quedó justo delante de Eva. Acto seguido se quitó la camiseta con tan solo un movimiento. Tal como Eva sospechaba, bajo esa primera capa carecía de ropa interior, a excepción de un diminuto tanga que dejaba muy poco a la imaginación. Se acercó un poco más a Eva hasta rozar sus piernas, y abrió los brazos, ofreciéndose como

tributo para dejarse ganar en sus juegos del hambre—. Pues aquí me tienes. Decide tú qué hacer conmigo.

Eva tomó otro trago de vino para ayudarse a pasar la saliva que se le había atascado en la garganta mientras observaba la perfecta anatomía de Ainhoa casi por completo desnuda. Estiró la mano para dejar la copa sobre la mesita baja del salón, y al regresar a su posición atrapó los glúteos de Ainhoa para empujarla hacia ella, haciendo que cayese a horcajadas sobre sus piernas. Sin retirar las manos de la redondez de su trasero, comenzó a besar su abdomen y su pecho. Cuando ya no pudo subir más, se retiró un poco para mirar a Ainhoa, que la observaba con una sonrisa de satisfacción incomparable, enmarcada por esos ojos azules que parecían brillar incluso en la oscuridad. Ainhoa tomó la cara de Eva entre las manos y la besó con fiereza, recuperando el dominio de la situación, algo que de pronto a Eva parecía no importarle tanto. Continuó besándola sin parar, mientras liberó una de las manos en busca de la de Eva. La encontró pegada con fuerza a su culo, pero consiguió despegarla para guiarla por delante hacia las profundidades de su tanga. Allí la acomodó y empezó a moverse rítmicamente sobre ella, estimulando su intimidad y excitando a Eva con cada nuevo envite de su cadera de atrás hacia delante.

—¿Te gusta lo que sientes? —preguntó Ainhoa, susurrando en el oído de Eva y haciendo que perdiera la cordura.

—Ajá —respondió ella, incapaz de articular palabra.

—A mí también me gusta sentirte. Pero quiero más.

El corazón de Eva iba a mil por hora debido a la excitación que sentía, y se aceleró cuando Ainhoa desabrocho el botón de su pantalón vaquero y bajó la cremallera para facilitar el acceso de su mano. Provocó un gemido de placer con solo rozar su sexo, y comenzó también a acariciarlo siguiendo el ritmo del propio movimiento de su cadera.

Ainhoa pegó el pecho al de Eva, todavía protegido por su ropa, y apoyó la cabeza sobre su hombro para poder concentrarse en la parte inferior de su cuerpo. Los jadeos en su oído cada vez eran más fuertes y rápidos, y Eva no pudo sino morderse el labio inferior mientras sentía a Ainhoa estremecerse sobre ella. El quejido más

intenso fue el indicativo de que Ainhoa había llegado al clímax, que por un momento le hizo perder la fuerza de todos los músculos de su cuerpo. Sin embargo, recobró como pudo las energías para seguir acariciando a Eva hasta que ella también culminó lo que habían empezado.

Con Eva todavía recuperando el aliento, Ainhoa aprovechó para despojarla poco a poco de su ropa. Primero el jersey, que ocultaba un fino top interior. Luego el sujetador, donde se entretuvo un rato jugueteando con los dedos. Más tarde, se incorporó para poder quitarle el pantalón, a lo que Eva no opuso ninguna resistencia, ni tampoco cuando le quitó las bragas. Sin decir nada, la cogió de la mano y la instó a levantarse. La llevó hasta la cama de su habitación, perdiendo por el camino su propia ropa interior, y allí se acomodaron y volvieron a perderse entre caricias que durarían buena parte de la noche.

Todo parecía estar a punto para dar el pistoletazo de salida a la fiesta de puertas abiertas de la escuela. Sin embargo, Eva no era capaz de quitarse ese mal presentimiento que le mordisqueaba la nuca. Tal vez por haber llegado a ese momento con más cansancio del que esperaba, culpa suya por haber pasado las últimas tres noches en casa de Ainhoa, ocupando las horas de sueño en cosas muy distintas al descanso. O tal vez porque esperaba la visita *non grata* de Ángel, algo que no podía evitar y le provocaba un gran malestar, sobre todo si pensaba en que interactuase con su prima, como cabría suponer. Repasó de nuevo todos los detalles: el *catering* estaba listo, cada espacio de la escuela limpio y ordenado hasta la pulcritud, los profesores preparados para mostrar sus aulas y resolver cualquier posible duda sobre la formación, Ainhoa en su posición aguardando nuevas matrículas y ella como maestra de ceremonias para realizar visitas guiadas cada media hora a los grupos que fuesen llegando. No había nada dejado al destino, ni nada que *a priori* pudiese salir mal. Excepto que la convocatoria fuese un fracaso y no se presentasen allí más que sus dos amigas y algún familiar de sus empleados.

No fue así. A las seis en punto, incluso varios minutos antes, decenas de personas se agolpaban a las puertas de la escuela cuando estaban a punto de abrirse. Todos recibieron a los invitados con una mezcla de ilusión e incertidumbre, deseando que muchas de esas visitas se transformaran en alumnos, pero sin poder evitar pensar que quizá estaban solo interesados en la comida gratis. Pronto, la recepción y los pasillos se llenaron casi al máximo de su capacidad, y Eva llegó a pensar que tendrían que colocar el cartel de aforo completo. A fin de cuentas, la escuela no era tan grande, y si no dejaba de entrar gente se provocaría un tumulto que impediría realizar las visitas guiadas.

Eva no tuvo otro remedio que posponer por el momento su intención de hacer de guía para los invitados, y se dedicó a tratar de organizar y colocar a los grupos de personas que seguían llegando. Entre la gente comenzó a ver algunas caras conocidas, como las de sus amigas, que ni siquiera pudieron acercarse a saludarla en condiciones. También pudo darse cuenta de la aparición de Ángel, tal como había previsto, aunque evitó por todos los medios centrarse en él o en el propósito que tenía al haberse presentado allí. Hasta que por fin consiguió poner orden en la sala y relajar el ambiente. Entonces, cuando el paso de personas se volvió más fluido, y muchos de los que habían entrado para hacerse con su obsequio de bebida y tapa salían dejando hueco al resto, fue en busca de Sonia y Blanca, que aguardaban en una esquina observando todo lo que acontecía en la sala.

—Chicas, me alegro de veros —dijo con un suspiro y menos euforia de la que le gustaría debido al cansancio mental.

—Pues se te ha llenado el chiringuito —comentó Sonia.

—Yo ya lo sabía, vamos, que estaba segura de que iba a venir mucha gente —siguió Blanca con su habitual velocidad al hablar—. Si es que no hay nada mejor que dar comida por el morro. A ver si tienes suerte y se animan a apuntarse, o sea, a matricularse, que ya va siendo hora de que la escuela se ponga en funcionamiento. Porque Izan todavía es muy pequeño, pero cuando sea más mayor sí me gustaría que hiciera algo de teatro. A lo mejor deberías plantearte dar clases también para niños, que hay muchas madres

que con tal de quitarse de encima a los críos un rato estarían encantadas de traerlos aquí. Ya te digo yo que, de la escuela de mi hijo, todas…

—Podría ser, no estaría mal plantear grupos infantiles, aunque por ahora bastante tenemos con lo que hay.

—Bueno, ¿y qué pasa con eso? —indagó Sonia haciendo una señal para que Eva y Blanca se dieran cuenta de la reunión que estaba teniendo lugar entre Ainhoa y Ángel.

—Sinceramente, no sé si quiero saberlo —afirmó Eva.

—¿Sabe Ángel que estás con ella? —siguió Sonia.

—Espero que no. Aunque tampoco estoy lo que se dice con ella. Y no me líes, que tengo mucho que hacer como para preocuparme ahora por eso. —Justo cuando la conversación entre Ángel y Ainhoa finalizó, el primero se fue y la segunda se quedó sola, Eva sintió la necesidad de averiguar sobre qué habían hablado—. Voy a darme una vuelta y luego vengo otra vez con vosotras, pero no tengo ningún interés en lo que haya pasado.

—Ya, ya… —dijeron sarcásticamente y casi al unísono mientras veían a Eva poner rumbo fijo hacia Ainhoa.

—¡Eh! —exclamó Eva a modo de saludo cuando llegó hasta Ainhoa.

Ainhoa se giró hacia ella y la rodeó con un brazo por los hombros, instándola a echar un vistazo alrededor de la sala, aunque sus planes en ese instante tenían más que ver con ella.

—Está siendo un éxito, ¿no? Deberías estar contenta —comentó Ainhoa, despreocupada.

—Sí, sí, lo estoy —aseguró—. Me ha dado un poco de bajón verlo aquí… —dijo, esperando que fuese suficiente para que Ainhoa le contase algo sobre su conversación sin tener que preguntar directamente.

—Ya le he dicho que es mejor que se vaya.

—Ah, genial —respondió, fingiendo que esa era la respuesta que quería escuchar.

—Tú no te preocupes —concluyó, apretando con más fuerza a Eva y dándole un fugaz beso en los labios.

Eva cerró los ojos para aislarse por un segundo del caos en que se había convertido la escuela y disfrutar del contacto de Ainhoa. Lo que no esperaba era que sus otros sentidos se agudizaran, y que en su nariz se colara un perfume que distinguió a la perfección, creando las conexiones necesarias entre sus neuronas para acceder a un recuerdo que llevaba años encerrado, y que de pronto aparecía como una imagen nítida en una pantalla de cine. Habría reconocido ese aroma en cualquier parte. Y el mal presentimiento con el que llevaba conviviendo todo el día se convirtió en un mordisco afilado en la nuca, que le desató un tremendo escalofrío por todo el cuerpo. Antes de abrir los ojos supo exactamente con quién iban a encontrarse. Y solo podía pensar en que ojalá la tierra se la tragase para no tener que enfrentarse a su personal y rubio fantasma.

Diana Fuentes.

Capítulo 9

«Vale, vale, vale. Está aquí. ¿Por qué está aquí? Pues no lo sé, pero no pasa nada. Algún día tenía que ocurrir. A fin de cuentas, vivimos en la misma ciudad. Y ya ha pasado mucho tiempo de aquello. Ambas lo hemos superado y seguido con nuestras vidas. Eso es. Habrá venido por casualidad, como todos los demás. O porque el bocachancla de Diego se lo ha contado. Si es que sabía que esa reunión me traería problemas. Pero, bueno, que ya está. Me he cruzado con otros ex en la vida y aquí estoy. No me voy a morir por esto. Tú tranquila, Eva. Naturalidad, ante todo. Cuando estés preparada vas a saludarla cordialmente y listo. ¡Que viene, que viene! No estoy preparada…».

—Eva Suárez. —Diana consiguió con solo pronunciar su nombre que un temblor se apoderase de ella hasta el punto de tener que cerrar los puños de ambas manos para tratar de controlarse. Se veía muy cambiada, con el mismo aire de superioridad, pero más relajada. Al contrario de cuando la conoció, llevaba el pelo suelto y repleto de bucles, y su rubio ahora era incluso más brillante que entonces. Su vestimenta también indicaba que se había liberado de ciertas cargas. Llevaba un pantalón de pitillo negro, una camiseta de vestir blanca con un escote en pico bastante generoso, y un *blazer* en tono rosa palo, con la manga remangada, que enmarcaba esa figura que seguía siendo perfecta a pesar del paso de los años. Eso sí, todavía mantenía los zapatos de tacón como complemento imprescindible. Quizá contaba con alguna arruga más en el rostro,

pero en su opinión no había perdido ni una pizca de la sensualidad que le era característica.

—Diana Fuentes —acertó a decir Eva, tratando de no tartamudear y de cambiar el gesto de su rostro, segura de que los ojos abiertos como platos y la rigidez de sus facciones recordaban más a un ciervo sorprendido en mitad de la carretera que a una persona—. No esperaba encontrarme contigo.

—No podía perderme un acontecimiento como este. Tú, de empresaria. Aunque he de reconocer que me dolió saber que escogiste a la competencia en lugar de a nosotros para llevar a cabo la promoción. Habríamos doblado la convocatoria.

—Ya sabes, mi presupuesto no estaba a la altura de E-Vento.

Diana asintió ante una respuesta que no resultaba nada convincente, pero que tuvo que aceptar para no hacer más leña del árbol caído.

—¿Cómo te va? —quiso saber Diana entre sorbo y sorbo de su vaso de refresco.

—Bien. Bastante bien —respondió aclarándose la voz y cruzándose de brazos—. Los comienzos son difíciles, pero confío en que el negocio mejore después de esto.

—Seguro que sí. Además, he visto que te has rodeado de un buen equipo —afirmó mirando a Ainhoa—. Es una chica muy guapa.

—¿Has venido sola? —preguntó, intentando desviar el tema hacia algunos de sus compañeros de E-Vento, aunque no obtuvo la respuesta que esperaba.

—No, he venido con ella —respondió Diana girándose un poco para señalar a una mujer casi tan imponente como ella, más o menos de su edad, de pelo castaño y facciones objetivamente bellas —. Es Maca, mi pareja. Antes era mi psicóloga, me ayudó mucho durante el proceso de separación de mi marido. Y luego… cometió mala praxis, pero no me pareció correcto denunciarla, como puedes imaginar —terminó con una elegante sonrisa.

—Espero que no haga lo mismo con todos sus pacientes… —masculló, arrepintiéndose al momento por un comentario que podía interpretarse de muchas formas distintas. Por eso se apresuró a añadir—: Me alegro por ti. Tampoco está nada mal.

Era evidente que Diana tenía la intención de seguir indagando en la vida actual de Eva, pero ella solo quería escapar a esa conversación y alejarse de Diana para tomar un poco de perspectiva. Antes de que su exjefa y examante lanzase su siguiente dardo envenenado, Eva fingió que alguien la llamaba al otro lado de la sala. Se disculpó y huyó como una rata asegurando que más tarde tendrían la ocasión de conversar de nuevo, promesa que no tenía intención alguna de cumplir.

Corrió hasta cobijarse entre sus amigas, que tampoco salían de su asombro al haber reconocido a Diana entre la multitud.

—¿Esa era…? —preguntó Sonia, incapaz de terminar la frase.

—Sí —afirmó Eva.

—¿Y ha venido con…?

—Sí —volvió a responder, cortando la reflexión de su amiga.

—¿Y tú estás…?

—¡Sí! —exclamó esta vez, intentando que la no-conversación terminase ahí—. Bueno, no lo sé. Ha sido raro.

—¡Qué poca vergüenza! —exclamó Blanca—. Presentarse aquí después de lo que te hizo. Vamos, es que yo me indigno. Y mira que me cayó muy bien, pero se portó fatal contigo. Si quieres que la echemos dínoslo, que no vamos a permitir que nadie venga a aguar la fiesta a nuestra amiga. Faltaría más.

Eva mostró media sonrisa al sentirse protegida por su manada de leonas particular. En ese tipo de situaciones era donde más agradecía tener a sus amigas cerca, aunque las valoraba igual en la distancia. Desde que empezaron a planear el viaje a Buenos Aires sentía una necesidad creciente de escapar y desaparecer con ellas unos días, y los acontecimientos recientes no habían sino reafirmado sus deseos.

Después de asegurar que la intervención propuesta por Blanca podía esperar, Eva se dedicó a ocupar la mente retomando la idea de realizar visitas guiadas. Pensó que eso la mantendría bien alejada de Diana y, ya puestos, de Ainhoa; pero no tuvo en cuenta la posibilidad de que ambas, así como la acompañante de Diana, se unieran al grupo para conocer los entresijos de la escuela.

Eva tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para concentrarse en lo que estaba contando y no en el hecho de que esas dos mujeres se encontrasen en el puñetero mismo lugar. Ainhoa se adelantó al grupo para estar más cerca de ella, para darle confianza, supuso, logrando justo lo contrario. A duras penas consiguió enseñar la escuela sin trabarse y explicar de manera aproximada cuál era el desarrollo de las clases. Y nada más regresar a la recepción disolvió el grupo con la esperanza de no tener que protagonizar otro encuentro con Diana que la sacara de sus casillas.

Cosa que no ocurrió.

Tan pronto como todos los demás siguieron su camino, fue consciente de que Diana tenía la intención de acercarse a ella, esta vez acompañada de esa tal Maca de la que le había hablado antes. Ainhoa también se había quedado junto a Eva, por lo que en esa ocasión el encuentro fue más bien un partido de dobles.

—Tienes un proyecto muy bonito aquí —comentó Diana con sinceridad—. Espero que os vaya muy bien y que pronto esta escuela se convierta en un referente de las artes escénicas en la ciudad.

—Gracias —dijo Eva sin más, en parte conmovida por la sinceridad que entendía en las palabras de Diana.

—Nosotras tenemos que irnos ya —siguió mientras tendía una mano para despedirse de Eva—. Ha sido agradable volver a verte, Suárez.

—Lo mismo digo. Gracias por venir. —Eva sintió un cosquilleo en el estómago al escuchar su apellido en la voz de Diana, que tantas veces había utilizado en el pasado para provocarla. Aceptó su mano y la estrechó, haciendo que ese cosquilleo se intensificara y se convirtiera en una explosión de calor que le subió directamente a la cabeza.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó Ainhoa en cuanto Diana estuvo lo bastante lejos como para no escucharlo—. Estás sudando.

—Eh… —titubeó Eva, tratando de recomponerse y de ordenar sus pensamientos—. Fue mi jefa hace unos años en E-Vento, una de las agencias con las que contactaste. Se ve que después de la reunión

se lo contaron y ha tenido a bien presentarse aquí. Por eso no quería que supieran de la existencia de la escuela.

—¿Tu jefa? —siguió Ainhoa, tratando de sonar indiferente—. Vaya, por cómo te has puesto yo habría dicho que fue mucho más que eso.

—Oye, yo no tenía ninguna intención de volver a verla —respondió Eva poniéndose a la defensiva—. Además, creo que no te debo ninguna explicación sobre mi pasado.

—Tienes razón. Perdona —concluyó Ainhoa, al tiempo que daba media vuelta y se alejaba, impidiendo cualquier opción de Eva de decir otra palabra.

Eva resopló de puro agotamiento. Era consciente de que no estaba siendo justa con Ainhoa. Sin embargo, no se veía capaz de tener una conversación profunda con ella, y menos aún que versara sobre Diana. Suponía remover demasiados recuerdos y sentimientos que estaban mucho mejor reposando bien al fondo de su cabeza, allá por el bulbo raquídeo.

Elegir un viernes como día para celebrar el evento fue todo un acierto. No terminó demasiado tarde, pero el cansancio acumulado se hizo notar lo suficiente como para que todos necesitasen un par de días de reposo. Después de que Diana se marchara, Eva se había dedicado a pulular por toda la escuela tratando de captar conversaciones que le diesen alguna pista sobre futuras matriculaciones. También realizó otra visita guiada. Y en su transcurso se perdió la salida de otras tantas personas, entre ellas Ainhoa. Su última conversación había sido un poco desagradable, razón por la que entendía que no se hubiese puesto en contacto con ella en todo el fin de semana. Al menos pudo disfrutar más y mejor de la compañía de sus amigas, quienes esperaron a que la fiesta se acabara para ir a tomar algo con ella y sacarle algunas sonrisas que habían desaparecido por completo durante la tarde.

Esa mañana de lunes, y a pesar de haber pasado todo el fin de semana en modo planta —tirada en el sofá de su tía, haciendo la fotosíntesis y acariciando al bueno de Rumpelstiltskin—, tenía la

energía justa para arrancar la semana. Sin embargo, se obligó a levantarse pronto y salir a hurtadillas de casa para encargarse ella de adecentar la escuela, y que la tarea no recayera ni en su tía ni en los profesores. Quería que se centraran en iniciar las clases de forma magistral. Los primeros grupos daban comienzo ese mismo día, y de sus sensaciones después de las clases dependía buena parte del futuro de la escuela.

Todo estaba impoluto cuando llegaron. Había conseguido su objetivo de organizar hasta el último papel tirado antes de las diez de la mañana, lo que le daba un poco de margen para entrar en calor con un café y comenzar con su siguiente tarea pendiente en el calendario: abrir un perfil *online* de la escuela en todas las redes sociales existentes. O, al menos, en las que ella conocía. A sus treinta y un años no era la persona más puesta en el universo virtual. Aunque nunca lo había sido. Muy atrás quedaban aquellos tiempos en los que utilizaba la red social Tuenti para subir las fotos de las fiestas universitarias, o para intentar ligar con su proyecto de conquista de turno. Tenía perfiles personales en otras, pero apenas las utilizaba sino para intentar mantenerse al día de lo que acontecía en el mundo. Así que tenía por delante unas cuantas jornadas de documentación y de puesta a punto si quería que El Bombín de Charlot tuviese presencia *online*.

—Buenos días —saludó Ainhoa, que llegaba justo en ese momento con lo que parecía su buen humor de siempre. Además, como si hubiese leído la mente de Eva, llevaba encima cinco cafés envasados y una bolsa de minicruasanes recién salidos del horno. Llegó hasta su mesa y colocó el desayuno, luego cogió uno de los vasos y se lo llevó directamente a Eva—. Con leche y un poquito de canela.

—Gracias —dijo Eva, con un sentimiento de culpabilidad todavía asomando a sus ojos.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó, asegurándose primero de que ninguno de los profesores había salido de su escondrijo.

Eva asintió con la cabeza.

—Respecto a lo del otro día…

—No es por eso —cortó Ainhoa—. No tienes que darme explicaciones, las dos sabemos dónde están los límites de nuestra relación. Tenemos que hablar sobre Ángel.

—¿Ángel? —Los ojos de Eva se abrieron de golpe al escuchar ese nombre que no conseguía borrar de su vida; y un movimiento rápido se apoderó de su pie, que empezó a golpear el suelo mientras se impacientaba.

—Cuando estuvo aquí el viernes me dijo que su intención es desvincularse de la escuela, quiere salir de la sociedad y vender su parte al mejor postor. No me pareció conveniente decírtelo en medio de la fiesta, pero debes saberlo.

—Mierda —farfulló Eva, y siguió hablando para ella misma más que para Ainhoa—, debí suponer que no le bastaría con joderme en lo personal, también quiere joderme el negocio. Sabe perfectamente que yo no tengo ni idea de administración. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora?

—Me gustaría ayudarte, pero lo cierto es que yo tampoco sé nada de llevar un negocio.

—Ya has hecho bastante. Gracias por avisarme. Hablaré con mi tía y veremos qué hacer.

La conversación finalizó sin que hablasen de nada referente a ellas. Quizá había quedado claro de otra forma que, en su relación, si es que así se podía llamar, solo había espacio para el placer físico. Nada personal. Nada emocional. Y era mejor así, porque a la vista saltaba que no eran dos personas compatibles más allá de la sexualidad.

A raíz de la última revelación de Ainhoa, Eva tuvo que posponer su intención de bucear en las redes sociales para bucear por san Google en busca de algún tipo de información que le permitiera salir del marrón en que Ángel acababa de meterla. Tendría que contárselo a Patricia, pero no quería preocuparla antes de lo necesario, por lo que primero se dedicó a encontrar solución al problema. Sus primeras búsquedas la llevaron hasta decenas de artículos de título «Cómo administrar un negocio». Textos de muy poca utilidad que repetían una y otra vez palabras y frases que era probable que la gente utilizase en sus búsquedas *online*. Entonces se

le ocurrió que tendría que hablar con algún experto en negocios que pudiese al menos darle algunas pautas para salir indemne de la ruptura de la sociedad con su expareja, y así tal vez podría buscar a otra persona que se encargase de la parte administrativa y de gestión de la escuela. Para su desgracia, el único nombre que aparecía por su mente al pensar en alguien dedicado a los negocios era también el último a quien le pediría un favor, dadas las circunstancias. Sin duda alguna, Diana debía de haber aprendido una o dos cosas sobre el tema que le ocupaba, pero jamás se le pasaría por la cabeza volver a contactar con ella, y menos aún hacerle partícipe de sus desgracias.

Si ahora estaba tecleando su nombre en su portátil, era solo para encontrar a alguno de sus contactos que pudiese serle de ayuda…, pero nunca para pedirle nada.

No le costó dar con ella para descubrir sus últimos movimientos.

Como si el caprichoso destino jugase de nuevo con su cordura, un cartel con varios nombres, y también el de Diana Fuentes en grande, apareció ante sus ojos anunciando unas jornadas en las que se sucedían varias de las llamadas *talks*, que casualmente versaban sobre algún aspecto relacionado con la administración y dirección de empresas. Como averiguó un par de minutos más tarde, muchas de esas charlas ya habían tenido lugar, no así la de Diana, para la que faltaban un par de semanas. Tiempo más que suficiente para encontrar cualquier otra solución que no implicara arrastrarse como una culebra hasta la única persona a la que no pediría ayuda ni aunque el futuro de su negocio dependiera de ello.

Como una culebra de las grandes. Como un vulgar reptil sin ningún tipo de orgullo ni amor propio. Y por más que se repetía que la escuela bien merecía su sumisión, le repateaba haber tenido que claudicar por ser incapaz de encontrar una alternativa. Allí sentada, en la última fila del auditorio, tramaba sin éxito un plan para volver a acercarse a Diana sin parecer imbécil, mientras ella se dirigía con voz profunda y proyectada a las repletas gradas, ignorando su presencia:

—Lo que os va a posicionar como empresa es en definitiva el *marketing*. Entender las diferencias de cada cliente y aprovecharlas para crear una experiencia personalizada y a medida. No se trata de ofrecer el mejor servicio, sino el servicio mejor adaptado a cada necesidad. Muchas gracias.

El recinto estalló en aplausos en cuanto Diana dejó de hablar. Eva supuso que lo que había contado debió de ser interesante, pero estaba demasiado ocupada con sus propios pensamientos como para prestar atención a la charla. Mientras el resto de asistentes se levantaba y salía ordenadamente del lugar, y mientras otros se acercaban a conocer y felicitar a la ponente, ella permanecía inmóvil en su asiento, incapaz de tomar una decisión coherente. Incluso se le pasó por la cabeza simplemente marcharse y convencerse de que jamás había estado allí. Sin embargo, lo que finalmente hizo fue levantarse de su asiento como si tal cosa, caminar hasta el escenario y aguardar su turno para hablar con Diana tratando de no pensar en lo que estaba haciendo más de la cuenta.

—Vaya, Suárez —comentó Diana al verla dibujando media sonrisa en los labios, y con una ceja enarcada—, tres años sin vernos y ahora nos vemos dos veces en apenas un mes. Me siento abrumada. No esperaba que me devolvieras la visita tan pronto.

—No es una visita de cortesía —se apresuró a corregir—. He venido por la charla.

—Ah, y dime, ¿te ha resultado interesante?

—Pues verás, te voy a ser tan sincera como pueda… No me he enterado de nada. De verdad que lo siento.

—¿Estabas distraída con algo tal vez? —volvió a replicar Diana con un tono provocador en la voz.

—Sí —afirmó Eva, arrancando una sonrisa en Diana que se borró tan pronto como pronunció la siguiente frase—. Tengo un problema con la escuela y esperaba que tú pudieras echarme un cable, por los viejos tiempos.

—¿Has venido a pedirme un favor? —preguntó, incrédula, sin una pizca del tono más relajado que había utilizado anteriormente.

—Ya, soy una idiota —dijo Eva con un resoplido—. Olvídalo, no sé por qué esperaba sacar algo bueno de ti, para variar.

Eva dio media vuelta y se dispuso a marcharse con el orgullo herido, pero sin vacilar. Su esperanza de que Diana la detuviera iba desapareciendo con cada paso que daba, y se esfumó del todo tras cruzar la puerta del auditorio y encontrarse sola y terriblemente estúpida en la calle, sin saber a dónde ir o qué hacer. Con todo su plan triturado como una hoja de papel que ya no sirve más que para reciclarse.

—¿Tomamos un café?

La pregunta de Diana a su espalda consiguió que se sobresaltara e indignara a partes iguales. Actuar con esa superioridad era típico en ella, pero su descortesía había rozado la ofensa al dejar que hiciera el paseíllo sin decir una palabra.

—Si vas a seguir burlándote de mí y tratándome mal, creo que paso —concluyó Eva cruzándose de brazos.

—Tienes razón, perdona —se disculpó Diana con total sinceridad —. Estaba bromeando. No te guardo ningún rencor y haré lo que esté en mi mano para ayudarte, si es que todavía quieres mi ayuda.

Eva asintió y guio a Diana hasta la cafetería más próxima, indicada con precisión por su aplicación de mapas. Evitaron dirigirse la palabra durante el corto camino, igual que mientras Eva pedía un par de cafés y Diana tomaba asiento en una mesita baja redonda, decorada con dos sillones demasiado grandes. Un espacio que se quedaba a medio camino entre la intimidad y la dificultad para que dos personas pudieran acercarse mucho. Eva regresó con las dos tazas de café. Colocó cada una frente a cada sillón y se tomó su tiempo para sentarse y acomodarse. No fue hasta pasados varios minutos de silenciosos movimientos cuando comenzó a explicarle los pormenores de su quebradero de cabeza con la escuela.

—Así que montaste un negocio con tu novio, y como ahora es tu exnovio pasa del negocio y tú tienes un marrón —resumió Diana con una capacidad de síntesis pasmosa—. Parece que no aprendes que el trabajo y el placer no se deben mezclar.

—Gracias por recalcar que la estupidez humana no tiene límites, sobre todo si se trata de la mía —apuntilló Eva.

—Yo no he dicho eso, solo que me sorprende que no tuvieras en consideración qué ocurriría si os separabais.

—Tú no sabes nada de cómo era mi relación. Y tampoco creo que deba justificarte mis decisiones.

Diana alzó las palmas de las manos en señal de rendición, como prometiendo que no continuaría metiendo el dedo en la llaga.

—Está bien. Lo primero que debes saber es que él no puede irse de la sociedad de forma unilateral, así que puedes estar tranquila. Tendrá que vender o ceder su parte del negocio, y el resto de socios tenéis preferencia de compra. En caso de que no os interese, sí que podría venderla a un tercero, aunque mi consejo es que intentes llegar a un acuerdo con él.

—¡Pero si no tengo ni un euro! —exclamó Eva—. Todos mis ahorros están en la escuela. Además, aunque pudiese comprarle su parte, ¿qué cambiaría? No tengo ni idea de cómo administrar un negocio. Él tenía que ocuparse de todo eso.

—Vete paso a paso, Eva. Encuentra la manera de que te la venda y después podrás buscar a un administrador. No tiene que ser un socio. —Diana colocó la mano sobre la de Eva y la apretó de forma instintiva—. Las dos sabemos que eres muy capaz de conseguir lo que te propongas.

Eva sintió un escalofrío que nacía justo en el punto donde Diana colocó la mano, y la apartó por inercia. No estaba preparada para retomar una relación más o menos cordial con ella, y quizá no lo estuviera nunca. Lo único que necesitaba era obtener la información que había ido a buscar y enviar de nuevo a Diana a las profundidades de sus recuerdos, de donde nunca debió haber salido.

—Te agradezco la información, al menos ahora sé por dónde empezar. Será mejor que vaya a hablar con mi tía y a contarle todo esto, ella también es socia de la empresa y algo tendrá que opinar.

Diana asintió sin decir nada, aceptando la excusa de Eva para no seguir prolongando una situación que ya se había vuelto lo bastante incómoda.

—No ha sido nada. Espero que puedas solucionarlo. Llámame si puedo ayudarte en algo más, si es que aún conservas mi número.

—Sí… —explicó de forma atropellada mientras se levantaba y recogía sus cosas para marcharse—, debo de ser de las pocas personas del mundo que tiene el mismo móvil durante más de dos años, no he hecho ni limpieza de agenda. Bueno…, gracias otra vez. Chao.

—Adiós, Suárez —respondió Diana casi en un susurro—, cuídate.

Capítulo 10

«¿Estoy siendo una egoísta? No lo sé, es posible. Está claro que no es el mejor momento para irme de viaje y dejar la escuela y a mi tía a su suerte, pero necesito esto. Necesito desconectar unos días y estar con mis amigos, como si todo lo demás fuese bien para variar. A fin de cuentas, es poco probable que las cosas se pongan peor de lo que ya están en dos semanas, ¿no? Solo espero que tía Patri no me odie demasiado, y que no ocurra ninguna emergencia cuando esté a diez mil kilómetros de distancia».

Mientras revisaba todo lo revisable en la escuela y trataba de dejar las cosas lo más atadas posible, Eva no podía evitar sentir una culpabilidad creciente por irse a un viaje que llevaba meses planeando con sus amigas. En otras circunstancias, lo hubiese pospuesto sin muchos miramientos, pero lo cierto era que en ese momento Argentina le parecía un oasis en medio del desierto al que necesitaba aferrarse para seguir respirando, y no morir asfixiada sobre la arena. Repasó una y otra vez las matrículas de los alumnos, las facturas pagadas y el estado general de las aulas y el material. Todo controlado. Debía confiar en su equipo la tarea de mantener a flote la escuela incluso en su ausencia. Y cuando regresara tendría una nueva perspectiva y energías renovadas para seguir afrontando los retos laborales que le deparase la vida.

—¿Tenéis alguna duda de algo? —preguntó a Ainhoa y a Patricia una vez que terminó de recorrer por séptima vez la escuela y las

encontró en la entrada con los brazos cruzados y el ceño fruncido por su tardanza.

—Mi duda es por qué no nos vamos a casa de una vez —reprendió Patricia, cansada de esperar y agobiada por el estado de Eva.

—Porque no quiero que haya líos mientras no estoy, no me parece tan raro que intente facilitaros las cosas —se defendió Eva.

—Hija, que no nacimos ayer —dijo Patricia mientras se acercaba a abrazar a su sobrina—, podemos hacernos cargo de la escuela unos días. Por inestimable que sea tu presencia, puedes irte con toda la tranquilidad.

—Creo que tu tía está intentando decirte que no te preocupes, nosotras defenderemos el fuerte —intervino Ainhoa, sonriente como siempre, dejando a un lado las diferencias que había tenido con Eva en los últimos tiempos para que esa despedida temporal no fuese amarga.

—Eso espero —farfulló Eva.

Patricia dejó a Eva y se adelantó fuera de la escuela con el propósito de dejarles un poco de intimidad. Desconocía los pormenores de la relación entre su sobrina y Ainhoa, pero le pareció lógico que se despidieran en privado y sin un par de ojos mirones.

—Así que al final vas a ir a dejarte seducir por el sensual acento de las argentinas… —dijo Ainhoa con un tono sugerente cuando estuvieron a solas.

—No tengo intención de conocer de cerca ningún acento. Es un viaje de amigas para ver a otro amigo. Paseos por la ciudad, visitas a museos…

—Ya. De todas formas, no está mal que te lleves un recuerdo de los encantos autóctonos —sentenció Ainhoa con firmeza, justo antes de sujetar a Eva por las caderas, besarla en profundidad y cortarle el aliento—. Te echaré de menos.

Eva no fue capaz de responder a nada de lo que acababa de ocurrir. Su mente, que no esperaba ese revés de Ainhoa, se quedó en blanco. Dejó que se alejara abrazándose a la soledad, el único estado que podía darle paz en ese momento, y respiró tranquila. Se acabaron las despedidas y las charlas. Se acabó todo lo que tuviese que ver con su vida personal o profesional en ese lugar hasta que

regresara del viaje. Con un poco de suerte se perdería por algún barrio de Buenos Aires, Palermo o La Boca tal vez, y se quedaría a vivir rodeada de argentinos de acentos sensuales e hipnóticos bailes para toda la eternidad.

Pocos lugares existen en los que una persona esté más físicamente encerrada que en un avión que vuela a miles de kilómetros de altura. Y, sin embargo, justo ahí era donde más libertad podía sentir en el mundo. Sobrevolando el océano, donde no había problemas ni relaciones, ni llamadas de teléfono ni mensajes de WhatsApp. Nada, excepto la compañía de sus amigas, al menos presentes de cuerpo. Tanto Sonia como Blanca habían abandonado el plano físico para entregarse al mundo de los sueños tan pronto como la oscuridad se apoderó del avión. Pero ella, incapaz de dormir, disfrutó del silencio y de la ausencia de estímulos durante buena parte de las casi trece horas que duraba el vuelo hasta aterrizar en el aeropuerto porteño. Casi hasta el amanecer, cuando la vida volvió al avión por medio de los pasajeros que comenzaban a despertarse, a recomponerse y a levantarse. Y cuando decidió que ya había pasado suficiente tiempo haciendo introspección y era el momento de que sus amigas dejasen de babear sobre hombro ajeno.

—¡Hora de levantarse! —exclamó Eva a viva voz al tiempo que zarandeaba a Sonia y Blanca sin ninguna delicadeza.

La primera solo soltó un gruñido. La segunda bostezó y se estiró antes de quitarse el antifaz que le había protegido los ojos toda la noche para recibir la luz del sol y ser incapaz de enfocar nada de lo que había a su alrededor.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Blanca como pudo.

—Prácticamente. Falta media hora para el aterrizaje.

—¿Y por qué me quieres privar de veinticinco minutos más de sueño? —gruñó de nuevo Sonia.

—Porque estoy muy aburrida y porque has dormido más que suficiente, vaga —replicó Eva.

—¿Tú no has dormido nada? —preguntó Blanca cuando ya empezaba a recuperar la compostura.

Eva negó con la cabeza.

—Soy incapaz de dormir en transporte público. Da igual lo cansada que esté o lo cómodo que sea.

Sonia giró en el asiento y se dejó caer sobre Eva tratando de acomodarse para aprovechar los pocos minutos que le quedaban de descanso.

—En qué estarías tú pensando… —balbuceó.

—En nada —afirmó Eva—. Me sorprende la capacidad que he tenido de pasar la noche en modo ameba, sin sentir ni padecer.

Sonia abrió los ojos de golpe y se incorporó asumiendo por fin que no iba a dormir más. Entonces encaró a Eva.

—Tía, lo dices como si tu vida fuera un viacrucis. ¿Has pensado que los mayores problemas del universo no son tener un negocio ni una relación fallida con la secretaria?

—No lo serán para ti, o para el universo, pero si mi negocio no funciona, me quedo en la calle. Lo de la relación fallida es otra historia. ¿Se puede saber qué te pasa que estás tan irascible?

—No me pasa nada. Tienes razón, perdona, no quería menospreciar tus problemas.

—Tiene muy mal despertar —apuntilló Blanca con una sonrisa—. Yo, sin embargo, sin niños ni marido por unos días, estoy más feliz que una lombriz, o que una perdiz. Yo qué sé cómo era el dicho. Pero qué bien, chicas…

Eva y Sonia no pudieron evitar soltar una carcajada ante la estampa de una Blanca completamente relajada. Sin asomo de estrés y con mucha menos aceleración de la que era habitual en ella, incluso a la hora de hablar. Gracias a eso se había zanjado una discusión que podía haber empañado la alegría que sentían por estar viajando juntas, y por acabar de aterrizar en el Aeropuerto Ezeiza de Buenos Aires, donde Edu aguardaba con un cartel bien grande escrito a mano que rezaba «Las chicas de oro». Al verse, los cuatro gritaron como adolescentes y se abalanzaron unos en brazos de otros, saltando y girando juntos, con la emoción de tiempos pasados y la ilusión de vivir unos días como si nada hubiese cambiado.

Aunque Edu les había ofrecido su casa, llegaron a la conclusión de que un pequeño apartamento no era el mejor lugar para hospedarse

si querían estar cómodas. Por eso prefirieron quedarse en un hotel muy cercano donde las tres compartirían habitación. En otra época más lejana, una habitación no hubiese sido ni de lejos suficiente para los desmadres y los ligues esporádicos del cuarteto, pero ahora, pasada la treintena, ninguno tenía la situación ni la energía como para acabar la noche llevándose a un desconocido al hotel. Quizá Edu, al que todas seguían considerando el más cabeza loca del grupo, seguido muy de cerca por Eva. Pero como él tenía su propia casa no había ningún peligro de que alguien se quedase sin techo para dormir.

—¿Qué queréis hacer primero? —preguntó Edu frotándose las manos tan pronto como dejaron sus cosas en la habitación y se asearon un poco.

—Podíamos ir a comer algo, y dar un paseo tranquilo por esta parte de la ciudad —sugirió Sonia—. Después de medio día de viaje yo no tengo el cuerpo para mucho más.

—Yo tengo que llamar antes a casa —comentó Blanca asintiendo al comentario de Sonia—, pero me apunto a ese plan.

—¡Guau! ¡Qué desfase! —exclamó Edu con toda la ironía que pudo.

—Venga, Eduardo, que ya tenemos una edad —respondió Eva—. No querrás hacernos creer que sales de fiesta todas las noches.

—No —afirmó él—, algunas noches monto la fiesta en casa.

Eva sonrió y negó con la cabeza. Su amigo era incorregible, pero eso también era parte de su encanto. Antes de continuar con el propósito de ir a probar la gastronomía típica de la zona, Eva hizo lo mismo que sus dos amigas y cogió un momento el teléfono móvil para avisar a su tía y a sus padres de que ya había llegado. Un breve inciso que debía haber sido solo eso, pero que fue mucho más al ver un mensaje de Ainhoa deseándole un feliz viaje, y una llamada perdida de Diana que envió un escalofrío directo a su espalda al volver a ver ese número de teléfono en su pantalla después de tanto tiempo. Su instinto le pidió apagar el teléfono directamente y no responder a ninguna de las dos. Esperaba que eso fuese suficiente para alejarlas de sus pensamientos, o quizá para conseguir justo lo

contrario y que ambas estuviesen presentes durante todo el maldito viaje.

Más bien fue lo segundo. Su estado anímico cambió por completo y toda la energía positiva que había acumulado en el avión voló por los aires como los pétalos de un diente de león con un soplido. Así de frágil era su mente cuando se trataba de relaciones humanas. Ninguno de sus amigos pareció percibirlo, y ella tampoco les dio ningún motivo para pensar que algo había cambiado. El pacto del grupo había sido dejar en casa los dramas personales, al menos hasta pasada la primera borrachera. Así que, tal como rezaba el dicho, dejó que su procesión fuera por dentro y se ocupó de hacer que sus amigos lo pasaran lo mejor posible.

Cumplieron con el plan tal como estaba previsto. Una comida tranquila y dedicada a ponerse al día de sus respectivas vidas, sin demasiado detalle, solo exponiendo en qué punto se encontraba cada uno. Sin entrar a valorar cómo Blanca se encontraba estancada y aprisionada por su idílica familia y por un marido que cada vez pasaba menos tiempo con ella; o cómo Sonia parecía sumamente feliz en su reciente matrimonio, pero había algo que mantenía su ceño fruncido. Cómo Edu era ya un hombre hecho y derecho, incapaz de madurar y pasar a la siguiente fase, que seguía encadenando trabajos de mierda esperando que algún día su vida se solucionara mágicamente; o cómo ella misma destruía una y otra vez cada cosa que construía por su alocada forma de ser y por sus malas decisiones. No, no hablaron de nada de eso. Quizá en otro momento. Porque mientras brindaban con la primera y única copa del día lo único que necesitaban saber era que, con sus más y con sus menos, estaban bien. Se querían y estaban dispuestos a pasar unos días en la mejor compañía que podían desear. Todo lo demás tendría que esperar para solucionarse.

Ni siquiera había anochecido cuando decidieron que ya era el momento de retirarse a descansar. Una idea que les arrancó una sonrisa al ser conscientes de cuánto habían cambiado en pocos años. Las chicas regresarían al hotel hasta la mañana siguiente y se encontrarían con Edu a la hora de comer, puesto que él trabajaba

por la noche y era más que probable que aún estuviese durmiendo cuando ellas se activasen.

—Entonces mañana os veo —comentó Edu a modo de rápida despedida antes de ir a prepararse para trabajar—, a no ser que queráis venir a ver dónde trabajo.

Debieron rechazar su propuesta. Algo de sentido común debió advertirles que no era una buena idea trasnochar precisamente ese día, en el que el cansancio por el viaje podía mellar fácilmente su voluntad. Pero no lo hicieron.

Acudieron, ya bien entrada la noche, al local en el que Edu trabajaba como camarero. Un *pub* pequeño y bastante oscuro, de esos en los que cabe esperar que se cometan actos impuros. Ningún peligro aparente para tres mujeres que tenían una realidad bien formada y firme a la que agarrarse. Sin embargo, al entrar y acomodarse en una solitaria mesa que parecía esperarlas en una esquina, Blanca y Sonia empezaron a poner en duda la capacidad de Eva para evitar tomar alguna mala decisión.

—¿Por qué tenéis tan claro que voy a liarla? —inquirió Eva ante las constantes acusaciones de sus amigas.

—Porque te sale solo —respondió Sonia con una carcajada.

Antes de poder seguir defendiendo su integridad de palabra, tuvo la oportunidad de demostrarlo con hechos cuando un muchacho joven se acercó a ellas, concretamente a Eva, para ofrecerle una invitación formal a una copa, lejos de sus amigas. Por sorpresa para todas, incluso para ella misma, declinó la invitación gentilmente a pesar de que se trataba de un chico muy atractivo con ese acento que cualquiera supondría que la volvería loca. Quizá, después de todo, había madurado, o quizá era consciente de que su cuerpo no aguantaría otro vaivén como el que podía presuponer ante aquella invitación. En cualquier caso, se mantuvo impasible, y enseguida procuró cambiar de tema para que el foco de la conversación se dirigiera a Edu. Qué le veía de especial a Argentina como para querer quedarse a vivir allí, o cómo podía gustarle trabajar de camarero en un antro como ese.

Casi todas las preguntas con respecto a Edu se respondieron por sí mismas cuando un grupo de chicos entró en el bar y uno de ellos

trotó directo hasta la barra para plantarle un apasionado beso en los labios al susodicho. Las tres se miraron, expectantes, y aún más cuando Edu y el hombre misterioso se acercaron hacia ellas.

—Chicas, este es Alberto —presentó Edu con una gran sonrisa y una mirada risueña—. Y ellas son Blanca, Sonia y Eva, mis amigas de España.

—Encantado de conocerlas —saludó también el joven.

—Igualmente —comentó Sonia, a lo que Blanca y Eva respondieron asintiendo con efusividad.

—¿Por qué no vienen a la pista? —sugirió Alberto—. Les presentaré a unos amigos míos que son recopados.

—¡Claro! —exclamó Blanca, dispuesta a disfrutar de un poco de fiesta para variar.

—Yo necesito descansar un poco —dijo Sonia.

—Id vosotros —siguió Eva—, nosotras nos unimos en un rato.

Alberto se encogió de hombros y ofreció la mano a Blanca, quien la aceptó sin dudarlo y se dejó arrastrar hasta la zona de baile. Edu también marchó con ellos dejando a Sonia y Eva a solas, momento que ambas también deseaban pasar juntas para poder sincerarse con mayor complicidad.

—Vaya, me deja ojiplática tu recién adquirido autocontrol —comentó Sonia en referencia al rechazo de Eva a ir a socializar con una manada de jóvenes machos en celo.

—Ya no tengo edad para ir saltando de cama en cama… —murmuró sin darle demasiada importancia.

—Bueno, si alguno de ellos fuese una mujer ya veríamos si eras tan reticente.

—¿Qué significa eso?

—A ver, que sí, que muy bisexual y lo que quieras, pero a ti te tiran más dos tetas que dos carretas.

—Pues mira, ojalá que no fuera así, porque últimamente las tetas me dan demasiados dolores de cabeza.

—Las tetas de Ainhoa, ¿no?

—Sí, en parte… ¿Podemos dejar de decir tetas?

—Claro. ¿Y cuál es el problema? Las dos os gustáis y no queréis nada serio. No veo por qué eso es algo malo.

—No lo sé, tía. Sí, es muy atractiva y me gusta estar con ella un rato —relató, cogiendo carrerilla—, pero no me hace sentir nada. Que tampoco digo yo que esté preparada para sentir algo después de lo de Ángel, que estoy casi de luto todavía, pero esto es todo lo contrario. Si hubiese una chispa, un poco de emoción, un *je ne sais quoi*… Y encima está Diana…

—¿Dónde está Diana?

—Pues en su casa, imagino.

—¿Has vuelto a verla?

—Sí…

—¡Joder, Eva!

—Pero no es lo que crees. Fui a pedirle ayuda con un tema de la escuela, pero creo que ella lo interpretó de otra manera. Me ha llamado, y no quiero que me llame. No quiero que vuelva a entrar en mi vida.

—No quieres que entre, pero la buscas. Si es que más tonta eres tú que vuelves a por otra, y saldrás trasquilada, como siempre. Y entonces a mí no vengas a llorarme. A llorar a la llorería.

—¿Y a ti qué coño te pasa? No digo que no tengas razón, pero estás de un borde subido que no te entiendo, hija.

—Pues que no estoy bien, Eva, joder. Y como siempre estás con tus líos de faldas no puedo contarte que mi matrimonio se está yendo al traste por algo que no puedo controlar.

—Claro que me lo puedes contar. Yo no quería hablar de mí, te lo juro. Nada de lo que hay en España ahora mismo es más importante para mí que tú. Ni la escuela, ni mis problemas sentimentales. Venga, ¿qué ocurre?

—Fran y yo llevamos un tiempo intentando quedarnos embarazados, pero no pasa. Y siento que él me culpa de ello en cierta forma, que me mira con rencor. Siento que no soy capaz de darle el hijo que tanto deseamos…

—Darle un hijo… Es que así dicho, parece que tu única función en la vida fuese poner el horno a calentar para que él te meta el bollo…

—No es eso. Sabes que yo no pienso así, y creía que él tampoco, pero no puedo quitarme esa sensación de culpa.

—¿Habéis hablado de ello?

Sonia negó con la cabeza.

—Entonces, no sabes lo que él piensa de verdad. A lo mejor se está culpando a sí mismo. Creo que deberíais hablarlo entre vosotros. Además, si no podéis tener hijos por el método tradicional, existen otras muchas opciones. No puedes suponer que tu matrimonio es tan frágil como para destruirse al primer inconveniente, porque tú no lo eres, ni Fran tampoco.

Eva abrazó a Sonia tiernamente para consolarla, contacto que ella aceptó y agradeció en silencio, y que habría durado un buen rato más de no ser por la escena que descubrió al otro lado del bar, que la llevó a apartarse súbitamente de Eva y a lanzar una exclamación que retumbó por todo el local.

—¡Hostias!

—¿Qué pasa?

Incapaz de pronunciar otra palabra, Sonia señaló en la dirección precisa en la que Eva debía mirar.

—¡Hostias! —repitió Eva al percatarse de que su casta amiga Blanca intercambiaba fluidos salivares con alguno de los amigos de Alberto. Y, entrando en pánico, siguió—: ¿Qué hacemos? ¿Vamos a pararlos? ¿Qué hacemos? ¿Dejamos que siga?

—Tranquilízate. No parece que Blanca esté haciendo nada que no quiera.

—Pero Blanca, liándose con otro tío, no lo entiendo. Si está casada con el amor de su vida, y tiene dos hijos.

—Eso creíamos, pero puede que se haya engañado a sí misma y a todos los demás en el proceso. No justifico lo que está haciendo, pero ya es mayorcita como para tomar sus propias decisiones.

—Ha bebido demasiado, puede que no esté en sus cabales y que mañana se arrepienta de esto cuando ya no tenga solución.

—Ahora eres embajadora de la moralidad o qué.

—Ni mucho menos, yo no soy quién para dar consejos a nadie, pero a veces me gustaría que alguien me diese toda la información antes de cagarla estrepitosamente. Puedo tomar muy malas decisiones, pero jamás le he sido infiel a nadie.

Eva se levantó de la mesa para ir en busca de Blanca, a la que separó de los labios del chico de un tirón seco.

—Disculpadme —dijo sin sentirlo ni una pizca y antes de dirigirse a Blanca—. Blanqui, que nos vamos a ir al hotel ya, ¿no? Que es tarde y mañana queremos hacer muchas cosas.

—¡Uy, sí, el hotel! —exclamó Blanca como si acabase de tener una revelación—. Evi, que me voy a adelantar yo primero con este chico tan majo y simpático que me va a acompañar, y ya vosotras venís en un par de horas, o mañana. No hay prisa.

Blanca dio un golpecito en el hombro de Eva antes de zafarse de ella y lanzarse nuevamente en brazos de su acompañante. Acto seguido, desaparecieron del bar con la agilidad y rapidez de un gato dejando a Eva con la palabra en la boca y sin un lugar en el que dormir.

—¿Habéis visto? —preguntó Eva retóricamente cuando Edu, que no podía parar de reír, y Sonia se acercaron a comentar la escena que acababa de tener lugar—. No puedo creer que Blanca esté haciendo algo así.

—Bueno, Eva, deja de martirizarte. Es su decisión —reiteró Sonia —. Eso sí, lo que pasa en Argentina se queda en Argentina, ¿eh? No vayáis a soltar demasiado la lengua.

Edu solo negó con la cabeza entre carcajadas, y Eva prefirió dejar el tema antes de que el humo empezase a salirle por las orejas.

—En fin —resopló Eva—, nos hemos quedado sin habitación para pasar la noche. ¿Alguna idea?

—¡Quedaos en mi casa! —exclamó Edu, todavía sonriente—. Creo que yo podré encontrar hueco en otra cama.

La mirada que lanzó a Alberto dejó clara su intención, y la mirada que compartieron Sonia y Eva dejó claro que no tenían muchas más opciones. Accedieron a invadir la casa de Edu para que Blanca pudiese cometer su infidelidad sin interrupciones. El piso estaba lo bastante cerca del bar como para llegar caminando, y esa fue la mejor noticia de una noche que prometía un duro golpe de realidad a la mañana siguiente.

Ya entrada la madrugada y con un frío que amenazaba con colarse hasta sus huesos, Eva y Sonia entrelazaron los brazos y recorrieron con velocidad constante las dos primeras de las cinco calles que separaban los puntos de inicio y destino. Podrían haberlo calificado

como un paseo agradable de no ser porque al girar la tercera esquina se encontraron con una aterradora sorpresa en forma de hombre encapuchado que sostenía una pequeña navaja a la altura del abdomen y prácticamente se abalanzó sobre ellas para acorralarlas contra una pared.

—Denme todo lo que llevan —exigió el asaltante.

—¿Disculpa? —preguntó Eva, incrédula e incapaz de procesar que algo así les estuviese ocurriendo.

—No jueguen conmigo. Dinero, joyas. Dénmelo todo —repitió, enfatizando cada palabra para apremiarlas y realizando movimientos amenazantes con su arma.

—Tranquilo —respondió Sonia, alterada—, no queremos problemas.

Ambas se llevaron las manos a los bolsillos para recolectar el escaso botín que podrían entregarle, unos cuantos pesos que habían sobrado después de comer y de las copas. Ni siquiera llevaban encima sus teléfonos móviles o alguna otra pertenencia de valor.

—¿Esto es todo? —preguntó el atracador fuera de sí—. ¡La concha de su madre! No te puedo creer. ¿No son gallegas? Los gallegos tienen dinero, ¿no?

—Pues mira, a lo mejor los percebeiros sí… —respondió Eva con ironía, cayendo de pronto en la identidad del tipo encapuchado—. ¿Y tú no eres el del bar? ¡Hay que joderse! Primero me invitas a una copa para después robarme. Que era pago a plazos, parece ser.

—No es así. Lo cierto es que me pareciste linda, pero viste que uno tiene que comer. Parecían presa fácil con tanto alcohol en el cuerpo.

—Bueno, pues ahora que ya nos has sacado lo poco que llevábamos encima, ¿nos dejas irnos a casa?

El chico resopló y se quedó en silencio durante unos segundos. Luego guardó su navaja y se hizo a un lado para que pudiesen pasar.

—Claro, que descansen —sentenció con una ligera reverencia.

Sonia y Eva se dispusieron a continuar con su camino después de ese surrealista atraco, pero él no lo permitió.

—¡Pará! —instó a Eva—. Dale, decime tu perfil de Instagram y te sigo y vos me seguís de vuelta. Por ahí podemos charlar y conocernos más.

—Eh… Verás, no me apetece mucho entablar conversación con un atracador de mierda argentino. Aunque tuviese Instagram no te lo daría.

—¿No tenés Instagram? Qué flaca tan rara que sos.

Con un certero tirón de brazo Sonia evitó que Eva entrase en la provocación del chico, aunque no pudo evitar que se despidiera de él con una vulgar peineta. Con todo lo acontecido durante el día y ese surrealista atraco que acababan de vivir, tumbarse en la cama de Edu y poder al fin desconectar fue un gran alivio. Y también fue el primer momento en que echó intensamente de menos España y las personas que había dejado allí.

Capítulo 11

«Volver… con el alma aferrada a un dulce recuerdo que lloro otra vez… Qué estereotípico todo. Despedirme de Buenos Aires con un tango de Gardel. Aunque creo que en este caso lo tengo permitido porque estoy deseando volver a casa. Ya es hora de tomar las riendas de mi vida y sacar la escuela adelante y empezar a poner cimientos en mi vida personal. Ahora sí que lo veo todo claro. Borrón y cuenta nueva. Se acabaron las relaciones tóxicas y pasadas, es el momento de conocer a alguien con quien tener una relación más madura y que no sea un gilipollas, o su prima…».

Y habría adelantado el billete de regreso de haber sido por ella. Tuvo suficientes «boludeces» el tercer día de visita. Con una Blanca totalmente desaparecida que se hizo dueña de la habitación de hotel mientras vivía un idilio extramatrimonial del que ahora fingía no saber nada. Y un Edu que tenía mucho más interés en pasar tiempo con su amigo con derecho a roce, Alberto, que con ellas. Lo único positivo que podía sacar de aquella experiencia es que había vuelto a estrechar lazos con Sonia, y que se había puesto hasta el pelo de comer y beber sin pensar en las consecuencias para sus cartucheras. Si los cuernos en otro país no contaban, tampoco podían hacerlo las calorías.

Era muy extraño. Allí, frente a la puerta de su escuela, sentía al mismo tiempo que llevaba apenas un par de días y una eternidad sin cruzar el umbral. Todo permanecía impecable, sin ninguna modificación. En apariencia el equipo había hecho un buen trabajo.

Sin embargo, no lograba sentirse cómoda, algo se interponía en su camino hacia la rutina. Con cada paso hacia el interior regresaban las preocupaciones que pospuso al irse de viaje. Y su incapacidad de solucionar cualquiera de ellas como el adulto responsable que intentaba fingir que era. Al entrar le inundó el sonido de la clase de la tía Patricia desarrollándose en la normalidad, el olor a café recién hecho, la visión de Ainhoa tecleando en su ordenador tranquilamente, las luces encendidas que hacían presuponer que también las otras clases tenían lugar en sus respectivas aulas. Llenó los pulmones con el aire cargado de ese aroma tan característico con la esperanza de que también recargara sus energías. Luego exhaló.

Ainhoa dejó de teclear y levantó la vista del teclado para dirigirle una mirada y una sonrisa relajada.

—Bienvenida, jefa.

Eva solo asintió.

—¿Qué tal todo por aquí? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Todo bien. Hay quien diría incluso que demasiado bien…

El tono casi sarcástico de Ainhoa puso a Eva en alerta de inmediato.

—¿Quién lo diría? —inquirió Eva con un claro tono de exigencia.

Ainhoa se encogió de hombros, jugando con ella. Su actitud pasota conseguía que estuviera a punto de salirse de sus casillas y mandar toda la paz que había recuperado en sus vacaciones a la misma mierda. Eva frunció el ceño y resopló con exasperación. Ainhoa soltó una risilla y se levantó para ponerse delante de ella.

—Un romance incipiente suele ir acompañado de buenas vibras, ¿no?

Eva sintió una nausea directa en la boca del estómago. Habría culpado de ello al *jet lag*, pero no tenía fuerzas para volver a engañarse a sí misma y tapar sus celos con una excusa tan tonta.

—Sí que has estado ocupada en mi ausencia, y no con trabajo por lo que se ve.

Ainhoa sonrió primero y luego se mordió el labio inferior con tanta sensualidad como pudo.

—Si llego a saber que ibas a ponerte celosa, hace mucho que habría intentado ligar con cualquiera —comentó Ainhoa acercándose

un poco más a Eva, hasta quedar a un palmo de su cara—. Tranquila, jefa, no estaba hablando de mí.

Ainhoa se apartó de Eva, pero ella no se lo permitió. La sujetó por la cintura y la atrajo hacia sí para besarla, en un arranque tan propio como impropio de ella.

—Ya me has vuelto a liar… —siseó Eva después de besar a Ainhoa y añadió cuando recuperó algo de lucidez—: ¿De quién hablabas entonces?

Ainhoa negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Se dice el pecado, pero no el pecador.

Eva hizo una mueca de desagrado.

—¡Vuelve al trabajo! —ordenó.

Todo lo demás pareció pasar a un segundo plano. Su principal objetivo y más inmediato a partir de ese momento fue poner a trabajar toda su capacidad detectivesca para descubrir quién o quiénes estaban implicados en la trama romántica que Ainhoa había sugerido.

Observó a los profesores interactuar con los alumnos a la salida de la clase. Su forma de expresarse, sus miradas y sonrisas. Tratando de discernir cualquier indicio de algo que fuese más allá de una relación laboral. Si algo así había ocurrido, tendría que hacer las veces de jefa y cortarlo de inmediato. Bastante malo era que dos compañeros de trabajo mantuviesen una relación sentimental, como bien había aprendido en sus propias carnes, pero que un profesor y un alumno intimasen era algo que no podía consentir por principios y por la mala publicidad que le daría a la escuela en caso de saberse.

Nada.

Quizá no era tan perspicaz como para ver algo más allá de los normales gestos entre alumnos y profesores. O quizá no había nada que ver. Tampoco ayudó que la distrajeran con sus saludos y bienvenidas cuando se quedaron solos tras finalizar la última clase, la de la tía Patricia, que fue directa a abrazarla nada más advertir su presencia.

—¡Cariño! ¡Qué alegría que estés de vuelta! —exclamó al tiempo que la aprisionaba entre los brazos y la apretaba con una efusividad

mayor de lo común.

Ese fue el primer detalle que le hizo sospechar. Patricia se caracterizaba por tener una energía capaz de llenar cualquier espacio y por no reprimir su alegría, pero la conocía lo suficiente como para presentir un tipo de energía diferente al habitual. Caminaba casi dando saltitos, como si sus pies fuesen tan livianos como plumas y su cabeza luchase contra la gravedad para flotar hasta las nubes.

—Voy a salir a comprar algo rico para la cena—siguió—, un pescaíto fresco o un poco de marisco y así celebramos tú y yo tu regreso, ¿quieres?

Eva asintió, también sonriendo y devolviendo el abrazo a su tía. Era evidente que tenía algo que contar, pero no lo haría en mitad de la escuela donde de seguro las paredes tenían oídos. Respetó su espacio y permaneció lo que restaba de jornada laboral tan paciente como pudo, con una curiosidad creciente en sus entrañas que necesitaba satisfacer cuanto antes para no empezar a interrogar a cualquiera que pasase a su lado.

—¿Me vas a contar de una vez de qué va todo esto? —preguntó Eva tan pronto como ambas estuvieron sentadas en la mesa con sendos platos de comida humeante y sendas copas de vino.

—¿Qué pasa? ¿No puede una estar contenta porque su sobrina ha vuelto? —respondió Patricia con otra pregunta cargada de intención.

—No tanto. No como para este despliegue y esa mirada brillante que no se te va ni por la noche.

—Me has pillado, jijiji —respondió en medio de una sonrisilla del todo adolescente—. Estoy… saliendo con alguien.

—Y enchochada al máximo, por lo que veo… —añadió Eva con los ojos muy abiertos, sin dar crédito a la actitud de su tía con más de medio siglo vivido a sus espaldas—. ¿Con quién? Que parece que te tengo que sacar la información como un policía.

—¡Adivina! —exclamó de nuevo con un tono infantil que empezaba a poner a Eva de los nervios.

—¿Te has liado con Mario? —se atrevió a preguntar, segura de que no podía equivocarse.

—¡SÍÍÍÍÍÍ! —respondió dando un brinco en la silla y levantándose de golpe para ir hasta ella y abrazarla de nuevo—. Y es que no te imaginas cómo es. Es un hombre encantador, atento, muy sexual, inteligente… ¡Lo tiene todo!

—Empiezo a pensar que la capacidad para meternos en la boca del lobo es un gen recesivo de la familia o algo así… —siguió Eva sin contagiarse ni por una pizca de la efusividad que mostraba Patricia.

Patricia se apartó de ella y volvió a su asiento con la energía mucho más contenida e incluso con una ligera mueca de disgusto.

—Venga, hija, no me explotes la burbuja, ¿no puedes alegrarte por mí?

—Claro que me alegro, tía Patri —dijo Eva con un suspiro—, pero tú también me has enseñado a andar con pies de plomo con estas cosas. No quiero que te hagan daño.

—No te preocupes, Eva, que tu tía está ya de vuelta y media de todo. Estoy muy feliz con él, pero soy realista. Un hombre así y mucho más joven que yo es probable que no tarde en aburrirse de mí. Pero, mientras tanto, ya sabes lo que dice la canción: «Dale a tu cuerpo alegría, Patricia».

Eva sonrió a pesar de todo y negó con la cabeza por la ternura que le daba su incorregible tía. Tomó los cubiertos y se dispuso a empezar a cenar más despreocupada.

—Bueno —dijo Eva tras un par de bocados, soltando en voz alta uno de los muchos pensamientos que se le cruzaban por la cabeza —, tú haz lo que tengas que hacer para que esté contento y que no se nos vaya, que buscar ahora otro profesor me da mucha pereza.

—Descuida, tengo un arsenal de lubricantes de sabores y con efecto calor a buen recaudo —respondió Patricia como si nada, dejando a Eva perpleja y con un evidente revuelto de estómago.

—Oh, Dios mío, qué imagen tan gráfica acabas de provocar en mi mente.

Patricia soltó una carcajada y siguió comiendo mientras Eva encajaba lo que acababa de escuchar y decidía si podía continuar con la cena o soltaba los cubiertos definitivamente. No habían

pasado más que un par de segundos en silencio cuando Patricia se aclaró la voz para volver a hablar:

—Hay una cosita…

—Uy, qué miedo me dan las cositas…

—Verás, últimamente Mario y yo pasamos mucho tiempo juntos. Él pasa mucho tiempo aquí, en realidad. Su casa está mucho más lejos y además comparte piso con otra gente, así que tiene más sentido venirnos aquí. Pero, claro, contigo ya la cosa cambia. Entiéndeme, me encanta que vivas conmigo, pero no me siento cómoda haciendo según qué cosas con mi sobrina en casa…

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Eva resumiendo toda la disertación de golpe.

—A ver, querer… Me iría bien tener la casa vacía, sí.

Eva asintió. Entendía perfectamente que Patricia quisiera recuperar su intimidad. A fin de cuentas, se había acoplado ahí indefinidamente y no era sostenible vivir con su tía a largo plazo. También ella valoraba su independencia. Antes de vivir con Ángel jamás había compartido piso con nadie. Prefería vivir sola en un pequeño apartamento que se pudiese permitir que en un piso enorme de varias habitaciones con personas que tenían sus propias manías y con las que le costaba encajar. A decir verdad, volver a alquilarse una casa propia le ayudaría a recuperar un poco más la sensación de control sobre sí misma que tanto necesitaba.

Comprar parte de Ángel de la escuela

Conseguir dinero para comprarla

~~Joderle la vida a Ángel~~

Dejar de contar las llamadas perdidas de Diana

Aclarar las cosas con Ainhoa

No aclarar las cosas con Ainhoa

Buscar piso !!!!!!

Perdió la cuenta del número de asuntos pendientes en su cabeza. Por eso se hizo una lista. Aunque no tenía demasiado claro el orden de prioridades. Solo sabía que joderle la vida a Ángel había pasado a un segundo plano, se conformaba con no saber nada de él y con que respetara la tregua el tiempo suficiente como para conseguir quedarse con su parte de la escuela. Claro que tampoco podía pensar en eso tanto como quería. Porque desde su charla con su tía había comenzado una guerra psicológica de presión mental que la obligaba a centrar todos y cada uno de sus esfuerzos en encontrar otro sitio en el que vivir. Y ella lo estaba intentando de verdad. Durante los dos últimos días se había afanado en visitar todas y cada una de las webs inmobiliarias que se le ocurrían. Incluso Ainhoa le pasaba anuncios que podían encajar en sus posibilidades: una renta irrisoria, a una distancia prudencial del trabajo y donde admitiesen al pobre Rumpel. Las opciones se reducían a un pequeño grupo que podían contarse con los dedos de una mano. Cada cual más andrajosa, diminuta o terrorífica.

—Sí, un gato. Es adulto y muy tranquilo, no da un ruido y nunca ha arañado los muebles ni nada parecido…

Ainhoa sorprendió a Eva caminando de un lado a otro de los vestuarios, vacíos de alumnos, mientras hablaba por teléfono con el que supuso sería otro propietario rechazando su propuesta.

—Ya —continuó Eva después de escuchar a su interlocutor—, pero como en el anuncio no ponía nada asumí que era una posibilidad. Le aseguro que a mí tampoco me sobra el tiempo. —Colgó de malas maneras antes de encarar a Ainhoa con un tono más relajado de lo que habría esperado—: ¿Qué puedo hacer por ti?

—Acaban de traer el correo —respondió ella haciendo un amago de entregarle unas cuantas cartas.

—Si no hay nada que no sean facturas creo que paso.

—Diría que no… —comentó Ainhoa pasando sobre tras sobre mientras miraba los remitentes. Se detuvo un momento en un sobre blanco con la dirección de la escuela y un sospechoso franqueo que

provenía de E-Vento, pero enseguida envió la carta a la parte inferior de la pila—. Nada urgente.

—Puedes tirarlo todo a la basura.

Ainhoa asintió y se dispuso a salir de la estancia, pero volvió sobre sus pasos.

—No me gusta verte así de agobiada, y no quiero que te tomes esto como lo que no es, pero ¿por qué no te vienes a vivir conmigo? Mis caseros no tienen ningún problema con los animales y el alquiler es más que aceptable, mucho más si lo dividimos entre las dos.

Eva escuchó la propuesta con una directa negativa rondando por la cabeza, por muchas razones. Sin embargo, cuanto más se resistía su mente a aceptar esa idea nefasta, más clara aparecía la imagen de su lista con una línea tachada, y dos líneas muy subrayadas.

Comprar parte de Ángel de la escuela

Conseguir dinero para comprarla

~~Joderle la vida a Ángel~~

Dejar de contar las llamadas perdidas de Diana

Aclarar las cosas con Ainhoa

No aclarar las cosas con Ainhoa

~~Buscar piso !!!!!~~

—Sabes que tu piso solo tiene una habitación, ¿no? —preguntó de forma casi sarcástica.

—Y ser compañeras con derecho a roce también me resulta bastante atractivo. Aunque podemos usar la cama solo para dormir, eso ya como vayamos viendo —respondió Ainhoa con una sonrisa maliciosa—. Tú piénsalo.

Pensarlo, en su contexto actual, consistía en pasar una noche más en casa de su tía. Bajo una apremiante mirada que le golpeaba la nuca con más fuerza que un bofetón a mano abierta. Que no pusiera en palabras su deseo de estar a solas con Mario no evitaba que esa idea revoloteara por el ambiente. Sobre todo, cuando la escuchaba disculparse con él por teléfono o cuando le decía cuánto lo echaba de menos. Se sentía fatal por entrometerse en su relación, que, a diferencia de las de ella, parecía ir viento en popa. Prefería estar en cualquier otro lugar y facilitarle las cosas, dejar que viviera ese romance como merecía. Incluso aunque eso supusiera compartir piso con Ainhoa.

—Tengo una buena noticia —expuso Eva cuando se sentaron a cenar—. He encontrado piso.

—¿¡Ah, sí!? —exclamó su tía con más emoción de la que hubiese deseado proyectar.

Eva asintió mientras hincaba el diente a un colmado plato de ensalada.

—Mañana mismo hago una maleta pequeña y me voy. Iré recogiendo mis cosas poco a poco.

Patricia fue incapaz de disimular una sonrisa de pura felicidad, pero un momento después la sonrisa se convirtió en una especie de mueca de preocupación.

—¿Dónde está el piso? ¿Vas a vivir tú sola? ¿Estás segura de que puedes pagarlo?

Eva sonrió, conmovida por la preocupación de su tía. Le hizo un gesto con la mano para que se calmara.

—No te preocupes, estaré bien. Me voy a vivir con Ainhoa.

—Eh… —Patricia se quedó sin palabras, no sabía qué decir.

—Seremos compañeras de piso —aclaró, para evitar cualquier suposición indeseada.

—No sé, Eva, te agradezco lo que estás haciendo, pero vivir con Ainhoa…

—Está decidido. Invita mañana por la noche a Mario a cenar, tendréis la casa para vosotros dos solitos. —Eva sonrió a Patricia, que le devolvió la sonrisa al cabo de unos segundos.

—Gracias.

Sí, estaba decidido, aunque su decisión no fuese demasiado convincente. Tendría que posponer indefinidamente las tareas de su lista que tenían que ver con Ainhoa para no arrepentirse de hacer esa misma noche las maletas y trasladarse a vivir con ella.

Ainhoa la recibió con menos ropa de la que se consideraría decorosa: una camiseta blanca ancha y las típicas bragas viejas y dadas de sí que solo se usan para dormir, nunca para salir de casa. Eva trató por todos los medios de hacer caso omiso a la imagen de la provocación personalizada en su nueva compañera de piso. Suspiró dejando salir todo el aire de los pulmones mientras colocaba sus pertenencias a un lado de la puerta de entrada. Tantas mudanzas, idas y venidas no podían ser buenas para su estabilidad emocional, y lo que más temía es que esa inestabilidad pudiese afectar a los demás ámbitos de su vida.

Ainhoa le abrió la puerta de par en par. La llevó hasta la habitación y le enseñó el hueco que le había hecho en el armario para que pudiera dejar sus cosas. Eva tan solo deshizo la más pequeña de las maletas, donde tenía todo lo que podía necesitar de forma inmediata: un pijama, un cepillo de dientes y una muda limpia.

—¿Te importa si me doy una ducha? —preguntó Eva, sintiéndose como una extraña que invadía la propiedad de otra persona, incómoda y fuera de lugar.

—Estás en tu casa —respondió Ainhoa, sonriente—. Yo le daré de comer y beber a tu gato.

Eva le agradeció el gesto sin mucha efusividad antes de encaminarse al cuarto de baño y encerrarse en él durante algunos minutos. Disfrutó de la sensación del agua caliente sobre la piel de todo el cuerpo, esperando que fuese lo bastante relajante como para que pudiese dormir al menos un par de horas. Para cuando salió, Ainhoa estaba acostada en la cama, con el pequeño Rumpel profundamente dormido hecho un ovillo a sus pies. Y esa estampa no le desagradó, en absoluto. Era lo más parecido a estar en casa que había sentido desde su ruptura con Ángel. Quizá la tirita que

necesitaba para empezar a sanar sus heridas, o quizá el remedio fuese peor que la enfermedad. Solo el tiempo lo diría.

Se deslizó entre las sábanas tratando de molestar lo menos posible a Ainhoa, que aparentemente dormía, y se colocó dándole la espalda. La paz se apoderó de ella por un momento, con la cabeza apoyada en la almohada y la oscuridad llenando la habitación.

Hasta que notó una mano desplazarse por el costado de su cuerpo como si estuviese haciendo algún tipo de reconocimiento médico.

—¿Qué haces con tanta ropa? —preguntó Ainhoa a su espalda, al tiempo que seguía tocando a Eva y sintiendo cómo se tensaba con cada contacto.

—Es mi pijama —respondió de forma cortante—, ¿qué tiene de malo?

Ainhoa se incorporó un poco para poder mirar a Eva. Apenas se colaba algo de claridad entre las aberturas de la persiana, pero, una vez los ojos se acostumbraban, permitían dibujar sin demasiada nitidez la silueta de su figura en sus pupilas.

—No sé cómo puedes dormir así, yo me asfixiaría. —Ainhoa levantó un poco el borde de la camiseta del pijama, dejando unos milímetros de piel al aire, que empezó a acariciar suavemente.

—Así duermo muy bien, gracias —dijo Eva, tajante, y sujetó el pijama para recolocarlo en su lugar—. Me gusta sentir el contacto de la tela del pijama.

—¿No te gustaría más sentir el contacto de mi piel? —susurró Ainhoa, acercándose a su oído y rozando deliberadamente su cuello con la nariz.

Eva se estremeció. Habló internamente con su voluntad para preguntarle qué quería o qué debía hacer. Desde luego ese no era el camino para aclarar las cosas con Ainhoa, aunque ambas habían asegurado que no pretendían nada más que ser amigas con derecho a roce, ahora compañeras. No encontraba en su interior ningún motivo por el que su voluntad tuviese que negarse a los deseos de su cuerpo, que respondía con cada provocación de Ainhoa. «Quizá el cansancio que tendré mañana», pensó, mientras atrapaba a Ainhoa entre sus brazos y se hundía en las mieles de sus labios.

Pero ese era un problema de la Eva del futuro.

Déficit de sueño a cambio de una inyección de endorfinas. Un trato más que justo para enfrentarse a una nueva jornada laboral con actitud positiva. Incluso a la tediosa pila de cartas pasadas que en su mayoría serían facturas o publicidad. Tenía por delante al menos un par de horas para revisarlas todas, incluyendo las que se habían acumulado durante su ausencia de dos semanas y las de la tarde anterior, que Ainhoa olvidó tirar a causa de los derroteros que tomó su conversación. Eva sonrió al recordar las consecuencias que había tenido su proposición, y las que sospechaba que tendría muchas de las siguientes noches. Tener una compañera de piso con derecho a roce de pronto le parecía una buena forma de volver al ruedo del placer físico sin amor. Aunque ahora que había decidido dejar salir a jugar a su diablo interior también sentía unas poderosas y crecientes ganas de buscar alguna otra presa sobre la que desatar sus armas de seducción.

Siguió pasando cartas mientras prestaba mucha más atención a sus propios pensamientos que a lo que hacía con las manos. Hasta que todas sus acciones se detuvieron en seco al ver un sobre blanco con el inconfundible sello de E-Vento.

—¿Qué coño…? —musitó dudando de si hacerla trizas o abrirla y descubrir su contenido.

Optó por la segunda opción. La curiosidad siempre fue más poderosa, aunque amenazase con matar al gato. El interior del sobre guardaba un folleto informativo que al principio no llegó a entender. Aparentemente se trataba de algún tipo de publicidad de un *workshop* para CEO de *start-ups*[7]. Un encierro durante tres días con expertos y gurús de los negocios, que, según el escueto texto del panfleto, aseguraban compartir con los asistentes el secreto mayor guardado: las claves para hacer prosperar el negocio en muy poco tiempo. Lo habría tirado a la basura de inmediato y sin muchos miramientos de no ser por la nota que acompañaba el folleto, manuscrito con la letra de Diana:

«Si quieres una plaza, llámame o cógeme el maldito teléfono».

Eva resopló, lejos de comprender el propósito de Diana ni su interés por hacerle llegar esa información. Volvió a resoplar. No quería saber nada de ella ni de sus ideas. No había nada en ese folleto que llamase su atención o despertase su deseo de coger el teléfono para devolver una de las decenas de llamadas perdidas de Diana que habían muerto en el registro de su móvil durante las últimas semanas.

Excepto el papel escrito a mano.

—¿Por qué iba a querer una plaza en esta pantomima? —preguntó Eva en un tono tan seco como pudo en cuanto escuchó el característico sonido de una llamada atendida.

—Hola a ti también, Suárez —respondió Diana al otro lado del auricular, sin mostrar ni una pizca de emoción en su voz—. Empezaba a pensar que se te había tragado la tierra.

—Es que no quiero hablar contigo, la verdad.

—Entonces, si no quieres hablar conmigo ni te interesa el *workshop*, ¿por qué me has llamado?

—Te has esforzado tanto por hacerme llegar este panfleto que tenía curiosidad.

—Creí que podría ayudarte con tu problema con la escuela. Es un *workshop* para jóvenes emprendedores en el que dan algo de formación básica sobre la administración de pequeños negocios. Además, podrías conocer gente a la que preguntar por tu situación particular.

—¿Tú has ido?

—Sí, voy todos los años.

—¿A un *workshop* de jóvenes emprendedores? —inquirió con una ironía que resonó como una bofetada al otro lado del teléfono. De haber sido una bomba, su onda expansiva habría exterminado cualquier signo de vida en cinco kilómetros a la redonda.

—Gracias por llamarme vieja —apuntó Diana ofendida, con la voz rasgada.

—A ver, que joven emprendedora ya no eres… —siguió Eva rápidamente, intentando sonar más amigable—. Quiero decir, que llevas muchos años trabajando. Es decir, que tienes suficiente experiencia como para no necesitar las bases…

—Ahora intenta arreglarlo —cortó—. Para tu información, una de las fundadoras es amiga mía de la universidad. Empecé a ir cuando me ascendieron en E-Vento, y la verdad es que me ha sido muy útil. Además de dar formación sobre administración hay talleres para aprender a manejar el estrés y la ansiedad en las situaciones cotidianas que pueden provocarse por tener una empresa. Y dan herramientas para estar en paz con uno mismo.

—Vamos, lo que se conoce como una secta.

—Bueno, mira, me estoy cansando de tus comentarios puntillosos. Pensé que te podría ayudar, un error por mi parte. Lo que tú hagas no es de mi incumbencia, en efecto. Adiós.

—¡Espera!

Tarde. Diana colgó el teléfono sin darle opción a réplica. Puede que se hubiese pasado —un poquito— y que a pesar de todo Diana solo quisiera echarle un cable. Su orgullo y el dolor que todavía se abría paso en su corazón al pensar en ella le impedían tratarla de otra forma. No creía que fuese compatible la idea de tener a Diana en su vida como amiga con su estabilidad emocional, esa que tan a prueba se estaba poniendo en los últimos tiempos. Y sin embargo el puñetero remordimiento empezó a picarle como una pulga en la parte superior de la nuca. Urticante, imposible de parar y extendiéndose al resto del cuerpo como el virus de la varicela.

«¡Joder!», exclamó, antes de dar un sonoro golpe con el puño cerrado sobre la mesa. Y volvió a coger su teléfono móvil.

Capítulo 12

«Que alguien me explique qué coño hago aquí. Cómo me he podido dejar liar otra vez por ella. Con esa pinta de superioridad que no se le va ni con el pelo suelto. Como si supiera algo que todos los demás ignoramos. Ella siempre tiene razón, ella lo sabe todo. Sabe qué es lo mejor para mí y por eso estoy en medio de un montón de niños de papá con más dinero del que cualquier mortal podría soñar. Jóvenes imberbes que no tienen ni puñetera idea de cómo es la vida real donde ser emprendedor no es que tus padres te monten la *start-up* de tus sueños para que dilapides su dinero sin remordimiento. Incluso a sabiendas de que saldrá mal y en unos meses, un par de años con suerte, acabará en el cielo de las pymes. Porque, total, tienes todo lo que necesitas para olvidarla y volver a empezar. Y en medio de toda esta mierda, Eva Suárez, la imbécil que tendría que haberse quedado en casa navegando las aguas de Ainhoa en lugar de estar ahí».

—Bienvenida, Suárez —dijo Diana en medio de una sonrisa triunfal, cortando el hilo de pensamientos de Eva.

—Deja de llamarme así —espetó Eva sin un ápice de simpatía—. Ya no eres mi jefa.

Diana se había sentado junto a ella, en una de las filas centrales de la sala que utilizaban como salón de actos solo porque tenía una leve tarima en la que el ponente podía elevarse un poco para dirigirse a todos los demás. Era un espacio más bien pequeño, en el que habían acomodado cerca de un centenar de sillas cutres, más

propias de un campamento sin demasiados recursos que de un evento en el que todos los asistentes habían pagado una buena suma económica. Viendo el perfil medio de los asistentes, a Eva le costaba creer que su plaza hubiese sido un regalo, una invitación que a Diana le habían ofrecido por ser una veterana del *workshop*. Por eso se inclinó finalmente a ir, no tenía nada que perder excepto un fin de semana de descanso. Aunque por el momento podía afirmar que había sido una muy mala decisión.

—Te noto muy tensa —continuó Diana unos segundos después—. ¿No te alegras de haber venido?

—Ni un poco.

—Cambiarás de opinión, ya verás.

—Lo dudo mucho.

Dada la situación, Diana suspiró y se quedó en silencio, esperando impasible a que la charla de bienvenida diese comienzo. Eva la miraba de reojo, pero tampoco añadió nada más. La imagen de ambas, sentadas una junto a la otra sin hablar, ni moverse, era un auténtico cuadro comparado con el revuelo formado en la sala. Algunos de los asistentes se saludaban como si fuesen viejos conocidos. Otros trataban de presentarse y socializar con el fin de hacer preciados contactos que llevarse al finalizar las jornadas. Pero Eva no lo necesitaba. Tenía muy claros sus objetivos para la escuela y lo que requería para cumplirlos, y lo único que pretendía obtener de esos tres días de retiro era algún tipo de información útil para hacerse con el control de la parte administrativa.

—Si quieres puedo presentarte a algunas amigas —comentó Diana al cabo de un rato, como leyendo la mente de Eva.

—Creo que paso.

—Vamos, aquí hay gente maja, y algunas incluso podrían hacerte pasar un buen rato, si a tu novia no le importa, claro.

—¿Acabas de decir lo que creo que acabas de decir? —Eva miró a Diana con los ojos abiertos como platos, incapaz de creer que hubiese hecho tal insinuación.

Diana se encogió de hombros.

—Aquí aparte de clases, talleres y formación, hay mucho zorreo.

Eva tardó un poco en reaccionar debido a la dirección que estaba tomando la conversación, aunque lo que seguía resonando en su cabeza era la última palabra que Diana había utilizado.

—La reina del decoro diciendo «zorreo», me estallan los oídos.

—Ya no soy la misma Diana que conociste, Suárez.

Eva negó levemente con la cabeza, como suscribiendo lo que acababa de decir.

—¿Cómo sabes tanto de lo que se hace aquí? —indagó, con un claro doble sentido y con un deseo creciente de saciar la curiosidad que la nueva Diana le provocaba, para su desgracia.

—Ya ves, tengo el defecto de implicarme demasiado en todo lo que hago.

—Ah. ¿Y a tu novia no le importa? —preguntó por pura inercia, maldiciéndose por haber hecho esa pregunta.

—Nuestra relación es complicada —respondió Diana, sonriendo—. Se puede decir que somos como un matrimonio de conveniencia.

Para cuando la charla comenzó, la cabeza de Eva hablaba lo bastante fuerte como para no escuchar nada de lo que ocurría sobre la tarima. Supuso que tampoco era tan importante. Tal vez un discursito de bienvenida y un resumen de las actividades de la mañana siguiente. Aunque le habría gustado enterarse de por qué todos los asistentes se levantaron en tropel y comenzaron a juntarse en parejas o grupos, incluida Diana.

Otra vez se maldijo y lanzó un bufido de desesperación. No le quedó otro remedio que ir tras Diana para tratar de percatarse de lo que estaba ocurriendo.

—No me dirás que quieres dormir conmigo —ironizó Diana mientras se dirigía a saludar a alguien.

—¡Claro que no! —exclamó Eva con seguridad.

—Entonces te sugiero que busques a tus compañeros de cuarto antes de que alguien piense lo contrario —sentenció guiñándole un ojo.

Eva se detuvo en seco, con un minúsculo vuelco en el corazón y una rabia inmensa presionándole la cabeza. Echó un vistazo alrededor. Si se hubiese preocupado por socializar lo más mínimo

quizá sabría a dónde debía dirigirse. Pero allí donde miraba solo veía grupitos cerrados en los que no podía meterse a presión.

«No importa, dormiré sola, mucho mejor», pensó.

Lo que sin embargo no le parecía tan buena idea era quedarse allí parada en medio de la sala, como si sus pies estuviesen sobre una diminuta isla y todo lo demás fuese la inmensidad de un peligroso océano, lleno de tiburones y calamares gigantes dispuestos a comérsela. Miró al suelo, agachó la cabeza y comenzó a arrastrar los pies con parsimonia hasta que llegó al lugar donde Diana hablaba con otra mujer. Fue la mujer quien primero se percató de la presencia de Eva y la miró fijamente. Diana siguió la dirección de la mirada de la mujer hasta que dio también con ella.

—Eva, te presento a mi amiga Itziar —dijo sin más—, la organizadora de este tinglado.

—Encantada, Eva —dijo Itziar—, Diana me ha hablado mucho de ti.

—¿Y qué te ha dicho? —quiso saber al tiempo que le estrechaba la mano en señal de saludo.

—Nada malo —respondió la aludida—. ¿Ya has encontrado a tus compañeros de habitación?

—No, no sé cuál es la mía. Pero no tengo problema en quedarme sola.

Itziar negó con la cabeza.

—Eso es imposible, los *bungalows* están muy contados. No te preocupes, te ayudaré a encontrar tu habitación. Vente conmigo.

Eva siguió a Itziar hasta una mesa donde descansaban varios papeles y documentos. Allí también estaba el listado de asistentes divididos por habitación. Enseguida encontró el nombre de Eva Suárez, asignado a un cuarto con otros tres integrantes, ningún nombre conocido para ella.

—Mmmm —murmuró Itziar—. Esto es muy extraño.

—¿Qué? —preguntó Eva.

—Me temo que ha habido un error. Las habitaciones son de tres personas, pero en la tuya hay cuatro nombres. Iré a averiguar qué ha pasado.

—Por favor, no te molestes. Me da igual dónde dormir, en cualquier otra plaza libre. No quiero causar molestias.

—Vale, voy a pedir a la organización que te asigne otra habitación, a no ser que quieras venirte con nosotras.

Eva echó un vistazo a la sala sopesando la idea de ella y Diana durmiendo bajo el mismo techo. Entre pasar la noche con el enemigo o con completos desconocidos, ninguna de las opciones le parecía especialmente atractiva.

Accedió en contra de su sentido común y con la sensación de que estaba cometiendo un terrible error. No solo había permitido que Diana regresara a su vida, ahora también iba a permitir que regresara a su habitación. Claro que técnicamente era ella quien estaba invadiendo su espacio. A pesar de que Diana no mostraba ningún síntoma de estar molesta con la situación, algo le decía que no había tomado la decisión correcta.

Después de llevar sus escasas pertenencias a su habitación y organizarlas para que estuvieran lo más lejos posible de cualquier rastro de Diana, Itziar le ofreció acompañarlas a tomar algo. Invitación que habría rechazado de no ser por su insistencia, y por lo peligroso que le parecía el plan de quedarse sola con sus pensamientos. Iban a juntarse con otros veteranos para pasar un rato y ponerse al día, así que supuso que le bastaría con ocupar un lugar en el espacio sin hablar demasiado para entretenerse un rato antes de ir a intentar pegar ojo.

El recinto recordaba a un campamento escolar, o a uno de esos lugares de ecoturismo que tan de moda estaban entre los urbanitas. Contaba con unos veinte *bungalows* de madera de entre cuatro y seis plazas, lo que indicaba que allí cabían unas cien personas aproximadamente. Todo lo demás eran espacios verdes, jardines, fuentes, la sala de usos múltiples y un comedor con una pequeña cocina. Además, se encontraba en medio de la nada, lo que hacía sospechar que la idea no era aventurarse a buscar algún bar de copas internado en medio del bosque. Claro que tampoco esperaba a sus más de treinta años verse sentada para hacer botellón casi a oscuras en la zona más alejada de las habitaciones, empapándose el

culo con la hierba húmeda en cuanto se sentó y pasando una botella de algún licor de marca blanca como pipa de la paz.

Una estampa cuanto menos ridícula.

Tal como se había propuesto, se mantuvo en silencio, alejada de una conversación que versaba de los logros de unos y otros durante el último año. También su mente, que no tenía mucho interés en los pormenores de las vidas de aquellos desconocidos, vagó por algunos pensamientos triviales que terminaban una y otra vez en el frío que se acumulaba en su trasero. Para su desgracia, a Diana se le ocurrió la brillante idea de obligarla a tomar parte en el debate exponiendo sus intimidades. Algo que por alguna razón parecía de gran interés para todos los presentes, excepto para ella.

—Eva trabajó para mí en E-Vento y mostró un gran potencial. Por circunstancias, su carrera se alejó de allí, pero acaba de abrir su propia empresa, una escuela de artes escénicas. Ya está en boca de todo el mundo y en poco tiempo ha conseguido un buen número de alumnos…

Creyó percibir cierto tono de orgullo en la voz de Diana mientras hablaba de ella y su escuela, algo del todo imposible. Y decidió cortarla para que no siguiera contando su visión de los hechos, que no se ajustaban del todo a la realidad:

—Bueno, ha sido un comienzo difícil, ahora las cosas están empezando a estabilizarse un poco. Pero no quedará nada si no consigo comprarle su parte a mi ex y aprender a llevar toda la gestión.

—¡Uf! —exclamó Itziar—. Si es que no hay que mezclar placer y negocios.

—Ya, ya. Te aseguro que ya me lo he tatuado a fuego en el culo.

—Buen sitio para un tatuaje —apuntó una chica sentada frente a ella, de quien desconocía el nombre.

Eva exhibió media sonrisa tímida a modo de respuesta, y la falta de otra opinión al respecto hizo que la conversación se enfocara en otras personas.

—Uy, creo que ya te han echado el ojo —susurró Diana, haciendo alusión a la chica que había hecho el último comentario.

—Solo ha sido amable —comentó Eva sin darle mayor importancia.

Diana negó con la cabeza.

—La conozco. Es muy homosexual y directa.

—Me alegro por ella, pero no me interesa —aseguró Eva, cruzándose de brazos.

—Es verdad —confirmó Diana, utilizando un medido tono sarcástico—, olvidaba que a pesar de tus deseos sexuales eres una persona muy fiel.

—Puedo no querer liarme con la primera persona que se me pone a tiro independientemente de todo lo demás —gruñó.

Diana se encogió de hombros, como restando importancia a la idea de enredarse con cualquiera en cualquier momento y lugar.

—Yo me lie con ella el año pasado. Sería casi como si tú y yo… —dejó la frase en el aire y clavó los ojos en ella.

Eva resopló, incomodada por la dirección que tomaba la conversación. Se levantó de golpe y puso la excusa del frío de su culo mojado para retirarse a dormir antes de que su humor empeorase. Diana también se levantó y la interceptó unos pasos más tarde.

—Eva, espera. Perdona, no pretendía molestarte.

—¿De verdad crees que podemos ser amiguitas? —inquirió con cierto tono airado—. ¿Tú puedes hablar conmigo con esa indiferencia? Porque yo no.

—Sí. He trabajado mucho para superar lo que pasó, y no hay motivos para que no podamos mantener el buen rollo y ayudarnos. Eso es lo que hacen las personas con otras personas que han sido importantes en su vida. Pero si prefieres que no volvamos a hablar, ni a vernos, lo entiendo y lo respeto.

—Suena muy maduro y racional.

—Ajá.

Eva resopló mientras sopesaba sus opciones y la situación en la que se encontraba. No era un buen momento para mandarlo todo a la mierda a pesar de las ganas que tenía de hacerlo.

—Vale —claudicó—, lo intentaré, pero no prometo nada.

Acto seguido le dio la espalda y siguió caminando hacia la habitación. Ya en la lejanía pudo escuchar a Diana añadir:

—Si no puedes estar conmigo con indiferencia, tal vez deberías preguntarte por qué.

Ella no se dignó a responder. Apretó el paso para ocultarse y protegerse hasta el día siguiente con las sábanas de la cama. Allí, incapaz de relajarse, deseó que el evento terminase lo antes posible para volver a casa. A una casa que por otro lado ni siquiera era suya.

Eva no entendía nada de yoga o de posturas, pero sí era capaz de identificar lo que estaban haciendo como lo que *Los Simpson* habían definido como la postura del «contribuyente americano», con la particularidad de que tenía el culo de Diana prácticamente pegado a la cara. Eso le hizo introducir en su universo de preguntas existenciales una cuestión que la tendría dando vueltas durante un buen rato: ¿era más de culo o tetas?

A la tercera tentativa de doblarse de forma mínimamente similar a lo que hacían los demás y estar a punto de partirse por la mitad desistió de aprender yoga, y mucho menos de intentar encontrar algo de paz mental con ese método. Prefería probar con la meditación, una práctica más estática y menos provocativa que los atuendos deportivos que muchas de sus compañeras utilizaban. Por eso dejó el relajante taller de yoga de media mañana a la mitad y se fue a pasear por el recinto, con el propósito de darse uno de esos baños de árboles de los que había oído hablar en alguna ocasión.

Cuando se dirigía a una de las zonas más apartada de los humanos, se cruzó con Itziar supervisando la preparación de la siguiente actividad: una charla en la que ofrecerían consejos básicos de control de finanzas en una empresa, a la que tenía idea de asistir a pesar de que dudaba de sacarle algo de provecho. Itziar apenas la vio de reojo, pero fue suficiente para que le hiciera una señal a modo de petición para que se acercase a hablar con ella.

—¿Cómo estás, Eva? ¿Te está pareciendo interesante el *workshop*?

—¿Puedo serte sincera? —preguntó a modo de respuesta para tantear a Itziar.

—Por supuesto —respondió ella con sinceridad. Incluso dejó lo que estaba haciendo para prestarle toda su atención. Luego la instó a que dieran un paseo juntas mientras le explicaba su punto de vista.

—No demasiado —dijo Eva por fin cuando se alejaron un poco caminando—. El yoga no es lo mío y de la clase de esta mañana no entendí prácticamente nada.

—Ya, estas jornadas están muy dirigidas a gente con formación en ADE y con aspiraciones a convertirse en CEO de grandes empresas. Es posible que todo esto te venga un pelín grande. Siento que hayas hecho la inversión que supone acudir para no sacarle provecho. Pero cuéntame más sobre tu situación y quizá pueda echarte un cable.

Eva tardó un momento en percatarse de que Diana sí había pagado su plaza, pero dejó ese pensamiento aparcado a buen recaudo en su cabeza para responder a Itziar.

—Mi ex se encargaba de la parte administrativa de mi escuela, y además tiene un tercio del negocio. Lo dejamos, él quiere venderlo y yo no puedo comprarlo, y sin él para controlar toda la parte legal no sé cómo gestionarla.

—Entiendo. Gestionar un negocio propio no es igual que ser CEO en una macroempresa. No te agobies, aprenderás poco a poco, y hasta que te sientas con confianza puedes contratar a un administrador.

—No puedo pagar a Ángel, como para poder contratar un administrador.

—Puedo pasarte un par de contactos de gente que te puede ayudar por poco dinero. Aunque yo de ti se lo pediría a Diana, ella tiene experiencia de sobra como para poner en orden tu escuela. El tema de la sociedad es más delicado, porque eso no depende de tomar buenas decisiones, o tienes el líquido para comprar la parte de tu ex o no lo tienes. Creo que lo único que puedes hacer es intentar hablar con él, ser civilizados y que se quede como socio hasta que consigas el dinero, o que venda por un precio simbólico

para hacer el papeleo y que tú le vayas pagando el resto poco a poco.

Eva trató de digerir en silencio todo lo que Itziar le había dicho, y poco después también en soledad. En realidad, nada que no supiera ya. Necesitaba ayuda, la escuela dependía de ello, pero jamás se lo pediría a Diana. Ya se había implicado con ella más de lo que debía o hubiese querido. Tendría que encontrar otro camino para salvar su negocio o para aprender a administrarlo. Tal vez su tía tuviese algún contacto a quien acudir, o en el peor de los casos podría pedir algo de dinero a sus padres para contratar a un administrador e ir tirando mientras se le ocurría otra cosa. Y también tendría que hablar con Ángel, no quedaba otro remedio.

Con el hervidero de pensamientos que era su cerebro, las demás actividades del día se disiparon frente a sus ojos sin que pudiera hacer nada para retenerlas. Tan solo consiguió relajarse un poco al final del taller de *coaching* en el que narraban algunas de las herramientas más útiles para gestionar el estrés y la frustración. No anotó ni física ni mentalmente ninguna de ellas, pero cuando los últimos minutos el *coach* planteó un ejercicio de meditación ella siguió sus indicaciones, y su cabeza pudo descansar después de todo el día. Aunque no consiguió librarse del agotamiento. Todo su ser le pedía a gritos que se fuera a la cama a intentar dormir un poco más que la noche anterior. Por eso rechazó la oferta de unirse una noche más al botellón del grupo de veteranos. No se sentía capacitada para seguir escuchando dramas ajenos, o para comentar los propios, y mucho menos para volver a empaparse el culo en la hierba mojada.

El mayor atractivo que podía encontrar en ese momento y lugar era encerrarse en el *bungalow* a solas, con mínimo un par de horas por delante hasta que Itziar y Diana regresaran. Darse una larga ducha de agua caliente, hasta que sus poros estuviesen bien abiertos y su piel arrugada como una uva pasa, y acostarse en silencio y oscuridad con la esperanza de que el cansancio hiciese su trabajo y se la llevara en volandas al mundo de los sueños. Su perfecto plan parecía cumplirse punto por punto hasta que se puso el pijama y se sentó sobre la cama para echar un vistazo a su móvil

y comprobar si tenía algún mensaje al que debiese responder. En ese momento su corazón estuvo a punto de pararse en seco cuando Diana entró sin ningún tipo de consideración, cerró la puerta y se dirigió a donde Eva estaba para sentarse junto a ella. Invadió su espacio y Eva se tensó como un gato al que amenazan con un cubo de agua helada.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió al borde de la histeria.

Diana levantó las manos para frenar el ímpetu de Eva.

—Vengo en son de paz, lo juro —empezó antes de coger aire para decirle todo lo que quería de una vez—. Acabo de hablar con Itziar y me ha contado vuestra conversación. De verdad que pensé que sacarías algo bueno de estos días, pero veo que no es así. Y ella tiene razón, yo sé todo lo necesario para ayudarte a manejar la escuela hasta que puedas hacerlo tú sola. También pondré a tu disposición los medios de E-Vento para hacer promoción a la escuela y conseguir más alumnos, quizá así puedas solucionar el tema de tu ex.

Eva se quedó atónita ante sus palabras, que no esperaba en absoluto y golpeaban cada hemisferio y margen de su cerebro.

—¿Por qué? —preguntó, sin más.

—Quiero ayudarte —respondió Diana en el mismo tono.

—Pero ¿por qué? —Eva se alejó lo poco que el estrecho espacio de la cama permitía para encarar a Diana con algo de distancia—. Primero pagas mi plaza para venir al *workshop* y ahora pones a E-Vento y a ti misma a mi disposición. ¿Es que acaso sientes que tienes que compensarme por lo que pasó entre nosotras?

—¿¡QUÉ!? —exclamó y preguntó Diana a la vez, casi en un grito—. ¡CLARO QUE NO! —Después se obligó a tranquilizarse y a rebajar el tono antes de seguir hablando—. No por lo que pasó entre nosotras. Yo… desde que volvimos a vernos… —dudó—. No lo sé. Es posible que me sienta en parte responsable de haber truncado tu carrera profesional.

Eva se cruzó de brazos, al mismo tiempo enfadada y conmovida por la confesión de Diana.

—No tienes que hacer nada para limpiar tu conciencia. He sido perfectamente capaz de arreglármelas sola, y lo seguiré haciendo.

Nunca me he arrepentido de la decisión que tomé de dejar E-Vento. Gracias a eso viví muchas experiencias laborales y personales, y estoy ahora donde estoy, con un negocio propio.

—Ah, ya veo —comentó Diana con un deje de dolor—. Me alegro de que nunca dudases de haberte ido.

—No quería decir eso.

—Es igual, ese no es el tema.

—No, el tema es que no puedo permitir que te involucres más en esto. Te lo agradezco, Diana, de verdad, pero es mi lucha. Te devolveré el dinero del *workshop* y se acabó.

—No quiero que me devuelvas nada. Sé que estás acojonada por lo que pueda pasar, igual que sé que no tienes muchas opciones, a mí no puedes engañarme. —Eva giró la cara para apartar la mirada de Diana, que la sujetó por un antebrazo para recuperar su atención —. Quiero ayudarte a sacar adelante la escuela porque todavía te guardo cariño, y estaría bien que aceptes mi ayuda sin cuestionarlo todo, todo el tiempo. Deja de ser tan orgullosa, Suárez.

Eva miró a Diana a los ojos con las emociones a flor de piel. Estaba convencida de volver a rechazar su ayuda, pero las palabras no le salían de la garganta. En su lugar, se convirtieron en un nudo asfixiante que escapó hacia los ojos para brotarle del cuerpo en forma de lágrimas. De no estar tan vulnerable podría haber confundido sus sentimientos, pero lo único que necesitaba en ese momento era algo de consuelo, porque realmente estaba muy asustada. Se abalanzó hacia Diana y se abrazó a ella con tanta fuerza como fue capaz. Diana la estrechó entre sus brazos con suavidad y le acarició el cabello, dejando que poco a poco su miedo se atenuara y su respiración volviese a la normalidad.

—Todo va salir bien, te lo prometo —afirmó Diana sin dejar de abrazarla.

—Gracias —dijo Eva cuando consiguió recuperar la voz, dejando que los brazos de Diana la reconfortaran como ninguna otra cosa había logrado hacerlo desde hacía mucho tiempo. Y recuperando parte de la confianza que creía perdida.

Capítulo 13

«Que está un rato buena es un hecho. Pocas veces he tenido una situación más fácil que esta: sexo del bueno, sin compromiso y con una tía escultural, que es un diez en todos los sentidos. Pero ¿qué me pasa? ¿Por qué no estoy excitada? No me apetece tocarle el culo ni sujetarle la cintura mientras se mueve encima de mí. Qué nuevo y preocupante es esto. A ver si voy a estar enferma. Seguro que he pillado alguna enfermedad pija entre toda esa gente. Desde luego, esto no es normal ni propio de mí. Solo quiero salir corriendo».

—Espera, no puedo hacerlo —pidió Eva justo cuando Ainhoa se quitó la camiseta para dejar los pechos al aire y frente a su cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Ainhoa, molesta, quedando sentada a horcajadas sobre las caderas de Eva, aguardando una respuesta que explicara su reciente estado de inactividad.

—No estoy segura. Puede que estar todo el fin de semana pensando en la escuela y entre gente tan diferente a mí haya agotado mis energías. No tengo ganas de nada.

—Déjame ver si puedo hacer que tus ganas despierten —dijo Ainhoa sonriendo, y justo después deslizó los dedos haciendo un surco por el abdomen de Eva hasta llegar a su pubis, donde Eva la interceptó con su propia mano.

—Ainhoa, para, te digo que no quiero —ordenó.

Ainhoa resopló y puso los brazos en jarras, visiblemente contrariada.

—Si es porque te has follado a otra en el retiro ese, no me importa —dijo quitándole importancia a cualquier cosa que hubiese pasado—. Como si te la quieres traer y le damos las tres.

—No es eso. Necesito dormir.

—Está bien —claudicó por fin Ainhoa, aunque siguió sin moverse de su posición.

—Necesito también que te quites de encima para poder cumplir con mi propósito.

—Ah, claro —dijo con un falso tono de inocencia—. No me había dado cuenta. Tendrás que pagar un peaje. —Eva frunció el ceño—. Solo un beso.

Eva se incorporó para pasar el trámite lo antes posible. Ainhoa se aferró a ella todo lo que pudo para besarla en profundidad al tiempo que aplastaba su torso desnudo sobre la clavícula de Eva. Fue precisamente Eva quien puso fin al beso sujetando con fuerza la cintura de Ainhoa y empujándola hacia atrás. Por un momento dejó la mirada fija en sus receptivos pechos, pero, tras volver a comprobar que ni siquiera eso lograba activar su deseo sexual, instó a Ainhoa a quitarse de encima para poder girarse e intentar conciliar el sueño dándole la espalda. Aunque sabía que lo que acababa de pasar estaría buena parte de la noche desvelando sus pensamientos.

Todos notaron el nerviosismo de Eva. Desde que abrieron la escuela corría de un lado a otro mirando que no hubiese un papel fuera de lugar, una pelusa en el suelo o un rincón sin ambientador recién rociado. Al principio pensaron que se debía a algún tipo de estrategia que había aprendido en el *workshop*, una estrategia sin demasiado sentido. Sin embargo, descubrieron lo que ocurría cuando reunió a todos en la entrada, un poco antes de que los primeros alumnos llegasen para la clase de la mañana.

—Hoy vamos a tener una visita que puede cambiar el futuro de la escuela —explicó Eva con la voz temblorosa y sin dejar de ojear la puerta por si se abría—. Como sabéis, nos encontramos en un punto de inflexión desde que Ángel abandonó el proyecto, pero una amiga se ha ofrecido a ayudarnos con toda la parte administrativa, y

también a organizar un evento para captar más alumnos. Es la CEO de E-Vento, por lo que sabe bien de lo que habla. Necesito que todos aprovechemos este día para que se lleve una buena impresión y que no dude de la decisión que ha tomado. Quizá sea nuestra única opción de que no se vaya todo a la mierda.

Paula y Mario, incluso Ainhoa, asintieron sin poner en entredicho lo que Eva acababa de decirles, pero Patricia no tuvo la misma reacción. Cogió a Eva por un brazo y la arrastró al interior del aula de interpretación. Una escena que provocó una suerte de *déjà vu* en ambas.

—EVA MARÍA SUÁREZ —recitó Patricia haciendo hincapié en cada letra—, ¿qué significa que la CEO de E-Vento va a ayudarnos con la escuela?

—Sabes que no me llamo así, ¿verdad?

—Eva se me queda demasiado corto para enfatizar tu nombre. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué tiene de malo? Diana se ha ofrecido a ayudarnos y fue ella quien me envió la información del *workshop*. Hace mucho de lo nuestro. Las dos lo hemos superado y podemos ser civilizadas.

—Coño, sobrina, que parece que no aprendes. ¿Eres consciente de que estamos en esta situación porque tu ex es también tu socio? Que hay relaciones que no se deben mezclar, y las profesionales y las personales nunca son compatibles.

—¿Qué alternativa tenemos? Yo tampoco quería aceptar su ayuda, pero no sé qué más hacer. Ángel puede vender su parte de la empresa en cualquier momento a cualquier persona, y entonces será todo mucho peor. No puedo permitirme perder la escuela, y si para ello tengo que bajarme los pantalones, que así sea.

—Mientras no te bajes las bragas…

—¡Tía!

—Que nos conocemos, Eva. Tengo que darte la razón en que sin un poco de ayuda de alguien capacitado estamos jodidos, pero no creo que puedas trabajar con ella con indiferencia. Y si vuelves a caer en la tentación podemos ir planeando una quedada en la cola del paro para ir en grupito.

—Por favor, vamos a dejar de hablar de mi vida sexual y a centrarnos en la escuela. Entre Diana y yo no hay ni habrá nada, me ha ofrecido su ayuda y yo la he aceptado. Y cuando recuperemos el control sobre la escuela cada una seguirá su camino y fin del reencuentro.

—Muy bien. Yo apoyo tu decisión, como siempre. Espero que no nos estemos equivocando.

Eva hizo una leve caricia a Patricia y volvió a salir a la recepción, donde los nervios se apoderaron de nuevo de ella. Ainhoa la miraba impasible desde su posición de secretaria mientras ella miraba hacia la calle sin perder detalle de la gente que pasaba.

—Así que vamos a trabajar con tu ex para recuperar la parte de la empresa que tiene tu otro ex. Es retorcido hasta de pensar.

—Mi tía ya me ha dado la charla, no necesito otra tuya.

—Yo no voy a meterme en cómo gestionas tu escuela. Aunque no me gusta la idea de que tu ex vaya a rondar a menudo por aquí. ¿Tengo motivos para que me moleste?

Esa pregunta hizo que Eva se girase para mirarla.

—No. Entre ella y yo no hay nada, y creí que lo nuestro era solo sexo sin compromiso. Ninguna razón para que te pongas celosa.

Ainhoa se levantó para acercarse a Eva. Le sujetó las caderas y se pegó a ella hasta rozarle los labios, pero sin llegar a besarla.

—Bueno, si dejas de tener sexo sin compromiso conmigo por estar pensando en ella, sí hay una razón.

Eva estuvo a punto de replicar su comentario, pero no pudo hacerlo debido a que justo en ese momento la puerta de la escuela se abrió dando paso a Diana. En su lugar, se apartó con brusquedad de Ainhoa, provocando que frunciera el ceño y soltase un bufido de exasperación. Fue directa hacia la puerta para recibir a Diana, aunque su euforia disminuyó al ver que Diana no había ido sola. Tras ella aparecieron también Claudia y Diego, la primera con cara de pocos amigos y el segundo con evidente gesto de expectación.

—Hola, Diana y compañía.

—¡Hola, Eva! —exclamó Diego, de buen humor—. No esperaba volver a verte tan pronto, pero estoy muy contento de que así sea.

—Sí, yo también —comentó Eva tratando de que no se notara que lo decía en serio solo en parte.

—He venido con refuerzos para que podamos optimizar las tareas y sacar conclusiones en común —explicó Diana.

—Bien —respondió Eva sin hacer más comentarios al respecto—. Lo primero de todo, entonces, las presentaciones.

Eva dedicó un par de minutos a dar a conocer a todos los presentes entre sí, aunque algunos ya se conocían. Los saludos fueron más o menos cordiales, excepto cuando Diana y Patricia estrecharon las manos de una forma fría y en apenas un segundo; o cuando Ainhoa sostuvo la mano de Diana con firmeza y cierta presión, casi retándola a tratar de quitarla sin hacerse daño. Y también cuando Claudia evitó dirigirse directamente a Eva. Demasiada tensión para un primer contacto. El silencio se empezó a instaurar en la sala a la espera de que llegasen los alumnos. Por suerte para todos, Diana se encargó de tomar la palabra.

—Nos gustaría poder asistir a las clases para inspirarnos sobre el tipo de cosas que podríamos hacer, ¿os parece bien?

—Claro, ningún problema —confirmó Eva.

—Ya que somos tres, nos dividiremos, y así no os molestaremos demasiado.

—No sé cuánta información tenéis de lo que hacemos. Impartimos tres materias al mismo tiempo, en varios grupos al día, dependiendo del nivel previo. Podéis dividiros como queráis en las clases de modelaje, canto y música e interpretación.

—Sí, hemos hecho los deberes —comentó Diana guiñándole un ojo—. Claudia irá a modelaje, Diego a música y yo a interpretación.

—Estupendo. Pues podemos ir ya hacia las aulas para que toméis sitio sin que se note la intromisión.

Los profesores asintieron y cada uno dirigió a su nuevo pupilo a la sala donde tendría lugar la clase. Eva tuvo la intención de supervisar todos los movimientos, pero Diana la detuvo al dirigirse otra vez a ella.

—Eva, necesitaré también ver los libros de cuentas para conocer en qué estado está la escuela, si hay cualquier problema con los proveedores y si todas las facturas están al día.

Eva asintió, y olvidó su idea de pasarse por el resto de aulas. Siguió a Patricia y Diana al interior del aula de interpretación, donde robó un par de sillas para colocarlas al final de la sala, pegadas a la pared, una para Diana y otra para ella misma.

—¿Tú también vas a quedarte? —quiso saber Patricia.

—¿Te importa?

Patricia negó con la cabeza.

—Quizá yo también pueda echar una mano para pensar en el evento. Siempre he tenido facilidad para crear ideas locas.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Como montar una *master class* de *spinning* con un centenar de bicis en mitad del parque Europa. Fue una locura, pero salió bien. Salió muy bien, de hecho.

Eva sonrió, y luego la garganta se le secó al recordar el día al que Diana acababa de hacer referencia. El primer día que traspasaron la línea laboral y se acostaron en el entonces despacho de la directora de *marketing* de E-Vento. Un escalofrío le recorrió la espalda a pesar de la lejanía de ese recuerdo. Tan intenso que no fue capaz de mantener la mirada en Diana. Miró a cualquier otro punto sin llegar en realidad a enfocar nada, y agradeció profundamente que los alumnos comenzaran a llenar la sala para no tener que volver a interactuar con Diana en las próximas dos horas.

—Buenos días a todos —saludó Patricia cuando todos los alumnos ocuparon sus mesas—, hoy tendremos un par de invitadas a la clase. No os preocupéis, solo están observando y no harán nada para incomodaros, así que olvidad que están. Lo cierto es que os servirá como práctica, puesto que cuando tengáis un trabajo tendréis que interpretar como si no hubiese nadie más a vuestro alrededor, pero siempre estaréis rodeados de gente, ya sea el público de un teatro o el equipo técnico en un rodaje.

La primera parte de la clase en la que Patricia explicó teoría de la interpretación fue como la seda, pero al empezar la parte práctica se hizo evidente que algunos de los presentes sí estaban incómodos al sentirse observados desde la lejanía. Patricia empezaba a ponerse nerviosa al pensar en la opinión que tendría Diana después de asistir a una clase en la que la profesora era incapaz de mantener el

control, por lo que decidió hacer un movimiento que le pareció lógico para distraer las mentes de todos los presentes.

—¿Queréis acompañarnos en el ejercicio? —preguntó por sorpresa a las distraídas Eva y Diana antes de comenzar el segundo ejercicio —. Así podréis experimentar en vuestra propia piel lo que significa poner el alma al servicio de la interpretación.

Diana accedió de inmediato a la proposición de Patricia, emocionada por poder vivir esa experiencia en primera persona. Eva tuvo más reparos, pero no podía negarse y quedar como una rancia a ojos de todos. Recorrieron rápidamente el espacio que separaba las sillas del escenario en el que los alumnos aguardaban en dos filas, unos frente a otros. Patricia colocó a Eva y Diana en la misma posición, una al final de cada fila y cara a cara antes de explicar en qué consistía el ejercicio:

—Por parejas, tenéis que mirar a los ojos de la persona que tenéis enfrente, fijamente. El objetivo del ejercicio es muy sencillo: quien antes logre llorar, gana, y si alguno de los dos se ríe, pierde. No podéis hacer muecas ni gestos, ni tampoco apartar la mirada. En este ejercicio es muy importante la visualización, ser capaz de conectar con los sentimientos, e imaginar que la persona que tenéis delante tiene una gran importancia para vosotros. Pensad en alguien a quien queráis, o en alguien que ya no está y a quien nunca confesasteis vuestro afecto. Solo los actores con más capacidad de concentración pueden mostrar sus sentimientos frente a otra persona sin desmoronarse, o sin que les entre la risa. Imaginaos una escena dramática donde un familiar del personaje está a punto de morir y tenéis que soltar un monólogo de alta intensidad emocional, sería una faena que os saliese una carcajada o que no mostraseis un sentimiento real. Yo no diré nada. Quien falle, o quien logre llorar, que se vaya retirando del escenario y se siente para no molestar al resto. Vamos allá.

Patricia tomó asiento en la primera fila y el ejercicio dio comienzo. Un par de alumnos cayeron en la carcajada fácil en apenas unos segundos, pero todos los demás se centraron en lo que estaban haciendo para conseguir el objetivo que la profesora había puesto. También Diana y Eva, que se miraron con media sonrisa, como

tomándose el ejercicio en broma, pero al cabo de un minuto sus rostros se quedaron completamente serios y sus ojos fijos la una en la otra, con las pupilas dilatadas, profundas, reflejando la imagen que tenían enfrente. Casi podían hablar sin hacerlo, leyendo en sus miradas los recuerdos que asaltaban sus mentes y las palabras que guardaban en su interior, que no habían podido decirse nunca.

Eva sintió una fuerte presión en el pecho que amenazaba con cortarle la respiración. Quizá Diana había tenido las fuerzas o las herramientas para superar su ruptura, pero ella no. Todavía le dolía en las entrañas recordar el amor que había sentido hacia aquella mujer que le rompió el corazón en mil pedazos y que ahora había vuelto a su vida como si nada. No podía mirarla con indiferencia y no podía todavía catalogar como buenos los recuerdos de su tortuosa relación. Apretó sin darse cuenta la mandíbula cuando su respiración se volvió más irregular, y cuando no pudo evitar que una lágrima huyese de la barrera de contención que pensó que eran sus ojos. En ese momento tuvo suficiente, daba igual cuántas personas hubiera a su alrededor y si se habían dado cuenta de su estado, tuvo que salir corriendo de allí y alejarse de Diana antes de que el rencor hiciese acto de presencia para destruir cualquier opción de cordialidad hacia ella.

—¿Todo bien? —preguntó Ainhoa cuando Eva pasó frente a ella como una exhalación. Pero no obtuvo respuesta. Tan solo pudo verla encaminándose hacia el vestuario, donde se encerró.

Encerrada y a salvo pudo dejar salir todo el llanto acumulado en los ojos y en el pecho, formado también en parte por la rabia de no ser capaz de controlar sus emociones cuando se trataba de Diana. Nunca lo había sido. Y se odiaba por ello. Casi tanto como odiaba a Diana por mostrarse tan entera, como si nada de lo que vivieron tuviese algún tipo de importancia para ella.

—¿Eva? —La puerta del vestuario se abrió y Diana se asomó tímidamente sin estar convencida de entrar.

—Vete, por favor.

—Creo que tenemos que hablar de lo que acaba de pasar —dijo Diana mientras accedía al interior cerrando la puerta. Caminó hasta

Eva y se sentó a su lado, cerca y a la vez lo bastante lejos como para no invadir su espacio personal.

—No quiero seguir hablando, Diana, no puedo. No puedo asimilar todo el dolor que creí enterrado. Lo más difícil que he hecho en mi vida fue olvidarte, y ahora que estás aquí siento que no voy a ser capaz de volver a pasar por todos esos recuerdos. Me alegro de que tú sí pudieras superarlo como si nada. Supongo que para mí fue mucho más importante.

—¿Cómo puedes decir eso? Es muy injusto. No tienes ni idea de lo que pasé o cómo hice para superarlo. Para mí tampoco fue fácil, ¿sabes? Nunca me he arrepentido de algo tanto como del día que dejé que te fueras de E-Vento sin hacer nada para detenerte. Pero en ese momento no fui capaz. Tuve que lidiar no solo con mis sentimientos hacia ti, sino con todo lo que estaba haciendo mal y por lo que me censurarían. Confesarte lo que sentía no era solo admitir que me gustaban las mujeres, era destruir mi carrera profesional al haberme liado con una becaria, era destruir mi vida personal y mi familia. Y lo habría hecho, lo hice, con todas las consecuencias, pero ni siquiera me diste tiempo para asimilarlo y hacerme fuerte. No estuviste junto a mí en ese proceso, y también llegué a odiarte por ello. Cuando te fuiste empecé a ir a terapia para lidiar con todo lo que me estaba pasando, y así, poco a poco y con mucho tiempo, empecé a sanar mis heridas y a liberarme de todas las cadenas que me ataban. Sé que te partí el corazón, pero ¿alguna vez pensaste cómo se quedó el mío?

La confesión de Diana le golpeó dentro del pecho, y sintió como si otra vez el corazón se le rompiera en mil pedazos, pero esta vez por una razón muy distinta. Parte del dolor que llevaba con ella desde que se separaron tenía que ver con la indiferencia que creyó que Diana sentía hacia ella, pero a decir verdad jamás se había preguntado cómo se quedó ella después de aquello. Había sido una maldita egoísta durante todo ese tiempo, y el alivio que podía haber sentido al escuchar a Diana revelar sus sentimientos se convirtió en una losa de culpabilidad de una tonelada que se instaló sobre sus hombros.

—Joder, tienes razón.

—No te he contado todo esto para echártelo en cara, sino para que tú también puedas pasar página. Las dos tomamos decisiones equivocadas que no podemos cambiar, solo tenemos la oportunidad de elegir quedarnos con las cosas buenas y ser amigas. No había planeado que nos reencontráramos, pero ya que lo hemos hecho me gustaría tenerte en mi vida.

Eva no se atrevió a mirarla hasta que notó la mano de Diana sobre la suya. Suave y cálida, que acariciaba el dorso como quien acaricia a un animal herido con cuidado para que no se asuste y huya despavorido. Por un momento cierta conexión se instauró entre ellas como si el tiempo no hubiese pasado. Por un momento muy breve.

—¡Eh, salvadas por la campana! —exclamó Ainhoa tras abrir la puerta sin ninguna delicadeza, y haciendo que Eva y Diana se apartaran de golpe—. Menos mal que he llegado a tiempo de evitaros un incómodo y bochornoso momento, ¿verdad? Las clases han finalizado y fuera están todos esperando instrucciones de las dos anfitrionas, así que será mejor que salgáis antes de que vengan a buscaros en tropel.

Ambas obedecieron a Ainhoa sin rechistar y sin estar molestas por el hecho de que las hubiera interrumpido. En parte también suponía un alivio terminar con ese encuentro de alta intensidad emocional para ambas y regresar a la buena senda del objetivo que les ocupaba. Tal como la secretaría había indicado, profesores y empleados de E-Vento aguardaban reunidos en la recepción de la escuela, comentando por encima cómo habían discurrido las clases y qué conclusiones podían sacar que ayudaran a encontrar la idea ganadora.

—Eso no es tan sencillo —explicó Diego a un entregado público que prefería fingir interés en los procesos creativos de la agencia antes de soportar el estruendo del silencio que habían conseguido dejar atrás—, cuando volvamos a la agencia nos reuniremos para hacer un *brainstorming*[8] en base a las notas tomadas durante las clases. Y después también habrá un tiempo de investigación e inspiración antes de poner nuestras ideas en común y poder hacer una propuesta sólida. —Justo en ese instante hicieron su aparición

las anfitrionas—. Salvo que tengas ideas felices como Eva, que entonces todo lleva mucho menos tiempo.

Eva frunció el ceño, pero se abstuvo de corregir a Diego para no generar más polémica.

—¿Necesitáis alguna cosa más? —preguntó Eva tratando de virar el tema de conversación.

—Creo que tenemos suficiente por ahora —respondió Diana—. No olvides buscar los libros de cuentas de la escuela, me pasaré otro día a por ellos. —Echó un vistazo a su reloj y al comprobar la hora se dibujó una mueca de asombro en su cara—. ¡Vaya, se nos ha ido la mañana! ¿Sabéis de algún sitio para comer por aquí cerca?

—Nosotros solemos ir a un restaurante de menú del día que está a un par de calles —comentó Mario—. No es alta cocina, pero está bueno y es asequible.

—Estupendo, así repondremos fuerzas antes de volver a la oficina.

—Podéis acompañarnos y seguimos recordando anécdotas de Eva un rato más… —añadió Diego para diversión de los presentes, excepto de Eva.

Como no podía ser de otra forma, se apuntaron a la comida con la promesa de descubrir algunos de los secretos más oscuros del paso de Eva por E-Vento. Aunque ella sabía que nada de lo que pudiese hablarse en esa mesa se acercaría siquiera a ser una de sus acciones más oscuras de sus meses de becaria. O eso esperaba. Al menos tenía la certeza de que en ese restaurante con pinta de tasca de barrio tenían los platos del menú a punto para calentar y servir. Casi imposible que diese tiempo a sacar a relucir según qué secretos.

—Así que empezaste como becaria con veintiocho años. Casi recién salida de la facultad —ironizó Claudia en respuesta al relato de Diego del primer día de Eva en E-Vento, que coincidió con los entrantes del menú. A sus veintidós años, tenía una proyección de futuro muy marcada en la empresa. Todos allí daban por hecho que, en unos años, posiblemente pocos, sería la mano derecha de Diana, y algún día incluso ocuparía su cargo.

—No todo el mundo lo tiene tan fácil como trabajar en la empresa de mamá —espetó Eva sin pensar, rebajándose a su tono y

provocando las miradas de indignación de madre e hija. Tanto querer evitar secretos y justo ella acababa de abrir la veda.

—Al menos mis méritos para ascender son laborales —siguió Claudia enfrentándose abiertamente a ella.

—¡Ya basta, Claudia! —regañó Diana en un tono más contenido de lo que habría deseado—. Eva aprobó con nota cada reto que le impuse. Siempre he exigido rodearme de los mejores, y eso significa que no basta una cara bonita, o ser mi hija para mantener un puesto a mi lado.

—Hay algo que no entiendo —dijo Ainhoa captando la atención de la conversación—. Si tú eres la jefaza y Eva una becaria, ¿por qué te relacionabas con ella directamente?

—Se esforzaba mucho por hacerse notar y tenía la capacidad de sacarme de quicio —afirmó Diana sin ocultar una sonrisa—. Y yo reconozco que estaba deseando que fallase en cualquier cosa para poder ponerla de patitas en la calle. Pero no pude. Cuando Eva quiere conseguir algo, no se le resiste. Es muy perseverante.

—Claro, que la mala era yo —gruñó Eva—. Ahora la veis con esa pinta que parece buena gente, pero cuando entré a E-Vento tenía aterrorizados a todos los empleados. Se me ponía la piel de gallina solo de que pasara detrás de mí. Era una bruja sin escrúpulos, y encima la tomó conmigo.

—Te ponía a prueba porque sabía que tenías potencial. Y estaba en lo cierto.

—¿Y cómo pasasteis de eso a ser amigas? —preguntó de nuevo Ainhoa, enfatizando la palabra «amigas».

—Se empeñó en traspasar la línea laboral conmigo a pesar de que una y otra vez le di con la puerta en las narices. Y ya os he dicho que es muy perseverante.

Eva se encogió de hombros.

—Supongo que en el fondo me va la marcha.

Patricia carraspeó, temiendo que la tensión que ya se respiraba en el ambiente diese demasiadas pistas de la clase de amigas que su sobrina y Diana habían sido en el pasado.

—Entonces, ¿cuándo recibiremos alguna propuesta para el evento? —preguntó dirigiéndose a Diana, para que su contacto

visual se centrara en ella.

—Necesitamos unos días para darle forma. Hay varios proyectos sobre la mesa de la agencia y todo lleva su tiempo. Pero te garantizo que será lo antes posible, y llamaré a Eva tan pronto como tengamos algo para contar.

Patricia se mostró más o menos satisfecha y convencida con la promesa de Diana, por lo que no continuó con el tema. Para entonces estaban terminando los segundos y solo restaba el postre y/o café para dar por finalizada la comida. Durante esos últimos compases, la conversación se volvió mucho más trivial y alejada de cualquier referencia a la experiencia de Eva como becaria de la agencia de eventos. Aunque las miradas continuaban volando de unos a otros como si con ellas pudiesen llegar a saciar la curiosidad por todo lo que estaban callando.

Esa tarde no hubo mucho más tema de conversación en la escuela que la visita de E-Vento y la expectativa de poder salvar sus puestos de trabajo. Tampoco esa noche, cuando al volver a casa con la pesadez de todo el día sobre los hombros y los pies casi arrastrados por el suelo, Ainhoa se obcecó en sacarle más información sobre Diana. Y Eva estaba segura de que sus intereses estaban muy lejos de tener un motivo laboral.

—Así que dejaste la agencia porque lo vuestro salió mal. —Ainhoa se dejó caer en el sofá, recostada y con los brazos abiertos, apoyados en el respaldo.

—¡Bingo! —exclamó Eva sin más, y sin prestar atención a Ainhoa. Tenía el propósito de comer algo ligero y ver alguna serie en Netflix para no pensar en nada más durante la noche. Claro que supuso que Ainhoa no se rendiría tan fácilmente.

—No hay que ser un lince para ver que entre vosotras todavía hay mucha tensión. Así que imagino que debió de ser muy pasional y nada racional. Muy como tú eres.

—¿Qué se supone que significa eso? —Detuvo su andar en dirección a la cocina para prepararse una ensalada. En su lugar, se

quedó mirando a Ainhoa y esperando una explicación a ese último comentario que Eva había percibido como ofensivo.

—Intentaba ser un cumplido —se explicó Ainhoa—. A mí me gusta cómo eres.

—Ya, pues se ve que no todo el mundo piensa lo mismo. —Eva arrancó a andar de nuevo, pero se encontró con la mano de Ainhoa golpeando vigorosamente el sofá y una mueca de súplica para que se sentara con ella.

—Venga, cuéntamelo.

—¿Qué quieres que te cuente? —preguntó Eva resoplando y posponiendo su cita con la lechuga para darle el gusto a Ainhoa de seguir indagando en su pasado.

—Cómo era, qué sentías, qué hacíais juntas…

—¿Por qué quieres saber eso?

Eva se sentó junto a Ainhoa, y esta se pegó más a ella y dejó que el brazo que mantenía sobre el respaldo casi rodeara sus hombros.

—Curiosidad, y porque me excita pensar en ti con otra mujer.

—Mírala, qué morbosa.

—¿Fue ella quien intentó seducirte?

—Tendría sentido, ¿verdad? Con esa fuerza, esa actitud y esa pinta de empotradora. Pues no. Por aquel entonces ella creía que era muy hetero, pero conseguí que abriera la mente.

—¡Vaya! —exclamó, sorprendida—. ¿Y cómo lo conseguiste?

—Eso ya es demasiado.

—Vamos, quiero una clase práctica de Eva: la mujer capaz de volver bollera a cualquiera. —Ainhoa apoyó su peso sobre Eva y se puso cómoda. Dejó caer una mano sobre su muslo para golpear con las yemas de los dedos el tejido del pantalón, de modo que apremiaba a Eva a narrar su historia.

—Fue cuestión de tiempo. Mucho tiempo. Detrás de ella, insistiendo, incluso perdiendo mi orgullo. Creo que no lo habría hecho por ninguna otra persona.

—Un poco acosadora tú, ¿no?

—Es posible, pero sentía que en el fondo ella sí quería. Y nunca la obligué a nada. La primera vez que tuvimos un… acercamiento fue de viaje en un tren. Podía haber hecho decenas de cosas para

apartarme, pero no lo hizo. Me permitió cruzar la línea en la oscuridad de un túnel, y a partir de ahí no hubo marcha atrás.

Eva recordaba ese momento con nitidez al tiempo que luchaba con invocar aquella imagen en su mente. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, sobre el brazo de Ainhoa. Con la mano libre, Ainhoa comenzó a vagar despacio sobre el muslo de Eva, dibujando círculos de pequeño tamaño, antes de comenzar a narrar la escena tal como ella la imaginaba:

—Ajá. Imagino. Quién te diría a ti que no. Con esa mano experta perdiéndose en las profundidades de Diana… —La mano se escurrió hasta llegar a la cara interna del muslo de Eva. Continuó haciendo círculos, con las yemas de los dedos y con las uñas—. Y ella resistiéndose y al mismo tiempo deseando que la toques… —La mano dibujó una trayectoria ascendente sin encontrar la menor resistencia por parte de Eva—. Y tú pensando que te rechazaría, y de repente sus piernas se abren…

—¡Ah! —Un gemido seco se arrancó de la garganta de Eva cuando Ainhoa alcanzó a presionar el centro de su cuerpo. No dejó de tocarla, porque Eva no se lo pidió, a pesar de que sabía a ciencia cierta que su excitación pertenecía a otra persona.

Se había acostado con Ainhoa pensando en Diana. Ambas lo sabían. Y ahora Eva no podía quitarse del pensamiento a Diana, la Diana de antes. La que le hizo perder la cabeza y que ahora en teoría ya no estaba. Pensaba en cómo recordaba punto por punto todas las veces que sus cuerpos se habían fundido y entregado al placer más absoluto. Y cómo ese deseo sexual se convirtió poco a poco en otra cosa. Recordó lo fácil que fue enamorarse de ella para una persona que renegaba de los sentimientos, y cuánto le dolió no poder vivir ese amor de verdad. Porque justo cuando todo parecía más claro, Diana se acojonó y ella fue una egoísta incapaz de empatizar con sus miedos. Y se largó.

Después de todo ese repaso mental a su relación solo podía llegar a una conclusión: aquello había acabado, y ninguna de ellas era la misma persona que tres años atrás. Por eso debía luchar contra sus

fantasmas y contra el enrojecimiento que se produjo en sus mejillas al ver llegar a Diana. Ella ya no le atraía, solo lo hacía el recuerdo de lo que fueron e hicieron juntas. Algo que ya había desaparecido. Tendió los brazos ofreciendo el único tomo de libro de cuentas de la escuela, suficiente para el tiempo que llevaba abierta. Esperaba que Diana lo cogiera y diese media vuelta sin percatarse de su estado actual, pero su exjefa siempre había sido muy intuitiva.

—Gracias por venir —dijo Diana mientras cogía el cuaderno—. Supongo que no te hace mucha gracia estar aquí, pero me era imposible ir hasta la escuela esta semana.

—Ningún problema —respondió Eva evitando mirar a Diana a los ojos, o más allá de sus hombros. A pesar de que habían quedado a un par de calles de la entrada del edificio de oficinas que tantas penas y alegrías le había dado, podía sentir su cercanía como la de un cazador que acecha a su presa. Sin lugar donde esconderse, porque cuando menos te lo esperes te pegará un tiro en mitad del pecho.

—¿Seguro que no quieres pasar? Puedes tomarte un café y…

—Prefiero evitarlo, gracias —cortó.

—Como quieras. Te lo devolveré en unos días —dijo Diana en referencia al libro de cuentas.

—Claro, no tengas prisa. Bueno, me marcho ya. Adiós.

—¿Estás bien? —preguntó Diana cuando Eva se giró para disponerse a alejarse.

—Eh…, sí. Más o menos —mintió, y luego improvisó—: Voy a quedar con Ángel para hablar, supongo que eso me tiene un poco agobiada.

—Procura mantener la calma cuando lo veas. Si no dudas será más fácil.

—Ya, gracias por el consejo.

—Llámame después y me cuentas.

Eva asintió y agradeció su preocupación. Por su cabeza pasó la idea de lo extraño de ese intento de nueva amistad que mantenía con Diana. Durante el tiempo que estuvieron juntas no tuvieron algo tan auténtico y real. Nunca se llamaban o hablaban para preguntarse qué tal había ido el día. Tuvieron una relación muy

pasional, pero muy alejada de la conexión de pareja que había aprendido a valorar con Ángel. No eran un apoyo la una para la otra. Al contrario, su conexión se basaba en encuentros sexuales que disfrutaban, y que dejaban un profundo malestar psicológico después. Sabía que la había querido, mucho, pero empezaba a preguntarse si ese amor fue sano o más bien una obsesión forjada en un entorno poco saludable. Con toda la distancia y las diferencias entre aquellos momentos y la situación en la que se encontraban, casi le resultaba gratificante que Diana se estuviese convirtiendo en su amiga, en alguien en quien confiar. Alguien a quien llamar a cualquier hora del día sin temor, sin dudas y sin arrepentimiento. Quizá el precio a pagar era renunciar al sexo. Y debía aferrarse a su madurez para ser capaz de dejar sus deseos físicos de lado por una vez. ¿Sería posible que consintiera esa amistad sin cagarla y sin conseguir que acabasen odiándose?

Capítulo 14

«No aceptes un "no" por respuesta. Visualiza en todo momento tu objetivo y sé firme. Aquí estáis para hablar de negocios, nada personal. Tienes que salvar la escuela y convencerlo de que te venda su parte. Seguro que él también viene con esa idea, sin rencores por lo que pasó. No tendría sentido puesto que fue él quien te puso los cuernos con la señorita "tetas al aire". Así que tranquila, seria y nada de golpes bajos».

La escuela permanecía en calma, tan tranquila como podía estar un viernes a última hora de la tarde. Hacía un buen rato que todos los demás se habían ido de fin de semana. Casi el mismo que hacía que Diana había llegado. Desde entonces aguardaba sentada en el incómodo sofá rojo, impasible, dando apoyo moral a Eva solo con su presencia. Eva le había pedido que por favor estuviera con ella cuando se viera con Ángel. No se sentía capaz de enfrentarse a él sola. No se lo podía pedir a nadie más, ni a su tía ni mucho menos a Ainhoa. Y no se lo quería pedir a nadie más. Había algo en Diana que siempre le hacía crecerse, y en esa ocasión necesitaba aferrarse a ello.

Diana ni siquiera lo dudó cuando se lo pidió. Aceptó a la primera, y se había plantado allí con la suficiente antelación como para que Eva tuviera tiempo de contagiarse de su energía. Tenerla como amiga era definitivamente algo muy positivo en su vida. Y tan nuevo como el hecho de poder ayudarse mutuamente sin hacerse daño.

Aunque para ser sincera era Diana quien no dejaba de ayudarla a ella.

—Eh, creo que no te he dado las gracias —dijo Eva parando su trotar de un lado a otro de la recepción de la escuela.

—No tienes que dármelas.

—Claro que sí. De no ser por ti, yo…, la escuela… No tendrías por qué hacer nada de esto.

—No tengo. Quiero hacerlo. Ya lo hemos hablado. Céntrate en lo que va a pasar ahora y deja de hacerte la mártir, Suárez. No cuela conmigo esa actitud derrotista.

Diana le guiñó un ojo y Eva se derritió un poquito. Sabía que estaba tratando de provocarla para que se mantuviera alerta y no bajase la guardia, pero lo que consiguió fue despistarla más al obligar a su mente a disertar sobre los límites de la amistad. Para cuando Ángel cruzó la puerta de la escuela sin previo aviso, una bochornosa sonrisa se había dibujado en la cara de Eva, que tardó unos segundos en regresar a la Tierra y recordar qué era lo que tenía que hablar con ese estúpido ser que se estaba entrometiendo en sus ensoñaciones.

—Hola, Ángel —dijo por fin con una evidente mueca de disgusto.

—¿Quién es ella? ¿Qué hace aquí? —inquirió haciendo un gesto con la cabeza que señalaba en dirección a Diana.

—Diana Fuentes, abogada de la señorita Suárez —respondió la susodicha como si tal cosa—. Estimamos conveniente que haya alguien más presente en la conversación, pero no tengo intención alguna de entrometerme.

La escasa buena predisposición que podía llevar Ángel desapareció al comprender que no estarían solos en ningún momento.

—Creí que esto era un intento de recuperar la cordialidad entre nosotros, pero veo que me equivocaba.

—¡No te equivocabas! Eso es precisamente lo que es esto, un intento de arreglar las cosas para que los dos podamos seguir adelante con nuestras vidas.

—Seguir adelante con nuestras vidas… Ya veo que no te queda ni un poquito de cargo de conciencia por todo lo que me has hecho pasar.

—¿¡Lo que yo te he hecho…!? —Eva se obligó a dejar la frase en el aire y a respirar hondo antes de continuar hablando—: Mira, creo que es mejor que dejemos el pasado atrás y nos centremos en el futuro. Mi futuro es esta escuela, y el tuyo no, eso lo entiendo. Por eso te he hecho venir, para pedirte, suplicarte, que seamos civilizados y mantengas tu parte de la empresa hasta que yo pueda reunir el dinero para comprártela, o que me la vendas por un precio simbólico y yo te pagaré la cantidad que acordemos en cuanto me sea posible.

—¡Olvídalo! —gritó Ángel al cabo de unos segundos, con tanta ira que incluso Diana se levantó de un salto e hizo un amago de colocarse entre él y Eva por si se le ocurría cruzar alguna línea—. No quiero seguir ligado a ti ni a este pozo sin fondo. Tienes un mes para comprarme mi parte por un precio justo o se la venderé al primer inversor que la quiera. Si es que eso ocurre, porque dudo que a alguien le interese gastarse el dinero en una ruina de escuela que desde el primer día está escribiendo su crónica de una muerte anunciada.

Ángel salió dando un portazo con tanta violencia como pudo. El tono sumamente hiriente que había utilizado hizo añicos el corazón de Eva, pero no podía quedarse lamiendo sus heridas. Había puesto toda su alma en la escuela, y haría lo que fuera por mantenerla viva. Corrió tras Ángel no sin antes hacerle un gesto a Diana para que se quedase allí.

—¡Ángel! —gritó, deteniendo su paso—. Por favor. Sé que nuestra relación no acabó lo que se dice bien, pero también fuimos felices mucho tiempo. Solo te pido que dejes de lado los temas personales y no me castigues con la escuela por lo que ocurrió entre nosotros.

—No te estoy castigando —espetó con todo el cinismo del que fue capaz—. Soy un hombre de negocios y me preocupo por mis finanzas. Estoy mirando por mis intereses y no tengo ningún motivo para hacerte un favor. Bastante generoso soy dándote un mes de plazo. —Luego su tono cambió a uno más dolido, casi de burla—. Dile a tu novia que te preste el dinero, se ve que posibles económicos no le faltan con la pinta y la edad que tiene. Al menos pensé que me sustituirías por alguien mejor que yo.

—¡Ah, así que es eso! —exclamó Eva, cayendo en lo que ocurría en la cabeza de Ángel como manzana madura del árbol—. Te sientes menos hombre porque piensas que estoy con una mujer mayor. No te afectó tanto cuanto le pediste a tu prima que me sedujera. —La actitud de Eva también cambió, no permitiría que pusiera a Diana a su altura—. Diana te da mil vueltas en todo. Ella me está ayudando sin reservas a pesar de que tuvimos problemas en el pasado. Pero tú qué vas a entender de eso cuando lo único que te preocupa eres tú mismo y tus inseguridades. No necesito ningún favor, descuida. Encontraré la forma de comprarte tu parte.

En esa ocasión fue ella quien lo dejó con la palabra en la boca. Dio media vuelta y se encaminó a la escuela, donde encontró a Diana encaramada al sofá para vigilar lo que ocurría en el exterior. Eva no pudo reprimir una leve carcajada.

—A tu ex le falta una patatina para el kilo… —comentó Diana recuperando una posición más normal.

—¿Qué?

—Que es un auténtico gilipollas. No tienes buen ojo para elegir pareja, no.

Eva la miró enarcando una ceja.

—¿Tú crees?

Diana le devolvió una leve sonrisa.

—Tenía que haberle visto a solas. Se ha sentido herido en su masculinidad, y eso es lo peor que puede pasarle a un hombre.

—¿Ha pensado que entre tú y yo hay algo?

—A ver, te has puesto un poco como perro guardián conmigo. El mensaje que mandas es ambiguo.

Diana carraspeó.

—Se llama sororidad.

—Ajá —masculló Eva reprimiendo una sonrisilla—. Ni siquiera sé cuánto tengo que reunir para comprar la parte de Ángel.

—Para eso habría que saber cuánto vale la escuela. Lo suyo sería hacer una tasación, porque no es un proceso nada sencillo. Si no, él podría poner el precio que estime oportuno, y si alguien lo paga no hay mucho más que hacer.

—Una tasación… Más dinero. Mi vida es una mierda.

—No te rindas, Eva. Los tasadores no son caros. Si lo necesitas yo puedo prestarte…

—¡No! Ni lo sugieras. Vamos, acompáñame a casa. Allí tengo las cuentas de lo que invertimos antes de abrirla. Supongo que eso es un principio.

—Sí, podemos empezar por ahí. Viendo esas cuentas y haciendo un cálculo con los alumnos matriculados podríamos hacer un estimado.

—Pues ya está.

Lo que *a priori* parecía una buena idea dejó de serlo en cuanto Eva cruzó el umbral de la puerta de casa. Como si Ainhoa hubiese presentido su llegada, se abalanzó sobre ella sin ningún miramiento y la aplastó contra la pared para besarla y deslizar las manos bajo la ropa. Como era costumbre, la única prenda que cubría su anatomía era una vieja camiseta de manga corta, lo bastante grande como para tapar un poco menos de la mitad de su muslo, pero no tanto como para no dejar al aire parte de su tanga cuando levantaba los brazos por encima de su cabeza.

—¿Cómo ha ido? —preguntó, sin poner demasiado interés en la respuesta.

—¡Hala! —exclamó Diana al toparse casi de bruces contra el respingón trasero de Ainhoa.

—¡Uy, perdón! —exclamó con fingido arrepentimiento—. No sabía que venías acompañada. Voy a ponerme algo menos llamativo.

Eva se quedó en *shock*, con el calor de nuevo subiéndole a las mejillas mientras Ainhoa corría hacia la habitación y Diana escudriñaba tanto su expresión como la anatomía semidesnuda de la secretaria.

—Madre mía, cómo está tu… compañera de piso —acertó a decir.

Eva asintió sin decir nada. Instó a Diana a pasar y a tomar asiento mientras ella iba en busca de los papeles que necesitaba, aunque por un momento le costó recordar para qué había llevado a Diana a una casa en la que Ainhoa podía tomar el control de la forma que quisiera. Y eso fue exactamente lo que hizo. Cuando Eva regresó con

algunas facturas y notas de presupuestos, Ainhoa se había adueñado del sofá y estaba peligrosamente cerca de Diana, que no le quitaba ojo a pesar de que llevaba puesta más ropa que antes.

—Entonces, ¿el imbécil de mi primo ha accedido a vender su parte por las buenas?

—¿Es tu primo? —preguntó, sorprendida, y siguió mirándola de arriba abajo—. Pero lejano, ¿no? Porque vaya joyita. No se parece en nada a ti.

—Ya ves, la familia no se elige, chica.

—No estaba demasiado receptivo a la idea —respondió Eva mientras se sentaba de forma mucho menos casual de la que hubiese querido entre las dos—. Pero no me importa. Conseguiré el dinero como sea y acabaré con esto de una vez. Seguro que el evento que hagamos será un éxito, ¿verdad?

—Claro, de eso nos encargamos nosotros —afirmó Diana.

—¡Ah, bueno, entonces esto es una celebración! —exclamó Ainhoa —. Tengo una idea. ¿Por qué no dejáis de hacer cosas aburridas y nos vamos por ahí las tres de fiesta? Que es viernes por la noche, por Dios. Los dramas seguirán ahí mañana por la mañana.

La segunda mala idea de la noche fue lanzar los papeles por los aires y seguir a ciegas a Ainhoa hasta un bar de ambiente en exceso concurrido, ruidoso y oscuro. Se abrieron paso casi a empujones entre la femenina multitud hasta llegar a una esquina en la que resistían un par de taburetes y una mesita baja de cristal, al contrario que en el resto del local, completamente diáfano y sin mobiliario. Allí se acomodaron tanto como era posible, aunque no había espacio ni tranquilidad suficiente como para entablar una conversación o hacer cualquier otra cosa que no fuese beber o bailar. Ante la iniciativa de ninguna de ellas de acercarse a la barra a pedir unas copas, fue Eva la que decidió ofrecerse a su pesar, puesto que no le hacía ninguna gracia dejarlas juntas y solas. No porque pensara que podía pasar algo entre ellas, sino por la posibilidad de que hablaran más de la cuenta de un tema de conversación con nombre propio: Eva Suárez.

Podría haber sido bruja en otra vida, con toda seguridad. Porque cuando regresó con tres margaritas, y a pesar del ruido, captó con claridad una conversación nada agradable para ella.

—No sé cómo lo hace, pero siempre consigue lo que quiere —aseguraba Ainhoa—, incluso cuando lo que quiere es una de las jefas de una multinacional, y ella una simple becaria.

—Supongo que le atraía el misterio y la erótica del poder, hasta que dejé de ser su jefa. Ahora que la jefa es ella las tornas han cambiado y le parece más sexi tirarse a la secretaria… Perdona, ha sonado fatal, no pretendía ofenderte.

—No lo has hecho. Me gusta que esté encima de mí en todos los sentidos.

—Mmmm, nunca lo había pensado así. Quizá ahora que ella es la jefa espera que todos la seduzcan a ella.

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera? —preguntó retóricamente, mientras repartía las tres copas.

La conversación terminó en ese punto y durante un rato solo bebieron y se movieron tímidamente al son de la música. Ainhoa cada vez con menos timidez y más descaro. Pegándose a Eva y olvidando cualquier norma social que le impidiera casi frotarse en ella a pesar de la presencia de Diana y de decenas de otras mujeres. Hasta que resultó excesivo para Diana, que hizo un gesto que indicaba su intención de perderse en la pista de baile para darles algo de intimidad. Sin tener idea de lo equivocada que estaba respecto a Eva y a sus deseos de estar pegada al ardiente cuerpo de Ainhoa.

—¿Bailamos? —pidió Eva como único resquicio de escapatoria a la presión de Ainhoa.

—Haga lo que haga no puedo competir con ella, ¿no? —dijo Ainhoa con resignación.

—No sé de qué hablas, aquí no hay ninguna competición.

—Claro que no.

Ainhoa cogió a Eva de la mano y la arrastró hacia la pista, donde Diana bailaba de forma muy sugerente en el centro de un grupo de mujeres, e incluso aceptaba el contacto directo con sus cuerpos. Abrazaba su homosexualidad sin tapujos y sin ataduras a nada ni a

nadie. «Ojalá hubiese sido así entonces», pensó Eva, que no podía apartar la vista de sus movimientos. Ambas se unieron a la fiesta, intercambiando bailes con unas y otras, sin filtro. Eva no podía ver ningún interés en la forma en que Diana bailaba también con ella. No existía nada más allá del deseo de divertirse y desmelenarse sin consecuencias. Ella era como cualquier otra de aquellas mujeres que la rodeaban. Peor, era su amiga. Con la confianza suficiente como para poder bailar bien pegadas sin que existiera ningún significado añadido. Tan cerca como para que su aroma le entrase directo por las fosas nasales hasta el cerebro, donde los recuerdos se empeñaban en desbloquearse para confundirla más de lo que ya estaba.

En el intercambio de canción fue Diana quien cogió a Eva y a Ainhoa para llevarlas hasta la barra y pedir tres chupitos de tequila. Puso una pizca de sal en cada mano y con la otra cogió su propio vaso mientras Eva y Ainhoa hacían lo mismo.

—¡Brindemos por las mujeres! —exclamó Diana justo antes de lamer la sal de su mano.

Chocaron los vasos, presas de cierto estado de embriaguez y también de euforia. A esas alturas, Eva no podía dejar de mirar a Diana. Realmente estaba diferente de cuando la conoció. Era libre, feliz, preciosa. No es que antes no lo fuera, es solo que la sensualidad que en otro tiempo emitía estaba ligada a una fachada impenetrable, a una actitud fría y distante, y ahora se debía a algo muy diferente. No dejaba de sonreír y de contagiar su energía positiva a quien tuviera a su alrededor. Podría engancharse a ella y no soltarse jamás.

Bebieron de un trago el chupito de tequila y gritaron cuando el alcohol abrasó sus gargantas. Dejaron los vasos de un golpe seco sobre la barra, y dentro de los vasos las cáscaras de limón recién mordidas. Ainhoa se giró para pedir que otros tres vasos llenos ocuparan el lugar de los vacíos. Justo en ese momento, Diana se acercó todo lo que pudo a Eva, enredó una mano en su pelo hasta acariciarle parte de la cara y la cabeza y habló en un susurro:

—Me alegro mucho de que nos hayamos vuelto a encontrar. Te he echado de menos.

—Yo… también… —respondió Eva casi a trompicones, temblando. Incapaz de dar crédito a sus propias emociones.

Diana besó la mejilla de Eva y el calor del beso se coló hasta el fondo de su corazón. Luchar contra su deseo sexual no sería nada en comparación con luchar contra sus sentimientos y contra su estupidez. De eso iba sobrada. Volver a sentir algo por Diana era una cosa que no podía permitirse, que jamás debió ocurrir, y que ahora no tenía ni idea de cómo arreglar.

Intervención.

La única palabra de su diccionario desde la noche de fiesta con Diana y Ainhoa. Un concepto que habían tomado prestado de *Cómo conocí a vuestra madre* y lo habían convertido en su propia llamada de socorro. Mucho tiempo atrás prometieron que siempre acudirían, sin importar nada más, cuando uno del grupo la invocaba. Algo que no hacían demasiadas veces, pero desde su perspectiva la situación lo merecía. Necesitaba hablar con sus amigas para que la ayudaran a aclarar las ideas y de paso le dieran alguna nueva para desterrar a Diana (otra maldita vez) de su cabeza.

En esa ocasión se vieron en casa de Blanca, lo más óptimo teniendo en cuenta que tenía dos niños pequeños nada fáciles de mover y controlar en situaciones sociales del exterior. A pesar de ser familia numerosa, la vivienda parecía un santuario pulcro y bien ordenado. Eva supuso que su economía había mejorado lo suficiente como para poder permitirse un servicio que se encargara de mantener por ellos los metros y metros del chalé, al igual que una persona que cuidase a los niños para tranquilidad de su madre. Casi resopló al comprobar que para algunos adultos la vida podía cambiar y volverse más estable y tranquila, aunque no para ella. Ella parecía estar destinada a la incertidumbre y a las relaciones tortuosas por mucho que se esforzara en lo contrario.

—Hemos hecho un listado con opciones del motivo de esta intervención. —Sonia esperó a estar sentadas con sendas copas de sidra en la mano para poner las cartas boca arriba. Cuanto antes

tuvieran la información de con qué la había cagado Eva, antes podrían encontrar una solución al respecto.

Blanca se aclaró la voz antes de proceder a leer una hoja de papel que sostenía entre las manos donde presumiblemente estaba el listado. Al trasluz, Eva podía ver cuatro o cinco líneas de tinta con las sospechas de sus amigas.

—A saber: Eva se ha follado a Ainhoa y se arrepiente. Eva se ha follado a Diana y se arrepiente. Eva no se ha follado a nadie y se arrepiente. Eva se ha follado a alguien y no se arrepiente. Esas son las posibilidades obvias. Yo tengo mi porra y Sonia la suya, pero vamos a abstenernos de decirlas en voz en alta por si lo gafamos.

—A ver… No, no, no… y sí. Bueno, la anterior un poco sí también, pero no.

—¿A quién te has follado?

—A Ainhoa.

—Y no te arrepientes.

—No.

—¿Y a quién te quieres follar?

—A Diana. A ver, esa es la parte de sí, pero no.

—Entonces, ¿te arrepientes de querer hacerlo o de no haberlo hecho?

—Me arrepiento de querer…, pero no de querer follármela, eso no sería un problema. El problema es que quiero hacerlo una y otra vez, y así hasta el infinito. Y de eso sí me arrepiento.

—Yo creo que me he perdido hace un rato ya —confesó Blanca.

—Eva estaba liada con Ainhoa hasta que apareció Diana. Ahora se ha dado cuenta de que todavía, u otra vez, siente algo por ella que va más allá del sexo y se está cagando viva por la complicación que supone y porque ya sufrió mucho por ella en el pasado. ¿Buen resumen?

—Impecable.

—¿Cómo has dejado que pase?

—Y yo qué sé… Ella está tan diferente y a la vez tan igual… Me vuelve loca a nivel atómico, o químico. No lo sé. No puedo evitarlo. Por eso estamos aquí. No puedo evitar sentir lo que siento, pero necesito que me ayudéis a controlarlo y a no actuar sobre ello.

Diana está en otra frecuencia y no tengo intención de volver a traspasar según qué líneas con ella. Ahora somos amigas y las cosas están bien así. Solo necesito herramientas para no cagarla.

—Vete del país. Pero no a Argentina. Vete al Polo Norte, que haga bien de frío. Cómprate un iglú y quédate ahí dentro los próximos cinco años. Si el frío no te mata, vuelve y quizá con eso sea suficiente.

—Gracias por el aporte, me resulta muy útil.

—¿Qué quieres que te diga? Por una vez tienes claro que estás loca por ella, creo que la solución es bastante obvia.

—Eso… o puedes ir en serio con Ainhoa. —Eva y Sonia miraron a Blanca con una expresión entre el asombro y el desconcierto—. Siempre has dicho, y demostrado, que no engañarías a nadie mientras estás en pareja. Poco práctico y poco lógico, vamos, poco inteligente para ti, pero plausible. Si convences a tu cabecita de que está en una relación de verdad con Ainhoa, puede que sea más fácil evitar que se vaya detrás de Diana.

—Oye, pues esa no es una mala idea.

—¿De verdad vas a mentir a Ainhoa y a Diana para no enfrentarte a tus sentimientos?

—¡No, solo tengo que mentirme a mí misma! —Eva soltó una carcajada siniestra que ninguna de sus amigas alcanzaba a entender —. Es perfecto. Gracias, chicas. Creo que esta vez podré controlar la situación.

—Bueno, pero nos quedamos un rato más, ¿no? Que me he venido desde a tomar por saco.

—Claro. Podemos hablar de vuestras desgracias también, a ver qué se nos ocurre.

—Mi desgracia es no estar en Argentina para tirarme al primer güey imberbe que se me cruce.

—Creo que te has equivocado de país.

—Pues pibe, lo mismo da.

—¿Y qué pasa con Óscar?

—Óscar y yo estamos en un momento complicado. No es que no nos queramos y eso, es que son muchos años juntos, viéndonos siempre el uno al otro, y ya nos hemos cansado. Pero está todo

bien, hablado. A los dos nos parece bien tener nuestras cosillas fuera del matrimonio. Digamos que eso lo hace más interesante, o sea, más emocionante. Es lo que necesitábamos para soportar la rutina y a los niños. Así que ya veis. A lo mejor me planteo soltarme la melena y todo y liarme con una tía. No sé, por probar, a ver si me estoy perdiendo una experiencia religiosa.

Eva prefirió no hacer comentarios al respecto, puesto que todas en esa sala sabían lo que opinaba de la infidelidad, incluso cuando era consentida. ¿Para qué estar con alguien a quien le has perdido el respeto? ¿Por qué no buscar la felicidad y terminar con una relación que no satisface a los implicados? En su opinión, acostarse con otra persona estando en pareja solo era una muestra de no desear realmente estar en una relación. Quizá porque para ella la honestidad era muy importante, y tampoco veía sentido a hacer daño a otra persona por un polvo, o varios. Seguramente tendría algo que ver con no querer renunciar a los beneficios de una relación seria, algo que cada vez entendía menos. Visto lo visto, el mayor beneficio era estar soltera para tirarse a quien quisiera sin remordimientos.

—¿Y Fran y tú? —se atrevió a preguntar Eva a Sonia cuando Blanca se quedó sin aire.

Sonia se encogió de hombros.

—Bien. Con algunos baches que estamos intentando superar juntos. Hemos empezado a ir a clínicas de reproducción asistida. Se ve que no somos tan compatibles como para concebir del modo tradicional. Por suerte la ciencia parece estar de nuestro lado.

—Claro que sí. Hay muchas opciones, seguro que lo conseguís.

—Y si no, te puedes llevar al que prefieras de los míos —concluyó Blanca.

—Menudos ánimos —dijo Sonia entre risas.

Brindaron de nuevo con sus vasos de sidra para poner en valor las cosas que a pesar de todo iban bien. Como el hecho de estar ahí, juntas, las unas para las otras como si el tiempo no hubiera pasado. A pesar de que sus vidas y rutinas no se lo ponían nada fácil, eran conscientes de la importancia que tenían esos pequeños momentos en los que el mundo parecía detenerse para ellas. Porque al final la

amistad también era eso: volver a ver a esas personas que significan tanto en la distancia y sentir que todo sigue exactamente igual.

Eva pensó que sería una buena idea inmortalizar ese instante con un selfii. No es que fuese muy amiga de las redes sociales, pero de vez en cuando recordaba que con un teléfono podía hacer fotografías que algún día arrancarían un recuerdo y una sonrisa perdidas en la galería. Tomó su dispositivo y pidió a sus amigas que se pegaran a ella para cumplir con su propósito. Ella con la cara demasiado cerca del objetivo. Blanca con una mueca espantosa. Sonia con los ojos cerrados. Una foto que describía a la perfección quiénes eran y el cariño que se tenían. Por suerte, su buen humor era tan sólido en ese momento que ni siquiera le afectó la notificación que mostraba un escueto mensaje de Diana: «Tenemos una idea. ¿Nos vemos mañana?».

Capítulo 15

«No me gusta. Yo lo dije, que no quería volver a estas oficinas. Pero ¿alguien me hizo caso? No, como siempre. A mí nadie me hace nunca caso, y eso que suelo tener razón. Muy a mi pesar. Que no, que me voy a agobiar y cualquier cosa que me cuenten me va a parecer una mierda. Espero que mi tía se entere bien y pueda darles algún tipo de veredicto, porque como la decisión dependa de mí pueden esperar sentados. Será un triunfo si consigo estar firme y no ponerme en evidencia con Diana. Nota mental: Diana es tu amiga y la relación con Ainhoa va viento en popa… Qué mierda».

—Ya pueden tener algo bueno. Algo que merezca el haber retrasado la clase de hoy. Que no estamos como para mosquear a los alumnos.

Eva apenas escuchaba a Patricia mientras esta se quejaba de la inoportuna reunión en E-Vento. Bastante tenía con hacer frente a la ansiedad que amenazaba con instalarse en sus pulmones cuando cogieron el ascensor y cuando se detuvo frente a la puerta de la que fue su empresa durante solo unos meses. Resultaba hasta curioso cómo las cosas pueden marcar una vida incluso cuando son pasajeras, incluso cuando duran mucho menos tiempo que otras que acaban pasando desapercibidas. La oficina desprendía un ambiente similar y a la vez muy distinto a su época de empleada. El silencio reinaba en términos generales, y se presumía menos bullicio y trasiego de personas que por aquel entonces. Recordó lo que Diego le había contado cuando se reencontraron, la reducción drástica de

plantilla por la que había pasado la empresa y las dificultades económicas que la asolaban. Pensó en lo que Diana estaba arriesgando por ayudarla. No es que E-Vento estuviera en su mejor momento ni dispusiera de recursos de sobra como para malgastarlos en salvar un pequeño negocio. No parecía una decisión muy inteligente por parte de la CEO dejar de lado cualquier proyecto remunerado por uno en el que incluso perderían dinero. Que lo estuviera haciendo quería decir que ella significaba más para Diana de lo que ninguna de las dos querría asumir. Y esa idea comenzó a martillearle la tapa de los sesos con tal fuerza que creyó que su cabeza se partiría en dos como una sandía pasada.

—Buenos días —dijo la recepcionista, a quien Eva no reconocía—, ¿en qué puedo ayudarlas?

—Tenemos una reunión con Diana Fuentes —respondió Eva.

—Sí, un segundito. —La secretaria levantó el teléfono para ponerse en contacto con Diana en un tono de voz lo bastante bajo como para que solo la escuchasen los cuellos de su camisa. Al cabo de unos segundos colgó el auricular y volvió a dirigirse a ellas—: Pueden pasar a la sala de reuniones, la primera puerta a la izquierda.

Eva y Patricia siguieron la ruta que la secretaria había indicado y al llegar se sentaron en un extremo de la mesa. Esperaron sin decir nada, mirándose de vez en cuando, leyendo en sus expresiones que ambas tenían cosas en la cabeza que podían sacar a la luz. Pero no lo hacían para no comenzar una conversación que en ningún caso podrían finalizar. No tardaron mucho en verse acompañadas por Diana y Claudia, que tomaron asiento junto a ellas y no colocaron ningún tipo de apunte sobre la mesa.

—Buenos días —saludó Diana.

—¿Y Diego? —preguntó Eva por pura inercia.

—Está fuera ocupándose de la producción de otro evento, pero podemos avanzar sin él.

—Sí, por favor —apremió Patricia—. Démonos prisa, tengo que volver a la escuela a dar clase.

—Será rápido. Se nos ha ocurrido que podemos ofrecer algunas *master classes* en la escuela. Hablaremos con personas influyentes

dentro de las materias que se imparten allí y les pediremos que anuncien en sus redes sociales las clases para que asista mucha gente. Todos los asistentes serán alumnos potenciales, y entonces habrá que aprovechar para hacer de relaciones públicas y ofrecer descuentos o incentivos para que se apunten.

—¿Y cómo vais a conseguir a esas personas? —preguntó Patricia dando justo en el clavo.

—Esa es la cuestión —siguió Claudia—. Tengo un listado de perfiles muy interesantes, y otros relativamente interesantes. Lo que necesitamos saber es si disponéis de algún tipo de presupuesto para intentar llegar a un acuerdo con ellos. Porque nadie hace las cosas por amor al arte, excepto nosotros, al parecer —concluyó con un notable deje irónico en la voz.

Eva y Patricia se miraron con una expresión que casi rozaba la desesperación. No había de dónde rascar para sacar un presupuesto extra que invertir en famosos, y mucho menos teniendo en cuenta lo que ese tipo de personas podían esperar cobrar por una sesión. Después Eva negó despacio con la cabeza, tratando de evitar que su única esperanza de conservar su negocio se volatilizara con cada movimiento.

—Hay otra opción —dijo Diana al ver el rostro desencajado de Eva —. Tendréis que implicaros y echar toda la carne en el asador, pero existe la posibilidad de conseguir a gente que lo haga gratis. Tirad de amigos, de conocidos o de quien sea que os pueda hacer un favor o presentaros a alguien con cierta repercusión. Yo puedo intentar mover algunos hilos para llegar a un par de personas que puede que se presten a echarnos un cable. Es difícil, pero no imposible. Me gustaría poder hacer algo más desde la empresa, pero…

—Ya has hecho demasiado —afirmó Eva, que casi de forma automática llevó una mano hasta la de Diana y la apretó con fuerza.

—Esperad aquí, iré a hacer algunas llamadas ahora mismo —sentenció Diana.

—Yo tengo que irme ya —dijo Patricia—. Tengo clases que dar, pero procuraré hablar con mis antiguos compañeros, a ver hay suerte con alguno de ellos.

Patricia se levantó, esperando que Eva hiciera lo mismo. Sin embargo, no parecía tener intención alguna de moverse.

—No te preocupes, tía, yo me quedo a esperar algún avance.

—¿Estás segura? —preguntó Patricia por lo bajo, temiendo que verse allí sola frente al peligro hiciera que su sobrina cometiera alguna estupidez.

—Sí, todo controlado.

—Claudia, acompaña a Patricia a la salida, por favor —ordenó Diana—. Eva, vente conmigo.

Hasta que no estuvieron prácticamente en la entrada, Eva no fue consciente de la dirección que Diana había tomado. Recordaba la puerta del despacho con precisión. Cómo en otra época la había cruzado decenas de veces para provocar a Diana, cómo se convirtió en la guardiana de su secreto y cómo salió por ella la última vez que se vieron en ese lugar. El tiempo no parecía haber pasado por ella. El único cambio que se atisbaba se encontraba en la placa que antes subtitulaba el nombre de Diana con el cargo de directora de *marketing* y que ahora tan solo rezaba: «CEO».

—Así que CEO, ¿eh? —comentó Eva cuando Diana abrió la puerta, como si de pronto cayera en la posición que ahora ocupaba dentro de E-Vento—. Te ha ido bastante bien en estos tres años.

—Algo hay que ofrecer para seducir a las jovencitas pasada una edad sin hacer el ridículo —dijo Diana con tanta parte de verdad como ironía—. ¿Cómo podría competir si no con chicas como Ainhoa?

—¡Menuda estupidez! —exclamó Eva sin pensar—. Tú puedes seducir a quien te dé la gana. Las chicas del otro día del bar no sabían nada de ti y se les caía la baba contigo.

Diana cerró rápidamente la puerta y se ocupó de correr las cortinas para que el interior del despacho no quedara tan expuesto.

—Claro, ahora me dirás que no te excitaba la idea de ponerte encima de tu jefa, literalmente, cuando te fijaste en mí.

—No tenía que ver con que fueras mi jefa —siguió Eva, hablando sin dar demasiada importancia a la conversación—. Eso te puso en mi radar, pero no me atraías por eso, sino por cómo eras.

—Una bruja sin escrúpulos ni sentimientos. Tú misma lo dijiste.

Eva caminó hasta la mesa que decoraba la parte central del despacho. Se apoyó en ella y dejó salir un suspiro pesado, de esos que indicaban que los recuerdos volvían a hacer su aparición. Con cierta incertidumbre sobre la dirección que podía tomar ese intercambio de opiniones, siguió hablando:

—Sí, fuiste una bruja en muchos sentidos, pero también me ayudaste entonces, igual que lo estás haciendo ahora. Y eso me hizo desear descubrir qué más había detrás de esa fachada de mujer fría, impenetrable y sexi como ninguna que hubiese conocido. Habría dado cualquier cosa por que te acercases a mí como lo hiciste con ellas.

—¿Cómo?

—Sin miedo. Sin tener que luchar por cada gesto que me dedicabas… —Eva dejó la frase en el aire. No estaba dispuesta a seguir removiendo recuerdos, y mucho menos a hacer que Diana se sintiera mal por algo que pasó hacía tanto tiempo. Respiró hondo y cambió el tono de voz a uno mucho más seguro y desprovisto de emociones—: Eso ya no importa, ha pasado mucho tiempo y ni tú ni yo somos las mismas personas que entonces. Lo único que no llego a entender es por qué estás haciendo todo esto. Pero de verdad. Por qué estás arriesgando algo que te ha costado tanto conseguir por mi escuela.

Diana dejó su teléfono móvil sobre la mesa. Avanzó hacia Eva marcando sus pasos con el sonido seco de los tacones sobre el suelo. Sin prisa, pero con decisión. Llenando la sala con su presencia y con la mirada clavada en Eva, que de pronto sintió secarse su garganta.

—¿De verdad que no lo entiendes? —preguntó Diana como si fuese incapaz de creer que Eva estuviera tan ciega—. Todo lo que estoy haciendo es para no separarme de ti. Ha pasado mucho tiempo, y no creí albergar estos sentimientos hacia ti, pero cuando volví a verte… Sentí cuánto te echaba de menos, y pensé que lo nuestro merecía otra oportunidad. No somos las mismas personas de entonces, pero aún te siento temblar cuando me acerco a ti. Todavía me quema tu mirada cuando no me quitas los ojos de

encima. Y todavía me consume el deseo de que me toques hasta el punto de que me cuesta pensar o hablar cuando estoy contigo…

—¿Qué? —repitió Eva sin dar crédito a lo que Diana acababa de confesarle—. Pero si tú…, nosotras… Se supone que ahora somos a…

—¿Amigas? —cortó Diana—. Y una mierda, Suárez.

«Mierda», repitió para sí. Justo un segundo antes de atravesar como filo de espada el aire que las separaba para unir sus labios a los de Diana. La besó porque ya no podía seguir alejada de ella. Porque no quería seguir a su lado un momento más sin besarla y sin volver a saborear su calor. Se perdió en su boca como ya lo había hecho en sus ojos y su presencia. Despacio. Ralentizando cada segundo. Dejando que la conexión creada físicamente se extendiera hasta lo más hondo de su ser como la primera llama que acaba provocando un incendio. Rodeó con las manos el cuello de Diana y al tiempo sintió sus brazos alrededor de su cintura, y sus manos estrujando con fuerza su camiseta. Se apretó tanto como pudo con el cuerpo, sin dejar de besarla, pero intentando a la vez mantener la mente lo bastante centrada como para no olvidar el lugar en el que se encontraban: un despacho a la vista de cualquiera que pasara cerca. Y si bien la empresa había disminuido en cuanto a número de empleados, todavía había demasiados ojos que podían descubrirlas, incluidos los ojos de la hija de Diana.

Diana empujó con el cuerpo el de Eva para hacer que se sentara en la mesa. Se separó un momento de ella para mirarla a los ojos y dedicarle una sonrisa de felicidad real, que Eva le devolvió. Estaban reviviendo casi paso por paso el primer encuentro que tuvieron en ese despacho y sin embargo la situación era muy distinta para ambas. En aquella ocasión fue la pasión lo que dominó sus cuerpos, tan solo el deseo sexual en el que no se implicaba ninguna emoción. Ahora, sus sentimientos marcaban el ritmo, y las implicaciones que tenía el haber cruzado esa línea que quedó marcada en ese mismo despacho tres años atrás.

Diana enterró la cara en el cuello de Eva. Aspiró su aroma y besó cada rincón en todas direcciones. Subió hasta el lóbulo de su oreja y

allí marcó los dientes con delicadeza. Siguió rozando con la nariz su piel y subió solo un poco más para poder susurrar en su oído:

—Quiero hacerte mía.

Un millón de mariposas revolotearon en el estómago de Eva y fueron a parar directamente a su sexo. Reaccionó a las palabras de Diana como no lo había hecho con nadie más, y deseó con todo su ser que Diana pusiera fin a su sufrimiento. Pero no podía dejar que pasara nada. No así. No escondidas y a medias en el despacho, como si fueran delincuentes, como si otra vez el miedo las controlara. Por eso Eva frenó la mano de Diana cuando empezó a recorrer su costado en dirección descendente.

—Estamos en tu despacho, Diana, cualquiera podría vernos.

—¿Desde cuándo eso te importa?

—He madurado, ¿sabes? No quiero que esto sea producto de un calentón y que lo resolvamos de cualquier manera.

Eva se apoyó con las dos manos en la mesa. Diana se acercó a ella hasta rozar sus labios, pero sin llegar a besarla. La provocó acariciando su labio inferior y su mentón con las yemas de los dedos.

—Creí que era tu seña de identidad, resolver conflictos aquí y ahora.

—Solía serlo —dijo Eva haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad—. Puede que lo sea con personas que no me importan, pero no contigo. No voy a volver a tomarme a la ligera nada con respecto a ti.

—Guau. Sí que estás diferente, Eva Suárez. Muy bien, tú mandas.

Diana se apartó de Eva y retomó su posición en su silla y en la mesa. Cogió de nuevo su teléfono y se dispuso a llamar a los contactos con los que esperaba poder conseguir alguna de las *master classess* para la escuela. Y Eva se arrepintió de haberla parado tan pronto como sintió el frío que dejó la ausencia de su cuerpo. Pero se mantuvo firme en su decisión. Igual que decidió que debía salir de allí para no zozobrar como barco de pesca en mitad de la tormenta.

—Voy a irme a ver si puedo conseguir algún contacto por mi cuenta —dijo cuando Diana esperaba que al otro lado alguien

atendiera el teléfono—. Hablamos más tarde.

Diana movió los labios como diciendo «Eva», pero sin emitir sonido, puesto que tuvo que atender a la llamada que ella misma había realizado. En un abrir y cerrar de ojos, Eva escapó de Diana una vez más como una vil rata de alcantarilla. En parte porque quería más de lo que había tenido de ella, y en parte por el miedo que le daba sucumbir a sus deseos. Había admitido que sus sentimientos hacia Diana estaban de vuelta y amenazaban con volverse incluso más intensos de lo que fueron. Precisamente por eso debía obligarse a actuar con cautela, porque no estaba preparada para soportar otro desengaño ni para curar nuevas heridas cuando las cicatrices anteriores todavía sangraban de vez en cuando.

Puso rumbo a la escuela, pero lo cierto era que no tenía ninguna gana de dar explicaciones a su tía, ni mucho menos a Ainhoa. «Uf, Ainhoa», pensó. Tendría que hablar con ella y poner fin a lo que fuera que había entre ellas. En los últimos tiempos la había rechazado una y otra vez, pero en realidad nunca habían establecido límites a lo que podían o no hacer entre ellas o con otras personas. En cualquier caso, Eva no quería pensar en retomar nada con Diana mientras Ainhoa intentaba seducirla o mientras creía que todavía despertaba su interés. Lo más justo era hablar con ella, y por supuesto irse de su casa. Sumar tres mudanzas en unos meses debía de establecer algún tipo de récord de inestabilidad vital. Y lo peor no era eso, sino encontrar algún sitio donde meterse que se pudiese permitir y que no la obligara a quedarse en casa de Ainhoa de manera indefinida.

Se fue a casa y se parapetó en el sofá, gato en mano, para relajarse y recuperar algo de control y paz mental. Todo lo demás tendría que esperar, porque necesitaba reflexionar y poner en perspectiva lo que ocurría en su interior. La escuela iba a estar igual de jodida al día siguiente, su situación personal seguiría siendo un desastre. Lo único que no quería posponer era a Diana, porque empezaba a sentirse fatal por haber salido corriendo de su despacho después de besarla y de que ella le confesara sus intenciones. Buscó el contacto de Diana en su móvil y le escribió un wasap:

¿Cenamos juntas esta noche?

Mentiría si dijera que no sintió cierta impaciencia tras una hora sin respuesta. Y también mentiría si asegurara que en ese tiempo no miró su móvil en más de una ocasión por si había llegado un mensaje sin notificación. Fue un alivio recibir al fin una contestación en la que se podía presumir que la espera no se debió a algún tipo de venganza por parte de Diana:

Pensé que te habías arrepentido de lo de hoy.

De algo sí me arrepiento.
No debí irme así.

No es propio de ti asustarte 😜

Me pillaste desprevenida.
No volverá a pasar. ¿Cenamos juntas?

Te espero a las 21:30 en mi casa.
Yo me encargo de la cena.
¿Recuerdas cómo llegar?

😳 *Será una cena con clase.*
No tengo nada que ponerme.
(Claro que lo recuerdo).

Tú tienes clase con lo que te pongas 😉

😳 *Nos vemos esta noche* 😘

Lo estoy deseando 😘

El cosquilleo que sintió Eva ante la última frase de Diana fue inexplicable. Se sentía igual que una quinceañera en la primera cita de su vida. Nerviosa, expectante. Como si nunca antes hubiese estado a solas con ella en privado. Y, sobre todo, se sentía estúpida,

porque contaba con sobrada experiencia en relaciones humanas íntimas como para que sus nervios estuviesen atacados de pensar en cenar con Diana. ¿Qué bicho le había picado? ¿Qué tenía Diana que era capaz de aniquilar toda su personalidad con una sola palabra?

Algo lo bastante fuerte como para que el resto del día se dedicara a pensar qué iba a ponerse, y a trazar un plan sobre cómo se comportaría. Ni siquiera pensó que en algún momento Ainhoa tendría que volver a casa, y que se encontraría cara a cara con ella, en una actitud que llevaría fácilmente a pensar que su destino para esa noche no era permanecer en casa.

—¿Tienes una cita? —preguntó tan pronto como la vio maquillada y ataviada con un vestido largo de flores, un atuendo nada habitual en ella.

—Eh…, sí —confesó Eva, sin estar segura de cómo se lo tomaría.

—Con Diana, imagino.

Eva asintió.

—Pues se va a poner como una moto cuando te vea así… —Ainhoa agarró el trasero de Eva para atraerla hacia ella y besarla, pero Eva se zafó y alejó con un solo movimiento.

—¿Qué estás haciendo?

—Pensaba en divertirnos un rato antes de que te vayas. No hace falta ni que te quites ese vestidito.

—Creo que no lo entiendes, Ainhoa. He quedado con otra persona.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? Lo que tú y yo tenemos no tiene por qué interferir con lo que tengas con Diana.

—Lo siento. Quiero ver qué pasa entre ella y yo, y eso significa que sea lo que sea esto, se ha terminado.

Ainhoa se encogió de hombros y sonrió, como si no le importara lo más mínimo lo que acababa de decirle. Dio media vuelta y se dirigió al sofá, donde se dejó caer para descansar después de un largo día de trabajo. Eva mostró una mueca de extrañeza, habría esperado un poquito más de resistencia por su parte, pero también era un alivio no tener que aguantar una salida de tono o un numerito para variar. Cogió sus cosas y abrió la puerta para salir, pero justo antes de

cruzarla escuchó a Ainhoa lanzando lo que sonó casi como una amenaza:

—Volverás a buscarme, porque te gusta demasiado la libertad que hay entre mis piernas, Eva. Engáñate todo lo que quieras, pero tú no estás hecha para las relaciones. ¡Disfruta de la noche!

Si Ainhoa creía que haberle dicho eso iba a estropear su cita con Diana, estaba muy equivocada. Olvidó la verdad que encerraban algunas de sus palabras en cuanto el taxi aparcó frente a la casa de Diana. Por un momento, un *flash* de un momento similar pasó por su mente. Ella llegando en taxi junto a Diana, borracha como una cuba, y entrando a hurtadillas para no despertar a nadie y conseguir espabilarla antes de irse. Habría puesto más interés en el recuerdo de aquel momento de no ser por un dato del que no tenía información y que no se le había ocurrido preguntar: ¿estarían sus hijos en casa? De ser así, la cita no sería ni de lejos tan emocionante como había previsto. Recorrió los metros que la separaban de la puerta, con un cosquilleo creciente en el estómago que la convirtió en un auténtico manojo de nervios. Esa sensación de indefensión e inseguridad que otra vez se apoderaba de su cuerpo le hacía dar por seguro que tenía muchas más habilidades sexuales que sociales. Si fuese a echar un polvo directamente, no estaría ni la mitad de nerviosa que de cenar con ella.

Llamó tímidamente a la puerta, casi como si en el fondo deseara que no la escuchara para poder salir corriendo con el rabo entre las piernas. Sin embargo, en cuanto escuchó los pasos que precedían a la apertura, su corazón se desbocó y deseó más que cualquier otra cosa en el mundo encontrarse frente a frente con Diana.

—Hol…

—¿Están tus hijos en casa? —Los nervios traicionaron a Eva, que antes siquiera de saludar a Diana cortó su comentario para lanzar la pregunta que había quedado apresada en su cabeza.

—¿Vendes enciclopedias, eres una captadora de alguna secta o una pervertida? —respondió ella con otra pregunta, en tono jocoso.

—No… Yo… quería decir que…

—Ya sé lo que querías decir, pero ha sido muy raro. No están en casa. ¿Quieres pasar o prefieres que nos quedemos aquí hablando toda la noche?

—Claro —respondió sin más, accedió al interior de la casa y se dio la vuelta para encarar a Diana en cuanto cerró la puerta—. Ni siquiera te he saludado.

Eva amagó con besar a Diana, pero ella le hizo la madre de todas las cobras para evitarlo.

—No —siguió Diana, que se alejó un poco más de ella—. Pero es que me has cortado un poco el rollo hablando de mis hijos.

—Joder, perdona. Soy imbécil. —El arrepentimiento que se asomó a sus ojos también era muy impropio de ella. Diana se asombró de verdad al ver la ausencia total de la seguridad que caracterizaba a Eva.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Yo qué sé. Estoy de los nervios.

—¿Por mi culpa?

—Nadie más podría hacerme sentir así.

Diana se mordió un poco el labio inferior. Se acercó a Eva con media sonrisa y la besó. En profundidad, sin pedir permiso ni perdón. Invadiendo todo su ser con su presencia. La empujó con suavidad hasta pegarla contra la pared sin dejar de besarla. Justo cuando Eva sintió que todos sus pensamientos desaparecían en una nube de excitación densa como la niebla, Diana se apartó de golpe.

—¿Mejor? —Diana levantó una ceja y sonrió con suficiencia.

—Ajá —dijo entre jadeos, mientras trataba de recuperar la respiración.

—Bien. Estás preciosa, por cierto.

—Tú también —respondió unos segundos después, cuando fue capaz de reaccionar.

—Sí, ya, no me ha dado tiempo ni a cambiarme. Acabo de llegar de la oficina. He pasado por un japonés que hay por aquí cerca para comprar *sushi*. Está espectacular, ya verás.

Los nervios abandonaron poco a poco su cuerpo. En cuanto se sentaron a la mesa y comenzaron a comer, la comodidad se instauró de nuevo entre ellas. Eva entendió que, igual que Diana era capaz

de provocarle un estado máximo de ansiedad, era capaz de relajarla y hacerle sentir que estaba en un espacio seguro, donde no tenía que preocuparse por nada más que por ser ella misma. Hablaron de cosas sin importancia, de qué habían estado haciendo durante esos tres años sin verse. Recordaron momentos del pasado que en el fondo sí habían sido felices. Volvieron a sentir que el tiempo no había pasado, y a la vez empezaron a desear recuperar todo el tiempo perdido. Nada era igual a cuando estuvieron juntas, pero era lo bastante parecido como para que Eva sintiera terror e ilusión en un batiburrillo de emociones que podía recordar a la masa de las croquetas hecha a partir de las sobras de la semana. De esas que llevan un poco de todo y no saben a nada.

—Claudia se independizó el año pasado, y el desagradecido de Jorge vive con su padre —contó Diana cuando Eva volvió a preguntarle por el paradero de sus hijos—. Tenemos custodia compartida, pero aparte de algunos fines de semana intenta no pasar mucho tiempo conmigo. ¿Qué te parece? Una vida entera dedicada a cuidar de ellos para que te arrojen a los leones a la primera de cambio.

Eva se encogió de hombros justo antes de levantarse para retirar los envases de plástico vacíos de la mesa y llevarlos a la cocina.

—Míralo por el lado bueno, así te evitas toda la adolescencia.

—Ahí tienes razón. A veces los echo de menos, pero estoy muy agradecida de la independencia que me han dado.

Eva regresó de la cocina recreándose en el espacio casi indecente que tenía esa casa, excesivo para una sola persona. Tan lejos como otra galaxia de las posibilidades de gente como ella. Se quedó de pie junto a la silla de Diana, en parte envidiando su vida.

—No me extraña. Tienes este pedazo de casa para ti sola y las circunstancias te permiten hacer lo que te dé la gana. Yo tengo que compartir piso y habitación porque no tengo ni un duro para pagarme ni un apartamento.

—Ah, sí, había olvidado que vives con Ainhoa… —Diana giró en la silla para mirar a Eva mientras hablaba en un falso tono despreocupado.

Eva sonrió y cogió a Diana de la mano.

—No tienes que preocuparte por Ainhoa.

—No me preocupo. No soy quién para decirte lo que puedes o no puedes hacer. Ainhoa está muy buena, eso es indiscutible, y la tienes literalmente metida en tu cama medio desnuda todas las noches.

—En realidad soy yo quien se mete en su cama…

—Gracias por el matiz —dijo, y retiró la mano de la de Eva para cruzarse de brazos.

Eva cogió a Diana por la barbilla y se aproximó a ella.

—Me muero de ganas de besarte.

—Ya —respondió ella con un tono seco y quitando la cara de su mano con un gesto brusco—, parece que lo único que te motiva es torturarme para que yo me resista y que tú puedas sentir que ganas la partida. Igual que entonces.

—No intento torturarte, ni para mí esto es un juego. Nunca lo ha sido. ¿Eres consciente del miedo que me da lo que siento por ti?

El gesto de Diana se suavizó, aunque todavía mantenía cierto estado de alerta.

—¿Qué es exactamente lo que te da miedo?

—Volver a enamorarme de ti y lidiar con el dolor de tener que olvidarte otra vez. No estoy segura de que ahora nuestra relación pueda ser distinta.

—¿De qué relación hablas? ¿De esos meses en los que tuvimos un montón de sexo salvaje y encuentros tóxicos con sentimientos reprimidos? No fuimos una pareja de verdad.

—No todo fue malo.

—Yo no he dicho eso. Pero esto ahora es diferente. Ahora… quiero que seas mi novia —pidió, casi exigió—. Hacer planes juntas, cuidar la una de la otra, quiero que seamos todo lo que no fuimos.

—Pero sexo también, ¿no? —respondió Eva con sorna, tratando de rebajar el tono ceremonial que empezaba a adquirir la conversación.

Diana se quedó sin palabras. Solo mostró una mueca de hastío por la forma de ser incorregible de Eva. Ciertas cosas nunca cambiarían.

Eva sonrió y le hizo una caricia en la mejilla a Diana, que ella volvió a rechazar. Entonces Eva se sentó a horcajadas sobre ella y la

besó sin previo aviso. Un beso que duró apenas un par de segundos, porque Diana se apartó como pudo y giró la cara hacia otro lado.

—No puedes decirme que quieres que sea tu novia y acto seguido rechazar mi contacto —dijo Eva con un resoplido.

—Claro que puedo, porque no me has contestado y porque otra vez me estás torturando con tus salidas de tono. Diría que no has madurado mucho en estos tres años.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

Eva sujetó a Diana por la mandíbula y le giró la cara para obligarla a mirar a sus ojos mientras la fulminaba y se ponía tan seria como era capaz antes de seguir hablando.

—Sí que quiero ser tu novia. Que lo quiero todo contigo. No quiero más Ainhoas ni más medias tintas. No quiero nada que no seas tú. ¿Contenta?

Diana no dijo nada. Pero tampoco hizo falta. Cogió la muñeca de la mano que Eva mantenía sobre su barbilla y la apartó con un único movimiento. Después llevó la mano hasta la nuca de Eva y la atrajo hacia sí para besarla de una forma que le cortó la respiración. Mordió y succionó sus labios casi como si se la quisiera beber. Como si hubiese estado sedienta durante años y su boca fuese el único líquido capaz de hidratarla.

Eva se abrazó a su cuello y se apretó contra su cuerpo. Se perdió tanto en su beso que no se dio cuenta de que Diana se había levantado de la silla con ella en volandas hasta que sintió todo su cuerpo girar y estuvo a punto de marearse.

—Uf, qué fuerte estás. Nunca lo habría dicho.

—Puede que haya más cosas que todavía no sabes de mí —comentó Diana sin soltarla, al tiempo que caminaba hacia el sofá.

—De momento sé que te conservas realmente bien para tu edad.

Diana gruñó y soltó a Eva sin muchos miramientos para dejarla caer con brusquedad sobre el sofá. Eva exageró una mueca de dolor y luego dejó escapar media carcajada. Diana se abalanzó sobre ella con todo el peso de su cuerpo, sin preocuparse por si la aplastaba o si le hacía daño. Apoyó una mano en su pecho y apretó lo justo para que a Eva le costase respirar.

—Ríete mientras puedas, Suárez —dijo sin una pizca de diversión en la voz—. Cuando acabe contigo no van a quedarte fuerzas ni para hacer un chiste malo.

Con la mano libre, Diana atacó bajo el vestido de Eva. Prácticamente le arrancó la ropa interior y la deslizó hasta sus rodillas para despejar el camino de obstáculos. Regresó con la mano por el mismo sendero y llegó a un páramo húmedo, deseoso de recibir sus atenciones. Tal como Diana había predicho, Eva profirió un gemido que se llevó cualquier rastro de burla nada más sentir los expertos dedos de Diana sobre ella. Dejó caer la cabeza hacia atrás y se abandonó a sus caricias y a la explosión de placer que provocaba en cada milímetro de su cuerpo. Al menos hasta que Diana se detuvo sin previo aviso, lo que despertó por un momento su furia e hizo que levantara de nuevo la cabeza para atravesarla con una mirada casi asesina.

—¿Esta va a ser tu *vendetta*? —inquirió con la respiración entrecortada.

—Oh, sí. Tengo mis propias formas de torturarte.

—Si eso significa que me vas a tener toda la noche a tu merced, bendita tortura —respondió Eva con una sinceridad indiscutible.

Diana se levantó del sofá y le tendió una mano para ayudar a que se levantara también.

—Vamos a mi habitación.

—Uh, la cueva de las maravillas. No sé si estoy preparada para verla.

—No es una pregunta.

Eva volvió a sonreír, aceptó la mano de Diana y dejó que tirase de ella para ponerse en pie casi de un salto. Le divertía y excitaba esa nueva faceta tan dominante de Diana, que no mostró en sus encuentros pasados. No pensaba resistirse a nada de lo que quisiera hacer con ella. Estaba dispuesta a dejarse llevar hasta donde quisiera, con todas las complicaciones que esa decisión le acarrease en el futuro más inmediato.

La puerta estaba entrecerrada. Diana la empujó para abrirla del todo y dejó paso a Eva. Después entró y la cerró tras de sí, como para asegurarse de que no podría escapar, aunque lo intentara.

Pulsó uno de los dos interruptores que descansaban junto a la puerta y que encendieron un par de luces led tenues, más para dar ambiente que para iluminar. Con la escasa luminosidad, Eva no consiguió vislumbrar bien toda la habitación, aunque podía adivinar que no era ni más ni menos que una tradicional habitación adulta, con su cama, su mobiliario y su cuarto de baño en *suite*.

—¿Decepcionada? —preguntó Diana ante la falta de reacción de Eva.

—No… No sé qué me esperaba encontrar aquí.

—¿Un armario lleno de juguetes sexuales, quizá?

—¡Ja! Habría sido todo un golpe de efecto, no digo que no.

Diana se acercó hasta el armario de puertas correderas. Deslizó la central y, para decepción de Eva, no dejó a la vista nada que no fueran algunas camisas colgadas y varios cajones en la parte inferior del mismo. Eva suspiró y Diana se encogió de hombros.

—No tengo un armario lleno de juguetes sexuales —confirmó, para después abrir el primero de los cajones y descubrir una discreta (pero muy completa) colección de dildos, vibradores, succionadores y geles de placer—, pero sí un cajón.

Eva se puso de puntillas sin moverse de su posición para asomarse al interior del cajón. Soltó una especie de gemido de sorpresa y asintió con la cabeza.

—No te reconozco —concluyó Eva.

—Sigo siendo yo, pero liberada. ¿Te parece raro?

Eva negó.

—Me parece que es lo que tenía que pasar. Nadie se merece vivir una mentira.

—Y por eso quiero que seamos del todo sinceras la una con la otra, que nos conozcamos de verdad. Salvo que esta forma de relacionarnos te aburra y empieces a cuestionarte qué haces aquí.

Eva se acercó a Diana, entrelazó las manos con las de ella y la miró a los ojos.

—Nada que se refiera a ti me aburre. Lo único que me cuestiono es por qué sigues hablando en lugar de atarme a la cama y torturarme tal como me habías prometido.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en el rostro de Diana, que aprovechó el descuido de Eva para sujetar con una de las manos sus dos muñecas. La obligó a darse la vuelta y apretó el cuerpo a su espalda para susurrarle en el oído.

—Así que eso es lo que quieres, que te castigue por haberte portado fatal conmigo. —Diana habló con la voz ronca, casi rota, sin soltar las muñecas de Eva mientras con la mano libre vagaba por la clavícula de Eva, apretando un poco sobre su cuello—. Por jugar conmigo y por intentar darme celos con Ainhoa. Porque sabes dar donde duele. Con una chica mucho más joven y un cuerpo de escándalo.

—Ainhoa no puede competir en nada contigo… —consiguió decir Eva con la voz entrecortada, entre jadeos de excitación.

—¡Cállate! —ordenó Diana—. No te he dado permiso para hablar. Se acabó lo de hacer lo que te da la gana conmigo, Suárez.

Diana empujó a Eva hacia la cama y le soltó las muñecas para que pudiera sujetarse en el colchón antes de acabar por el suelo. Después colocó una mano sobre su espalda para evitar que pudiera incorporarse, dejando su retaguardia sin ningún tipo de protección. Levantó un poco la falda de su vestido y la dobló sobre su cadera hasta dejar al descubierto sus nalgas, que apretó y arañó con la mano libre. Acto seguido deslizó la mano hasta el interior de su sexo, y gimió de puro placer cuando escuchó el propio gemido que nacía en las profundidades del cuerpo de Eva.

Siguió en esa posición, acariciando la zona más erógena de Eva durante un buen rato, hasta que notó que sus piernas empezaban a temblar, como prediciendo que estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Entonces paró en seco lo que estaba haciendo.

—¡Dios, eres muy cruel! —bramó Eva, viéndose privada por segunda vez de experimentar el placer más extremo en manos de Diana.

—Es parte de tu castigo —comentó Diana con cinismo mientras instaba a Eva a que se levantara y se girara para ponerse frente a ella—, no vas a correrte hasta que yo quiera.

Diana volvió a acercarse a ella para besarla con pasión mientras le quitaba el vestido del todo. Cuando acabó su propósito se alejó

mínimamente para observarla.

—Había fantaseado con volver a desnudarte, con ver otra vez tu cuerpo —dijo, mientras dibujaba formas abstractas sobre su piel—. Es incluso más bonito de lo que recordaba.

Eva sonrió. Por mucho que Diana fingiera ser una bruja dominante y sin sentimientos, su verdadera personalidad, atenta y cariñosa, salía a la luz a su pesar.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Diana perdida de pronto en la actitud de Eva.

—Porque te has propuesto ser dura conmigo y en cuanto bajas la guardia aparece esa Diana capaz de enamorar a cualquiera. No se te da bien ser la bruja del cuento, en realidad.

Eva sostuvo el rostro de Diana entre las manos y lo acarició con los pulgares antes de besarla muy despacio, con todo el sentimiento. Notó cómo Diana se abrazaba a su cuerpo desnudo y decidió que ya había aguantado demasiado tiempo sin desnudarla a ella también, sin sentir el calor de su piel. Poco a poco dirigió las manos hasta las caderas de Diana para sacar la camisa del interior del pantalón. Primero abrió los botones uno a uno, sin prisa, disfrutando de las emociones que se alborotaban dentro de ella con cada roce. También pudo sentir cierta reticencia por parte de Diana a quedarse desnuda ante ella, por esa estúpida idea de que no podía competir con un cuerpo como el de Ainhoa, supuso. Una auténtica memez del todo infundada. Una idea que no volvería a pasársele por la cabeza de poder entrar en su pecho para comprobar cómo su corazón latía desbocado al avanzar con su cometido de librarla de sus ataduras de tela.

Tiró de ella para llevarla hasta la cama sin dejar de quitarle prendas, y a punto estuvo de bufar cuando Diana se sentó, ya con su cuerpo desprovisto de barreras, y se colocó de tal forma que su vientre quedaba oculto y sus brazos tapaban parte de su torso. No le daría el gusto de preguntarle por su actitud, ni permitiría que su inseguridad se hiciera fuerte después de todo lo que habían pasado para llegar hasta ahí. Por eso apretó con fuerza sus brazos para separarlos de su cuerpo y empujarlos sobre el colchón. Por fin consiguió dejarla expuesta ante sus ojos y no tardó ni dos segundos

en abalanzarse sobre su pecho con la boca. Besó y lamió cada centímetro de piel, mordisqueó sus endurecidos pezones y se entretuvo en ese lugar durante un buen rato.

El recelo de Diana fue desapareciendo con cada beso, y se borró del todo cuando escuchó a Eva susurrar «Uf, cómo me pones» justo después de morder sensualmente su monte de venus. Un leve gemido escapó de su garganta y un escalofrío recorrió su anatomía. La deseaba de todas las formas posibles, igual que deseaba hacer que estallara de placer dejando de lado los juegos de poder. Cambió su posición con Eva para colocarse a horcajadas, solo sobre una pierna, y empezó a moverse sobre ella para estimular su propio sexo mientras acariciaba el receptivo clítoris de Eva.

Eva solo se aferró a las caderas de Diana y se dejó hacer, embriagada por su contacto y consumida por el deseo más primario hacia ella. Su respiración se fue agitando a medida que Diana aumentaba la velocidad y el ritmo de sus roces. Más y más rápido. Y menos consciente de lo que hacía o de si emitía algún sonido. Todo cuanto supo fue que en algún momento el placer explotó dentro de ella y su cuerpo convulsionó sobre las manos de Diana perdiendo toda su energía en el proceso.

Diana dejó de moverse sobre la pierna de Eva cuando logró su objetivo, se quedó mirándola y sonrió satisfecha. Pero la respuesta que obtuvo en la cara de Eva no fue la esperada. Tan pronto como algo de oxígeno volvió a entrar en su cerebro su expresión se volvió seria y negó con la cabeza. Se incorporó como pudo para abrazar a Diana e instarla a que continuara donde lo había dejado.

—No pares… —pidió, mientras deslizaba una mano bajo el sexo de Diana, que presionaba justo en el punto más delicado.

Diana obedeció. No podía negarse a tan dulce petición. Se corrió en su pierna, besándola mientras lo hacía, llenando su boca de gemidos mezclados con dióxido de carbono. Más excitada de lo que podía recordar haber estado nunca, o al menos en los últimos tres años.

Las dos se dejaron caer sobre el colchón, agotadas y con los cuerpos sudados, fríos y entrelazados. Diana se ocupó de arreglar

más o menos la cama para cubrirse con el edredón y después se abrazó a Eva con tanto cariño como fuerza.

—Te he echado de menos —aseguró Diana.

Eva le devolvió el abrazo y la ayudó a acurrucarse sobre su pecho.

—Yo también a ti.

Capítulo 16

«¿Perdona? Debo estar todavía dormida, o medio sorda. Es imposible que Diana acabe de decir lo que me ha parecido escuchar. No tiene ningún sentido. Porque acabamos de volver a liarnos y nadie en su sano juicio lanzaría una propuesta semejante al día siguiente. A ver, ¿qué le digo yo ahora? Puedo fingir que no me he enterado y quizá se lo piense mejor antes de repetirlo. Seguro que se arrepiente de haberse dejado llevar e incluso agradece que me haga la tonta. Aquí nadie ha dicho nada. Aquí paz y después gloria…».

Por la forma en que Diana la miraba, no parecía que pudiese mantener la farsa de darse por no enterada de la propuesta que había lanzado de buena mañana. Y si albergaba un mínimo de esperanza en su mentira, ella se ocupó de reventarla repitiendo sin ningún pudor el ataque a su persona, no sin antes darle un beso en la mejilla para despejarla, o enternecerla.

—Digo que podrías venirte a vivir aquí.

Eva tuvo que respirar hondo, tragar saliva y besar a Diana de vuelta para que entendiera que la respuesta que iba a darle no estaba ligada a sus sentimientos por ella.

—A ver, que me parece que estamos quemando etapas demasiado rápido. No sé qué te han contado sobre las lesbianas, pero no es verdad eso de que nos conocemos y a los dos días ya queremos casarnos y tener hijos. No puedo acostarme siendo tu novia y levantarme viviendo juntas en tu casa.

—Eres una idiota —dijo Diana en medio de una carcajada—, y a la vez muy tierna. Has podido vivir con Ainhoa sin mayores implicaciones.

—Eso no es del todo verdad, por eso estoy ahora como estoy. Creo que el límite de mudanzas que puede hacer una persona en un año son tres.

—Está bien —dijo Diana levantando los brazos en señal de rendición—. Puedo preguntarle a Claudia si sabe de alguien que tenga una habitación libre, ¿te parece mejor?

Eva hizo una mueca de profundo desagrado. Solo de pensar en compartir piso con adolescentes y/o universitarios le entraban ganas de vomitar. Pero no tenía mucha más opción que irse a un alquiler compartido para poderlo pagar. Eso o aceptar la locura que Diana acababa de proponer. Quizá fuera la persona más estúpida de la Tierra, e incapaz de aprender de sus propios errores una y otra vez, pero vivir en esa casa era la opción más apetecible de todas las que tenía sobre la mesa.

—Deja que lo piense. No me siento en condiciones de tomar una decisión a estas horas.

Diana asintió y volvió a besarla fugazmente en la mejilla antes de incorporarse y encaminarse hacia el cuarto de baño. Ninguna de las dos quiso hablar más del tema, pero Eva sabía a ciencia cierta que la oferta de Diana de vivir juntas respondía más al interés en que saliera de casa de Ainhoa cuanto antes que a otra cosa. Y, a decir verdad, para ella también era apremiante. No tenía ninguna de gana de pasar otra noche en la incomodidad de esa cama compartida, o lidiando con quién sabe cuántos intentos de seducción por su parte.

En algún lugar indeterminado entre el revoltijo de ropa de la noche anterior comenzó a sonar el móvil de Eva. Se lanzó a por él tan rápido como pudo, y al ver que se trataba de una videollamada de sus amigas no dudó en responder, a pesar del lugar y situación en que se encontraba. La pantalla se dividió en tres mostrando los rostros de Blanca, Sonia y ella misma, que se ocupó de cerrar el plano sobre su cara, lo suficiente como para no dar demasiados detalles de su desnudez. Aunque sí dejaba a la vista parte del lugar a sus espaldas, algo que sus amigas advirtieron al primer vistazo.

—Eva, ¿dónde estás? —inquirió Blanca haciendo el papel de detective—. Ese no es el piso de Ainhoa.

—No, es la casa de mi novia…

—¿¡De tu QUÉ!? —preguntó y exclamó, todo en uno, Sonia.

—Diana me ha pedido que seamos novias y le he dicho que sí.

—¿Cómo Diana? —siguió Blanca—. ¿No estabas saliendo con Ainhoa? Ay, que yo me he perdido algo, o todo. Que como soy madre ya no me contáis las cosas y me estoy quedando fuera del grupo. Porque no puede ser que de un día para otro tengas novia. De verdad, o sea, yo pensé que teníamos una relación de más confianza, más cercana. Creí que éramos amigas y ahora esta puñalada por la espalda. ¿Cuánto tiempo hace que estás con Diana?

—Desde ayer —sentenció Eva cerrando la boca a Blanca.

—Esta chica no está bien —comentó Sonia, con los ojos abiertos como platos.

—Y quiere que vivamos juntas.

—Tú sabrás, que eres la que domina los temas de lesbianas, pero en mi opinión pasar de cero a cien en segundos no es una buena idea salvo que seas el motor de un Audi. No puedes liarte con alguien y casarte con ella al día siguiente.

—Justo eso le he dicho yo.

—¿Lo del Audi? —preguntó de nuevo Blanca en tono de sorna.

—Sí, justo eso —ironizó—. Le he dicho que tenía que pensarlo. —El sonido de la ducha cesó de golpe alertando a Eva de que no tenía mucho más tiempo a solas—. Tengo que dejaros, hablamos en otro momento.

—¡Esta noche! —ordenó Sonia—. Acabo de guardar en mi agenda una intervención de las que hacen historia.

—Lo intentaré.

Eva colgó de golpe y dejó a un lado el teléfono justo cuando Diana abrió la puerta del baño, todavía con la piel húmeda y sin toalla alguna que tapase su cuerpo. Eva se embelesó mirándola mientras Diana se dirigía al armario a escoger la ropa para comenzar el día. Cuando tuvo su espalda desnuda a pocos centímetros se permitió liberar el impulso que sentía de levantarse y abrazarse a ella. La cubrió de besos y dejó que sus manos resbalaran con el agua de su

costado, sin encontrar la menor resistencia por parte de Diana. Con la piel erizada y un largo suspiro, Diana consiguió hablar.

—¿Quieres darte una ducha?

—No, tengo que pasar por casa a dar de comer al gato. —Eva se apartó de Diana y comenzó a vestirse mientras hablaba—. Ya me ducho ahí y cojo ropa limpia.

—Ah, claro, el gato —respondió Diana con un poco de retintín en la voz.

—Sí, el gato. Apuesto a que no habías pensado en él cuando me propusiste vivir aquí. Arañazos en los muebles, pelos por todas partes, un inconfundible olor a felino en ciertas estancias…

Diana tardó un poco en contestar, y lo hizo sin estar nada convencida.

—Podría soportarlo…

Eva sonrió. Volvió a acercarse a Diana para besarla, esta vez con más pausa y énfasis, para que también sirviera como cálida despedida.

—Hablamos luego.

—¿Nos vemos esta noche? —preguntó Diana elevando la voz, cuando Eva ya bajaba las escaleras, aunque sonó más bien como una afirmación.

—No creo que pueda, tengo una especie de reunión virtual con Blanca y Sonia.

—Ah —resopló, decepcionada—, mándales recuerdos de mi parte.

—¡Sí! —exclamó mientras se despedía con un sutil movimiento de muñeca.

Llegaba escandalosamente tarde. Salir por la mañana —no demasiado temprano— de casa de su novia y pasar por el piso de su ¿ex? antes de ir a la oficina no era el proceso más óptimo.

Sonrió ante la idea de que Diana era su novia.

Llegaría tan tarde que todo el mundo se daría cuenta y pondrían en duda su capacidad como empresaria, pero había merecido la pena a cambio de una noche con Diana. Después de todo por lo que había pasado desde que la conoció, sentía que su relación podía

tener algún futuro, y la ilusión que se instauraba en su pecho era más fuerte que cualquier otra cosa que pudiera ocurrir. Más fuerte incluso que la mirada amenazante de su tía, que hablaba de forma acalorada con Ainhoa cuando ella cruzó la puerta de entrada.

—Si no llaman durante la mañana avísame y les damos un toque esta tarde —pedía a la recepcionista mientras tomaba notas en una hoja adhesiva.

Ainhoa asintió, luego levantó la mirada y lanzó una sonrisa forzada hacia Eva.

—Buenos días, Eva. ¿Todo bien? —dijo con el propósito de dejar en evidencia a Eva frente a Patricia.

—Todo perfecto —afirmó ella con seguridad.

—Vente conmigo —se apresuró Patricia antes de que pudiesen entrar en una estúpida lucha personal.

Eva obedeció a su tía y la siguió hasta el aula de interpretación, cerrando la puerta para poder hablar con algo de intimidad.

—¿Vas a echarme la bronca? —quiso saber Eva, que se paró y cruzó de brazos a un par de metros de Patricia.

Patricia resopló y negó con la cabeza.

—No, hija. Estoy segura del motivo por el que llegas tan tarde. Y estoy segura de que volverá a traernos algún dolor de cabeza, pero tu vida personal es asunto tuyo. Lo que me preocupa es que descuides la escuela por ese motivo.

—No estoy descuidando la escuela por…

—¿Has hablado con alguien para las *master classes*? —preguntó Patricia cortando la defensiva de Eva.

—Eh…, no.

—Pues eso.

—Es que no tengo nadie con quien hablar…

Patricia hizo un gesto negativo con la mano.

—No necesito que me des excusas, haz lo que consideres. Solo digo que si ahora pierdes de vista tu objetivo y todo por lo que has luchado tanto te vas a arrepentir, y entonces será demasiado tarde.

—Eso no va a pasar. No hay nada más importante para mí que la escuela —mintió, porque sí había una cosa más importante para ella

que en nada interfería con su negocio, quiso creer, aunque su tía no lo entendería.

Patricia se encogió de hombros como si no creyera las palabras de Eva.

—El tema es que mientras tú estabas enredada en las faldas de Diana yo sí he tocado algunas puertas. Todavía no es seguro, pero puede que consiga que un actor con bastante proyección venga a dar una charla.

—¿Sí? ¡Qué buena noticia! ¿Quién es?

—El nieto de una actriz con la que trabajé en una obra durante unos meses. Tadeo Vargas. Está empezando, pero el chico apunta maneras y dice su abuela que es bastante popular en las redes sociales.

Eva cogió su teléfono móvil e hizo una búsqueda rápida en Instagram. No es que fuera la persona más interesada en el mundo de las relaciones sociales virtuales, pero intentaba mantenerse al día de lo que ocurría en las principales aplicaciones por su propio interés empresarial.

—Sí que me suena, tiene un montón de seguidores, ¡es genial!

—No te aceleres, que todavía no es seguro. Pero al menos es algo por lo que empezar. —Patricia cambió el tono a uno más incisivo, cogió a Eva por un hombro y añadió, sonriendo—: A ver si le haces unos arrumacos a Diana y consigues que mueva sus hilos de pez gordo para traer a alguien más.

—Veré qué puedo hacer —respondió ella con un apretón cómplice sobre su mano. Después la apartó suavemente y se dispuso a marcharse.

—Oye, Eva, una cosa más. Te aseguro que no es algo en lo que quiera meterme, pero antes, cuando fui a hablar con Ainhoa, la escuché hablando de ti por teléfono. No me enteré bien de la conversación ni sé con quién hablaba, pero me pareció como que estaba tramando algo…

Patricia dejó la frase en el aire, y ella no dijo nada más. Sin embargo, la posibilidad de que Ainhoa pudiera estar conspirando contra ella o contra la escuela le parecía más que plausible. Después de lo que había vivido con Ángel no volvería a caer en la trampa. No

podía fiarse de una despechada. Y menos de una de su misma familia.

Salió del aula de interpretación y fue directa hacia la mesa de recepción, donde Ainhoa parecía estar ocupada revisando algunos papeles. Según se acercaba pensó en que, a pesar de todo, Ainhoa no le había dado ningún motivo para desconfiar de ella, y quizá estuviera en su mano hacer las cosas bien para no tener que verse de nuevo en una situación desagradable como la que pasó con su primo.

—Ainhoa, ¿te parece que comamos juntas?

Ainhoa se mostró sorprendida ante la proposición, aunque la aceptó sin pensárselo dos veces.

Se encontraron en el mismo restaurante de menú del día, esta vez sin otros acompañantes que pudiesen distraer su objetivo. Era el momento de aclarar las cosas entre ellas, de explicarle su intención de irse de casa y de tratar de que su relación terminase de la forma más cordial y cabal posible. Porque no podía seguir sumando conflictos a su lista de asuntos pendientes apremiantes.

—Creo que te debo una explicación —comenzó Eva una vez ordenada la comida—. Dijimos que lo nuestro era algo esporádico y sin compromiso, pero creo que se ha vuelto lo bastante relevante como para no tomarlo a la ligera. Me gustas, mucho, y me lo he pasado muy bien contigo. Me has apoyado con el tema de la escuela y con tu primo, cosa que te agradezco profundamente…

—Tranquila, Eva —intervino Ainhoa para cortar su ensayado discurso—, no necesito que me des ninguna explicación. Sé que no soy ella, que sea lo que sea lo que tuvisteis es tan fuerte como para haberte obnubilado, y también sé que entre nosotras no hay ese tipo de química. Te mentiría si dijera que no esperaba seguir siendo tu compañera con derecho a roce, pero no buscaba ir más allá contigo. Así que puedes dejarlo ya si estás haciendo esto porque crees que me comportaré como Ángel, no tienes de qué preocuparte.

—No, estoy haciendo esto porque no quiero que te quedes con una impresión negativa sobre mí, o que sientas que solo has sido un

parche. Me gustaría que sigas trabajando en la escuela y que podamos llevarnos bien, sin rencores y sin malos rollos.

—Claro. No tenía intención de despedirme, sobre todo porque sigo pensando que antes o después volverás a buscarme.

Eva evitó responder a ese comentario. Se negaba a darle vueltas a esa idea ahora que la ilusión por su relación con Diana estaba instaurada en el centro de su pecho. Quiso que el silencio alejase las intenciones de Ainhoa de provocarla, pero no fue así. En cuanto el camarero colocó los platos sobre la mesa, volvió a las andadas con un nuevo ataque.

—Supongo que las cosas fueron bien con ella ayer, y que no le importa que vivas conmigo y durmamos en la misma cama.

—No le importa… —se apresuró a decir—. No obstante, he decidido que lo mejor es que me vaya de tu casa lo antes posible, para evitar situaciones incómodas.

—Ah, entiendo —dijo Ainhoa sin más, con media sonrisa maliciosa que respondía al tono casi sarcástico que había utilizado Eva—. Ya me comentó Maca que era un poco posesiva.

—¿Maca? ¿Qué Maca?

—Su ex… terapeuta —enfatizó el prefijo—. Vino un día por la escuela preguntando por ti y hablé yo con ella. He empezado a ir a su consulta. Te parece bien, ¿verdad?

—Eh…, sí, sí… —respondió Eva algo aturdida al escuchar un nombre que había olvidado por completo. Y que no le importaría lo más mínimo de no ser porque no podía adivinar el motivo por el que había ido a buscarla a la escuela, o por qué le había contado cosas personales de Diana.

—Ya me dirás cuándo te vas. A lo mejor pongo un anuncio ofreciendo el hueco libre en mi cama a alguien que lo aproveche más que tú —siguió Ainhoa en tono divertido, de nuevo sin conseguir la reacción de Eva que hubiese deseado. Tan solo se centró en la comida para acabar lo antes posible y regresar a la escuela a dar vueltas en su cabeza a toda la información que acababa de recopilar.

e-Intervención.

Al finalizar la jornada laboral, Eva esperó pacientemente a que todos los presentes se fueran. Primero fue Ainhoa, que apenas se despidió, seguida de cerca por Paula. Mario esperó a que la tía Patricia recogiese todo el desorden de su última clase de interpretación, sentado en silencio en el sofá rojo, frente a Eva, en una de las escenas más incómodas que podía recordar en toda su vida. No es que no tuviera interés en saber más del novio en funciones de su tía, pero no tenía ni la más remota idea de cómo entablar esa conversación con él, o si se lo tomaría como una invasión a su intimidad. Por eso prefirió mantenerse calladita y más guapa, a pesar de que esos minutos de más que Patricia estaba tardando se hicieran más eternos que el puñetero éxodo judío.

—Perdona por hacerte esperar. Ya estoy lista —dijo Patricia disculpándose cuando por fin se dignó a aparecer. Después llevó su atención a Eva—: ¿Cierras ya o te quedas?

—Tengo que terminar un par de cosas. ¿Alguna novedad sobre el tal Tadeo?

—Ninguna. Mañana llamo a mi amiga otra vez.

—Gracias. Hasta mañana.

Mario se despidió con un gesto de la mano y su tía hizo lo propio. Llenó de aire los pulmones y suspiró cuando se quedó sola, disfrutando del silencio de la escuela vacía y en calma. A decir verdad, casi se había convertido en su refugio, en algo así como su hogar. Sin una casa propia a la que volver, mendigando cobijo aquí y allá, la escuela era el único lugar donde no se sentía como una invitada. Se tendió en el sofá rojo y cerró los ojos mientras dejaba pasar los minutos para contagiarse de la tranquilidad del momento. Poco a poco su cuerpo se relajó, incluso su mente. También tenía ganas de hablar con sus amigas y pedirles —otra vez— su consejo, pero ese pequeño *break*[9] para ella misma resultó ser un bien más preciado de lo que podía imaginar.

Antes de decidirse a hacer la llamada de rigor, fue su teléfono el que advirtió de que ya tocaba retomar la interacción con otros seres humanos, aunque fuese vía *online*. La videollamada entre Blanca y Sonia había comenzado, y tampoco quería hacerles esperar teniendo

en cuenta que esa reunión se había convocado principalmente por ella.

—¡Hola, chicas! —saludó con efusividad—. ¿Cómo estáis?

—Sin novedad en el frente —respondió Sonia, que aparecía de perfil en la pantalla mientras no dejaba de moverse en la cocina de su casa, cogiendo utensilios e ingredientes varios para preparar la cena, como la gente normal.

—Eso, eso —siguió Blanca—, cuéntanos, porque nos tienes en ascuas. Vamos, que yo necesito enterarme de toda la película porque no entiendo nada. ¿Por qué de repente Diana ha vuelto a nuestras vidas? —A diferencia de Sonia, Blanca permanecía inmóvil, sentada en el sofá frente a la pantalla del móvil, prestando toda su atención a la conversación. Bueno, casi toda, porque de vez en cuando miraba hacia abajo, donde su bebé colgaba de su teta derecha, para asegurarse de que su alimentación marchaba de la forma correcta.

—Eso es mucho decir, de momento ha vuelto a la mía.

—¡Y a la de todas tus compañeras! —exclamó Sonia invocando una frase típica de los juegos infantiles en los que si uno del equipo ganaba, lo hacían todos, igual que si uno perdía.

Eva se incorporó sobre el sofá y se cruzó de piernas para hablar desde una perspectiva diferente, mientras pensaba en alguna razón de peso que darles a sus amigas por la que de nuevo suspiraba por Diana como una adolescente por su cantante favorito.

Ninguna razón.

—Supongo que no es lo más inteligente, pero estoy cansada de luchar contra lo que siento.

—Pero ¿ella qué te ha dicho? —preguntó Blanca, enganchada a la historia como si fuese un culebrón de sobremesa—. O sea, en su momento no se atrevió a estar contigo, ¿qué ha cambiado?

—Todo. Ahora es diferente. Está divorciada y orgullosa de que le gusten las mujeres. Parece otra persona, pero a la vez es la misma de siempre. No lo sé. Estoy loca por ella. Es la única persona que me ha hecho sentirme así. Dos veces. ¿Debería rechazarla por miedo a volver a sufrir?

—Si te compensa, no —sentenció Sonia—. Pero acuérdate de que nosotras te vimos cuando rompisteis. Te destrozó la vida. ¿Crees que serías capaz de lidiar con eso otra vez?

—Ahora es diferente. No tiene por qué salir mal. Y si fuera el caso, no sería por los mismos motivos. Yo también soy más madura, y pase lo que pase lo enfrentaré como la Eva que soy hoy, no la de hace tres años.

—Al menos la teoría suena bien. Muy madura —comentó Blanca mientras recolocaba la cabeza de la niña.

—Vale, muy bien. Vuelves a estar con Diana, creo que eso podemos asumirlo. Pero ¿qué hay de lo de vivir con ella? ¿No vais un poquito *fast and furious*[10]?

Eva se tomó un par de segundos de pausa antes de responder a Sonia. Sí, era demasiado precipitado. Diana había lanzado un órdago para intentar cambiar la situación en la que se encontraban. Una huida hacia adelante sin sentido que podía costarles el equilibrio emocional que tanto habían tardado en alcanzar. Y, sin embargo, una propuesta que aún no había rechazado y que por momentos deseaba aceptar.

—Creo que se le calentó la boca porque no le gusta la idea de que siga viviendo con Ainhoa. Y lo peor es que me planteo aceptar su oferta. No tengo muchas opciones y no puedo seguir viviendo en esa casa por mi propia salud mental. Es una cuestión de practicidad.

—¡JA! Me descojono —soltó Sonia sin un atisbo de risa o diversión en la voz. Detuvo su quehacer en la cocina y cogió el móvil con ambas manos para ponérselo frente a los ojos—. De practicidad, dice. Novias y viviendo juntas a los dos días de liaros. Tía, que hasta yo le di un periodo de prueba a lo mío con Fran, que no sabéis nada la una de la otra.

—Eso no es verdad. No somos desconocidas.

—Pero no habéis vivido una relación de pareja, las manías, el humor al despertaros, las líneas rojas de la otra. ¿Y si no es como piensas? Deberíais vivir juntas porque queréis descubrir todo eso y estáis dispuestas a entenderos, no porque es la solución menos mala.

Las palabras de Sonia se quedaron revoloteando en la cabeza de Eva. Pensó que sí deseaba vivir todo eso con Diana. Deseaba tener ese tipo de intimidad y complicidad con ella. Compartirlo todo. Llegar a casa, a su casa, y saber que ella estaría esperando. Lo deseaba con todas sus fuerzas, pero Diana no se lo había propuesto por eso. Y de ningún modo permitiría que esa experiencia se estropeara por haberse precipitado o por haber tomado la decisión por los motivos equivocados.

—Tienes razón. Es mejor que busque un estudio o un apartamento y me deje de experimentos.

—Si necesitas quedarte aquí unos días eres más que bienvenida —ofreció Sonia—. Pero solo puedo ofrecerte el sofá, la otra habitación está sin amueblar y la usamos de trastero.

—Lo mismo digo —añadió Blanca—, yo tengo una habitación libre. Te la ofrezco a cambio de hacer de canguro de los niños de vez en cuando.

—Gracias a las dos —respondió con sinceridad mientras sopesaba rápidamente las ofertas y las declinaba a la misma velocidad—. No puedo seguir mudándome cada poco. Necesito estabilidad, y lo único que puede dármela es encontrar una casa propia, que no dependa de nadie más.

—Me parece lo más lógico. Si lo necesitas, aquí nos tienes —terminó Sonia al tiempo que Blanca suscribía sus palabras asintiendo con la cabeza.

La conversación se alargó durante media hora más con menos intensidad una vez zanjado el primer punto del orden del día. Cualquiera diría que una hora después de estar parloteando con sus amigas lo último que habría querido era seguir hablando, sin embargo, en cuanto cerró la llamada y repasó las conclusiones a las que habían llegado sobre Diana, se dio cuenta de cuánto la echaba de menos y de que no había tenido noticias de ella en todo el día más allá de un par de mensajes furtivos intercambiados por la mañana.

No era la hora más decorosa. La oscuridad de la noche asolaba las calles desprovistas de gente. El sonido de sus zapatos al caminar era su única compañía. Era probable que una llamada a esas horas solo sirviera para molestar a Diana o hacer que se preocupara por ella, pero al pensar en pasar toda la noche sin que hablaran sentía que sus tripas se torcían. Así que no tuvo más remedio que echar mano nuevamente de su teléfono móvil y dar un toquecito a la pantalla con el índice sobre el nombre de la susodicha.

—Hola, preciosa —saludó al otro lado, con un tono tranquilo y sensual que erizó su vello al punto—. Creí que ya no hablaríamos hoy. ¿Qué haces?

—Me he liado en la escuela y he estado hablando con las chicas. También tenía ganas de escuchar tu voz. Voy de camino a casa.

—Mmmm —resopló—. Ojalá eso significara que vienes aquí.

—No puedo, lo siento, tengo que ir a ver a Rumpel.

—No me refería a eso. Quería decir que ojalá esta fuera tu casa.

—Diana…

—Ya. No quiero presionarte, perdona, no insistiré.

—Me encantaría vivir contigo, pero es que creo que deberíamos tomar esa decisión por otras razones, no porque te preocupe que viva con Ainhoa. Dormiré en el sofá, por cierto.

—No me preocupa que vivas con Ainhoa, ni siquiera que duermas con ella. Confío en ti.

—¿Me habrías propuesto vivir juntas de no ser por ella?

—Seguramente no, pero no me arrepiento. Me resulta muy atractiva la idea de compartir mi vida contigo. No como compañeras de piso. Esa es la única parte de la oferta que no sigue en pie. Si vivieras aquí, no permitiría que durmieras en otro lugar que no fuese en mi cama… En nuestra cama.

—Sabes cómo hacer que a una chica se le trastoquen todas las ideas.

—No, ya te lo he dicho. No quiero presionarte. Cuando estés preparada tendrás la puerta abierta de par en par.

Eva suspiró para dejar escapar el escalofrío de pura emoción que le recorría el cuerpo. No podía dejarse llevar por lo que sentía hacia

Diana, porque le diría que sí con los ojos cerrados a cualquier cosa que le pidiera sin pensar en las consecuencias.

—He hablado con Ainhoa para contarle lo nuestro. Creo que ha sido bastante comprensiva y que podemos llevar las cosas como adultas civilizadas.

—Bien, me alegro de que no tengas que soportar una situación incómoda mientras sigas ahí.

—Sí, es un alivio. Me ha contado que está yendo a terapia con Maca, tu Maca…, es decir, tu ex… terapeuta. ¿Deberíamos estar alerta?

—No me importa lo más mínimo lo que haga Maca o lo que haga Ainhoa, te lo aseguro. Solo me importas tú y todo lo que te echo de menos. La cama está demasiado fría sin ti.

—Uf, no me digas eso. Me voy a volver loca de pensar que estás revuelta entre las sábanas con algún pijama sexi que te marque bien las curvas.

—En realidad…, estoy desnuda —respondió Diana, dejando muda a Eva—. Ojalá estuvieras aquí…

Eva fue incapaz de decir algo coherente al percibir la respiración de Diana agitarse poco a poco. Sus jadeos en el oído, al otro lado del auricular, abrasaban las conexiones de sus neuronas. Sintió un calor interno y sobrenatural instaurarse en toda su cabeza. Supo a ciencia cierta que las mejillas le ardían al rojo vivo. Casi perdió la capacidad de seguir caminando mientras escuchaba a Diana disfrutar de su propio cuerpo y maldecía a los dioses de todos los panteones que conocía por no ser ella quien provocaba esos sonidos.

—Eres muy cruel… —consiguió balbucear Eva, aunque solo le sirvió para añadir más deseo a su ya enfebrecido pecho.

Lo que sería un milagro es que a ese paso consiguiera llegar a casa, o que no dejara a sus pies tomar la decisión de ir corriendo hasta Diana y ayudarla a terminar lo que había empezado.

Se detuvo y apoyó en un banco de la calle, mirando a los lados para asegurarse de que nadie más podía escuchar lo que acontecía en su oreja. Se obligó a ser consciente de su respiración y a tragar saliva para evitar la sequedad de la boca, y siguió sin decir nada

para no molestar a una ocupada Diana que aumentaba sus jadeos en ritmo e intensidad. Para cuando escuchó un leve quejido seguido de una fuerte bocanada de aire, estaba tan excitada como una gata en celo. Tanto que no era capaz de dar con una manera de apagar sus fuegos internos en casa de Ainhoa que no implicara retroceder siete pasos en su recién adquirida tregua con la secretaria, o cagarla estrepitosamente en su recién adquirida relación con Diana.

—Buenas noches, preciosa —susurró Diana una vez hubo recuperado el ritmo normal de su respiración—. Ha sido un placer hablar contigo.

—Ya…, ojalá pudiera decir lo mismo. —Eva reanudó el paso a duras penas, esperando que de alguna forma mágica se pusiera a llover para refrescar sus ideas y su anatomía—. ¿Qué se supone que voy a hacer yo ahora con este calentón?

—Ojalá pudiera ayudarte, de verdad te lo digo —siguió Diana entre bostezos—. Seguro que a esa cabecita tuya se le ocurre más de una buena idea… Solo… piensa en mí cuando lo hagas.

Eva resopló.

—Buenas noches —dijo casi refunfuñando antes de colgar el teléfono. Nada más hacerlo, se quedó mirando la pantalla ya apagada y repasó la última frase de Diana. ¿Acababa de pedirle sin hacerlo que no se dejara tentar por Ainhoa? Le había jurado que confiaba en ella y que la presencia de Ainhoa no le importaba, pero incluso la seguridad de Diana se tambaleaba en según qué situaciones. Mentiría si no dijera que la parte más irracional de su ser sonrió al entender una pequeña punzada de celos en las palabras de Diana. Una parte diminuta. Otra mucho mayor se sintió fatal por haber cortado la conversación sin haberle dicho que no tenía de qué preocuparse.

Aguardó hasta el momento oportuno, una vez en casa, con todos los deberes hechos, y Ainhoa roncando en su cama. Se acostó en el sofá en ropa interior y se cubrió con una manta hasta la cabeza. Buscó el mejor ángulo del que fue capaz en esa estrecha cueva de tela y se hizo una sugerente foto que dejaba entrever desde su escote hasta el borde de su pelvis. Se la envió a Diana con un preciso mensaje:

Ahora me toca a mí.
No podría pensar en nadie que no fueses tú.

La respuesta de Diana en forma de emoji de corazón consiguió que al suyo se le olvidase latir por unos segundos. El alivio sexual no era nada en comparación a la sensación de miles de mariposas revoloteando en su estómago con cada cosa que Diana le decía. Incluso con las que no.

Dio media vuelta en el sofá y se hizo un ovillo con sus propias piernas. A falta de cualquier cosa mejor, besó la pantalla apagada de su móvil cumpliendo la promesa que acababa de hacerle a Diana.

«Ojalá estuvieras aquí».

Capítulo 17

«Esto no es nada justo. Yo debería estar disfrutando de mi recién estrenado noviazgo y no engullida por un problema tras otro de la escuela. ¿Cuántas posibilidades reales existen de conseguir el dinero para pagar a Ángel por muy bien que estén saliendo las *master classes*? Pocas. Muy pocas. Vale que este negocio no es la gran cosa, pero empieza a ir bien. La tasación sería más alta ahora, y ese imbécil engreído me pedirá mucho más de lo que vale para joderme la existencia. A lo mejor debería claudicar, dejar que algún gordo ricachón entre como inversor y me quite los quebraderos de cabeza de que mi ex siga siendo mi socio. Así al menos podría pasar más tiempo con Diana y menos preocupada por mi futuro laboral inmediato».

El no haber visto a Diana más que un par de veces las dos últimas semanas había hecho mella en su humor. En su mal humor, en concreto. Conseguir la colaboración de tres personas y gestionar las inscripciones había sido más duro de lo que podía imaginar. Y eso, unido a su necesidad de búsqueda inmediata de un lugar en el que vivir, le había absorbido la existencia durante los días anteriores.

La oferta de vivienda era más que escasa. Pisos enanos, a precios desorbitados o prácticamente para tirar y hacer nuevos. Ninguno que se acercara remotamente a lo que ella tenía en mente. Ninguno que se pareciera a la casa de Diana. No por lo grande o impoluta que era, sino porque ella estaba allí. Y solo pensar que de haber tomado otra decisión podría haber disfrutado mucho más de su

compañía le martilleaba el centro de la cabeza como si sus sesos fueran un saco de boxeo y sus pensamientos el próximo campeón de los pesos pesados.

Diana tampoco había estado demasiado presente para ella, ni siquiera de forma telemática. Le dijo que había tenido algún tipo de urgencia en el trabajo de la que se negaba a hablar, pero que era evidente que ocupaba su mente y la alejaba de ella. No entendía por qué el destino —o la vida real— se empeñaba en dificultar tanto las cosas ahora que por fin ambas habían admitido sus sentimientos y estaban dispuestas a luchar por su relación. Deberían estar en una nube de amor y arrumacos, ¿no? Y sin embargo se encontraban robando minutos al estrés para poder disfrutar de un rato de tranquilidad a solas. Cuantas más vueltas le daba más ganas tenía de mandarlo todo a la mierda y simplemente ir a buscarla a donde estuviera para arrancarle la ropa de cuajo y hacerle el amor de las formas más creativas que pudiera imaginar.

—Grrrr. —Se le escapó un gruñido. Bufó y agitó la cabeza a los lados para desterrar esas ideas.

Su mala leche se palpaba en el ambiente. Apenas su tía o alguno de los profesores le habían dirigido la palabra durante la preparación de la escuela, y tampoco mientras recibían a los asistentes del tercer y último día de clases magistrales. El día del plato fuerte. Gracias a la ayuda de Diana y a los contactos de su tía consiguieron contar con la presencia de tres reputados profesionales de las artes escénicas que, tal como supusieron, fueron un gran reclamo para llenar el lugar de gente. Sobre todo, el último: Tadeo Vargas, que se había implicado en la causa y convocado a todos sus seguidores de Instagram y TikTok. Un chaval muy humilde y amable a pesar de moverse en las frívolas esferas de las redes sociales. En otras circunstancias quizá habría aprovechado para acercarse más a él y sellar un contacto interesante, pero la presión, el cansancio y el malestar acumulados impedían que fuese capaz de pensar más allá de las siguientes horas.

Incluso después de certificar el éxito de aquella aventura y de haber firmado un buen puñado de nuevas matrículas, quedaba mucho por hacer antes de que pudiera irse a descansar y, con

suerte, escuchar un rato la voz de su novia. Por ejemplo, lograr que los rezagados abandonaran el recinto. Entre ellos, varios *followers* de Tadeo que se afanaban en intentar conseguir un *selfie* con su estrella virtual favorita, y unos cuantos curiosos que escudriñaban el ambiente quizá con la idea de sacar algo más de beneficio de su visita.

De todos los asistentes, quien causaba mayor sensación de ansiedad a Eva era Maca, la ex de Diana en todos los sentidos. Por alguna razón que aún desconocía se había personado allí y hablaba con Ainhoa como si la escuela fuese un centro de ocio y esparcimiento en lugar de un espacio de trabajo. Durante toda la tarde les había lanzado miradas furtivas para intentar captar algo de su conversación o cualquier movimiento extraño. Había estado todo lo alerta que pudo sobre su presencia y propósito, pero una vez más había fracasado en su cometido de dividirse en dos, o en cuatro, para poder estar en varios sitios a la vez.

Ahora que la mar había menguado y las aguas volvían a su cauce, supuso que era su deber interceptarlas y enterarse de una vez de las motivaciones de esa incipiente relación. Todavía estaba planificando qué decir, o cómo acercarse a ellas sin que la intromisión fuese tan evidente, cuando Diana cruzó la puerta de la escuela para su más que agradable sorpresa. No esperaba verla allí, y tampoco le había dicho que intentaría ir. Era tal el poder y la seguridad que manaban de ella que todo el mundo se la quedó mirando. A esa mujer capaz de hacer temblar el suelo por donde pisaba, igual de atractiva que siempre con un simple pantalón de vestir negro y una camiseta blanca metida por dentro de la cintura. Nada más percatarse de su presencia sonrió y su humor cambió hasta el punto de darle exactamente igual la visión de Ainhoa y Maca en la escuela. Incluso llegó a parecerle divertido que aquellas dos se hubiesen hecho tan amigas.

Justo en ese instante entendió que cualquier ápice de su felicidad tenía que ver con Diana, y que no quería seguir posponiendo su vida juntas por razones que no lograba encontrar. Cambió de plan de inmediato y se fue directa a por Diana. La besó sin contenerse, y

recibió con gusto la respuesta de sus labios en forma de calor y humedad.

—Yo también me alegro de verte —dijo Diana con una sonrisa de oreja a oreja.

Eva no dijo nada, solo le devolvió la sonrisa y la besó en la mejilla.

—¿Qué tal ha ido? —Diana la rodeó y acomodó entre los brazos.

—Genial, ha venido mucha gente y parece que ha sido un éxito. Hay como treinta o treinta y cinco nuevos alumnos.

—Qué bien, me alegro muchísimo —comentó presionando un poco más su cuerpo—. Siento no haber podido llegar antes.

—Lo que importa es que estás aquí ahora —respondió Eva, dejando vagar una mano por la clavícula de Diana.

Embaucada por el abrazo de Diana, por su cariño y cercanía, no fue consciente de que alguien más acababa de entrar en la ecuación. Al menos hasta que el cuerpo de la mujer se tensó y la presión de sus brazos se aflojó hasta romper por completo el abrazo. Eva frunció el ceño y a punto estuvo de soltar un ladrido a quien había osado perturbar ese codiciado instante de paz. Se giró con la rabia asomando a sus ojos, pero sus deseos de meterse en una pelea no fueron colmados debido a que se topó con una sonriente Maca que saludaba a Diana omitiendo completamente su presencia.

—Esperaba verte por aquí —dijo Maca a modo de saludo—. ¿Cómo te va?

—Bien, bien, gracias por preguntar. Yo sin embargo no habría imaginado encontrarnos aquí.

—Sí, lo sé. Tuve dudas de venir. Lo que pasa es que tenía cita con Ainhoa, mi paciente, y me pidió trasladarla aquí porque le tocaba quedarse hasta tarde.

—Bueno, si yo fuera su jefa no me haría ninguna gracia que utilizara sus horas laborales para otras cosas —comentó en una referencia clara a Eva, que hasta ese momento había sido ninguneada por ambas.

—Ah, no, ningún problema —respondió Eva con el tono más falso de indiferencia que fue capaz de poner—. Bastante ha hecho quedándose tantas horas sin protestar.

Ainhoa, que se había mantenido ajena a la conversación alejada unos pasos de Maca, se acercó en el momento en que mencionaron su nombre.

—Eva puede ser un desastre en sus relaciones personales, pero en lo profesional es buena tía —dijo con un perfecto tono entre el halago y el insulto.

—Mira si seré buena que te libero por hoy. Podéis iros a terminar la sesión a otra parte. Que después de veros tanto tiempo juntas ya hasta os estaba *shippeando*. He pensado un *hashtag* y todo: #Macanoa. ¿Os gusta?

—Vaya, has dedicado más tiempo del que creía a pensar en nosotras —dijo Maca en tono de sorna.

—Lo justito…

—No te preocupes —siguió sin atender al comentario de Eva—, es natural sentir celos cuando el orgullo se ve amenazado. A fin de cuentas, habéis tenido una historia muy reciente y eso deja poso.

—¿Qué coño dices? —inquirió exaltándose más de lo que hubiese querido.

—¿Por qué si no seguirías viviendo en casa de Ainhoa dos semanas después de romper con ella y de empezar a salir con Diana? —Maca no modificó su cínico tono de voz a pesar del estado de Eva—. Es algo que me tiene muy despistada viendo lo bien que os va.

Eva quiso contestar, pero un certero apretón de Diana en su antebrazo evitó que entrase en su provocación.

—Qué sabré yo… —concluyó Maca encogiéndose de hombros.

A pesar de que hacía un buen rato que ambas se habían marchado y que esa desagradable conversación había terminado, Eva seguía afectada y cabreada por sus insinuaciones, golpeando los muebles con más fuerza de la necesaria y con el ceño fruncido de tal forma que cualquiera diría que le iba a dejar marca.

—No le des más vueltas —dijo por fin Diana con la esperanza de sacar a Eva de ese estado mental—. Maca sabe cómo jugar sus cartas y hacer dudar a cualquier persona.

—¡Joder, con la comecocos! —bramó Eva—. No me ha hecho dudar. Pero no me gusta que vaya diciendo estupideces que puedan dar alas a la imaginación de Ainhoa. O a la tuya.

—¿Por qué supones que mi ego es tan frágil como para que me afecte lo que Maca pueda decir? Además, te recuerdo que yo fui su paciente, la conozco bastante y conozco su *modus operandi*.

—Eso es justo lo que me preocupa, que también fuiste más que su paciente. Puede que esté resentida contigo y que se haya aliado con Ainhoa para vengarse de nosotras.

—¡Menudas películas te montas! —Diana no pudo evitar soltar una leve carcajada mientras ordenaba algunos papeles sobre la mesa de Ainhoa.

—Sí, pero de terror. Con el hombre del saco y su prima. Así que no me juzgues por ser precavida, ¡y no te rías de mí!

—No te juzgo. Solo creo que no deberías dejarte llevar por esas ideas, porque te provocarán más angustia que otra cosa.

Eva se acercó a la puerta para cerrarla con llave mientras asentía. Diana tenía razón. Lo último que necesitaba era dar bombo a Maca y Ainhoa y que su estúpido encuentro chafase uno de los pocos momentos que habían tenido para estar juntas. Se llevó las manos a las sienes y las apretó un poco tratando de evadir la presión que sentía dentro de la cabeza.

—Un día duro, ¿eh? —susurró Diana a su espalda. Se pegó a ella, abrazó su cintura y la besó en la coronilla disipando levemente la neblina de su mente.

—Mejora por momentos —respondió con sinceridad, dejando escapar una sonrisa—. En realidad, ha ido mejorando desde hace un rato, cuando cierta rubia despampanante entró por esta misma puerta para atraer todas las miradas. Incluyendo la mía.

—Guau, debe de ser una mujer increíble —comentó con ironía.

—Uf, está tremenda. Es tremenda.

Diana hizo girar a Eva entre sus brazos, despacio, hasta quedar cara a cara. Enterró la mano derecha en su cabello y la perdió acariciando su piel desde la cabeza hasta la oreja, y luego el cuello. Allí la instaló para atraerla aún más y besarla con tranquilidad, sin ninguna prisa, de la forma más tierna y sentida que lo había hecho

nunca. Eva se dejó hacer, sin oponer resistencia ni intentar tomar el control de la situación. Disfrutó de su contacto y de la suavidad de sus labios, suspirando entre ellos, absorbiendo su energía como una droga capaz de reiniciar todo su sistema operativo. Como si acabase de formatear un disco duro lleno de virus para dejarlo como nuevo y listo para volver a funcionar a pleno rendimiento.

—La dueña de la escuela tampoco está nada mal.

Eva sonrió, se abrazó a ella y dejó descansar la cabeza sobre su pecho.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado en E-Vento? —preguntó, más relajada. Por mucho estrés que hubiese tenido con las clases, no había olvidado que Diana también estaba pasando por un momento complicado. Quería demostrarle que se preocupaba por ella y contaba con su apoyo siempre, en cualquier situación. Que ella no tenía que cargar con los problemas de ambas.

—Mm, mm —soltó a modo de negación con una sacudida horizontal de la cabeza—. Esta noche no. Has tenido suficiente por hoy. Recogemos tus cosas y nos vamos a mi casa a cenar y a descansar.

Diana se separó de ella y echó un vistazo a su alrededor para comprobar que todo estaba en orden y podían irse.

—¿A nuestra casa? —quiso afirmar Eva, aunque le salió más bien en tono de pregunta. Sabía que Diana fue quien lanzó la proposición, pero ambas habían llegado a la conclusión de que fue demasiado precipitado. Y ahí estaba, apenas un par de semanas más tarde volviendo con el rabo entre las piernas a suplicar que la aceptara como algo más que su compañera de piso, porque no había ningún otro lugar en el mundo al que quisiera llamar hogar que al que formaran juntas.

—¿Qué? —preguntó Diana, sin estar segura de lo que Eva estaba insinuando.

—En una cosa Maca tenía razón. No quiero irme de casa de Ainhoa porque no quiero irme a ninguna parte que no sea contigo. Estoy harta. Harta de rechazar cada opción que veo y de convencerme de que irnos a vivir juntas no es una buena idea. Lo que quiero es estar contigo todo el tiempo posible, compartir

nuestra vida y descubrir si somos tan compatibles como sospecho. No porque no haya alternativa, sino porque es lo que de verdad quiero. Lo que espero que tú también quieras, si todavía me aceptas como compañera de piso.

—No, no te acepto como compañera de piso —sentenció Diana, completamente seria, cortando la respiración de Eva, que a punto estuvo de romper a llorar—. Acepto que vivamos juntas como pareja, como lo que somos, y que sientas esa casa como tuya desde el primer momento. Te prohíbo dormir en una cama que no sea la nuestra.

Diana la derritió por completo con una sonrisa, y Eva también sonrió, aliviada. Desistieron de cualquier otra idea y se acercaron la una a la otra felices, convencidas del paso que iban a dar y que todo el mundo reprobaría. Cuando Diana volvió a besarla, el corazón estuvo a punto de escapar de su pecho. Esos nervios eran nuevos, de expectación y ansia por comenzar esa nueva vida que prometía ser su auténtico final feliz, con el que había soñado desde que se enamoró de ella en E-Vento. Se sintió tan eufórica que olvidó el plan de volver a casa y simplemente se dejó llevar por el deseo de saciarse de Diana.

—Quítate la ropa —ordenó.

—Creí que nos íbamos a casa.

—Ya… Yo también. Pero tengo un par de cosas que hacerte antes.

Eva se apartó de ella, la abandonó de pie y se fue al sofá rojo a ponerse cómoda. Se sentó con las piernas abiertas a sus anchas, y abrió también los brazos y los estiró sobre el reposacabezas para disfrutar del espectáculo.

—Vamos, desnúdate —reclamó de nuevo.

Diana mostró media sonrisa seductora. Avanzó un par de pasos hacia Eva y tiró del bajo de la camiseta para liberarla de la prisión del pantalón. Se la quitó despacio, con un movimiento sugerente, sacando primero los brazos y por último la cabeza. A la camiseta le siguió el sujetador. Eva emitió un pequeño ruidito sin identificar al ver sus pechos al aire. Diana volvió a sonreír. Acarició sus propios cuello, clavícula y pecho mientras avanzaba un poco más. Luego siguió descendiendo con las manos por su cuerpo hasta llegar al

pantalón, lo abrió y se lo quitó sin muchos miramientos. Para entonces estaba a tiro de piedra de Eva, que seguía inmóvil en su posición.

—¿Así te vale? —preguntó Diana con un tono deliberado de maldad.

Eva negó con la cabeza, y luego señaló sus bragas, todavía en su lugar, con un gesto que solo podía significar que las quería fuera de su cuerpo de inmediato. Diana obedeció, y una vez desnuda por completo se entregó a Eva con los brazos abiertos, expectante por las ideas que tuviera en la cabeza.

En ese momento, Eva, que mostraba una agitación que no podía disimular debido a la excitación del momento, tuvo un arranque que hasta sobresaltó a Diana. Lanzó los brazos alrededor de su cadera hasta conseguir su objetivo de aprisionarle el trasero con las manos. La empujó hacia delante con tal fuerza que Diana perdió el equilibrio y se precipitó hacia el sofá, cayendo encima de Eva a horcajadas, con las piernas abiertas y su sexo expuesto, tal como Eva había previsto. Enterró la cabeza entre sus pechos besando y lamiendo cada milímetro de piel que su boca encontraba, mientras sus manos recorrían su espalda para apretarla más contra ella.

Cuando menos lo esperaba, llevó una mano directa a su desprotegida entrepierna, arrancando un grito de sorpresa y placer de las profundidades de sus cuerdas vocales. Diana se dejó llevar y empezó a mover las caderas sobre la mano de Eva, de una forma tan sexi que le hacía perder la cabeza.

—Dios… —gruñó Eva—, me matas.

Dada la debilidad de Eva, Diana aprovechó para igualar las cosas. Consiguió que se tumbara mientras la ayudaba a desnudarse, sin quitarse de encima de ella. Y una vez sin ropa dejó caer su peso sobre su pubis, provocando con sus movimientos una corriente eléctrica que saltaba de un cuerpo al otro. Eva se aferró a las caderas de Diana para acompasarse con su vaivén y facilitar así que sus cuerpos encajaran como las partes de un mueble hecho a medida.

En toda esa vorágine de pasión, calor y humedad, Eva no pudo evitar pensar en lo que estaban haciendo en mitad de la escuela. Ya

no podría volver a mirar al recién profanado sofá rojo con indiferencia.

Un sonoro pitido de claxon en la calle las despertó con un susto mayúsculo. Eva saltó desnuda del sofá y se puso en pie, agarrándose a la vez el pecho para frenar su corazón desbocado y el pelo para retirarlo de la cara y poder ver algo a su alrededor.

—¡Coño! —gritó al comprobar que ya era de día y que se habían quedado dormidas sobre el encendido testigo de sus perversiones nocturnas.

Diana también se asustó, pero reaccionó de una forma mucho más pausada que ella. Casi demasiado teniendo en cuenta que la jornada laboral estaba a punto de comenzar y que el aspecto de ambas distaba mucho de ser aceptable para cualquier contexto profesional.

Eva no fue consciente de la parsimonia de su novia en un primer momento. Se puso a revolotear como un torbellino alrededor del sofá para recoger las pruebas del delito: las prendas de ropa tiradas por doquier. Sus alarmas saltaron cuando se había vestido casi por completo y Diana apenas había terminado de ponerse la ropa interior.

—¿Qué te pasa? —preguntó por fin al ver su mirada perdida. Le hizo una caricia en la mejilla y siguió hablando en un tono jocoso y despreocupado que esperaba que le devolviera la sonrisa—: Entiendo que no quieras separarte de mí, pero a este paso vamos a tener que dar unas cuantas explicaciones, yo a mis empleados y tú a los tuyos.

—No te preocupes —respondió Diana con media sonrisa forzada —, me iré antes de que lleguen.

—¿No vas a pasar por casa antes de ir a E-Vento? —volvió a preguntar, a sabiendas de que esa pregunta era otra forma de insistirle en que le contara lo que pasaba con la empresa, porque era más que evidente que algo no marchaba con normalidad.

Un segundo, dos, tres…

Un suspiro, dos, tres…

—Diana…
—Me han despedido.

Capítulo 18

«Una estafa. Eso es la vida. Nos engañan diciendo que es maravillosa, que es posible encontrar la felicidad, que hay que luchar por ella y bla, bla, bla… ¡Una puta estafa! ¿Que quieres triunfar en lo laboral? Te jodes porque no puedes tener relaciones personales. ¿Que priorizas tu pareja y tu familia por encima de tu trabajo? Te jodes porque de amor no se vive ni se come. Y a veces, mis favoritas, la vida se construye un combo de putadas, todas a la vez, y te las lanza a ver si tienes ovarios de enfrentarte a ellas, o como mucho de esquivarlas. Qué maravillosa es la vida… cuando acaba y llega el dulce descanso eterno de la muerte».

Quizá estaba exagerando un poco. Mucho. Le gustaba vivir, y le gustaba la vida que llevaba. Casi siempre. Aunque en honor a la verdad la vida no se lo estaba poniendo nada fácil en los últimos tiempos. Desde que Diana le soltó la bomba le estaba costando horrores pensar en algo no destinado a ayudarla a salir del bache. ¿Cómo podía ser que la hubiesen apartado de una empresa que prácticamente había mantenido sola a flote después del desfalco del anterior CEO? No lograba entenderlo. Y no podía borrar de la mente su rostro más triste que desencajado mientras le contaba cuándo empezaron con reestructuraciones y cosas raras. Ni cómo le comunicaron de un día para otro su despido para ser sustituida por una cría sin experiencia, eso sí, con dos carreras y cinco másteres.

Estaba segura de que lo sabía, o que al menos se lo olía, y que no se lo contó para no preocuparla. Típico de Diana. Igual de típico que

tratar de mantenerla al margen durante las semanas siguientes, mientras arreglaba su salida y concluía sus comunicaciones con ellos. Una parte de Eva se sentía dolida y apartada, pero otra entendía sus motivos y le agradecía que pensara antes en ella que en sí misma.

Sin embargo, el objetivo de Diana al ocuparse por su cuenta de sus problemas no conseguía ni de lejos menguar su preocupación. Hasta tal punto que había olvidado su cita con Ángel para hacerle una oferta por su parte de la escuela. El plazo que le impuso había finalizado, tal como se lo hizo saber en el escueto mensaje que le hizo llegar unos días antes. Un mensaje que no daba opción a réplica:

Se acabó el tiempo.

Estaré ahí el viernes a las 9.

Espero que tengas mi dinero.

Llegó tarde. Y aquel desplante sirvió para que cualquier posibilidad de conversación civilizada se fuese a pique. Tampoco tuvo la sensación de que Ángel fuese con alguna idea diferente a la de reírse de ella y de la escuela en su cara. A menospreciarla y a pisotear su trabajo sin un ápice de remordimiento. Como si en un pasado no tan lejano no hubiesen estado a punto de formalizar una vida en común. Como si siempre pesaran más la rabia y el rencor que el cariño y el perdón.

Habían hablado unos quince minutos, tiempo más que suficiente para que su ex le dejara bien clara su opinión acerca de un negocio al que le quedaban los días contados. Incluso le habían sobrado minutos para garantizarle que tal como saliera por la puerta iría directo a deshacerse de cualquier vínculo con la escuela, puesto que la cifra que Eva podía ofrecer ni se acercaba al precio de venta que él pedía. Precio al que estaba segura que nadie llegaría. Sin duda

prefería vendérsela a cualquiera que no fuera ella, aunque pudiese perder dinero en el proceso.

Al menos con aquella última vez cerró un capítulo de su vida que no pensaba abrir jamás: el de mezclar negocios y placer. No volvería a ver a Ángel igual que no volvería a trabajar con alguien que despertara su deseo sexual. Cosa que, por supuesto, ya no pasaba con Ainhoa. Asunto zanjado. Y no pasaba porque sus pensamientos estaban copados en exclusiva por Diana, a quien no tuvo más remedio que llamar tras su fatídico encuentro con Ángel, a pesar de que detestaba hablarle de trabajo dada su situación.

—Ya está. Se acabó —contó cuando escuchó a Diana atender la llamada—. Nunca tuvo intención de vendérmela, ¿sabes? Todos los esfuerzos han sido en vano.

—No han sido en vano —dijo Diana al otro lado—. Todo lo que has hecho ha sido por el bien de la escuela. Te has portado como una auténtica empresaria y debes estar orgullosa independientemente de lo que ocurra ahora. Yo estoy muy orgullosa de ti.

Eva tragó saliva y se obligó a contenerse para no abrirle su corazón en canal por teléfono y decirle todas las cursilerías que se agolpaban en su cavidad bucal. Quizá confesarle que la quería no sería una sorpresa para ninguna de las dos, pero fue algo que ya hizo en otra ocasión y cuyo resultado destruyó todo su ser. Todavía no estaba preparada, y puede que no lo estuviera hasta tener la certeza de que Diana sentía lo mismo. Así que respiró hondo para tranquilizarse y no decir algo de lo que se pudiese arrepentir, aún más por teléfono, donde no tendría la reacción de Diana en riguroso directo.

—Gracias —concluyó de una forma un tanto escueta—. En fin, solo me queda rezar para que la persona que se la quede tenga más interés en sacar algún beneficio del negocio que en destrozarme la vida… ¿Qué te parece si vienes a buscarme y me tomo el día libre? No quiero pensar más en esto y me apetece mucho que hagamos algo juntas para variar.

—Me encantaría —se apresuró a decir—, pero tengo que ir a E-Vento a firmar unos papeles.

—Puedo acompañarte. Cuando acabes nos vamos por ahí y nos cogemos un pedo para olvidar los dramas laborales.

—No… creo que sea buena idea. Puede que mi reunión se alargue más de la cuenta y te toque esperarme sola un buen rato. Mejor quédate con tu tía en la escuela y nos vemos en casa esta noche. Te prepararé algo rico de cena, ¿vale?

—Vale… —suspiró, resignada a no compartir otro momento de vulnerabilidad con ella.

Le estaba ocultando algo. Eso seguro. De no ser así, habría ido corriendo a la escuela para que no tuviese que estar todo el día sola dando vueltas al futuro de su negocio. Tal vez su salida de E-Vento iba peor de lo que le había dicho. Según le contó, la empresa iba a luchar por demostrar que se trataba de un despido procedente. De esa forma se evitarían un finiquito importante por despedir a una persona que se había dedicado en cuerpo y alma durante años a llevar a la agencia de eventos a lo más alto. Dudaba que pudieran haber encontrado alguna mancha en una carrera intachable como la suya…

Por todos los dioses.

Ojalá no hubieran encontrado un enorme y negro borrón con pinta de treintañera perdida en la vida y su nombre: Eva Suárez.

Un escalofrío erizó todos y cada uno de los pelos de su espalda. No. No podía ser eso. Lo más probable era que Diana no se encontrase en disposición de ser su hombro para llorar en ese asunto concreto, y prefería encomendarle la tarea a su tía, tal como le había dicho. Algo que podía entender perfectamente por mucho que le repateara no verla hasta la noche.

¿No?

Se sentía mal. Mal de una forma extraña. No alterada, ni enfadada. Sino como imbuida por una tristeza profunda y una oscuridad que anegaba su pecho y su cabeza. ¿Cómo podía haberse convertido en la viuda negra de su propio trabajo y del de Diana? Quería desaparecer de la faz de la tierra, borrar los últimos meses y evitar que Diana tuviese que pasar por todo eso. Renunciaría a ella para que pudiese seguir con la vida que conocía, la que la hacía

feliz, porque cada vez tenía más dudas de que fuese a conseguir ser feliz a su lado.

—A lo mejor me equivoco, pero diría que esta no es la imagen más adecuada para los alumnos que entren a la escuela. —Ainhoa se dirigió a ella por sorpresa desde su puesto de secretaria. Se había dejado caer boca abajo en el sofá rojo, como un peso muerto, sin preocuparse por el aspecto que daba.

—¿Por qué? ¿La gente no espera ver a la dueña de la escuela dramatizando y en fase terminal? —preguntó irónicamente. Después se giró para quedar boca arriba, y se tapó la cara con un brazo para que la luz no le diera directamente.

—Diría que no. Si al menos estuvieras muerta podríamos instalar la capilla ardiente y tendríamos excusa.

—Ah, claro. ¿Te importaría matarme? No opondré resistencia.

Ainhoa soltó una carcajada.

—¿Ir a la cárcel por ti? Paso. Te toca seguir viviendo y llevando a cuestas todas tus penas.

—Gracias por los ánimos.

—Viéndote así sospecho lo que ha pasado con mi primo. ¿Te invito a tomar una copa y me cuentas?

No tuvo fuerzas para rechazar la propuesta. Necesitaba desahogarse y no había razón para que Ainhoa no sirviera a ese propósito. Tampoco le importó dejar la recepción desamparada por primera vez. Si su escuela podía esperar un día a que ella volviese a estar en sus cabales, los alumnos también. Dejó en Ainhoa la responsabilidad de decidir el rumbo, el lugar al que acudir e incluso los primeros tragos a tomar. Solo necesitó una copa para que el alcohol hiciera el efecto prometido sobre su desinhibición. Empezó a largar más de la cuenta sobre Ángel, sin ningún tipo de tacto. Le dio igual lo que la prima del sujeto A pudiera hacer con dicha información. Poco más había que Ángel le pudiese arrebatar.

Sin embargo, a Ainhoa pareció divertirle el relato embriagado de Eva. De su boca no salió un solo reproche al respecto. Al contrario, entró en su juego y participó con algunas bromas de cosecha propia entre copa y copa que vaciaban sin ningún tipo de conciencia.

—Vale, no lo has tenido fácil en tu estreno como empresaria —confirmó Ainhoa, apoyada sobre un brazo en la barra—, pero que las cosas no salgan según lo esperado también ofrece la oportunidad de abrazar el cambio. Todos los cambios son para bien, ¿no? Al menos, eso dicen.

—Eso dicen, sí… —respondió Eva, nada convencida, sentada en un taburete mirando hacia la barra.

—¿Por los comienzos?

Ainhoa ofreció un pequeño vaso a Eva para brindar. Eva lo tomó y chocó el cristal con el de ella. Luego tomaron el contenido de un trago.

Chupito.

—Mírame a mí —siguió narrando Ainhoa después de dejar el vaso vacío sobre la barra con un sonoro golpe—. He tenido que abrazar unos cuantos cambios este año. Una ciudad nueva, un trabajo nuevo, una jefa que me tiraba los trastos, una compañera de piso plasta, pero con buenas tetas, un abandono por una mujer mucho más mayor que yo… ¿Crees que algo de todo eso me ha afectado? Pues un poco, si te soy sincera. Pero una coge, va un ratito al psicólogo, y a seguir adelante.

—Sí, menuda elección buena de psicóloga la tuya —soltó, y se tapó la boca al instante con una mano, arrepentida de haberse metido en ese terreno—. Perdona, no es asunto mío.

Chupito.

—Vale, confieso que esperaba causarte algún tipo de sensación. Lo que no esperaba fue lo que dijiste en la escuela… ¿*Hashtag* #Macanoa? Por favor, demasiado simple para ti.

—Ya sabes que no se me dan demasiado bien las redes sociales —respondió Eva sin ocultar la sonrisa que había conseguido arrancarle.

—He dejado de ir a terapia con ella. No me gustaba el camino por el que intentaba llevarme. Creo que en el fondo ella guardaba rencor a Diana y esperaba usarme como arma para dinamitar vuestra relación. Pero yo no quiero hacerte daño.

—Tú tranquila, ya me encargo yo de dinamitarla desde dentro.

Chupito.

—¿Y eso?

—No soy buena para ella. Tiene que cargar con mi mierda y con la suya. Y creo que he tenido algo que ver en su despido.

—¿La han despedido?

Eva asintió con la cabeza.

—El huracán Eva azota de nuevo y arrasa con todo a su paso. Estaría mejor sin mí.

Chupito.

—Eres demasiado dura contigo misma. —Ainhoa se aproximó a ella, la giró en la silla y se quedaron frente a frente—. Yo en ti veo a una persona que lucha por lo que quiere, que se esfuerza y que intenta hacer las cosas bien. —Mientras hablaba, Ainhoa fue acercándose más y más, colando el cuerpo entre las piernas de Eva. Apoyó las manos en sus rodillas y flexionó los codos para agacharse un poco hacia su cara. Luego susurró—: Diana tiene mucha suerte.

Al sentir los labios de Ainhoa sobre los suyos, una alarma de peligro mortal se encendió en su cerebro y empezó a mandar impulsos eléctricos a todo su cuerpo. Casi una descarga. Mientras saboreaba el alcohol de boca de su secretaria hizo un auténtico esfuerzo para conseguir que algo de oxígeno llegara hasta sus sesos para reanimarlos por un momento. No podía hacer eso. No quería hacer eso. Esa sería la vía fácil para acabar con todo de un plumazo. Pero ella no era así. Cerró los ojos con fuerza y se agarró a la única imagen mental que era capaz de proyectar: Diana. Su visión era todo lo que necesitaba, y suficiente como para que parte de su consciencia regresara.

—Diana… —repitió en su boca, apartando a Ainhoa de golpe.

—Perdona —se disculpó Ainhoa, sin demasiada culpa en su voz—. Me gusta demasiado dejarme llevar contigo.

—No… es culpa tuya. Yo no debería estar aquí —balbuceó—. Tengo que irme… a casa.

Todos los chupitos que había ingerido durante las últimas horas hicieron su aparición de golpe y le nublaron la mente en cuanto se puso en pie. Se dirigió hacia la puerta a duras penas, arrastrando las extremidades inferiores como si cada una pesase varias toneladas. Un rayo de sol directo a la cara le dio un bofetón de realidad cuando alcanzó la calle: apenas eran las siete de la tarde y ella estaba como

una auténtica cuba a plena luz del día. Se vio a sí misma dando tumbos de lado a lado, a punto de chocar con farolas, bancos y transeúntes. Patética. Incapaz de seguir la dirección que la llevara a la seguridad de su casa. Presa de un tremendo malestar físico e incapacidad mental que no eran nada en comparación a todo lo que echaba de menos a Diana en forma de dolor punzante y creciente en el centro del pecho. Necesitaba verla. Acurrucarse en sus brazos y que le dijera que todo iba a estar bien.

Estaba a punto de romper a llorar. Y de rendirse.

—Me parece que así no vas a llegar a ninguna parte —dijo Ainhoa prácticamente cogiéndola al vuelo, antes de que se estampara en el suelo con los morros por delante—. Estás demasiado borracha como para irte sola. Yo cuidaré de ti.

Había escuchado las últimas palabras de Ainhoa a lo lejos, como si su cabeza estuviese metida bajo el agua. Ni siquiera podía recordar bien lo que dijo. Tampoco importaba. Empezaba a recuperar parte de sus capacidades mentales y necesitaba poner todas sus fuerzas en ello. No era una tarea fácil. Sus ojos no respondían a la orden de abrirse. Su cerebro no respondía a la orden de disipar esa neblina. Su boca no respondía a la orden de fabricar saliva para combatir esa horrible sequedad. Su cuerpo no respondía a ninguna orden. Empezó por algo fácil: pedir a su mano que por favor palpara la superficie en la que se encontraba. Las yemas de los dedos acariciaron un objeto familiar, una tela suave y fina que si no se equivocaba debía de tener la forma de una sábana. Estaba a salvo, en la cama. Suspiró más relajada. Continuó tomando el control de su mano y la llevó despacio hasta su propio cuerpo. La pegó a la pierna y sintió el calor y la suavidad de su propia piel. Subió la mano por el muslo y llegó hasta la tripa. De ahí la bajó y subió para descubrir que ninguna parte de su anatomía estaba cubierta por una ropa que no fuese la sábana.

Estaba desnuda.

¿Por qué estaba desnuda?

Frunció el ceño con los ojos todavía cerrados. Siguió buscando con las manos cualquier indicio que sirviera como pista para su memoria. Entonces, el dorso de una de ellas chocó contra un obstáculo sobre el que no había duda. Había otra persona a su lado, en la cama. Sus ojos se abrieron de inmediato para corroborar el temor que acababa de aparecer en su cabeza. La persona que dormía plácidamente junto a ella y también desnuda no era otra que Ainhoa. No podía obtener ninguna información de su situación actual por medio de sus recuerdos. Todo lo acontecido desde que salió del bar había desaparecido y tan solo quedaba un inmenso espacio en blanco.

Tampoco había que ser un lince para deducir la sucesión de los hechos. Ainhoa la besó en el bar. Había tramado un plan para seducirla que le explicó punto por punto culpando a Maca. Y ella se lo comió con papas. Aprovechó su vulnerabilidad para emborracharla y dejarla incapacitada. Y ella se lo permitió. Se la llevó a casa casi inconsciente y habían hecho Dios sabía qué con su colaboración. Al menos no parecía que hubiese puesto resistencia.

Le costaba respirar. El dolor de la verdad era demasiado intenso. Nunca había hecho nada parecido y no tenía claro cómo podía haber pasado, pero pensar en que la víctima era Diana le retorcía todo el cuerpo de puro sufrimiento. Quería vomitar una y otra vez, no tanto por la resaca de todo lo que bebió, sino por el asco que sentía hacia ella misma. Desprecio y rechazo. Había perdido su propia dignidad y no se merecía otra cosa que el mayor de los castigos y cargar con la culpa de lo ocurrido durante el resto de su existencia. Y esa certeza fue lo único que le dio fuerzas para dar los siguientes pasos con determinación y sin vacilar.

Se levantó de la cama con el modo sigilo puesto. Recogió sus cosas y se vistió con todo el cuidado posible para evitar que Ainhoa se despertara y tener que mantener algún tipo de interacción con ella. Mientras salía del piso a máxima velocidad no dejaba de dar vueltas a lo que se le venía encima y a cómo iba a ser capaz de hacerlo. No tenía ni idea, pero tampoco había alternativa.

La decisión estaba tomada.

Iba a romper con Diana.

Capítulo 19

«… Diana…».

El reloj marcaba las cuatro de la mañana. La hora que recordaría el resto de su vida. Cruzó la puerta de la que había sido su casa las últimas semanas, donde al fin no se había sentido como una extraña. Un lugar donde había encontrado la felicidad junto a la mujer que se lo había dado todo. Y ella lo acababa de arrojar por la ventana como miguitas de pan sacudidas desde un mantel.

La encontró tendida en el sofá del salón, sin llegar a estar acostada del todo. Estaba adormilada, con su camisola de seda rosa puesta y caída en un hombro, y sujetando con fuerza el teléfono móvil entre las manos. Seguramente esperando una señal de vida o la respuesta a una de las decenas de mensajes y llamadas que le había dejado durante parte de la tarde y la noche. Ni siquiera había tenido la decencia de decirle que estaba por ahí con Ainhoa, ni de revisar sus notificaciones.

La observó durante unos segundos, y el peso del mundo cayó sobre sus hombros cuando Diana se despertó y se dio cuenta de su presencia. Agachó la mirada avergonzada como nunca en su vida. No podía mirarla a los ojos después de semejante traición. Entendió que se había levantado rápidamente cuando notó el aire moverse a su alrededor, y cuando sintió la violencia de su embestida con todo el cuerpo. La estaba abrazando con tanta fuerza que le cortaba la respiración. Aguantó el abrazo inmóvil, sin inmutarse y sin devolvérselo.

—Menos mal que estás bien —susurró Diana en su oído—. Estaba muy preocupada.

Su corazón se resquebrajó un poquito más. Ni siquiera la estaba juzgando. No le preguntaba dónde había estado o con quién. Tan solo le demostraba su preocupación y afecto sin esperar una explicación a cambio. ¿Cómo podía haber perdido a la mujer más maravillosa del mundo? ¿Cómo iba a confesarle lo que había hecho? ¿Cómo podría mantenerse en pie sin romperse? Ojalá un rayo la fulminara y partiera en dos por la mitad. Era lo que se merecía.

Diana se apartó un par de centímetros para poder mirarla a la cara. Le acarició la mejilla con cariño y se aproximó de nuevo con intención de besarla. No lo consiguió. Por puro instinto, Eva giró la cara y sus labios se estrellaron contra la mejilla contraria.

—¿Qué te ocurre? —quiso saber—. Estás pálida.

Eva tragó saliva esperando que se llevara parte del nudo de la garganta.

—Tenemos que hablar —dijo con un hilo de voz.

Diana asintió con la cabeza, la tomó de la mano para dirigirla hasta el sofá y allí la instó a que se sentara. Ella hizo lo mismo y se sentó a su lado. El silencio lo inundó todo. Se hizo eterno. Eva no sabía por dónde empezar. Entonces fue Diana quien tomó la palabra de nuevo.

—Tienes razón, tenemos que hablar. Últimamente las cosas han estado un tanto revueltas, tú con la escuela y yo con todo el tema de la agencia. Te prometo que a partir de ahora será distinto. Aprenderemos a tomar las decisiones juntas y a priorizar nuestra relación por encima de todo lo demás. No hay nada más importante para mí que tú.

Dardos afilados directos a su corazón. Así se sentían sus palabras. Eva no pudo más, no fue capaz de procesarlo y entonces sí rompió a llorar al tiempo que negaba con la cabeza.

—No lo entiendes —balbuceó—, no puedo seguir… Esto no tenía que haber pasado. No sé cómo ha podido pasar…

—Venga, cariño, todo tiene solución. —Diana enjugó las lágrimas como pudo con el dorso de la mano, luego tomó su rostro entre las

manos y la obligó a mirarla—. Incluso diría que la solución está más cerca de lo que crees.

—¿De qué hablas?

—Quería darte una sorpresa… —Diana se inclinó hacia la mesa baja de centro mientras hablaba—: Resulta que me he juntado con un buen dinerito por la indemnización —narró para tranquilidad de Eva, al tiempo que cogía un fajo de documentos— y he decidido seguir adelante con mi futuro profesional invirtiendo en un pequeño negocio con mucho encanto y futuro.

Su corazón le dio un vuelco y se detuvo durante varios segundos al comprender lo que Diana acababa de decirle. Lo que aquellos papeles ratificaban al descubrir el nombre y la rúbrica de Diana Fuentes como nueva socia de El Bombín de Charlot en un 33 %.

—¡He comprado la tercera parte de la escuela!

—¿Qué? —preguntó Eva sin más, con una mezcla de sorpresa y estupefacción en la voz. Con un gesto en el rostro entre la impresión y el horror. El impacto no habría sido mayor si un yunque de cemento armado le hubiese caído desde varios metros de distancia justo en el centro del cráneo.

—Sé que ha sido un poco impulsivo, pero cuando me contaste lo que había pasado con Ángel vi claro lo que debía hacer. Ya no tienes que preocuparte por que la escuela esté en buenas manos. Yo me ocuparé de toda la parte administrativa y tú podrás dedicarte a mejorar los servicios para convertirla en un referente. Si es que te parece bien que tu novia sea tu socia…

Eva palideció varios tonos por debajo de lo que se consideraría el color normal de un ser humano vivo. Su angustia subió de nivel y se hizo amiga de la desesperación hasta que ambas se pasaron el juego juntas. Se levantó de su asiento como un resorte y empezó a caminar de lado a lado del enorme salón como un animal de circo enjaulado al que los visitantes lanzan cacahuetes.

—Mierda, mierda, mierda. Joder, otra vez no. ¿¡QUÉ BUCLE ES ESTE!? Y es que lo peor es que me importa una mierda todo esto. Me da igual lo que hagas con la escuela. Deberías quemarla o cagarte en tu tercera parte. Con toda la razón.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó Diana, que no entendía nada y solo observaba a Eva en su pasear sin ton ni son por la estancia.

—¡Porque me he acostado con Ainhoa! —gritó de repente, frenando su movimiento en seco, y llevándose el aliento de Diana en el proceso—. Creo… Yo… No me acuerdo de nada de lo que pasó anoche. Sé que me besó y que yo la rechacé, pero después… —Reanudó la marcha de un lado a otro, con un evidente tembleque en las manos y en las piernas—. No lo sé. Me desperté desnuda en su cama. Es bastante obvio. Soy lo peor, un ser despreciable. Me siento como una mierda de proporciones bíblicas. Pero da igual, nada de lo que haga o diga ahora cambiará lo que hice. No puedo seguir contigo. No soporto pensar en el daño que te he hecho. Entenderé que quieras destruirme y que te lleves la escuela por delante. Me lo merezco. Me da igual. Puedo vivir sin la escuela. Lo que no sé es cómo voy a vivir sin ti. Te he perdido porque soy una gilipollas, inmadura e incapaz de mantener el coño cerrado… —Una nueva ola de dolor le atravesó el cuerpo de arriba abajo. No tuvo más remedio que detenerse y acuclillarse para abrazarse las piernas y tratar de contener el tormento que le retorcía las entrañas. Lloró desconsolada, fuera de sí, de una forma del todo irracional—. ¡Quédatela! ¡Quédate la estúpida escuela y todo lo que hay en ella!

—¡EVA! —cortó Diana por fin cuando el discurso de Eva dejó de martillearle la cabeza. Se levantó para seguir sus pasos y sujetarla con fuerza por los hombros para obligarla a incorporarse—. ¿Puedes hacer el favor de tranquilizarte un poco para que hablemos como adultas? Mírame. Me conoces. Sabes que yo nunca utilizaría tu trabajo para hacerte daño. No lo hice entonces y no lo haré ahora pase lo que pase entre nosotras, ¿de acuerdo?

Eva asintió con dificultad, sollozando, con los ojos encharcados en lágrimas. Del mismo modo obedeció cuando Diana hizo un movimiento con la mano que pedía que volviese a tomar asiento en el sofá antes de continuar la conversación. Solo que esa vez se sentó en el sofá contiguo, en lugar de sentarse junto a ella. Diana aceptó su decisión y ocupó su lugar dando unos segundos de margen a la falsa calma que parecía haberse instaurado.

—Y yo te conozco a ti —siguió, en un tono más profundo y decaído—. Sé lo que opinas de la infidelidad. Sé que me respetas y que nunca te acostarías con otra persona por decisión propia. Sé que no me harías daño de forma consciente. Si pasó algo con Ainhoa estoy convencida de que no lo provocaste tú.

—¿Cómo puedes estar tan segura cuando yo dudo de esos principios tan férreos que digo tener? No puedo acordarme de nada. No puedo poner la mano en el fuego por no haberlo hecho. Y si lo hice, si te he traicionado a ti, a la única persona de la que me he enamorado, no necesito ninguna otra prueba de que soy incapaz de mantener una relación madura y sana. No te merezco. Y no voy a dejar que desperdicies tu vida con alguien como yo. Me importas demasiado como para seguir contigo.

Diana soltó un resoplido con una especie de risa sarcástica en su interior. Un sonido que no tenía mucho sentido dadas las circunstancias. En ese momento fue ella quien se levantó del sofá para tomar algo de perspectiva. Se fue hasta la mesa alta y se sirvió un poco de agua en un vaso.

—¿Así que es eso? —preguntó con ironía tras dar un sorbo, como si de pronto una luz celestial le hubiera iluminado la mente para darle la sabiduría infinita—. Tienes muy claro lo que quieres hasta que lo consigues, y entonces, cuando aparece la incertidumbre, te cagas de miedo y prefieres echarle la culpa a todas esas cosas que crees que no puedes controlar en lugar de hacerte cargo de tus propios sentimientos. —Dejó reposar las palabras en el ambiente durante unos segundos, luego se giró para quedar frente a Eva, se apoyó en la mesa y siguió hablando—: Hace tres años entraste decidida a mi despacho pidiéndome que lo dejara todo por ti. Me acusaste de no ser lo bastante valiente como para hacerlo. Te fuiste culpándome de todo y pensando que tú te habrías entregado por completo. ¿Qué habría pasado si mi respuesta hubiese sido diferente? ¿Qué habrías hecho si llego a dejar toda mi vida por ti?

—Habría… —murmulló Eva sin ser capaz de darle una respuesta.

—¿Qué? Te habrías cagado de miedo igual. Quizá no ese mismo día, pero también te habrías boicoteado con el tiempo. Como ahora. Vuelve a decirme que eres incapaz de mantener una relación estable

conmigo, que volverás a caer en la tentación, o que solo me querías cuando no podías tenerme… —Diana se quedó en silencio unos segundos, tratando de encontrar el valor para poner en palabras todo lo que sentía, las dudas y deseos que llevaba en su interior desde hacía mucho tiempo—. Yo… también podría decirte mil cosas a ti. Que también tengo miedo de saltar al vacío contigo. Que me genera toda la inseguridad del mundo nuestra diferencia de edad. Y que no tengo ni idea de si seremos capaces de adaptarnos a nuestra nueva vida en común…

Eva la miraba sin pestañear desde el sofá. No podía ser partícipe de esa conversación. No podía rebatirle ninguna de sus acusaciones. Se encontraba en un callejón sin salida, y todo lo que había pasado esa noche no era sino la confirmación de lo que Diana recriminaba. Era una cobarde cuando las cosas se ponían serias, y su mecanismo de defensa era cagarla lo antes posible.

—Tienes razón. En todo —consiguió articular por fin Eva. No sería capaz de repetirle cuánto sentía lo que estaba pasando, haberle roto el corazón y haberla perdido. Por eso decidió que lo único y lo mejor que podía hacer por ella en esa situación era dejarla en paz. Salir por la puerta para, esta vez sí, no volver a verla jamás.

—¿Sabes cuál es la única verdad? —inquirió Diana cuando Eva ya se dirigía a la salida—. Que te quiero. Te quise desde el día que me abrazaste por primera vez, y cuando saliste de mi despacho llevándote una parte de mí. Y me odié por no ser capaz de retenerte conmigo, por dejar que te fueras. Pero ahora no voy a dejar que te vayas sin más. Te quiero, y sé que tú también me quieres. Y sé que no será fácil, que a veces tú te agobiarás pensando que las relaciones no son para ti, y que yo me agobiaré pensando en que podrías estar con cualquier mujer más joven y atractiva que yo. Podríamos escoger el camino sencillo, dejarlo aquí y evitarnos todo lo bueno y lo malo que pueda venir. Pero yo te elijo a ti, elijo enfrentarme a todos nuestros demonios contigo, superar juntas nuestros miedos y disfrutar del viaje a tu lado. Te quiero, Eva Suárez, y ahora te toca mirarme a los ojos y decidir qué quieres hacer con este amor.

Se olvidó de caminar. Se olvidó de pensar y hasta de respirar con la confesión de Diana. Su corazón se olvidó de latir. Dolía, quemaba en el pecho preso del amor que sentía por ella. Deseaba liberarlo y dar rienda suelta a sus sentimientos. Jurarle que lo era todo para ella y que nada de lo que hubiera en el pasado importaba, porque su futuro era estar a su lado. Pero un montón de preguntas sin respuesta se atascaban en su garganta. ¿Cómo iban a superar lo que había hecho? ¿Cómo sería capaz de perdonarse? ¿Cómo podría volver a confiar en ella? ¿Cómo podrían tener una vida juntas cimentada en el miedo y la traición?

—¿Cómo…? —empezó, pero Diana no dejó que terminara en palabras ninguna de esas preguntas.

—Olvídate de todo lo demás —pidió—. De esta noche, del trabajo y de los obstáculos. ¿Qué es lo que quieres?

—A ti —respondió de inmediato, sin ningún atisbo de duda—. Te quiero con todo mi ser.

—Pues ven aquí y demuéstramelo haciéndome el amor como si te fuera la vida en ello.

Eva obedeció la petición de Diana impulsada por una creciente rabia que manaba desde lo más profundo de sus entrañas. Casi corrió hasta ella, la apresó entre sus brazos y la besó con toda la furia que ese sentimiento de culpa interno le provocaba.

—Quédate conmigo —suplicó Diana entre sus labios.

Eva asintió como respuesta a esas sencillas palabras con las que acababa de atar su corazón al de ella, mientras dejaba que sus manos vagaran por el cuerpo de Diana. Tendría que trabajar mucho para perdonarse por lo que había hecho y para poder estar a su altura. Pero si ella no la rechazaba, se quedaría a su lado para compensarla durante el resto de su vida.

Levantó a Diana en volandas y la sentó sobre la mesa. Se apretó todo lo que pudo contra ella, y ella respondió rodeándole las caderas con las piernas. Se besaron más, y más fuerte. Hasta que sus labios se hincharon y enrojecieron. Clavaron los ojos la una en la otra deteniendo el tiempo. Eva acarició el labio inferior de Diana con el dedo pulgar. Luego bajó por el cuello, apretando sus huellas dactilares contra su piel, como si quisiera tatuarse en ellas cada

surco de la mujer a la que amaba. No dejó de mirarla cuando descendió lo suficiente como para que el cuerpo de Diana vibrara con sus caricias, anhelando que la tocara un poco más abajo.

—Te quiero —dijo Eva justo en el instante en que accedió a las demandas de su cuerpo.

Diana gimió de puro placer. Se abrazó al cuello de Eva y dejó descansar la frente sobre su sien.

—Te quiero —respondió.

«Más tonta eres tú que vuelves. Una y otra vez. A tropezar con las mismas piedras, como todo ser humano. Será que hay piedras que merecen la pena, aunque puedas llegar a fracturarte un pie al patearla. Ahora lo sé. Con Diana volvería a tropezar siempre, sin duda. Se acabaron las pruebas, se acabó hacer el imbécil. Ella es mi final feliz, todo lo que siempre he querido, todo lo que necesito. Y quien no pueda verlo, que me siga llamando tonta, que yo seguiré a su lado mientras me lo permita».

Epílogo

Un fin de semana de sexo, arrumacos y confesiones de amor pasaba demasiado rápido. Casi sin darse cuenta dio comienzo una nueva semana laboral, a la que estaban a punto de llegar escandalosamente tarde.

—Menuda impresión voy a causar… —comentó Diana mientras caminaba a paso muy ligero, casi media carrera, cogida de la mano de Eva hacia la escuela.

—Tranquila, casi todos los que trabajan ahí están acostumbrados a mi impuntualidad.

—En general me daría igual, pero esperaba dar una buena imagen a tu tía.

—Mi tía ya te conoce. Y me conoce a mí. Sabrá que llegamos tarde por una buena causa.

—¿Magrearnos es una buena causa? —preguntó Diana a una Eva que asintió vigorosamente—. Pues tampoco sé si me hace gracia que piense eso de nosotras.

—Deja de preocuparte. Todo irá genial, ya lo verás. Estarán tan encantados contigo como yo.

Diana resopló y Eva sonrió justo en la puerta de El Bombín de Charlot. Le dio un último beso furtivo con el rostro iluminado por la ilusión que le hacía ese momento, y le abrió la puerta para dejar que entrara en primer lugar.

La recepción estaba vacía excepto por Ainhoa, quien parecía estarse ocupando de dejar bien limpia su mesa, o de recoger

cualquier rastro de lo que fueran sus enseres: pequeños objetos personales que había ido dejando aquí y allá durante los meses anteriores. Tardó un poco en darse cuenta de la entrada de Eva y, sobre todo, de la presencia de Diana. En cuanto lo hizo, no pudo reprimir un quejido y una mueca de desagrado que atravesaba toda su cara, desde la frente a la comisura de sus labios. Metió sin ningún cuidado una barra de labios y una taza de propaganda en su bolso, lo cerró con cierta rabia y se lo lanzó al hombro antes de encararlas.

—Tú ganas —espetó al comenzar a andar directa hacia la puerta —. Diana, Diana, Diana… Qué pereza. Con Diana en la boca consciente, inconsciente y de todas las maneras. Ya me cansé de intentarlo contigo y de luchar por tu escuela. Ahí os quedáis. Espero que os vaya muy bien en lo profesional y en lo personal, de verdad.

Justo cuando pasó entre ellas, Eva, contra todo pronóstico, se lanzó a abrazarla e interrumpió sus pasos para despedirse de Ainhoa de la forma que consideraba correcta. Intentando dejar de lado los últimos acontecimientos.

—Yo también espero que te vaya bien. Y te agradezco mucho el trabajo que has hecho aquí. Si la escuela ha llegado hasta aquí también ha sido en parte por tu ayuda.

Ainhoa le devolvió un rápido apretón para no alargar demasiado el momento, y porque casi podía sentir en la nuca el aliento de Diana y su mirada fija en ella, comprensiva y respetuosa, y también amenazante.

—Adiós, Eva. Siento lo que pasó el viernes entre nosotras, no debí dejarte llegar tan lejos.

—Yo también lo siento. Apenas recuerdo nada de lo que hice o dije, pero si fue inapropiado te pido perdón. Beber más de la cuenta no puede ser la excusa para hacer estupideces.

—Un poco inapropiado sí que fue por tu parte. Falta de consideración, diría yo. Media noche a pico y pala, y tú sin parar de hablar de tu adorada Diana. Estabas megaborracha y ni por esas conseguí que claudicaras. Debes de quererla mucho.

Eva perdió kilos y kilos de culpabilidad de un plumazo. Se sintió mucho más ligera y mucho más tranquila. El peso de la traición que creía haber cometido desapareció, dejando solo espacio para el

amor. Después sintió una presión mucho más agradable, la de Diana rodeando sus hombros con un brazo.

—Eva no necesita que nadie le recuerde sus principios. Y tú casi mejor vete ya antes de que te parta la cara por intentar acostarte con mi chica.

La susodicha no pudo reprimir una sonrisa ante esa muestra de carácter de Diana. Ninguna de las dos era propensa a sentir celos, por eso le resultó en parte divertida esa salida puntual.

—¿Desde cuándo eres así de posesiva?

—No es posesión, es protección. Tú eres libre para hacer lo que quieras, pero nadie tiene el derecho de intentar propasarse sin tu consentimiento.

—Buena respuesta.

Diana la besó, y Eva recibió el beso por fin sin barreras ni temores. Ese día era el principio de la historia que escribirían juntas, y estaba deseando descubrir cada capítulo a su lado.

Para cuando se separaron, no había ni rastro de Ainhoa, y sí de la tía Patricia, quien se había asomado a la recepción alertada por la inusual conversación que acababa de tener lugar allí. No es que le hicieran falta muchas palabras para hacerse una idea de los cambios que se venían en la escuela, pero de todos modos quiso confirmar con su sobrina sus sospechas acerca de la desaparición de Ainhoa y la presencia de Diana. Carraspeó al llegar hasta ellas, por si todavía no se habían dado cuenta de que no estaban solas. Eva se giró hacia el sonido, sin soltar la mano de Diana, y con una sonrisa de oreja a oreja se dirigió a su tía:

—Diana es la nueva socia y administradora de El Bombín. Y oficialmente mi novia.

—Bienvenida a bordo, Diana —dijo Patricia tendiéndole la mano.

—Muchas gracias —respondió ella aceptando el apretón.

—Aunque mi sobrina se empeñe en cometer las mismas estupideces una y otra vez, confío en que contigo será diferente.

—Descuida, me ocuparé personalmente de meterla en vereda.

Eva levantó una ceja ante la diversidad de interpretaciones a la que podía llevar esa frase. Patricia abrió mucho los ojos, miró a Diana y luego a Eva.

—Bueno, mira, a mí mientras no os metáis mano en ese sofá, me da igual todo —dijo señalando al sofá rojo, y se arrepintió al instante al ver sus caras adquiriendo un tono rojizo que se asemejaba al del propio sofá—. Ay, madre, que ya lo habéis hecho… ¿Sabéis qué? Cuantos menos detalles sepa, más feliz estaré.

Patricia dio media vuelta, se fue directa a sus dominios y cerró la puerta para evitar otra interacción con ellas durante un buen rato. Eva y Diana se miraron, con tanta diversión como vergüenza por lo que acababa de pasar. Desviaron la atención de cualquier asunto íntimo y la dirigieron hacia la escuela, a sabiendas de que falta le hacía que tomaran las riendas para volver a encauzarla por el buen camino.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Diana, dejando que Eva mostrase la iniciativa como dueña del lugar.

—¿Te importaría hacer las veces de secretaria? —sugirió Eva—. Solo mientras encontramos a alguien que sustituya a Ainhoa.

Diana no respondió nada. Se sentó en la silla vacía de la exsecretaria y la miró de forma provocadora.

—Así que al final has conseguido estar por encima de mí. ¿Tengo que llamarte jefa?

—Puedes llamarme como te dé la gana —respondió, entrando en el juego.

Diana le hizo un gesto para que se acercara a ella, la besó con cariño y con una caricia en la cara. Eva sonrió y la miró de una forma que expresaba tanto amor como para que no hiciera falta decirlo con palabras. Diana disfrutó de esa sensación durante unos segundos, y luego fue ella quien decidió que ya era hora de centrarse en el proyecto que tenían delante. Dio un leve empujón a Eva para que se diera la vuelta y acto seguido un cachete tan cariñoso como sonoro en el culo:

—¡Ponte a trabajar!

Notas

[1] Atila, rey de los hunos. Último y más poderoso caudillo de esta tribu de origen incierto, conocido en occidente como «El azote de Dios». A él se atribuye la frase: «Yo soy el martillo del mundo… Donde mi caballo pisa no crece hierba».
[2] Muhammad Ali: famoso boxeador estadounidense considerado como uno de los mejores de la historia del boxeo. También conocido por su lucha social a favor de los afroamericanos y del islam.
[3] Domund. Domingo Mundial de las Misiones.
[4] Motivo central o asunto que se repite, especialmente de una obra literaria o cinematográfica.
[5] Espectáculo de carácter vanguardista en el que se combinan elementos de artes y campos diversos, como la música, la danza, el teatro y las artes plásticas.
[6] Conjunto de productos publicitarios para promocionar una marca, grupo, proyecto artístico, etc.
[7] Un *workshop* es un taller. En este caso, está dirigido a directores ejecutivos (CEO) de empresas de reciente creación con grandes posibilidades de crecimiento (*start-ups*).
[8] Lluvia de ideas.
[9] Pausa.
[10] Referencia a la saga de películas de coches *Fast and Furious*, también conocida como *Rápido y furioso*.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com


¿Cómo sabes que no te gusta si no lo has probado?
Betz Burton
elit
LGTBI

¿Cómo sabes que no te gusta si no lo has probado?

Burton, Betz
9788413756417
408 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una prueba irrefutable de que los gustos cambian, y se refinan.

"¿Cómo sabes que no te gusta si no lo has probado?"

Esa es la actitud de Eva ante la vida. No dar nada por supuesto.

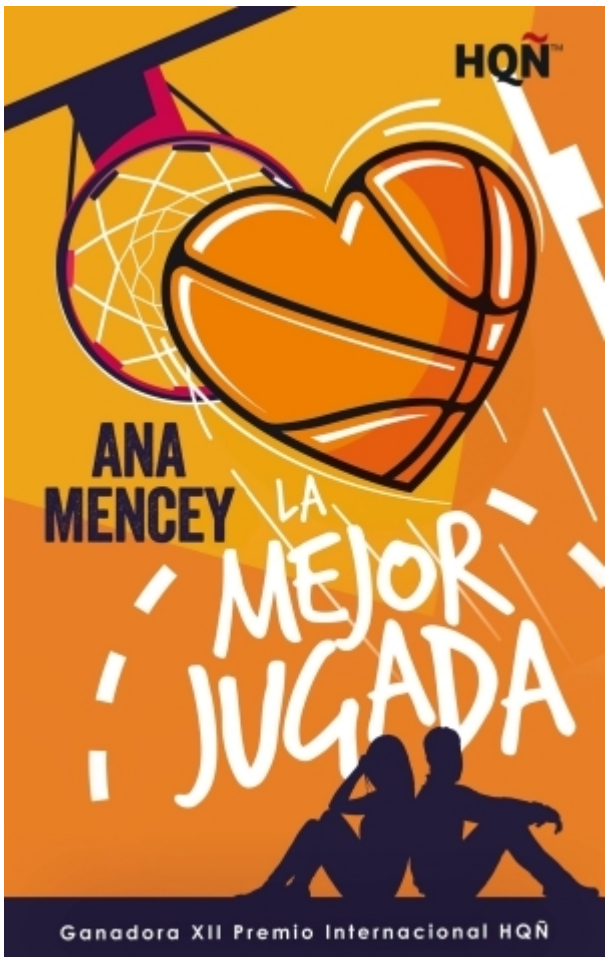
La frase que su madre le repitió hasta la saciedad desde pequeña, y que la ha llevado hasta un puesto de becaria a sus 28 años en una empresa que ni siquiera le gusta. Pero esa es su forma de ser, y no tiene intención de cambiarla.

Lo único que no consigue probar, no porque no quiera, es a enamorarse. Lo suyo son las relaciones de usar y tirar, y las personas que no pasan demasiado tiempo en su vida. Ni hombres ni mujeres han conseguido nunca hacer que se interese por el romanticismo que parece existir solo en las películas.

Por eso de repente le resulta tan extraña la fijación que siente hacia Diana, la rubia, perfecta e inalcanzable directora de Marketing de su nueva empresa: su jefa. Aunque, conociéndose, quizá si lograra de

ella la atención que busca dejaría de hacer el idiota y podría pasar a otra cosa. ¿O no?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


HQÑ
ANA MENCEY
LA MEJOR JUGADA
Ganadora XII Premio Internacional HQÑ

La mejor jugada

Mencey, Ana
9788410627796
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Apúntate un triple con esta novela con la que, te guste el baloncesto o no, revivirás la magia del amor

Lily acaba de aceptar el puesto de responsable de prensa del Club Baloncesto Malac. Debería ser un momento increíble, porque es seguidora del equipo desde que era pequeña; sin embargo, está siendo un infierno. Este reto profesional coincide con el final de sus cinco años de matrimonio y, además, aún no se ha repuesto del fracaso cosechado como escritora de novelas, su otra gran pasión.

Lo que Lily no sabe es que en este nuevo trabajo encontrará la inspiración para contar su propio cuento de hadas. Tendrá que rescatar a un jugador que es un príncipe azul, aunque esté algo atormentado. Luchará contra un gigante rubio que no es tan fiero como parece. Y, por supuesto, se enfrentará a un ogro disfrazado de entrenador del equipo.

¿Será capaz Lily de poner por escrito su historia? No lo sabemos, pero sí que está inmersa en su mejor jugada, una historia de amor y,

también, de baloncesto.

- Como ocurre en los buenos partidos de baloncesto, este libro no te da un segundo para respirar.
- Si tienes una meta, el talento es importante, pero la perseverancia también.
- Una historia de amor con mensajes positivos, deporte y humor.

- Las mejores novelas románticas de autores de habla hispana.
- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporáneo, histórico, policiaco, fantasía… ¡Elige tu romance favorito!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


BIANCA
HARLEQUIN
LUCY MONROE
UN AMOR SICILIANO

Un amor siciliano

Monroe, Lucy
9788410742208
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Era la novia más apropiada para el siciliano...

Hope Bishop se queda atónita cuando el atractivo magnate siciliano Luciano di Valerio le propone matrimonio. Criada por su adinerado pero distante abuelo, ella está acostumbrada a vivir en un segundo plano, ignorada.

Pero las sensuales artes amatorias de Luciano la hacen sentirse más viva que nunca. Hope se enamora de su esposo y es enormemente feliz... ¡hasta que descubre que Luciano se ha casado con ella por conveniencia!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


HQÑ
PARÍS
PUEDE
ESPERAR
MARISA SICILIA

París puede esperar

Sicilia, Marisa
9788413487649
61 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas maravillosas historias para ti. Esperamos que las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


DESEO
HARLEQUIN
KRISTI GOLD
PERFECTA PARA UN JEQUE

Perfecta para un jeque

Gold, Kristi
9788410741744
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Aunque sabía que no debía, se moría por dar rienda suelta a la pasión que aquella mujer despertaba en él…

Darin Shakir estaba acostumbrado a trabajar solo. El misterioso miembro del Club Cattleman ya había tenido bastantes experiencias difíciles en el pasado y no tenía intención de ver sufrir a más inocentes. Pero sus planes habían salido mal y había acabado herido y en las hábiles manos de Fiona Powers. La vivaz pelirroja no se acobardaba ante el jeque e insistía en ayudarlo. Pero esa nueva y explosiva compañera suponía una distracción demasiado tentadora para Darin…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)